

Dossier:  
Perspectivas recientes sobre la historia  
de la clase trabajadora latinoamericana  
en la segunda mitad del siglo XX

Bibliográficas

Entrevista

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Volumen 17, número 2, 2023

*Contemporánea* (ISSN 1688-9746) es una revista académica de frecuencia semestral con artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo xx en América Latina.



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY

*Contemporánea* se edita en Montevideo  
con apoyo  
de la Facultad de Humanidades y Ciencias  
de la Educación, Universidad de la República.

*Contemporánea*  
ISSN: 1688-9746

Edición al cuidado del equipo  
de la Unidad de Comunicación y Ediciones  
de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
de la Universidad de la República.

Archivo General de la Universidad de la República  
Frugoni 1427  
CP 11200  
Montevideo, URUGUAY  
Teléfonos: (+598) 24009155

Por suscripciones y canjes comunicarse con <revistacontemporanea2010@gmail.com>

## Comité editorial

**Jimena Alonso**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**Inés Cuadro**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**María Eugenia Jung**, Archivo General de la Universidad de la República

**Aldo Marchesi**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**Vania Markarian**, Archivo General de la Universidad de la República

**Diego Sempol**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**Isabel Wschebor**, Archivo General de la Universidad de la República

**Jaime Yaffé**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**Gabriela González**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**Javier Correa**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**Lucas D'Avenia**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**Pablo Alvira**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

## Editores de reseñas bibliográficas

**Maite Iglesias**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

**Matías Rodríguez Metral**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

## Comité asesor

**Gerardo Caetano**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**Álvaro Rico**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**José Rilla**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y Universidad Centro Latinoamericana de Economía Humana

## Comité académico

### Uruguay

**Clara Aldrighi**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**Alcides Beretta**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**Magdalena Bertino**, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

**Luis Bértola**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**María Camou**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**Carlos Demasi**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

**Adolfo Garcé**, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

**Raúl Jacob**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**María Inés Moraes**, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

**Benjamín Nahum**, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República

**Adela Pellegrino**, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

**Rodolfo Porrini**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

## Exterior

**Carlos Aguirre**, University of Oregon, Estados Unidos  
**Carlos Altamirano**, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

**Claudio Barrientos**, Universidad Diego Portales, Chile  
**Isabella Cosse**, Universidad de Buenos Aires, Argentina

**Fernando Devoto**, Universidad de Buenos Aires, Argentina

**Silvia Dutrenit**, Instituto Mora, México

**Eduardo Elena**, Miami University, Estados Unidos

**Carlos Fico**, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil  
**Paulo Fontes**, Fundación Getulio Vargas, Brasil

**Marina Franco**, Universidad Nacional San Martín, Argentina

**Greg Grandin**, New York University, Estados Unidos  
**Elizabeth Jelin**, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina

**Victoria Langland**, University of California, Estados Unidos

**Gerardo Leibner**, Universidad de Tel Aviv, Israel

**Pablo Piccato**, Columbia University, Estados Unidos

**Laura Reali**, Universidad Paris VII, Francia

**Eduardo Rey Tristán**, Universidad de Santiago de Compostela, España

**Marcelo Ridenti**, Universidad Estadual de Campinas, Brasil

**Luis Alberto Romero**, Universidad Nacional San Martín, Argentina

**Sinclair Thomson**, New York University, Estados Unidos  
**Gonzalo Varela**, Universidad Autónoma Metropolitana, México

**Verónica Valdivia**, Universidad Diego Portales, Chile

**Peter Winn**, Tufts University, Estados Unidos

**Eric Zolov**, Stony Brook University, Estados Unidos

# Contenido

Presentación de los editores	6
DOSSIER	
Perspectivas recientes sobre la historia de la clase trabajadora latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX <i>Sabrina Álvarez y Silvia Simonassi</i>	7
“Uma outra abolição”? Mitologias brancas e resistências negras em Volta Redonda durante a ditadura empresarial-militar <i>Richard de Oliveira Martins y Leonardo Ângelo da Silva</i>	11
«Las que trabajaban en las fábricas tenían mala fama». Género, disciplinamiento, conflictividad y represión en la textil Estexa durante la dictadura militar en argentina (1976-1983) <i>Andrés Carminati</i>	33
Huelgas, protestas y cultura de resistencia en Barrancabermeja en la década de 1970 <i>Luz Ángela Núñez Espinel</i>	52
Un acercamiento al estudio del sindicalismo anticomunista en el Uruguay de la dictadura (1973-1985) <i>Álvaro Sosa</i>	72
Confluencia obrera, estudiantil y de mujeres en la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) 1968-1973 <i>Alesandra Martínez Vázquez</i>	89
ENTREVISTA	
«Agarrar la punta de la madeja»: Entrevista a Graciela Sapriza <i>Gabriela González Vaillant y Diego Sempol</i>	109
BIBLIOGRÁFICAS	
<b>Bohoslavsky, Ernesto.</b> <i>Historia mínima de las derechas latinoamericanas.</i> Ciudad de México: El Colegio de México, 2023, 269 pp. Luciana Bauzá Campodónico	119
<b>Cormick, Silvina</b> (Editora). <i>Mujeres intelectuales en América Latina.</i> Buenos Aires: Editorial SB, 2022, 292 pp. Julieta de León Maruri	122
<b>Dip, Nicolás.</b> <i>Movimientos estudiantiles en América Latina. Interrogantes para su historia, presente y futuro.</i> Buenos Aires: Clacso, IEC-Conadu, 2023, 83 pp. Camille Gapenne	124
<b>Demasi, Carlos.</b> <i>El Uruguay en transición (1981-1985). El sinuoso camino hacia la democracia.</i> Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2022, 407 pp. Diego Grauer Martínez	126
<b>Ariel, De Brun, Julio, Moraes, Juan Andrés, Oddone, Gabriel.</b> <i>Una mirada al medio siglo de historia del Banco Central del Uruguay.</i> Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2021, 470 pp. Pablo Messina	128

<b>Tortti, María Cristina y González Canosa, Mora</b> (directores); <b>Bozza, Juan Alberto</b> (coordinador). <i>La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias</i> . Rosario: Prohistoria, 2021, 314 pp Franco Morosoli Sevi	130
<b>Wschebor, Isabel</b> (coordinadora). <i>Los estudios audiovisuales detrás de la pantalla. Diez años del Laboratorio de Preservación Audiovisual del Archivo General de la Universidad de la República</i> . Montevideo: Doble Clic, 2022, 208 pp. Florencia Soria	133
<b>Chagas, Jorge y Trullen, Gustavo</b> . <i>Movimiento sindical y dictadura. Represión, resistencia y resurgimiento. 1973-1984</i> . Montevideo: Fin de Siglo, 2023, 276 pp. Álvaro Sosa	135
<b>Fessler, Daniel</b> . <i>Delito y castigo en Uruguay (1907-1934)</i> . Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 2021, 310 pp. Facundo Álvarez Constantín	137
HOMENAJE Selva López Chirico (1940-2023) <i>Marina Cardozo</i>	139
CONVOCATORIA	143

## Presentación de los editores

El Comité editor de *Contemporánea* se complace en presentar el segundo número de 2023. Confiamos en que nuestro compromiso con una comunicación académica rigurosa y a la vez atractiva se vea reflejado en el contenido. El dossier Perspectivas recientes sobre la historia de la clase trabajadora latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX, coordinado por Sabrina Alvarez y Silvia Simonassi, está compuesto por cinco artículos que abordan procesos locales y regionales de Argentina, Brasil, Uruguay y Colombia. Se trata de un conjunto de investigaciones que dan cuenta de los nuevos temas y enfoques que caracterizan la historiografía latinoamericana más reciente sobre la clase trabajadora. Por otra parte, en la sección Entrevistas la historiadora feminista Graciela Sapriza reconstruye, junto con Gabriela González y Diego Sempol, su trayectoria profesional y de activismo. Y, como es habitual, esta edición también ofrece una amplia, variada y actualizada sección de reseñas bibliográficas en torno a los temas de interés de la revista. El número cierra con un obituario en el que Marina Cardozo ofrece un sentido homenaje a la historiadora Selva López Chirico.

Finalmente, anunciamos a nuestros lectores y lectoras que *Contemporánea* volverá, a partir de 2024, a ser una revista de frecuencia anual, como lo fue desde su creación hasta el año 2018. El cambio en la periodicidad está motivado en asegurar su viabilidad, fortalecer la calidad académica que la caracteriza y proponer novedades en términos de diseño, secciones y otros aspectos relevantes de la revista. El próximo número (vol. 18), cuya publicación está prevista para octubre de 2024, incluirá el dossier Anarquismos en el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XX, coordinado por Maite Iglesias y Gisela Manzoni. En la sección Convocatorias de esta edición encontrarán las pautas para el envío de artículos y una invitación a proponer el dossier que se publicará en el vol. 19, de 2025.

Como siempre, les invitamos a leer, participar y difundir este espacio de intercambio sobre la historia y los problemas del siglo XX en América Latina. ¡Hasta octubre!

Comité Editor revista *Contemporánea*

## Perspectivas recientes sobre la historia de la clase trabajadora latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX

Sabrina Alvarez<sup>1</sup> y Silvia Simonassi<sup>2</sup>

Se ha convertido en un lugar común señalar que, al calor de la avanzada neoliberal de los noventa, la historia de la clase trabajadora entró en declive. De todos modos, cada vez se reconocen más investigaciones que, aún en un contexto tan adverso como el señalado, marcaron hitos en el debate teórico e historiográfico en algunos países latinoamericanos. Es también perceptible que el cambio de siglo abrió una nueva etapa en el área de estudios, potenciada por cierta revitalización —desigual de acuerdo a los países y regiones— del protagonismo de la clase trabajadora organizada y de la protesta laboral en el subcontinente. En algunos países, los procesos de movilización, protesta e incluso aquellos que culminaron con la destitución de los gobiernos de turno en la primera parte del actual siglo abrieron una nueva etapa en las luchas y en la agenda de las ciencias sociales en general y de la historia social de la clase trabajadora en particular.

En este contexto comenzaron a desarrollarse renovados enfoques: acerca de las modalidades que adquirieron las relaciones obrero-patronales o los estudios que abordan los procesos represivos que afrontaron las y los trabajadores o sobre el sindicalismo, ya no en clave estrictamente política o institucional, sino desde una perspectiva que integra lo social y lo cultural. A ello se suma la creciente preocupación por recuperar el concepto de clase, en las intersecciones con el género y la etnicidad. También la preocupación por las escalas de análisis, extendida hoy en diversos campos historiográficos, viene dando frutos sostenidos al continuar abordando temas de escala local/regional, a los que se les suman sugerentes perspectivas de historia comparada, conectada y transnacional. En este último caso, incluso desde una escala *micro* se estudian las conexiones, las articulaciones, los contactos, las interacciones entre trabajadores, activistas sindicales, pero también de saberes y prácticas, sin perder de vista el carácter relacional con los grupos antagonicos que subyacen a estas experiencias. Asimismo, la producción sobre los diferentes niveles y modalidades de la conflictividad laboral ha exhibido líneas de investigación que incluyen desde la protesta abierta hasta las formas más subterráneas de la resistencia, así como las acciones encaradas frente al Estado y sus agencias e incluso las diversas formas que adquirieron las relaciones entre capital y trabajo en la esfera de la producción.

El conjunto de artículos aquí reunidos es una muestra —posible de exhibir en los límites de un dossier— de los nuevos temas y renovados enfoques que caracterizan la historiografía latinoameri-

1 Departamento de Historia Americana, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay.

2 Investigaciones Sociohistóricas Regionales, CONICET-Universidad Nacional de Rosario, Argentina

cana sobre la clase trabajadora. Ilustra procesos locales y regionales de Argentina, Brasil, Uruguay y Colombia, sin descuidar las perspectivas nacionales y transnacionales que en todos los casos permiten avanzar en el conocimiento disponible. Todos los trabajos exhiben la potencialidad de pensar a la clase trabajadora en el centro de una trama de relaciones que abarca desde las patronales hasta los organismos internacionales como la Organización Internacional del Trabajo (OIT), pasando por las diversas agencias estatales. A su vez, algunos de ellos evidencian la pertinencia de atravesar la lectura de la clase en clave de relaciones de género y raciales. También dan cuenta de los procesos acontecidos desde el interior de los muros de las fábricas hasta en los barrios y las comunidades obreras y ocupacionales —que juegan un papel significativo en su propia constitución como clase—, pasando por la tan característica unidad obrero-estudiantil, más visible en los años de radicalización y movilización política y social. Se posiciona también en las más tradicionales organizaciones sindicales en clave local y nacional, al tiempo que subraya la importancia del sindicalismo transnacional. Como una marca no exclusivamente latinoamericana —pero sí característica de las décadas aquí trabajadas—, muestra los diversos contornos que adquirió la represión estatal y el disciplinamiento empresarial. Finalmente, parte de la originalidad de algunos enfoques contenidos en los artículos aquí presentados reside en la relevancia conferida a los espacios y las prácticas culturales en tanto articuladoras de culturas de resistencia y construcción/afirmación de identidades.

Los tres primeros artículos abordan problemas que atañen a la clase trabajadora en el período de las dictaduras denominadas de «nuevo tipo», «de seguridad nacional» o «institucionales» en Brasil, Argentina y Uruguay. En dos casos, se evidencia la importancia de pensar estos procesos atravesados por las diferencias de género y etnicidad y, en el tercero, la pertinencia de analizar actores menos estudiados por la historiografía de la clase trabajadora, como el sindicalismo anticomunista.

Richard de Oliveira Martins y Leonardo Ângelo da Silva analizan la persistencia de las diferencias raciales entre los obreros de la CSN en Volta Redonda (Brasil) durante la dictadura militar y enfatizan en las particularidades que adquirió la explotación de clase sobre la población negra. Desafiando la persistente invisibilización de esas diferencias expresadas en la falta de desagregación de los datos provistos por las fuentes oficiales o en la negativa del gobierno a reconocerlas, los autores estudian este problema a partir de indicios hallados en la prensa de la propia compañía, en las causas judiciales, en las fotografías de la época, en los registros sobre las causas de las huelgas. Así, el tema de la salud, de las precarias condiciones de trabajo y los bajos salarios resultan aspectos que exhiben las particulares condiciones de explotación de la población negra y mulata. A partir de la documentación de inteligencia, los autores demuestran la alarma que despertaban las denuncias obreras sobre la discriminación racial como posibles causas de resistencia. El trabajo explora las experiencias asociativas, en particular de los clubes y profundiza en el caso del club Palmares, como expresión fuera de los muros de la compañía, del mismo proceso de segregación racial que encuentran en el lugar de trabajo, pero que al mismo tiempo operaba como refugio y multiplicador de una identidad particular.

El artículo de Andrés Carminati se suma a la serie de trabajos que invitan a revisar la forma en la que se ha observado el papel de la clase trabajadora durante la última dictadura militar. Enfocado en las trabajadoras de la textil Estexa de la ciudad de Rosario (Argentina), cruza varias de las dimensiones mencionadas en la primera parte de esta presentación. Por un lado, analiza las políticas patronales orientadas al disciplinamiento de la mano de obra en un período largo, como elemento estructurante del entramado de relaciones construidas en la fábrica y su entorno. Así, nos muestra también cómo se vinculan lógicas estructurales que configuran a la clase trabajadora con la agencia de los distintos actores involucrados en estas. A su vez, Carminati piensa las mencionadas políticas en clave de género, para dar cuenta de la especificidad de aquellas orientadas a disciplinar a una mano



de obra feminizada. Por otro lado, analiza la represión y conflictividad laboral en la fábrica durante la dictadura, sin perder de vista su relación con procesos más generales. De este modo, el estudio de caso le permite tanto identificar especificidades como generalidades. Primero da cuenta de las políticas represivas del gobierno argentino desde 1975 y de la patronal de la empresa para luego analizar cómo, a pesar del marco duramente represivo, los y las trabajadoras de la planta llevaron adelante prácticas colectivas que expresaban de forma abierta el conflicto capital-trabajo en el marco de la crisis de la industria. En suma, el artículo representa un nuevo aporte de Carminati al conocimiento del accionar del Estado, los empresarios y los trabajadores en el contexto de la dictadura militar argentina (1976-1983) que refleja, a través del estudio de un caso con anclaje local, dinámicas de lucha de clases en diferentes escalas.

Álvaro Sosa aborda en su artículo al sindicalismo anticomunista durante la última dictadura uruguaya. Su trabajo representa un aporte valioso a la historiografía sobre el sindicalismo y la clase trabajadora en el país que —aún magra especialmente para las décadas del sesenta en adelante— ha mirado casi exclusivamente al sindicalismo nucleado en la CNT (Convención Nacional de Trabajadores) y su sucesor el PIT-CNT (Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores). Centrado especialmente en las dirigencias sindicales de centrales anticomunistas, las analiza en relación con el acaecer político nacional del período prestando atención al vínculo cambiante del régimen civil-militar con estos actores. A su vez, se esfuerza por insertar estos actores locales en dinámicas transnacionales concatenadas a través de organismos como la OIT y nucleamientos sindicales internacionales como la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres y la Organización Regional Interamericana de Trabajadores. En este sentido, aporta al conocimiento de las dinámicas nacionales y transnacionales de organizaciones de la clase trabajadora como lo son los sindicatos. Asimismo, da cuenta de la diversidad de concepciones ideológicas que conviven en su seno y los intereses de representantes de sectores conservadores de la sociedad como los militares en incidir en su devenir.

Los restantes artículos abordan la conflictividad en los años setenta en Colombia y Uruguay, enfatizando en la articulación de la clase trabajadora con otras clases, como el amplio abanico de sectores sociales que confluyeron en el ciclo de protesta de una región petrolera colombiana o el estudiantado en el caso uruguayo.

Ángela Luz Núñez Espinel estudia el ciclo de protesta protagonizado por los trabajadores y la comunidad en la zona petrolera de Barrancabermeja (Colombia) en los años setenta. Así, analiza un período demarcado por la huelga de 1971 y 1977 —pasando por la experiencia de los paros cívicos de 1975— y destaca los rasgos de solidaridad —comunitarios y de clase— que se expresaron en cada uno de estos momentos de la resistencia. La autora destaca las múltiples formas que adquirió la respuesta represiva, que apuntaba a eliminar la conflictividad, a desarticular la principal organización sindical y a romper los sólidos vínculos de solidaridad tejidos con la comunidad. El artículo revela la importancia de la formación de una cultura radical de protesta, visible durante los conflictos abiertos pero que persistió más allá de estos, nutrida de expresiones culturales como la música y el sancocho comunitario. La autora presenta un complejo y sugerente análisis acerca de las articulaciones entre protesta, represión y cultura en una región colombiana caracterizada por notables vínculos de solidaridad comunitaria, en la década del setenta, época caracterizada por gobiernos civiles que acudieron a variadas formas de violencia estatal basadas, como en el resto del subcontinente, en criterios de lucha contrainsurgente.

El artículo de Alesandra Martínez nos aproxima, a través de fuentes documentales y testimonios orales, a las relaciones de género y el papel de las mujeres en el marco de una organización

filoanarquista —la Resistencia obrero-estudiantil— con destacable presencia en algunos sectores de la clase trabajadora y el estudiantado uruguayo desde fines de los sesenta hasta el golpe de Estado de 1973. Más allá del objetivo central del trabajo de la autora, el artículo echa luz sobre redes de solidaridad de clase y la inserción territorial de la organización que hacía las veces de «frente de masas» de la Federación Anarquista Uruguaya (referente regional del anarquismo especificista). Sin romantizar el accionar de la organización, Martínez da cuenta de las relaciones de poder entre sus integrantes atravesadas por la dimensión de género. En este sentido, el trabajo representa un valioso aporte para el conocimiento, por un lado, de espacios de coordinación obrero-estudiantil tan importantes en la región, especialmente, en los procesos de radicalización de los sesenta y setenta y, por otro, de los límites de las estrategias revolucionarias de la época en cuanto a la participación y emancipación de las mujeres trabajadoras.

En síntesis, los artículos aquí reunidos revelan diferentes líneas de trabajo que resultan tanto de investigaciones individuales como de aquellas que derivan de proyectos colectivos. Los trabajos se inspiran en diferentes propósitos académicos: aportar a llenar vacíos historiográficos sobre la clase trabajadora, a iluminar intersecciones de clase y género o etnicidad escasamente atendidas o a explorar estos problemas en una década crucial en la historia reciente latinoamericana y sobre la cual quedan muchas aristas por develar. También aparecen estimulados por preguntas efectuadas desde un presente en que la clase trabajadora volvió a adquirir centralidad y lucha por sostenerla, en el marco de una nueva ofensiva del capital transnacional que, a través de una renovada voracidad neextractivista, pretende una vez más ubicar al subcontinente latinoamericano en el mercado internacional como proveedor de materias primas. Esto se ve reforzado por un nuevo triunfo de partidos de derecha que asumen el control del Estado; allí donde no, las frágiles condiciones sociopolíticas en que se mueven quienes le ganaron la pulseada a la ofensiva derechista en las urnas presenta desafíos y dilemas particulares a aquellos obligados a vender su fuerza de trabajo para vivir (o sobrevivir).

# “Uma outra abolição”? Mitologias brancas e resistências negras em Volta Redonda durante a ditadura empresarial-militar

## “Another abolition”? White mythologies and black resistance in Volta Redonda during the business-military dictatorship

Richard de Oliveira Martins<sup>1</sup> y Leonardo Ângelo da Silva<sup>2</sup>

### Resumo

O presente artigo discute algumas das manifestações do racismo estrutural na Companhia Siderúrgica Nacional (CSN) e no município de Volta Redonda, contrapondo-as ao discurso estatal que buscava negar o fenômeno, chegando ao paradoxo de atribuir o racismo aos próprios trabalhadores negros que o denunciavam. Argumentamos que a CSN configurou-se como um laboratório para o refinamento do ideal estatal que pretendia reformar a classe trabalhadora no país, envolvendo processos de controle social e “higienização”, vigilância continuada sobre os operários e um modelo de exploração crescente do trabalho, frequentemente desrespeitando os direitos à saúde e à segurança. Tais processos, particularmente agravados sob a ditadura empresarial-militar, não ignoraram a diversidade racial da classe trabalhadora na região, e alguns de seus efeitos mais nefastos

parecem guardar relação direta com a cor da pele daqueles que os vivenciaram.

**Palavras-chave:** ditadura, racismo, trabalhadores, responsabilidade empresarial

### Abstract

In this paper, we discuss structural racism manifestations inside the Companhia Siderúrgica Nacional (CSN) and in the city of Volta Redonda, opposing them to the Brazilian state discourse that sought to deny the phenomenon, reaching the paradox of attributing racism to the black workers who denounced it. We argue that the company became an experiment and a model case for the elaboration and refinement of a state ideal that intended to reform the working class in the country, involving processes

<sup>1</sup> Richard de Oliveira Martins é mestre em Ciência Política (2015) e doutor em História Social (2020) pela Universidade Estadual de Campinas, e está ligado à Rede de Processos Repressivos, Empresas, Trabalhadores/as e Sindicatos na América Latina, ao Grupo de Trabalho Empresariado e Ditadura no Brasil (GTEDB/UFRRJ) e ao Centro de Memória do Sul Fluminense (CEMESF/UFF). Atualmente, leciona no Instituto Federal de São Paulo (IFSP)

<sup>2</sup> Leonardo Ângelo da Silva é mestre (2010) e doutor (2019) em História Social pela Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro. Membro do Laboratório de Estudos de História dos Mundos do Trabalho (LEHMT/UFRRJ), do Grupo de Estudos dos Mundos do Trabalho e Pós-Abolição (TRAMPA/UFRRJ), também é colaborador do Centro de Memória do Sul Fluminense (CEMESF/UFF) e atua na Rede de HistoriadorXs NegrXs (HN)s

of social control, continuous surveillance of workers and a model of increasing exploitation, which often disrespected the rights to health and safety. However, such processes, particularly aggravated under the business-military dictatorship, did not ignore the racial diversity of the working class in the region, and some of their most harmful effects seem to be directly related to the skin color of those who experienced them.

**Keywords:** dictatorships, racism, working class, corporate responsibility

## Introdução: “Volta Redonda é o Brasil!”

O verso reproduzido acima é parte do hino da cidade de Volta Redonda, localizada na região Sul Fluminense, Estado do Rio de Janeiro. Carregado com o ufanismo típico dessas composições, o verso alude à importância da “cidade do aço”, como ficou conhecida, para o país, e entre construções de sentenças heróicas e pregações de grandeza nacional, a ode ao trabalho sempre se faz presente: “O lema do trabalho aqui se inflama” para “a grandeza da Pátria Adulta”.

A cantada grandeza da Companhia Siderúrgica Nacional (CSN) pode ser medida pela transformação do local, pois, se antes do período de sua construção, iniciada na década de 1940, Volta Redonda, com menos de 3.000 habitantes, era ainda um distrito rural do município de Barra Mansa, em 1954, ano da emancipação da cidade, somente a CSN já possuía um efetivo de 11.184 trabalhadores. Naquele ano, a população de Volta Redonda era estimada em 56.380 habitantes, 90 % dos quais concentrados no núcleo urbano do novo município (Morel, 1989, p. 52).

Oliver Dinius levanta um ponto interessante sobre a constituição racial da força de trabalho construtora da CSN e da cidade de Volta Redonda. Tendo acesso às fichas funcionais de trabalhadores para o período de 1941 a 1946, Dinius racializa as fotografias dos contratados e afirma que 69,2 % dos trabalhadores que vieram construir a CSN eram negros; ademais, segundo o mesmo autor, se foi de Minas Gerais que mais trabalhadores vieram para a localidade de construção da CSN, 83 % deles eram negros (60 % pardos e 23 % pretos). O pesquisador registrou inclusive a percepção equivocada, que até hoje persiste na cidade, de que havia muitos baianos em Volta Redonda. O “trem dos Baianos” era assim chamado pela cor da pele das pessoas que por ele chegavam, contudo, contrariando os estereótipos, esse trem trazia majoritariamente mineiros (Dinius, 2004, pp. 171-181).

Os dados produzidos por Dinius são preciosos, uma vez que não dispomos de muitas informações raciais acerca dos trabalhadores da localidade no período - o que nos parece um problema comum, em relação a dados trabalhistas, no Brasil pós-abolição. A racialização desses trabalhadores, entretanto, é fundamental para um questionamento aprofundado do discurso da “família siderúrgica” (Morel, 1989), gestado ainda nas décadas de 1940 e 1950 pela CSN, e que objetivava englobar trabalhadores e suas famílias em uma lógica de irmandade perante a empresa-mãe. Em um primeiro plano, tratava-se de uma expressão entre muitas do mito da “inclusão pelo trabalho”, tão caro ao desenvolvimentismo, em seus mais diversos matizes. Mas, para além disso, sob esse discurso, as diferenças e desigualdades raciais ficavam apagadas, numa perspectiva muito próxima da estabelecida por outro mito, o da “democracia racial”, que o Estado brasileiro fomentava e que tinha o respaldo de acadêmicos do porte de um Gilberto Freyre

Contudo, ao contrário da ideologia de “igualdade racial”, em flagrante contradição com as violências cotidianas e o racismo estruturante da formação social brasileira, o discurso da “família siderúrgica” parece haver sido mais eficaz, uma vez que se articulava a alterações significativas das condições de vida dos negros “incluídos” pelo trabalho. Em particular para a primeira geração de migrantes, vindos do campo para a cidade com o intuito de tomar parte na construção da usina, e especialmente para os que conseguiram se tornar empregados diretos da CSN, o acesso a estruturas e bens de consumo que muitos sequer conheciam, somado aos salários altos em relação aos pagos localmente, de fato, trouxe um senso de igualdade:

A Companhia dava comida, dava tudo, eu fui juntando um dinheiro, eu juntei dinheiro pra mim casá, comprei tudo novo, como a Companhia não tinha casa ainda, aí mostrei falei: “Dr. eu pretendo casar em 43, no final de 43” (Dinamarco, 2004, p. 169).

O relato acima é do senhor Henrique Alves da Silva, nascido em São José do Paranapanema, Paraná, em 14/06/1914, que chegou a Volta Redonda em janeiro de 1943. Nele, como em muitos outros, a CSN é descrita como uma empresa que “dava tudo”, no caso, especialmente a casa, um elemento vital para amenizar a insegurança estrutural que atingia os trabalhadores em geral, e os negros em particular. Entretanto, com o desmonte da estrutura assistencialista da CSN e as mudanças político-sociais implementadas pela ditadura empresarial-militar, as estruturas racistas, sempre presentes, revelaram-se com intensidade renovada, empurrando trabalhadores negros e suas famílias para posições cada vez mais inseguras diante de suas demandas de sobrevivência.

No presente artigo, propomos uma reflexão sobre as relações raciais em Volta Redonda e no interior da Companhia Siderúrgica Nacional durante a ditadura empresarial-militar, indicando articulações entre a ideologia ditatorial sobre a questão racial e as violências racistas específicas que se manifestaram na localidade, e apontando algumas das iniciativas de resistência e processos de afirmação identitária negra que se desenvolveram em tal contexto. Para tanto, tivemos como base material compilado e analisado pela pesquisa realizada através do projeto “Companhia Siderúrgica Nacional: violações de direitos e responsabilidades”, vinculado à Universidade Federal Fluminense (UFF), no âmbito do edital “A responsabilidade de empresas por violações de direitos durante a ditadura”, coordenado pelo Centro de Antropologia e Arqueologia Forense (CAAF) da Universidade Federal de São Paulo (Unifesp). Para além da diversidade de fontes utilizadas (periódicos, relatórios e entrevistas), na ausência de dados racializados nos documentos produzidos pela empresa aos quais tivemos acesso, recorreremos à heteroidentificação racial das personagens apresentadas nas fontes iconográficas.

Ao tomar como mote o verso extraído do hino municipal, “Volta Redonda é o Brasil!”, pretendemos, ainda, indicar a importância das investigações em nível local, calcadas em dados empíricos e atentas às particularidades regionais, para a complexificação das interpretações mais gerais acerca de fenômenos de caráter amplo em termos geográficos e cronológicos, como é o caso da ditadura brasileira. O tema da responsabilidade empresarial em violações de direitos humanos, quer pela concretude de suas expressões, quer por seus crescentes vínculos com iniciativas judiciais de memória e reparação, se encontra na ordem do dia no Brasil, e parece-nos terreno profícuo para o aprofundamento dessa relevante questão historiográfica.

## Ditadura e raça em Volta Redonda: insegurança estrutural, racismo institucional e o mito da “inclusão pelo trabalho”

As pesquisas sobre a ditadura empresarial-militar brasileira ganharam fôlego renovado na última década, a partir dos trabalhos da Comissão Nacional da Verdade (2014), a despeito de seus impasses e limites (Westhrop, Guedes Garrido, Genovez Parreira e Marques Prado dos Santos, 2016; Martins, 2022), dentre os quais cabe destacar a insuficiência do debate racial. Em que pese a presença de um capítulo temático, no segundo volume do relatório da Comissão, acerca das violações cometidas contra povos indígenas, pode-se constatar que as relações entre o racismo e as arbitrariedades ditatoriais foram praticamente ignoradas, ou quando muito, tratadas de maneira lateral ou compartimentalizada. Thula Pires (2018) aponta que o problema também se verificou nos trabalhos das comissões da verdade municipais, estaduais e setoriais instituídas no mesmo período, associando o fenômeno, entre outros fatores, a uma “visão simplista sobre o racismo, entendido puramente na sua dimensão intersubjetiva e dolosa”, bem como à incapacidade de “perceber a branquitude como racialidade”. Diante disso, como sugere a autora, cabe persistir na indagação, acerca dos vínculos entre o mito da democracia racial, os projetos da ditadura empresarial-militar e as experiências da população negra

naquele contexto, racializando as “falaciosas memórias incolores que reforçam os lugares de subalternidade e encobrem as agências de negros e negras que determinam seus percursos políticos em primeira pessoa, com sangue, suor e gritos (de ordem e de dor)” (Pires, 2018, p. 1058).

Analisando os vetores da violência estatal contra negras e negros no estado do Rio de Janeiro durante o período ditatorial, Pires identifica os órgãos da Justiça Penal (uma “engrenagem formada pelo Poder Legislativo, Judiciário, Ministério Público, Polícia, Sistema carcerário e demais agências formais de controle”) como estruturas responsáveis pela perpetração das mais perceptíveis e cotidianas violações de direitos contra a população negra. O racismo estrutural fazia-se notar sobretudo através das arbitrariedades que habitualmente acompanhavam a ação policial (que, ressalta a autora, esteve diretamente imbricada com as perspectivas da caserna a partir da militarização da polícia, em 1969): “A realidade de negros e negras era, em regra, permeada por ‘blitz’, prisões arbitrárias, invasões a domicílio, expropriação de lugares de moradia (remoções), torturas físicas e psicológicas, além do convívio com a ameaça latente dos grupos de extermínio” (Pires, 2018, pp. 1061-1063). Pires argumenta que o sentido dessa violência, frequentemente, foi o de *neutralizar os processos de articulação negra*, hipótese que nos parece fundamentalmente acertada, e da qual tornaremos a tratar adiante.

Outra dimensão relevante em que o racismo estrutural se expressou sob a ditadura foi o da intensificação dos níveis de exploração do trabalho, fenômeno sentido pelo conjunto das classes trabalhadoras, mas que atingia negras e negros de maneira agravada. Refletindo sobre esse tema, Lélia Gonzalez (Rios e Lima, 2020), ativista negra feminista e uma das maiores intelectuais brasileiras do século XX, demonstrou que o projeto econômico imposto pela ditadura dependia da pacificação da sociedade civil, lograda sobretudo através do autoritarismo e da repressão - o exemplo mais nítido é dado pelos Atos Institucionais, que estabeleceram as bases para o “milagre econômico”. Esse modelo de desenvolvimento sustentava-se em um tripé composto pelo Estado, pelo capital local e o estrangeiro transacional. Em consequência, “as massas foram totalmente destituídas do poder, tendo sofrido um processo de empobrecimento”, que afetou particularmente a população negra:

Os anos de 1964 e 1970 se caracterizaram pela introdução agressiva de capital estrangeiro no país, ampliando sua área industrial, ao mesmo tempo que as empresas nacionais, menores, eram desnacionalizadas ou destruídas (houve uma elevada taxa de falências após 1965). Era por meio dessas pequenas empresas que os negros participavam do mercado de trabalho (Gonzalez em Rios e Lima, 2020, p. 114).

Além disso, a crescente capitalização do setor agrícola fomentou o êxodo rural, já que, para muitos trabalhadores do campo, destituídos de propriedades, “o único meio de evitar a miséria e a fome era a migração para as áreas desenvolvidas, os centros urbanos”. Ali, esses trabalhadores, em sua maioria negros, considerados sem qualificação para os setores de ponta da indústria, tornavam-se força de trabalho barata para outras atividades, como a construção civil. Desse modo, Gonzalez (Rios e Lima, 2020) constata que “a maior parte dos trabalhadores negros não foi afetada pelos ‘benefícios’ do ‘milagre’” (p. 115).

As dinâmicas de absorção da força de trabalho negra identificadas por Gonzalez para o período ditatorial revelam tensões raciais já percebidas em Volta Redonda anteriormente, uma vez que a industrialização do município se iniciou ainda sob o Estado Novo varguista. Estima-se que 69,2 % dos trabalhadores envolvidos na construção da CSN eram negros, e 61,4 % deles permaneceram na região por ao menos 5 anos (Dinius, 2004, p. 211). Se, de fato, a incorporação daquela massa de migrantes, que tomou parte na obra e compôs a primeira geração de trabalhadores da CSN, ao mundo do trabalho formal representou uma substancial redução de sua insegurança estrutural, não devemos depreender que essa transformação tenha atingido trabalhadores racialmente diversos com a mesma

intensidade; tampouco podemos superestimar a margem de redução dessa insegurança, uma vez que, embora massiva, a política assistencial da companhia estava longe de ser suficiente. Em 1954, segundo o relatório da diretoria da empresa, foram realizados no hospital da usina 939 partos, 15.042 exames de laboratório, 3.857 internações, 15.120 atendimentos em pronto socorro, além de 47.280 crianças atendidas na Divisão de Puericultura; as despesas com o Hospital atingiram Cr\$ 34.575.092,10 com um déficit de Cr\$ 23.647.363,80. Apesar do volume dessas ações no campo da saúde, o número de casas disponibilizadas pela empresa a seus trabalhadores ainda se mantinha abaixo do projetado em 1946, totalizando somente 3.601 residências definitivas. O déficit no número de residências, por sinal, foi um problema constante nessa e em outras fases da história da companhia, e atingia em maior número os trabalhadores menos especializados, ou seja, os trabalhadores negros.

Segundo Morel, ainda naquele período, longe de buscar a ampliação de seus serviços assistenciais, a CSN, pelo contrário, queria se desvencilhar de determinadas obrigações geradas pelo modelo de *company town*, de modo que não se opôs à emancipação do distrito, ainda em 1954. Contudo, o regime de isenção fiscal dado à empresa começou a ser questionado no final daquela década, e acabou definitivamente em 1963, quando a CSN teve de efetuar pagamentos milionários à prefeitura. Naquele contexto, o município se encontrava em crise: mais de 40.000 habitantes “não possuíam acesso à assistência médica, nem condições de saneamento”, sentindo na pele os impactos da cessação dos serviços que a estatal prestava à cidade, avaliados por parte dos analistas como típicos de uma postura “paternalista” (Morel, 1989, pp. 258-291). Desse modo, já estava em curso uma gradual desarticulação do ideal de “família siderúrgica” promovido pela empresa; a ênfase dos discursos agora recairia sobre outros elementos que sempre haviam estado atrelados à imagem que a CSN buscou construir: “progresso”, “desenvolvimento” e “inclusão pelo trabalho”.

Durante a implementação do “Plano de Expansão D”, elaborado sob a ditadura com o objetivo de expandir a produção da CSN, a estatal passou a revisar abertamente as concepções “paternalistas” que a haviam animado até então. Esta percepção foi obtida pelo pesquisador Eduardo Ângelo da Silva, ao trabalhar com relatórios da Associação dos Diplomados da Escola Superior de Guerra (ADESG) acerca das obras que seriam necessárias para a referida expansão, e que apontavam que “o paternalismo de tempos anteriores havia gerado uma acomodação dos indivíduos, em especial dos trabalhadores, a qual bloqueou a iniciativa privada e não os motivaram à competição” (Silva, 2010, p. 44). Assim, a partir do governo militar, a reeducação viria em contexto “de maior competição da mão de obra, com forte necessidade de qualificação, e a iniciativa privada, via emergência de novas ‘lideranças comunitárias’ (empreendimentos privados) e apoio do poder público, poderia assumir as responsabilidades ligadas à comunidade” (Silva, 2010, p. 45). Os relatórios também já deixavam evidente que tais transformações realizadas em curto prazo poderiam gerar conflitos sociais, tornando o contexto propício à atuação de “subversivos”. Então, demonstrando o aumento da atenção dos militares para com a localidade, a cidade se tornou Área de Segurança Nacional, em 1973.

Tratando ainda da composição racial da classe trabalhadora local sob a ditadura, podemos utilizar o jornal *O Lingote* para estipular, mesmo que de maneira aproximativa, a sub-representação negra na imagem pública que a CSN buscava construir. O periódico da empresa trazia duas seções em que, a cada edição, alguns de seus funcionários eram apresentados: na mais antiga e longa delas (“Conheça seu colega de trabalho”), que compreende o período de 1953-1977, 38,5 % dos trabalhadores entrevistados eram negros; para a segunda seção (“O homem no trabalho”), que corresponde apenas ao período de 1964-1966, eles eram 38,9 % dos apresentados. Em ambos os casos, como os números demonstram, o protagonismo nas fotos e histórias não era dos trabalhadores negros, mesmo sendo eles, se as estimativas de Dinius estão corretas, a maioria.



Portanto, sob a ditadura empresarial-militar, a distribuição racializada da força de trabalho no maior empreendimento de Volta Redonda persistiu e ganhou novos caracteres: no interior da usina, os negros eram habitualmente encontrados nos postos mais duros e perigosos, com piores remunerações. O racismo institucional da CSN, recentemente investigado em profundidade no âmbito do projeto “Companhia Siderúrgica Nacional: violações de direitos e responsabilidades”, talvez tenha seu exemplo mais escancarado na prática, adotada pela estatal, de empregar trabalhadores negros em setores com alto risco de intoxicação, onde havia grande probabilidade de que desenvolvessem leucopenia. Uma vez que um dos sintomas do quadro era a redução do número de glóbulos no sangue, a CSN argumentava que tal indicador não era reflexo de leucopenia, mas sim de anemia falciforme, um transtorno hereditário mais comum na população negra e que também afeta os glóbulos sanguíneos (no caso, os vermelhos).

No Brasil, a leucopenia (ou “benzenismo”) só foi reconhecida como doença relacionada ao trabalho pelo Ministério do Trabalho em 1987, após vários casos serem trazidos à tona pela luta dos trabalhadores e pela ação conjunta de delegacias do trabalho em parceria com a Fundação Centro Nacional de Segurança, Higiene e Medicina do Trabalho (Fundacentro) que analisou, principalmente, casos de benzenismo ocorridos na Companhia Siderúrgica Paulista (Cosipa) e na CSN. Basicamente, a contaminação estava diretamente relacionada à inalação do gás benzeno, subproduto da queima do coque (carvão mineral) dentro das empresas siderúrgicas. A intoxicação frequentemente resultava no enfraquecimento do indivíduo - o que gerava afastamentos, desvios de função no trabalho ou mesmo a demissão - e os casos mais graves apresentavam risco de óbito.

Mesmo após o reconhecimento do nexos trabalhista da doença, a CSN continuou negando que ela derivasse de intoxicação, recorrendo à questão genética como fundamento para negar indenizações aos trabalhadores contaminados, como no caso do Processo n.º 0379300-54.2005.5.01.0342, de 2005, em que o autor era preto, foi contratado como forneiro e trabalhou de 24/03/86 a 17/03/1993. Na Comunicação de Acidente de Trabalho emitida pela empresa há a seguinte informação: “Trabalhava na SLE - Manuseando gás benzeno”. Contudo, na contestação judicial, a empresa afirmou que a leucopenia é uma característica transitória causada por diversos fatores, dentre eles a *origem étnica*, e que deveria o autor provar que não possuía propensão genética ao aparecimento da doença. A postura da empresa demonstra a que ponto a “inclusão” social pelo trabalho, exaltada pelo discurso desenvolvimentista-autoritário, era recortada racialmente. Para os negros da CSN, essa “inclusão” tinha um custo oculto, mas bastante objetivo: o risco do adoecimento.

Em uma edição do já citado jornal *O Lingote*, de 1966, o General Pinto da Veiga, nomeado presidente da CSN logo após o golpe, analisava “o papel da Companhia Siderúrgica Nacional no desenvolvimento sócio-econômico do Brasil” e colocava a empresa como o motor do país para a política de desenvolvimento. Acrescentava ainda que a CSN tinha esse papel desde a sua fundação, e que a produção industrial brasileira correria riscos “se dela se retirasse o suporte da produção de aço da Usina da CSN”. Na mesma edição, outra notícia informava que, em visita ao município e à estatal, uma “Turma da ESG [Escola Superior de Guerra] sentiu vida teórica e prática em VR [Volta Redonda]”. As matérias citadas acima evidenciam duas continuidades na história da empresa: a ideia de uma centralidade da CSN para o “progresso” nacional (preocupação comum aos “desenvolvimentistas”, fossem liberais ou autoritários), e a circulação de doutrinas e elementos militares na estatal (frequentemente ocupando cargos de diretoria e gestão).

A ideologia do “progresso” atrelada à realidade do trabalho precarizado parece haver sido uma constante na CSN, mas, sob a ditadura, esse “progresso” tendia a evidenciar, com crescente nitidez, corpos negros nas piores posições de trabalho. O que se via era um quadro de inclusão excludente,

pois os trabalhadores negros, muitos deles de origem rural, adentravam o espaço fabril, mas não eram incluídos na mobilidade sócio-funcional dentro da empresa. Por esses e outros motivos acreditamos que Flávio Gomes e Marcelo Paixão estavam corretos ao afirmarem que “o modelo desenvolvimentista acabou sendo forjado utilizando como motor ideológico o próprio mito da democracia racial” (Gomes e Paixão, 2008, p. 185), consideração à qual retornaremos na próxima seção deste artigo.

Mas, antes disso, cabe destacar quão tardia foi a percepção de que o fator raça deveria ser levado em conta nas análises acadêmicas da composição da classe trabalhadora de Volta Redonda e das particularidades que fomentavam as identidades e as lutas com protagonismo negro dentro da CSN sob a ditadura. Um caso emblemático dessa problemática é o da “greve dos peões” de 1979.

O movimento paredista dos “peões” (em alusão às peças menos valiosas do xadrez) ou “piões” (referência ao brinquedo, aplicada aos trabalhadores por estarem sempre “rodando” de emprego em emprego, o que era particularmente verdadeiro para os funcionários contratados temporariamente pelas empreiteiras que prestavam serviços à estatal) foi o movimento dos trabalhadores das empresas “terceirizadas” da CSN, em sua maioria ligadas ao ramo da construção civil e envolvidas com o já citado “Plano de Expansão D” da CSN. As obras atraíram uma nova leva de migrantes para o município, fenômeno retratado, ainda em 1976, nas páginas do jornal *Opção*, que descreve o cotidiano e as características daqueles trabalhadores da construção civil, muito diversas das que se atribuía ao empregado direto da CSN:

O “pião” (por estar sempre rodando), o “bóia fria” (comida de operário) e o “ariçó” (ave que não tem morada fixa) são alguns dos apelidos dados ao trabalhador. Em Volta Redonda, a Companhia Siderúrgica Nacional construiu no prolongamento do bairro Aterrado, numa área de trezentos e onze mil, quinhentos e sessenta metros quadrados, 136 alojamentos com capacidade para receber cerca de 6 mil homens. Estes, na faixa etária de 40 anos, dificilmente correspondem-se com a família, alguns por não terem motivos e outros por não terem tempo, já que a falta de dinheiro os obriga a fazer “serões” [horas extras noturnas] quase que diariamente.

No bairro da Aterrado, atrás do novo pronto-socorro municipal, está localizado o alojamento dos “piões” de Volta Redonda. São 136 alojamentos tipo “barracões”, com 6 camas beliche de madeira em cada quarto.

O periódico exhibe uma série de relatos colhidos entre os “piões” que se apresentavam no alojamento. Flávio Prado, 21 anos, natural de Minas Gerais, descreve o ambiente como exaustivo e diz que está cansado de ficar sozinho sem ter o que fazer na cidade e sobre a comida: “A comida que recebemos é estragada e não existe fiscalização. E não tem ninguém preocupado com a gente, pois senão, eles mandariam construir quadra de esportes no alojamento para que os peões não andassem enchendo a cara por aí, gastando seu dinheiro à toa”. Apesar disso, *Opção* registrava que muitos peões que iam embora tinham por hábito informar aos desempregados de suas regiões de origem que, em Volta Redonda, tinha emprego, e que a cidade era melhor do que outras com problemas maiores.

A greve de 1979, protagonizada por operários com o mesmo perfil, foi impactante para a região, e é ilustrativa das condições de trabalho vivenciadas por aqueles que fizeram o “milagre econômico” acontecer, mas não puderam se aproveitar de seus frutos. A mobilização, comandada pelos próprios trabalhadores das empreiteiras, sem a coordenação do Sindicato da Construção Civil - uma “greve selvagem”, nos termos do preconceituoso jargão jurídico - tinha motivações econômicas, mas também humanitárias e, ademais, pode ser considerada a primeira greve ocorrida em Volta Redonda no pós-1964.

Historiograficamente, a própria ocorrência dessa greve se revelou como um fato praticamente desconhecido, seguindo como um ponto aberto à investigação. Um dos poucos estudiosos a tratar da mobilização, Eduardo Ângelo da Silva (2010), sugeriu que a precarização das condições de trabalho e

de vida da classe trabalhadora local, principal fator desencadeador da greve de 1979, foi impactante a ponto de ocasionar a mudança e a ressignificação das nomenclaturas atribuídas aos operários da região. O termo que, nos anos 1970, expressava o pertencimento à classe trabalhadora em Volta Redonda era *arigó*, palavra que surgira com uma conotação negativa (ave migratória, “sem lar”), mas que já havia passado por um processo de ressignificação, sendo incorporada como positiva pelos trabalhadores. Que um segmento da classe começasse a ser tratado por novos termos pejorativos - *peões* ou *piões* - expressava as divisões que se ampliavam dentro dela, refletindo a agenda ditatorial para a principal empresa da cidade e o tratamento que ela destinava a seus trabalhadores (Souza, 1989; Silva, 2010), fatores que passavam a ser abertamente questionados no contexto da luta pela redemocratização (Soares, Da Fonseca e Dos Santos, 2022). Nesse sentido, a greve de 1979 parece ter exercido um efeito de ressignificação positiva dos termos “peão”/“pião”, similar ao que ocorrera com a palavra “arigó” nos anos 1950.



Contudo, a questão racial parece haver passado ao largo dessas construções, mesmo quando fortes evidências, principalmente iconográficas, indicam que ela, mais uma vez, atravessava o fenômeno em foco. A imagem ao lado, que se apresentava sem legenda na matéria extraída do jornal *Opção* citada acima, instiga-nos a racializar os “peões” que protagonizaram a mobilização de 1979. É necessário avaliá-la sob tais lentes, e indagar, com o empréstimo da expressão de Jan Hoffman French (2017): não seriam os corpos negros em posições precárias e insalubres mais um “segredo público” no Brasil?

A “greve dos peões” eclodiu em 15/10/1979, motivada pelas condições insalubres de trabalho e os baixos salários. O movimento estourou primeiro entre os “piões” da Empreiteira Odebrecht (que tinha aproximadamente 3.200 operários), logo seguidos pelos da Concid (1.600), Almeida & Filho (1.300), Servix (2.800) e das demais empreiteiras (em um total geral de 15 empresas) que possuíam contingente de 300 a 200 homens, aproximadamente, perfazendo mais de 10 mil grevistas.

Aos gritos de: “Não abrimos mão de 70 %” e “somos trabalhadores e não marginais”, cerca de 13 mil operários das empreiteiras que fazem obras para a Companhia Siderúrgica Nacional promovem uma passeata, na tarde de ontem, nas ruas centrais de Volta Redonda, e em seguida se concentram na Igreja N.S. Aparecida, à espera de resultados dos entendimentos entre suas lideranças, o Delegado Regional do Trabalho, Luís Carlos de Brito, e representantes das empresas [...].

Os trabalhadores reclamam da má qualidade da alimentação, falta de opções de esporte e lazer, e denunciam arbitrariedades e violências por parte da guarda de segurança particular da CSN e das empreiteiras.



Secretaria de Estado de Segurança Pública- RJ. 2.º CSP-VR. Serviço Regional de Informações especiais - DGIE. Enco. n.º 150/79 - SERIE VR. Movimento Grevista dos empregados em empreiteira VR - Album de fotografia sobre o movimento.

Matérias como “Um peão desaparecido”<sup>1</sup> (dando notícia de “tiroteio” promovido pela Polícia Militar durante a repressão à greve e informando sobre o sumiço de um trabalhador) e “Operário Espancado no Escritório Central: Empreiteiras Paralisadas”<sup>2</sup> davam o tom do ambiente no período da mobilização. A foto acima corrobora nossa hipótese de que as obras de modernização da CSN tinham, mais uma vez, uma raça-cor protagonista, destinada ao trabalho subalterno em condições insalubres, e à repressão, caso se levantasse contra sua situação. Novamente, o mito da “inclusão pelo trabalho” evidenciava seus limites raciais.

Em documento de 16 de janeiro de 1980, encontramos fichas funcionais da empreiteira Servix que, acreditamos, podem *enegrecer* as coisas. O documento faz parte do material levantado pelo já citado projeto atrelado ao CAAF, junto ao Arquivo Público do Estado do Rio de Janeiro (APERJ), e traz 34 fichas de funcionários apontados à polícia pela empresa como lideranças do movimento grevista na empreiteira. Heteroidentificando os trabalhadores racialmente, temos: trabalhadores não identificados (pela resolução insuficiente da foto): 5; trabalhadores brancos: 6; trabalhadores pardos: 17, e trabalhadores pretos: 6, ou seja, 23 trabalhadores negros.<sup>3</sup>

Longe de ser uma exclusividade da produção memorialística e acadêmica voltarrondense, o olhar voltado para a classe, mas incapaz de ver e atribuir a importância devida à sua diversidade racial, tem sido uma constante nos tratamentos dados aos mundos do trabalho. Diante disso, acreditamos que racializar as fontes faz parte de um processo de rompimento com a nossa cegueira pública sobre

1 *Opção*, 20 a 26 out. 1979, p. 1.

2 *Integração*, 18/10/1979, s/d. Recorte presente no documento: Secretaria de Estado de Segurança Pública- RJ. 2º CSP-VR. Serviço Regional de Informações especiais - DGIE. Enco. n.º 43/79. Movimento Grevista VR - Recortes de Jornais.

3 Secretaria de Estado de Segurança Pública- RJ. Serviço Regional de Informações especiais - DGIE. Enco. n.º 13/80 - SÉRIE VR. Movimento Grevista dos Trabalhadores da Servix SA - Relatório de Serviços e outros.

o racismo (Silva, 2022, p. 45), especialmente quando assumimos seu caráter estrutural na sociedade brasileira. Ademais, se a história de Volta Redonda tem sido, há décadas, abordada pela vertente da classe e se, em sua maioria, são corpos negros os que viveram e ainda vivem a precarização e a subalternização no trabalho, talvez tenhamos que discutir abertamente os paradigmas silenciosos da *branquitude* em nossa produção historiográfica. Quanto dela está impregnada em nossas lentes e letras? O alerta não é de modo algum recente; intelectuais negras e negros como Lélia Gonzalez e Abdias Nascimento (não por acaso, ambos considerados “subversivos” pela ditadura no Brasil), já o haviam levantado sob o autoritarismo aberto. A indagação é, na atualidade, ainda mais inescapável, se buscamos romper integralmente com a mitologia da “democracia racial”, outro elemento central dos discursos ditatoriais e eixo da próxima seção deste artigo.

## “A maior democracia racial do mundo”:<sup>4</sup> ditadura, violência e interdição da discussão racial

Diversos intelectuais e ativistas ligados ao movimento negro brasileiro, em suas variadas expressões, foram enfáticos ao denunciar a falácia constantemente reafirmada pelos porta-vozes do governo ditatorial, especialmente em âmbito internacional, segundo a qual a sociedade e o Estado brasileiro seriam essencialmente antirracistas, uma vez que o “povo brasileiro [...] nasceu da fusão harmoniosa de várias raças, que aprenderam a viver juntas e trabalhar juntas, numa exemplar comunidade”, argumento apontado por Abdias Nascimento (2016, pp. 105-106) como um verdadeiro “insulto à inteligência da comunidade negra” brasileira. Conforme a brilhante demonstração do autor em *O Genocídio do Negro Brasileiro*, o discurso oficial do governo estava perfeitamente articulado à “magia branca” que pretendia mascarar o racismo cotidiano profundamente enraizado no país através de variados expedientes, dentre os quais a *interdição da discussão racial* não era de menor importância.

Com vistas a impedir que os negros e negras brasileiras conhecessem sua própria história, seu número e sua força, foi sempre necessário à branquitude fomentar mitos como o do “senhor benevolente”, nos períodos colonial e imperial, e o da “integração do negro” no pós-escravatura. Ocorre que tais embustes, como falsificações históricas que são, não encontram apoio nas variadas fontes que documentam a realidade racial do Brasil, de tal forma que os próprios dados e documentos se tornaram um alvo dos ideólogos (racistas) da “democracia racial”. Vejamos:

Anteriormente, já tivemos ocasião de mencionar o ato de 1899, do ministro das finanças Rui Barbosa, ordenando a incineração de todos os documentos - inclusive registros estatísticos, demográficos, financeiros e assim por diante - pertinentes à escravidão, ao tráfico negreiro e aos africanos escravizados. Assim, supunha-se apagar a “mancha negra” da história do Brasil. Como consequência lógica desse fato, não possuímos hoje os elementos indispensáveis à compreensão e análise da experiência africana e de seus descendentes no país. *Similarmente negativa se revela a recente decisão de eliminar dos censos toda informação referente à origem racial e à cor epidérmica dos recenseados, dando margem às manipulações e interpretações das estatísticas segundo os interesses das classes dirigentes* (Nascimento, 2016, p. 93, grifo nosso).

4 Tal juízo aparece em artigo redigido pelo jornalista português Antonio de Figueiredo, observador do Segundo Festival Mundial de Artes e Cultura Negra e Africana (Festac '77), realizado em Lagos. O texto trata da atuação dos diplomatas e representantes oficiais do governo brasileiro no evento, interessados em “aumentar a projeção do Brasil na África moderna e principalmente na Nigéria”. Segundo Figueiredo, a reputação do país enquanto uma efetiva democracia racial corresponderia a “um fato que alguns brasileiros tomam como sendo tão incontestável como a terra ser redonda e que muitos estrangeiros, e principalmente africanos, nunca viram contestado” (Figueiredo em Nascimento, 2016, pp. 109-110).

No trecho destacado, Nascimento se referia aos censos realizados a partir de 1950, e mais especificamente ao de 1970, conduzido sob a ditadura empresarial-militar. Naquela ocasião, o argumento da Comissão Censitária para tal era o de que as categorias raciais no Brasil eram altamente variáveis e indefinidas, de modo que “não seria possível aos recenseadores recolher dados fidedignos” (Skidmore, 1976, p. 238). Entretanto, a delegação oficial enviada pelo governo brasileiro ao Segundo Festival Mundial de Artes e Cultura Negra e Africana (Festac '77) não se eximia de mencionar aquele censo como base para a afirmação do “predomínio do elemento branco” no país. E ia mais longe, revelando a ideologia racista do branqueamento entranhada em suas alegações: “No Brasil, mesmo mestiço que tenha alguma coisa, pequena ou grande, de sangue negro ou índio, mas não apresente aparência física de um desses grupos, já é considerado branco. O que testemunha a ausência de qualquer discriminação de natureza racial, quanto à origem étnica da pessoa” (Diégues Jr. em Nascimento, 2016, p. 91).

Ora, a destruição de documentos e a ausência deliberada da inclusão de dados raciais nos levantamentos estatísticos, por um lado, bem como as “manipulações e interpretações das estatísticas segundo os interesses das classes dirigentes”, por outro, só poderiam fomentar um cenário de interdição da discussão racial. Ainda de acordo com Abdias do Nascimento (2016):

A camada dominante simplesmente considera qualquer movimento de conscientização afro-brasileira como ameaça ou agressão retaliativa. E até mesmo se menciona que nessas ocasiões os negros estão tentando impor ao país uma suposta superioridade racial negra... Qualquer esforço por parte do afro-brasileiro esbarra nesse obstáculo. A ele não se permite esclarecer-se e compreender a própria situação no contexto do país; isso significa, para as forças no poder, ameaça à segurança nacional, tentativa de desintegração da sociedade brasileira e da unidade nacional. Como o cientista político ganaiense, Anani Dzidzienyo, tão propriamente conclui: “Qualquer reação do negro à situação brasileira enfrentaria dois inconvenientes: uma opinião oficial que consideraria ‘atividades raciais’ como subversivas, e a atitude geral da sociedade que as consideraria divisionistas” (p. 94).

Sob a ditadura, tal situação veio a adquirir alguns caracteres específicos, evocando o ideário típico do contexto internacional da Guerra Fria, conforme veremos a seguir. Mas cabe adiantar que o apagamento da diversidade racial em levantamentos estatísticos pode ser percebido até mesmo em relatórios de inteligência produzidos pelos militares, para circulação interna ou como subsídio para ações governamentais. Como “área de segurança nacional”, considerada estratégica pelo governo brasileiro, Volta Redonda foi objeto de grande quantidade de estudos promovidos por agências estatais e paraestatais, frequentemente vinculadas à caserna. Enquanto alguns desses organismos compunham estruturas oficiais do Estado brasileiro, outros configuravam-se como agrupamentos relativamente informais ou semiclandestinos (Martins, 2022), ou ainda como sociedades civis estáveis e com atuação pública. A esse último subgrupo pertence a Associação dos Diplomados da Escola Superior de Guerra, que, no início dos anos 1970, empreendeu estudos sobre a “influência da expansão da CSN na comunidade” voltarense.

Focado sobretudo em considerações de ordem econômica, o relatório que sintetizava tais estudos não se isentava de expressar avaliações políticas, bastante reveladoras das diretrizes e opiniões de seus autores. Diante das previsões de um acelerado crescimento populacional do município “em decorrência, principalmente, do arrojado plano de expansão já em execução pela maior empresa de siderurgia do país” (O “Plano D”), a ADESG recomendava a instalação permanente “de uma fração do Exército na área de Volta Redonda”,<sup>5</sup> além da presença de um “elemento fixo de tropa da Polícia

5 Muito embora se indicasse expressamente que o 1.º Batalhão de Infantaria Blindada (BIB) de Barra Mansa, cidade vizinha, já cumpria funções de vigilância e repressão política na localidade: “... o 1.º BIB mantém uma estreita ligação com Volta Redonda, inclusive tendo a maioria de seus oficiais e sargentos residindo nessa cidade,

Militar” e da melhoria do “dispositivo policial civil”, como forma de combater a atuação de “organizações espúrias” que “têm procurado transformar Volta Redonda em palco de agitação e subversão” (Associação dos Diplomados da Escola Superior de Guerra [ADESG], 1971, pp. 52-58). De acordo com a visão dos diplomados da ESG, era necessário conhecer em detalhe o município, para conter a “subversão” e garantir estabilidade em meio a um cenário de possível “agravamento dos problemas sociais”. Entretanto, ao discutir tais problemas, o relatório silencia sobre a questão racial, parecendo mesmo contorcer-se para evitar qualquer menção ao termo “raça” - e, até por isso, tornando a omissão mais gritante - . Vejamos:

No que tange aos aspectos sociais, a influência da expansão da CSN na comunidade, está diretamente ligada a um conjunto de fatores determinantes da maior ou menor oportunidade de participação do indivíduo no processo de desenvolvimento, quer como importante elemento de produção, quer como beneficiário de todo equipamento comunitário colocado à sua disposição para satisfação de suas necessidades bio-psico-sociais.

*A falta de dados estatísticos e registros impossibilitam retratar com segurança a realidade do município no setor social. Portanto, não serão analisados os aspectos, referentes aos valores, padrões e cultura, trazidos pelo fluxo migratório que deram origem à concentração humana em torno da grande usina, nem o impacto resultante pelo confronto desses valores, costumes e tradições que se posicionaram na comunidade que surgia (ADESG, 1971, p. 35).*

Mais uma vez, a “falta de dados” é invocada para justificar o apagamento da diversidade e interditar a discussão racial. Mas fontes da “comunidade de segurança e informações” brasileira indicam que, no interior da caserna, o tom era outro. Um exemplo entre muitos pode ser indicado em um relatório secreto produzido pelo Centro de Informações de Segurança da Aeronáutica, em 1978, no qual se lê: “Existe [sic] no Brasil, há algum tempo, propósitos velados de determinadas organizações em explorar o que chamam de ‘discriminação racial’, contando com o apoio, por ser notícia, dos órgãos de comunicação social”.<sup>6</sup> A inteligência militar considerava que as denúncias e debates sobre o racismo não eram mais que a manifestação de uma estratégia para desestabilizar o governo, afirmando que as organizações envolvidas<sup>7</sup> utilizavam “casos específicos e esparsos de discriminação racial” para criar uma visão fictícia ou “agravar, tensões sociais” objetivando “a formação de um clima propício para as suas atividades”.

Não se tratava, portanto, de falta de dados, mas sim, de quais dados deveriam ser produzidos: logicamente, aqueles que permitiam enquadrar a militância negra como um problema de segurança nacional. Acompanhamos Thula Pires (2018) no apontamento de que a ação da ditadura incluía a “repressão orientada a neutralizar os processos de articulação negra” (p. 1062). A interdição da discussão racial protagonizada por negras e negros tinha um propósito político, visando inviabilizar o contraponto à mitologia racial da ditadura, cuja expressão local em Volta Redonda era a narrativa que apresentava a CSN (e o Estado brasileiro, através dela) como promotora de um grande movimento “emancipacionista”.

Luís Felipe Silva, em sua recém-defendida dissertação sobre a ditadura militar e a questão racial na CSN, recupera um episódio (mais uma vez, extraído das páginas de *O Lingote*) particularmente

*o que facilita o trabalho preventivo e de vigilância informal. Pelo trabalho constantemente planejado pelo contato permanente com as autoridades, classes empresariais e o povo de uma maneira geral, o I.º B1B tem podido cumprir com eficiência sua missão de segurança, com os olhos voltados particularmente para a CSN” (ADESG, 1971, p. 51).*

6 “Relatório Mensal de Informações - Síntese n.º 08”, de 31 de agosto de 1978, pp. 15-23. Centro de Informações de Segurança da Aeronáutica (CISA). Arquivo Nacional (BR AN DFBSB Z4 SNA OEP 0022, fls. 43-51).

7 Como o Centro de Estudos Afro-brasileiro, Centro de Cultura Afro-brasileira, Grupo Cultural Zumbi, Reunião Cultural do Negro, Clube Jegue Plu, Institutos de Pesquisa da Cultura Negra (IPCN), Grupo Apache, Grupo Olorum Baba Mim, entre mais outros 11 listados. *Idem*, p. 17 (fl. 45).

ilustrativo da utilização do mito da “democracia racial” como elemento articulado a um imaginário que, tal como viemos discutindo, negava o conflito racial mediante a afirmação da “inclusão pelo trabalho” e do “progresso” que a empresa trazia. O historiador cita um discurso do embaixador de Senegal, proferido em visita a Volta Redonda no ano de 1969, publicado sob o título “vr é outra abolição”:

Assimilado pela etnia brasileira, o negro africano escravo de outrora é o brasileiro de hoje que se confunde nesta harmonia de raças, neste extraordinário colorido humano que é a democracia racial em evolução no Brasil. *Esta usina siderúrgica de Volta Redonda trabalha agora para uma outra abolição, que atinge todos nós* – a emancipação sócio-econômica desta nação-continente (Silva, 2022, p. III, grifo nosso).

O discurso do embaixador reunia todos os elementos que apontamos: a afirmação da “democracia racial em evolução no Brasil”, bem ao gosto da ditadura, temperada com as ideias de “progresso” e “emancipação socioeconômica”, para “todos nós” – sem qualquer espaço para considerações sobre a diversidade e os fatores particulares que atingem setores dessa coletividade imaginária. Contudo, fosse dentro da usina, fosse fora dela, seguiam manifestando-se as expressões do racismo, particularmente agravadas em seus efeitos por conta das políticas implementadas pela ditadura empresarial-militar e pelo desmonte da estrutura local voltada às necessidades da classe trabalhadora. Mas as resistências negras também se fizeram notar, nas mais diversas esferas. Do campo da cultura e do entretenimento, brotou um dos exemplos mais significativos das articulações que a população negra de Volta Redonda teve de construir para garantir suas expressões e sua sobrevivência.

## Clube Palmares de Volta Redonda: “chá de revelação da raça” para um “Abolicionismo” de fachada?

Adelaide Maria Afonso Máximo, professora da rede pública, militante do movimento negro e fundadora do Movimento de Conscientização do Negro de Volta Redonda, durante sua participação no curso antirracista do Clube Palmares, em 2022, argumentou que a cidade de Volta Redonda necessitava de um “chá de revelação da raça” – uma alusão às festas de revelação de gênero organizadas por gestantes, indicando o desconhecimento ou a invisibilização da composição racial do município entre a população e na memória pública local. A militância do Clube Palmares, do qual Adelaide considera-se membro de “segunda geração”, esteve empenhada em fazer avançar essa “revelação” desde seu surgimento.

O Clube Palmares tem como data de fundação o dia 31 de janeiro de 1965. Segundo o *site* do próprio clube, naquele mesmo ano o Palmares foi considerado um organismo de Utilidade Pública Estadual (lei n.º 5.599/65); um ano depois, também foi considerado de Utilidade Pública Municipal (deliberação n.º 796, boletim 52/66). Em 2023 o clube celebra seus 58 anos, e por ter sido protagonista de várias ações relevantes para a memória e a história da Cultura Afro-Brasileira e Africana, tem obtido reconhecimento público, sendo agraciado com o “Prêmio de Cultura Afro Fluminense do Governo do Estado do Rio de Janeiro” de 2016,<sup>8</sup> mesmo ano em que se tornou Ponto de Cultura Dará Palmares (estatuto concedido pela Secretaria de Cultura do Estado do Rio de Janeiro).

8 Clube Palmares. *Institucional*. Disponível em: <<https://www.clubepalmares.org.br/institucional>>. Acesso em: 30 jul. 2022.



De acordo com seus Livros Ata, aos quais tivemos acesso, até meados da década de 1970, o Clube somava 989 associados e associadas,<sup>9</sup> mas, segundo seus membros fundadores, seguramente chegou a ter mais de mil sócios. Desde o início, os associados palmarinos sempre tiveram forte relação com a CSN, como indicam as três colunas de registros no livro de matrículas: uma para a matrícula social no clube (sigla CP), outra com o nome do associado ou associada, e uma terceira com a matrícula da CSN, caso fosse um empregado ou empregada da empresa, o que era verdadeiro para a maioria dos sócios.

Podemos afirmar que o surgimento do Clube Palmares esteve diretamente relacionado às percepções das articulações entre classe, raça e cidadania no contexto do início da ditadura empresarial-militar em Volta Redonda. Sua fundação reflete o questionamento aberto à visão segundo a qual o município poderia ser visto como palco e motor de “uma outra abolição” – de outro modo, como poderíamos compreender a necessidade de constituir um clube social majoritariamente negro, cujo próprio nome aludia à maior das experiências de resistência quilombola?<sup>10</sup> A resposta para essa pergunta surge da concretude das adversidades vivenciadas por negras e negros da cidade, especialmente a partir do início da década de 1960, com o desmonte da estrutura assistencial para a classe trabalhadora que a CSN ofertara em seus primeiros anos, agravando sua insegurança estrutural e evidenciando sua diversidade racial.

À época, a empresa possuía vários clubes associativos voltados para seus funcionários e suas famílias: Clube dos Funcionários da CSN (fundado ainda em 1942), Aero Clube (1943), Clube Náutico e Recreativo Santa Cecília (1948), Clube Recreio do Trabalhador (1951), Clube Umarama (1956), Clube Laranjal (1965) (Araújo, 2015, p. 17). Entretanto, tais associações habitualmente reproduziam as divisões existentes no interior da usina, privilegiando funcionários de determinados cargos e setores, às vezes, simplesmente a partir da reprodução da lógica da divisão sócio-espacial da cidade (os bairros mais elitizados eram local de residência de trabalhadores mais especializados e abrigavam os clubes por eles frequentados). Assim, o clube mais popular e enegrecido de todos era o Clube Náutico. Nas palavras de João Laureano: “O Náutico passou a ser o local dos mulatinhos [...]. Passou a ser o clube dos mulatinhos e brancos”.<sup>11</sup>

Mas a presença da diversidade racial não era sinônimo de ausência de racismo. Nesse sentido, ainda de acordo com o depoimento de João, a administração do Clube Náutico teria, ainda em 1964, protagonizado uma “covardia” nitidamente determinada pelo fator raça:

Eu morava no acampamento central, eu e a maioria [...]. Então o galpão lá era a área de lazer [...]. O Náutico foi fundado no escritório [...]. Como a CSN estava expandindo e eles iam precisar desmanchar os barracos, o Náutico veio para o acampamento central, no barraco que era nosso, que era nossa área de lazer e diz que ia acolher todos os moradores. Então beleza, aí entramos sócio do Náutico. Era só um barraco, não tinha fechamento

9 “989 – Maria Alice Alves de Souza”, sem número de matrícula da CSN. Clube Palmares – Livro Ata N.º 8: Matrículas dos Sócios, p. 56.

10 Segundo Nice Nazário, houve um debate para a escolha do nome do clube e os sugeridos foram: 13 de maio (data oficial da abolição no Brasil), 15 de novembro (proclamação da República), Feniano (a mais surpreendente das propostas, já que “feniano” é um qualitativo que designa o movimento irlandês antibritânico do século XIX) e Palmares. Os mesmos relatos informam que a defesa do nome Palmares foi feita, com sucesso, por Therezinha Santos Dias, de família sergipana e conhecedora da potência simbólica da história do Quilombo dos Palmares. Entrevista com Maria Eunice da Silva Santos Dias (Nice Nazário), artista plástica, fundadora e uma das presidentes do Clube Palmares em Volta Redonda. Entrevista realizada por Gladys Guimarães. Volta Redonda, 4 set. 2012.

11 João Estanislau Laureano, preto, ex-funcionário da CSN e um dos membros fundadores do Clube Palmares em Volta Redonda. Entrevista realizada por Leonardo Ângelo da Silva com a participação do ex-prefeito de Volta Redonda, Marino Clinger. Volta Redonda, 7 mar. 2018.

lateral, então fizeram o fechamento lateral, melhoraram o piso e começaram as atividades... E foram melhorando. Na medida que foram melhorando, foi aumentando o quadro social. Eu tinha uma namorada na época [...] que ouviu um dia no banheiro das mulheres “olha, disseram que o Náutico tá ficando muito bom mas tem muito negro e está parecendo gafeira” [risos]. Você tá pensando que ser negro é fácil? Tinha duas meninas de Barra do Pirai [cidade vizinha] e elas frequentavam a casa dos tios delas lá na [rua] São João [em Volta Redonda], mas para entrar no clube tinha que ser dependente de alguém, então elas ficaram como minhas dependentes [...]. Num determinado dia eu chego na portaria e eles não deixaram as meninas entrar. [...] “O que que houve?”, “Não, elas não podem entrar”. Eu não entrei pois eu estava com elas, no domingo seguinte eu voltei sozinho [...] e na portaria disseram que eu falei que lá tinha preconceito, e lá não tinha preconceito.<sup>12</sup>

A partir de então João é “barrado” (excluído), pois, supostamente, havia acusado o clube de ser preconceituoso. O mesmo ocorreu com Nazário, outro sócio negro, dessa vez, com a alegação de que sua desassociação fora motivada pelo fato de que ele tocava tamborim numa escola de samba. Não sabemos se o ato de tocar tamborim foi o problema ou se ele foi expulso por participar de outra agremiação; o caso é que outros relatos vão na mesma direção, indicando a execução de uma “*limpeza racial*” no Náutico. O senhor Jouvacy, que era operário e também músico, lembra que, ao ir fazer um show no Náutico, recebeu a seguinte informação: “O senhor tá expulso daqui, não precisa voltar mais não”. Ao procurar o motivo da expulsão, soube através de outro funcionário que havia ocorrido uma decisão de “tirar tudo que é pessoa negra daqui”.<sup>13</sup> Dona Maria do Rosário, negra e moradora do bairro Retiro, reforça o caso, ao descrever que preto não entrava no Clube Náutico, e que esse foi o motivo fundamental para a criação do “Clube dos Palmares”, um clube para gente preta.<sup>14</sup>

Dona Eunice, ex-presidenta do Clube, afirmou que, com a proibição de entrada de negros no Náutico, o debate sobre a questão racial ficou evidente:

As pessoas começaram a se reunir para debater a questão racial, né? Estava ficando feio aqui em Volta Redonda. Por quê? [...] A CSN arrumava tudo para seus operários, então tinha também um clube de lazer para os operários. Então, os operários é que mantinham o clube, iam lá, trabalhavam, arrumavam. Tinha tudo de barraco mesmo, mas era tudo arrumadinho, tudo bonitinho. A medida que foi melhorando, crescendo, eles começaram a segurar as carteirinhas [i.e. impedir a associação e a entrada] dos negros.<sup>15</sup>

Diante das proibições e da falta de um local para a interação e o lazer de trabalhadores e trabalhadoras negras, Maria da Glória de Oliveira (Dagó), João Estanislau Laureano e Nazário Ernesto Santos Dias tiveram a iniciativa de pensar na criação de um clube em que não somente fossem aceitos, mas protagonistas. Dagó foi a primeira professora negra de Volta Redonda e está no Livro Ata do clube com a matrícula número 3; João era funcionário da CSN e tinha a matrícula número 4; Nazário foi um dos primeiros engenheiros negros da mesma usina e, no Clube, era matriculado com o número 1. Lúcio Andrade, primeiro presidente do Clube Palmares, está no mesmo livro, sob a matrícula número 2. A Ata de Associados sempre traz a matrícula do Palmares (CP), mas a imagem abaixo demonstra que, para a maioria dos associados, o número da matrícula na CSN também era importante.

12 Idem.

13 Jouvacy Milheiro Neto, negro e aposentado da CSN. Entrevista realizada por Leonardo Ângelo da Silva. Volta Redonda, 29 jan. 2009.

14 Maria do Rosário. Entrevista realizada por Leonardo Ângelo da Silva. Volta Redonda, 09 fev. 2009.

15 Maria Eunice da Silva Santos Dias, artista plástica, membro fundador e uma das presidentas do Clube Palmares em Volta Redonda. Entrevista realizada por Gladys Guimarães. Volta Redonda, 4 set. 2012. Maria Eunice também foi encontrada sendo citada como Dona Eunice ou Nice Nazário, este último foi o nome artístico adotado pela mesma.

*Parte de uma das folhas da lista de associados ao Clube Palmares. Volta Redonda, anos 1960.*

Nr.	Matrícula	Nome
275	5077	Newton José dos Santos
284	5095	Wilson da Silva
175	5077	Vicente de Paula
172	5160	Sebastião Parosino II
75	5420	Petitor Antonio Francisco
209	5214	Isaio dos Santos
456	5533	Sebastião Cláudio da Costa
53	5632	Antonio Silva de Oliveira
473	5698	Irene de Souza
307	5741	Ailton Silva
155	5742	Meodores Pastor Santos
115	5791	Ernandes Faustino de Lima
135	5810	João Pedro de Silva
259	5814	José Roberto de Oliveira
73	5824	Francisco Expedito de Souza
38	5843	Antonio José de Andrade
379	5849	Alfredo Gócio Olegário
209	5856	Alberto Francisco Moraes
293	6114	João Vicente Castano
143	6116	José Lucas David
142	6119	José Geraldo
141	6224	José Elias de Souza
4	6354	João Estanislau Laureano
86	6373	Pedro Augusto de Silva
133	6386	João Batista da Silva Alves
231	6424	Benedito Augusto da Silva
45	6515	Caranegildo Pariziliano Batista
34	6504	Cláudio Pereira da Silva
897	6545	Denílson José dos Santos
743	6546	José Angelino de Souza
142	7775	Andson Ribeiro da Silva
145	6741	José Luiz Pereira
353	6620	Ogério José dos Santos
75	6624	Marlio José do Nascimento
222	6655	Antonio da Miranda

Fonte: Acervo do Clube Palmares de Volta Redonda.

O Clube Palmares evidenciou a fissura no discurso alinhado ao mito da “democracia racial” propagado pela ditadura empresarial-militar, empenhado em negar os problemas raciais brasileiros e defender a “paz das cores” (De Jesus, 2016, p. 5). Os palmarinos voltarredondenses conseguiram ressignificar a exclusão, recorrendo à força simbólica da cultura diaspórica afro-brasileira. Certamente, por tratar-se de uma iniciativa negra, na contramão das mitologias oficiais, carregando em seu nome a manifestação aberta da posição de seus afiliados diante da problemática do racismo, João Laureano encontrou dificuldades ao procurar a empresa para conseguir um terreno para o clube:

Como os clubes não nos aceitavam e como nós trabalhávamos na CSN e os Clubes Náutico, Aero e Funcionários estavam na área da CSN, então, nós achamos por bem que a CSN poderia até ceder um terreno. [...] Formamos uma comissão, o mestre da telefônica, eu e a Marina da Glória que já era professora e fomos ao Diretor Social da época (era o engenheiro Cotrim) reivindicar um terreno. Ficou [Cotrim] de dar a resposta e nós esperar [risos]. Não deram a resposta. Aí nós ficamos sabendo que alguém falou para eles que nós estávamos fundando um clube racista e que em Volta Redonda não existia preconceito. Nós é que éramos racistas! Mediante esta negação do terreno, não negou frontalmente, mas não cedeu o terreno. Aí nós nos vimos na obrigação de comprar um terreno.<sup>16</sup>

16 João Estanislau Laureano, preto, ex-funcionário da CSN e um dos membros fundadores do Clube Palmares em Volta Redonda. Entrevista realizada por Leonardo Ângelo da Silva com a participação do ex-prefeito de Volta Redonda, Marino Clinger. Volta Redonda, 7 mar. 2018.

## Membros da Diretoria, Conselho Deliberativo e Coral Palmares



João Laureano, José Gomes, João Linhares, Elza Timóteo, Jorge Timóteo, Terezinha Dago, Messias de Paula, Eloimar (Loló) Lúcio Andrade, Alice (esposa de Elpídeo), Mário, Aparecida, José Elias, Geraldo Antônio Carlos Félix (Jau) Fernando, José Nicodemos. Nomes descritos como apresentados no acervo.

Fonte: Acervo do Clube Palmares, sem data.

O Clube Palmares sempre atuou com a proposta de constituir-se em espaço de entretenimento e formação, não sendo apenas um “clube dançante”. Exemplos são vários, mas gostaríamos de citar uma ação que Gisele da Cruz Siqueira Costa, pesquisadora e psicóloga, encontrou na ata da Comissão de Festas, nos registros referentes ao dia 14/12/1968. A ata indica que, entre as atividades planejadas por diretoras e diretores do clube para as comemorações do aniversário da entidade no ano seguinte, previstas para os dias 25 a 30 de janeiro, estão: “vôlei feminino”, “churrasco”, palestra sobre “a influência dos ritos africanos em nosso catolicismo” e “Noite da Juventude Palmarina”. Para o dia 31 de janeiro, aniversário do Clube, era prevista uma palestra especial com o “conferencista Abdias do Nascimento”. Contudo, Abdias não teve oportunidade de comparecer ao Palmares, pois, no final de 1968, foi agraciado com uma bolsa da *Fairfield Foundation* para entidades culturais negras nos Estados Unidos (Custódio, 2011, p. 65). Seu plano era ficar poucos meses no exterior, mas, com o Ato Institucional n.º 5 (AI-5), que endureceu ainda mais o regime ditatorial, Abdias acabou vivendo no exílio por treze anos, e de lá continuou a denunciar agudamente o que acontecia com a população negra no Brasil (Nascimento, 2019).

## Considerações Finais

Um ideal ou mito é composto de noções que, por vezes, só existem no pensamento, mas que, ao se constituírem em discurso, concretizam-se e fomentam expressões muito objetivas. Em relação aos mitos da “inclusão pelo trabalho” e da “democracia racial”, que discutimos aqui, a experiência palmarina voltarredondense, seguramente, apresenta uma confrontação direta. Para os trabalhadores negros envolvidos na fundação do Clube Palmares, Volta Redonda podia até mesmo ser “o Brasil”, como o hino municipal afirmava, uma vez que, na formação social brasileira, as expressões do racismo se diferenciam, a depender do contexto ou da conjuntura, mas nunca estão ausentes. Entretanto, Volta Redonda e a CSN jamais poderiam ser aceitas como promotoras de uma nova “abolição”, como queriam a ditadura e seus apoiadores e financiadores - a não ser, talvez, que com isso se pretendesse apontar o quanto a abolição oficial da escravidão no Brasil foi insuficiente para desinstitucionalizar o racismo no país.

O regime empresarial-militar encontrou prontas as estruturas (inclusive discursivas) para utilizar as divisões raciais da classe trabalhadora brasileira a seu favor, maximizando a exploração em geral, e a dos negros em particular. Mas não deixou de conferir ao fenômeno suas tintas e caracteres específicos. Edson Daniel João (vulgo Mister) nos falou de “infiltrados” dentro do Clube durante a o período ditatorial:

Naquela época, na verdade... Você não pode ser ingênuo. Você tinha gente do setor de informação, tanto do Exército como da polícia militar infiltrados em tudo quanto é lugar. Quantas vezes nós fizemos atividade aqui [Clube Palmares], só que a gente, é o seguinte: a gente tinha uma manha tão grande aqui que a gente se espalhava e ficava olhando a movimentação das pessoas. A gente, por incrível que pareça, em determinados momentos, dependendo do comportamento, a gente conseguia detectar infiltrados aqui dentro. É como é que a gente detectava infiltrado? Porque às vezes a gente se apresentava e daqui a pouco o camarada estava colado do seu lado, entendeu? Porque ele não consegue disfarçar. O teor da pergunta nos levava a um questionamento: “por quê que esse cara está me perguntando isso?”. Mas houve sim, e isso é uma realidade, e Volta Redonda também teve isso. Não adianta, todos os clubes aqui tinham os seus infiltrados.<sup>17</sup>

Reforçando as perspectivas registradas no depoimento de Mister e de outros entrevistados, no decurso do projeto “Companhia Siderúrgica Nacional”, foram encontrados, no Arquivo Público do Estado do Rio de Janeiro (APERJ), registros da polícia política sobre o Clube Palmares - que, infelizmente, ainda não pudemos consultar, uma vez que, durante nossa pesquisa, o acesso à documentação do APERJ se encontrava limitado por conta de uma reforma no prédio em que se localiza o arquivo. O mais provável, em todo caso, é que tais registros sejam similares à documentação habitualmente produzida pela inteligência de Estado acerca de “minorias” dissidentes, acompanhando os moldes de outras fontes citadas no presente artigo. Por baixo do mito da “democracia racial”, havia altas doses de vigilância, espionagem e violência para lidar com as vozes dissonantes, consideradas “subversivas”, e, em Volta Redonda, o clube era lugar de congregação de várias delas.

Entretanto, o que a ditadura via como “subversão” talvez pudesse ser visto apenas como engajamento na efetivação da cidadania - caso seus protagonistas não fossem negros, por certo. Ao longo de sua história, o Clube Palmares sempre esteve aberto às demandas sociais da cidade e de seu entorno. Como nos lembrou seu atual presidente, Edson Daniel João, talvez seja o único clube da cidade a ter feito e continuar fazendo isso. Ademais, o Clube participou de vários debates (de movimentos

17 Edson Daniel João, atual presidente do Clube Palmares. Entrevista realizada por Leonardo Ângelo da Silva com a participação de Jéssica Lopes de Assis. Volta Redonda, 06 set. 2022. A entrevista compõe o acervo do projeto “Companhia Siderúrgica Nacional: violações de direitos e responsabilidades” (UFF/ CAAF-Unifesp).

sociais, movimento negro, formação partidária, pastorais, de ações na cidade, etc.), bem como fomentou o debate político entre candidatas/os, recebendo-os para questionamentos e apresentação de demandas, colocando-se, portanto, como referencial para a sociedade civil, chegando a oferecer, inclusive, um curso pré-vestibular aberto à comunidade.

Por constituir-se em espaço de construção e ressonância de negritudes, a perseguição estatal sempre rondou o Palmares. Em seu acervo, há uma volumosa pasta de processos, que revelam os constantes questionamentos e a suspeição sobre o Clube, supostamente frequentado por “pessoas suspeitas” ligadas a “movimentos suspeitos”. Os olhares racistas dirigidos ao Palmares materializam-se em denúncias anônimas (ou, em certos casos, nem tanto) que se avolumaram no Ministério Público. Em 1985, o Clube teve seus muros derrubados pela Prefeitura de Volta Redonda, a pedido dos moradores do bairro em que está localizado, que alegavam desleixo com o local e queriam sua remoção. Contudo, a direção conseguiu comprovar a propriedade do terreno e fazer valer suas prerrogativas, e o muro foi reconstruído no ano seguinte. Na atualidade, o bairro sofre um processo de gentrificação, e o endereço do clube, paradoxalmente, registra: Jardim *Europa*, sem número, entre as ruas Paris e Roma. A luta palmarina, no coração de um bairro que veste “máscaras brancas” até em seu nome, traz à tona todas as contradições, ainda presentes, de uma cidade industrial que foi vendida como motor e modelo da “democracia racial”.

O presente artigo buscou contribuir para a divulgação das experiências raciais refletidas nas fontes compiladas pelo Projeto “Companhia Siderúrgica Nacional: violações de direitos e responsabilidades”, concluído em maio de 2023, com o qual estivemos envolvidos. Buscando ressaltar a relevância dessa problemática para a compreensão das características e particularidades da ditadura empresarial-militar em Volta Redonda, buscamos, à nossa maneira, dar continuidade a uma produção historiográfica ainda muito recente, mas que já demonstrou resultados relevantes.

Andersen Kubnhavn Figueirêdo (2016), por exemplo, dedicou sua dissertação ao fenômeno do ativismo negro na cidade de Salvador durante a década de 1970, baseando-se sobretudo em fontes orais. Tauana Olívia Gomes Silva (2019), por sua vez, elaborou sua tese de doutorado acerca da militância feminina negra nos movimentos de oposição à ditadura, recuperando em detalhes as trajetórias de nove mulheres que se empenharam na luta contra o regime. Gabrielle Abreu (2021) trabalhou com a problemática da ausência de representações de negros e negras na historiografia, bem como em outras abordagens e narrativas sobre a ditadura. A historiadora também aplicou essa chave interpretativa na análise da atuação da imprensa negra nas décadas de 1970 e 1980 (Abreu, 2022), particularmente invisibilizada pela maior parte dos estudos acerca da imprensa alternativa do período. Tratam-se de exemplos importantes da atualidade da temática, bem como dos resultados que a aplicação das lentes raciais sobre problemas de pesquisa habitualmente não-racializados (e portanto, quase que inevitavelmente, considerados sob a ótica de uma branquitude “universalizante”) pode oferecer.

Mesmo para o caso de Volta Redonda, em que a produção acadêmica sobre as classes trabalhadoras já é considerável, ainda há muito terreno a percorrer no que se refere a aspectos e pontos de vista negligenciados e, especialmente, em relação à necessária reparação das violações de direitos perpetradas sob a ditadura. Trata-se de um capítulo da história (e da historiografia) brasileira que ainda está sendo escrito. E, esperamos, rompendo definitivamente com as estruturas racistas que insistem em invisibilizar protagonistas negras e negros, poderá finalmente ser escrito em cores vivas e reais.

## Referências bibliográficas

- ABREU, G. de O. (2021). *O negro na ditadura: Um estudo acerca da invisibilidade das experiências negras nas narrativas sobre o regime* (Dissertação de mestrado em História, Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro).
- ABREU, G. de O. *Imprensa negra e resistência à ditadura no Brasil: o ressurgimento dos jornais negros na década de 1970*. *Boletim Historiar*, 09(03), 3-16.
- ALMEIDA, S. (2019). *Racismo estrutural*. São Paulo: Pólen.
- ARAÚJO, F. S. (2015). A Companhia Siderúrgica Nacional (csn) e a Políticas Sociais de Lazer para os Trabalhadores: Os Clubes Socorrecreativos. *Licere*, 18(3), 1-35.
- ASSOCIAÇÃO DOS DIPLOMADOS DA ESCOLA SUPERIOR DE GUERRA (ADESG). (1971). *Influência da Expansão da CSN na Comunidade. Ciclo de Estudos sobre Segurança Nacional e Desenvolvimento*. Rio de Janeiro: ADESG.
- CUSTÓDIO, T. A. S. (2011). *Construindo o (auto)exílio: trajetória de Abdias do Nascimento nos Estados Unidos, 1968-1981* (Dissertação de mestrado em Sociologia, Universidade de São Paulo, São Paulo).
- DE JESUS, M. C. (2016). O regime militar e a questão racial: o interdito. Entre o local e o global. In M. de Souza Nunes Martins, R. Alvitos Pereira e T. de Souza dos Reis (Orgs.), *Anais do XVII Encontro de História da ANPUH-RIO*. Nova Iguaçu: Associação Nacional de História-Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro. Recuperado de [http://www.encontro2016.rj.anpuh.org/resources/anais/42/1465860689\\_ARQUIVO\\_TEXTOCOMPLETOPARAANPUH.pdf](http://www.encontro2016.rj.anpuh.org/resources/anais/42/1465860689_ARQUIVO_TEXTOCOMPLETOPARAANPUH.pdf)
- DINAMARCO, P. da S. M. (2004). *Trabalhadores da CSN: lembranças e relatos da primeira geração* (Tese de doutorado, Universidade de São Paulo, São Paulo).
- DINIUS, O. (2004). *Work in Brazil's Steel City: A History of Industrial Relations in Volta Redonda, 1941-1968* (Tese de doutorado, Harvard University, Cambridge).
- FIGUEIRÊDO, A. K. (2016). *Ativismo negro em Salvador no período da ditadura militar (1970-1980)* (Dissertação de mestrado profissional em História, Universidade Federal do Recôncavo da Bahia, Cachoeira).
- FRENCH, J. H. (2017). Repensando a Violência Policial no Brasil: Desmascarando o Segredo Público da Raça. *Revista TOMO*, 31, 9-40.
- GOMES, F., e PAIXÃO, M. (2008). Raça, pós-emancipação, cidadania e modernidade no Brasil: questões e debates. *Maracanan*, 4(4), 171-194.
- MARTINS, R. O. (2022). *Lutas vigiadas: militância operária, retaliação patronal e repressão no Vale do Paraíba (1979-1994)*. Salvador: Saggá.
- MOREL, R. L. de M. (1989). *A ferro e fogo. Construção e crise da família siderúrgica: o caso de Volta Redonda (1941-1968)* (Tese de doutorado em Sociologia, Universidade de São Paulo, São Paulo).
- NASCIMENTO, A. (2016). *O genocídio do negro brasileiro: processo de um racismo mascarado* (3.<sup>a</sup> ed.). São Paulo: Perspectivas.
- NASCIMENTO, A. (2019). *O quilombismo: documentos de uma militância pan-africanista*. Rio de Janeiro: Editora Perspectiva-Ipeafro.
- OLIVEIRA, C. G. (2012). *Lazer no preto e branco: histórias de integração do negro pelo lazer e animação sociocultural voluntária no Clube Palmares em Volta Redonda-RJ* (Dissertação de mestrado em Educação Física, Universidade Estadual de Maringá, Maringá).
- PIRES, T. (2018). Estruturas intocadas: racismo e ditadura no Rio de Janeiro. *Direito & Práxis*, 9(2), 1054-1079.
- RIOS, F., e LIMA, M. (Orgs.). (2020). *Lélia Gonzalez. Por um feminismo afro-latino-americano: ensaios, intervenções e diálogos*. Rio de Janeiro: Zahar.
- SAVAGE, M. (2004). Classe e história do trabalho. In C. H. M. Batalha, F. Texeira da Silva e A. Fortes (Orgs.), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado* (pp. 25-48). Campinas: Editora Unicamp.
- SILVA, E. Â. (2010). *Arigós e peões na Cidade do Aço: experiências urbanas e fabris, cultura e identidades de classe (Volta Redonda-RJ, 1970-1980)*. Nova Iguaçu: Instituto Multidisciplinar, Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro.
- SILVA, L. Â. (2022). *Uma Cidade em Preto e Branco: Relações Raciais, Trabalho e Desenvolvimentismo em Volta Redonda (1946-1988)*. Curitiba: Appris.

- SILVA, L. F. N. (2022). “*Somos todos iguais*”: *Nacional-desenvolvimentismo, modernização econômica e segregação racial na Companhia Siderúrgica Nacional (1964-1970)* (Dissertação de mestrado em História, Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro, Seropédica).
- SILVA, T. O. G. (2019). *Mulheres negras nos movimentos de esquerda durante a ditadura no Brasil (1964-1985)* (Tese de doutorado em História, Université Rennes 2, Rennes, Universidade do Estado de Santa Catarina, Florianópolis).
- SKIDMORE, T. (1976). *Preto no branco: raça e nacionalidade no pensamento brasileiro* (Trad. R. de Sá Barbosa). Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- SOARES, P. C., DA FONSECA, A. C., e DOS SANTOS, B. N. (2022). A greve dos peões em Volta Redonda (1979). *Episteme Transversalis*, 13(1), 28-50.
- SOUZA, J. J. V. (1989). Arigó, o pássaro que veio de longe. *Revista do Centro de Memória Sindical*, 1(1), 10-15.
- WESTHROP, A. J., GUEDES GARRIDO, A., GENOVEZ PARREIRA, C., e MARQUES PRADO DOS SANTOS, S. (Orgs.). (2016). *As Recomendações da Comissão Nacional da Verdade: balanços sobre a sua implementação dois anos depois*. Rio de Janeiro: Instituto de Estudos da Religião.



## «Las que trabajaban en las fábricas tenían mala fama». Género, disciplinamiento, conflictividad y represión en la textil Estexa durante la dictadura militar en argentina (1976-1983)

«Those who worked in the factories had a bad reputation». Gender politics in the Estexa textile company: discipline, conflict and repression during the Argentine military dictatorship (1976-1983)

Andrés Carminati<sup>1</sup>

### Resumen

En el presente artículo me propongo analizar las experiencias obreras en la fábrica textil Estexa de Rosario durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983), desde una perspectiva que articula las categorías de clase y género.

En primer lugar, busco reponer algunos elementos de la historia de la fábrica, sus orígenes, las secciones que componían la planta, a la vez que me detengo en las formas de disciplinamiento fabril y las estrategias patronales de creación de consenso. En particular, me interesa estudiar las políticas patronales diferenciadas según el género, a la vez que las distintas experiencias de obreras y obreros tanto en lo que refiere al disciplinamiento, a los conflictos y los procesos represivos desatados en la fábrica durante la última dictadura militar argentina.

**Palabras clave:** clase trabajadora, género, dictadura, conflictividad, disciplinamiento

### Abstract

In this article I propose to analyse the workers' experiences in the Estexa textile factory in Rosario during Argentina's last military dictatorship (1976-1983) from a perspective that articulates class and gender. I am trying to reconstruct some elements of the history of the factory, its origins, the sections that made up the factory, while at the same time looking at the forms of factory discipline and the bosses' strategies for building consensus. In particular, since the company had a large number of female workers, I am interested in studying the employer's gender policies, as well as the different experiences of male and female workers with regard to discipline, conflict and the repressive processes unleashed in the factory during the last Argentine military dictatorship.

**Keywords:** working class, gender, dictatorship, conflict, discipline

<sup>1</sup> Investigaciones Socio Históricas Regionales/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-Universidad Nacional de Rosario, Argentina. carminatiandres@hotmail.com

## Introducción

En el presente artículo me propongo analizar las experiencias obreras en la fábrica textil Estexa de Rosario durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983), desde una perspectiva que articula las categorías de clase y género.

En primer lugar, busco reponer algunos elementos de la historia de la fábrica que, a pesar de que fue la textil más grande de Rosario, ha sido escasamente estudiada. En este sentido, procuro reconstruir los orígenes de la empresa, las secciones que componían la planta, a la vez que me detengo en las formas de disciplinamiento fabril y las estrategias patronales de creación de consenso. En particular, me interesa trabajar las políticas patronales diferenciadas según el género. Por otro lado, busco reconstruir las distintas experiencias de obreros y obreras en los lugares de trabajo, frente a la disciplina, la represión o con relación a sus entornos familiares. En este sentido, me detengo en varios episodios represivos y en los distintos ciclos de conflictividad que se sucedieron durante la última dictadura militar.

El trabajo se nutre de una multiplicidad de fuentes, tales como diversas publicaciones de la empresa, fuentes periódicas, judiciales, material de organizaciones de izquierda, documentos provenientes de la división informaciones de la policía de Santa Fe y entrevistas personalizadas a ex obreras y obreros.

## Establecimientos Textiles Argentinos, Rosario

Estexa, acrónimo de Establecimientos Textiles Argentinos, fue la fábrica textil más grande de Rosario y una de las más importantes de Argentina. La planta industrial estaba emplazada en Barrio Sarmiento, a 600 metros del estadio del club Rosario Central y a la vera de la desembocadura del Arroyo Ludueña. La sociedad anónima se constituyó con capitales locales en 1947, en pleno auge de la primera Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Para 1950 un grupo financiero italo-suizo adquirió la mayoría accionaria. Ese año culminaba el 80 % de la construcción de sus instalaciones y cinco años más tarde «se pudo registrar la primera utilidad en los resultados de la explotación».<sup>1</sup>

La industria textil era una de las ramas tradicionales de la ciudad, junto a la metalúrgica. Ya desde la segunda década del siglo XX se emplazaron varios establecimientos importantes, que convivían con pequeños talleres de no más de 10 empleados/as. Para 1960, el sector empleaba a unas 2.600 personas, que representaba casi el 4 % de la estructura ocupacional del sector manufacturero de Rosario (Simonassi, 2004). La mitad correspondía a Estexa.

Las instalaciones de la firma se montaron sobre un terreno de 6,4 hectáreas linderas al parque Alem, con 30 mil metros cuadrados de superficie cubierta. La fábrica trabajaba en tres turnos y era de producción continua. Estaba compuesta por tres sectores: hilandería, tejeduría y tintorería. Es decir, en la planta entraban los fardos de algodón en crudo y salía la tela confeccionada y estampada. Para 1957 contaba con 26.136 husos y 394 telares, y consumía 1.850.000 kilos de algodón al año.<sup>2</sup>

Dos décadas más tarde, según una publicación de la empresa, se manufacturaban 12 millones de metros de tela por año y trabajaban unas 1.250 personas, de las cuales 430 eran mujeres.<sup>3</sup> Hilandería y tejeduría eran secciones mayormente compuestas por mujeres, mientras que tintorería y todo el turno noche eran exclusivas de varones.

1 Estexa, *Surge una gran industria textil argentina*, Buenos Aires, Visor, circa 1957. Colección Candia Constructora-Archivo Documental, Museo de la Ciudad Wladimir Mikielievich, Rosario.

2 Estexa (ca. 1957).

3 *Enfoques Estexa*, n.º 2, julio de 1976, p. 1.

Desde su fundación la empresa apuntaba a formas modernas de la gestión de «recursos humanos». En una publicación de 1950 ya planteaba que el establecimiento tendría «consultorios médicos y odontológico, sala de primeros auxilios, duchas, comedores económicos, sala cuna y jardín de infantes con cuidadoras capacitadas para la atención de los hijos de las obreras durante las horas de trabajo».<sup>4</sup> Además, la empresa desplegó una política que procuraba intervenir en la vida extralaboral de los trabajadores y trabajadoras, de modo que buscaba incidir y estar presente en los momentos de esparcimiento tanto de los/as obreros/as como de sus familias. Todos los años la firma promovía y financiaba distintas celebraciones, como el Día del Niño, Día del Obrero Textil y fiestas de Fin de Año. Además, disponía de una colonia de vacaciones para hijos/as que tuvieran entre 6 y 12 años, e impulsaba diversos cursos de capacitación y torneos para el personal, como fútbol, ping pong, bochas, ajedrez y truco.

Además, la empresa tuvo dos publicaciones de circulación interna —*Gacestexa*, en los sesenta, y *Enfoques Estexa*, a partir de 1976<sup>5</sup>— donde se comunicaban diversas cuestiones de la acción empresarial. En sus páginas también se puede advertir la intención de la patronal de incidir en aspectos de la cotidianidad obrera. En uno de sus números lo planteaban de la siguiente forma:

Enfoques no es solamente el «diario» del trabajo; quiere ser además una publicación para toda la familia que también forma parte de la comunidad ESTEXA. Por eso, además de las cosas que ocurren en la Empresa, hablaremos [...] de la educación de los hijos; de sus relaciones con los padres; de economía familiar [...] de los problemas de la pareja y de muchos otros temas.<sup>6</sup>

Efectivamente, en los diversos ejemplares se publicaban listas de «honor al mérito», noticias relativas a los consultorios, seguro de vida, pero también los casamientos, nacimientos y defunciones, alguna nota de divulgación y hasta una tira cómica. Como otras publicaciones similares, buscaba fomentar la idea de una «gran familia Estexiana».

De conjunto, estas iniciativas refieren a ese arsenal de políticas patronales que De Gaudemar (1991) denomina como «disciplinización extensiva», caracterizadas por esa «voluntad de disciplinar la fábrica disciplinando también lo que está fuera de la fábrica, a una voluntad de reducir toda resistencia obrera mediante una estrategia de doble modelado, en el taller y en la casa, una estrategia de moralización social» (p. 56).

Las condiciones de trabajo y las políticas de seguridad industrial no parecen haber sido las óptimas. Los recuerdos de ex obreras y obreros destacan que las jornadas diarias se desarrollaban en un entorno caracterizado por un ambiente muy ruidoso, con altas temperaturas, humedad, vapores tóxicos y partículas de algodón flotando en el aire. Mientras que la ropa de seguridad, barbijos o protección auditiva, brillaban por su ausencia. Hilandería era la sección caracterizada como la más «atrasada».

En hilandería [...] cuando viene la fibra mala, para que no se te corten los hilos, tenés que aumentar la temperatura y la humedad [...]. Si se te cortan los husos, vos no podés parar la máquina, tenés que ir atando los husos cada vez que se te cortan. Entonces terminaban locos los compañeros. Porque se cortaban, se cortaban, se cortaban. Y en esa sección era el problema también con la seguridad, porque las cardas —unas máquinas

4 *Reseña de la gran exposición industrial-comercial argentina, Rosario, octubre de 1950*, Establecimientos Gráficos Molachino, 1951.

5 *Gacestexa* empezó a salir en 1966, y ese año salieron cuatro números. En 1967 salió el número 5, pero carecemos de información si con posterioridad hubo más ejemplares. *Enfoques Estexa* salió en 1976 y disponemos de los números 1 y 2 (junio y julio de 1976). Las ediciones con que contamos fueron recopiladas por el grupo de investigación Historias Escritas con Minúscula (Grand et al., 2022), que gentilmente las compartieron con el autor.

6 *Enfoques Estexa*, n.º 1, junio de 1976, p. 1.

así grandotas con todos pinchos que le sacan al algodón las semillas— y eso gira así y si se recalienta se prende fuego el algodón. Y eso tiene un sistema automático de pare. Ahora, como esas cardas eran muy viejas, ese sistema automático no andaba (Néstor, 30 de setiembre de 2022).<sup>7</sup>

En la sección tejeduría, uno de los problemas más graves era el ruido ensordecedor, pero tampoco era menor el tema de la temperatura y la humedad. Así lo rememora una extrabajadora:

Hacía un calor impresionante en la sección, era invierno y trabajaba en manguita corta, y en verano te morías de calor [...]. Hablábamos en los oídos, porque el ruido era impresionante ¿vos te imaginás? 500 telares, pum-pupúm, pum-pupúm. Seguridad nada, seguridad nada. [...] Había ventiladores que largaban como una lloviznita para que el hilo no se secara y se cortara, entonces esa lloviznita te caía siempre en la espalda, yo por eso digo, tengo un dolor de cervical, de esa llovizna que me cayó en la espalda tantos años. Pero no podían cerrarlo porque se cortaban los hilos y los telares se paraban y ellos querían producción, producción, producción. [...] Y después la pelusa, porque el algodón larga, larga, larga (Isabel, 23 de agosto de 2022).<sup>8</sup>

Por su parte, un extrabajador de tintorería la describe así:

Era todo de varones, estábamos todos en cuero, calculá que ahí hacían 40 grados de temperatura. Eso estaba hirviendo. Sacando el cloro [...] lo otro era todo agua caliente [...] La tela entraba por una tina que tenía como 1.500 litros de agua, que tenía soda cáustica. Pasaba por dos tinas más, con soda cáustica, agua fría, agua caliente, entraba a una de agua oxigenada y pasaba por dos más, limpias [...] A un tipo se le reventó una manguera, se le desconectó, cuando subieron los otros ya era toda una babasa. El agua oxigenada te quema instantáneamente. Y la soda cáustica, ni hablar. La soda cáustica iba en un piletón [...] y nosotros con unos fierros íbamos moviendo eso ¡sabés el vapor que salía! ¿Sabés lo que duraban las chapas arriba? Usábamos esas escafandras, que vos ves en las películas (Máximo, 13 de julio de 2022).<sup>9</sup>

En general todos los testimonios coinciden en la descripción de las condiciones laborales, aunque muchas veces es matizado con la valoración positiva de las prácticas de tipo «paternalistas» o el recuerdo de la vida social y laboral en sus épocas juveniles.

## Obreras y obreros de la «gran familia estexiana»

La industria textil, junto con las alimenticias, ha sido una rama que históricamente ha estado compuesta por un elevado número de mujeres. Hacia 1976, según *Enfoques Estexa*, el 35 % de la mano de obra empleada era femenina, aunque tenemos indicios que en momentos anteriores pudo haber sido un porcentaje mayor. En ese sentido, resulta necesario atender a las «situaciones, comportamientos y representaciones diferenciadas» que la integración de hombres y mujeres generaba al incorporarse al trabajo fabril (Lobato, 2004, p. 118). En efecto, durante los últimos años, ha crecido la preocupación por articular los estudios de clase y género en la historiografía que estudia experiencias obreras. Como sostienen Andújar y D'Antonio (2020), dicha perspectiva resulta

cardinal para comprender más acabadamente la historia de la clase trabajadora al revelar la determinación estructural del género en la edificación de la identidad de clase y, por tanto, en la manera en que varones y mujeres experimentaron sus condiciones materiales de existencia, se organizaron y confrontaron con sus adversarios de clase y entre sí, en demanda por derechos (p. 94).

7 Néstor, ex obrero de Estexa, activista sindical y militante de Política Obrera. Entrevistador: Andrés Carminati.

8 Isabel, exobrero de Estexa, sin experiencia sindical ni política. Entrevistador: Andrés Carminati.

9 Máximo, exobrero de Estexa, delegado de sección, militante peronista. Entrevistador: Andrés Carminati.

Al reconstruir la historia de Estexa, es posible observar cómo operaban, en diversas situaciones, las experiencias diferenciadas de varones y mujeres. Ya las secciones de la fábrica estaban marcadas por la diferencia de género: mientras en hilandería y tejeduría predominaba el trabajo femenino, tintorería era un espacio exclusivamente masculino. Al igual que el turno noche, dónde no trabajaba ninguna mujer. En ambas exclusiones se puede advertir el peso ideológico que, sobre la división sexual del trabajo en la industria (y en la familia), tienen lo que Larguía y Dumoulin (1988) denominan «tipologías sexuales». La supuesta «incapacidad de la mujer para realizar tareas “pesadas”, “peligrosas” o “de responsabilidad”» forma parte de ese constructo milenario que asigna «tipos físicos, rasgos de temperamento, carácter, inclinaciones, gustos y talentos que se suponen biológicamente inherentes a cada sexo» (Larguía y Dumoulin, 1988, p. 18). Coherente con esas tipologías tan arraigadas, ni las tareas ni los horarios considerados peligrosos eran asignados a las mujeres. Tampoco aquellas labores que requerían mucho esfuerzo físico (como levantar los rollos de tela) o los trabajos especializados, como las de reparaciones de maquinaria. Estas últimas estaban exclusivamente a cargo de varones, que incluso tenían un sindicato aparte. Por supuesto, estas diferenciaciones no habían sido elaboradas por la patronal de Estexa, sino que respondían a una estructura ideológica dominante, a prácticas empresariales extendidas y a una base legislativa que protegía a las trabajadoras no como un fin en sí, sino como modo de preservar la capacidad reproductiva y el tiempo dedicado a los cuidados (Biernat y Ramacciotti, 2011).

Otro espacio masculinizado era la sección de ingeniería y de dirección de la fábrica. El criterio aquí ya no respondía al peligro, ni al esfuerzo físico, sino al tercer carácter que enumeran Larguía y Dumoulin (1988): la exclusión de las tareas de responsabilidad. También cuando pensamos en las tareas gerenciales emergen otras diferencias: las de clase. No cualquier varón era propietario de los medios de producción, miembro de la dirección fabril o la sección ingeniería. En este sentido, vale la advertencia de Ochy Curiel (2014) de no caer en el «esencialismo de contraponer las experiencias de mujeres a las experiencias de hombres como si estos también fueran todos iguales» (p. 55).

Otro elemento distintivo era la brecha salarial, aunque no tenemos documentos para calcular cuál era la diferencia efectiva, sí era muy extendida en la industria. Un trabajador de tintorería lo recuerda así:

No todos ganaban lo mismo y las mujeres no ganaban lo mismo que el hombre. Ganaban mucho menos. Y trabajaban también 8 horas como nosotros. Y todo era peligroso, porque hilandería, vos no tenés idea, ese cosito del algodón cómo vuela y cómo entra. Y ahí no había barbijo, no había nada (Máximo, 13 de julio de 2022).

Por otro lado, la fábrica parece haber tenido una alta rotación. Según un testimonio, «los hombres se iban más rápido, los jóvenes que entraban, trabajaban 2 o 3 años y se iban» (Isabel, 23 de agosto de 2022). Mientras que con las mujeres solía ocurrir que muchas dejaban la fábrica cuando se casaban o tenían hijos:

Yo entré a trabajar en el año 1964 en tejeduría, [...] allí estuve hasta abril del 67 ya que me casé y dejé de trabajar.<sup>10</sup>

La mayoría (de las trabajadoras) eran solteras, entraban a trabajar, se casaban y se iban. Yo, las que conocí. Algunas no, seguían trabajando. El problema es cuando empezaban a tener chicos, ahí dejaban (Isabel, 23 de agosto de 2022).

Una de las obreras que entrevisté dejó de trabajar cuando tuvo a su segunda hija. Su marido, obrero calificado con un sueldo más alto, insistió tenazmente para que ella dejara el trabajo fabril:

<sup>10</sup> Comentario de Facebook de Mari Cris Ripoll, <https://www.facebook.com/BarrioSarmietoRosario/photos/a.931188390290982/1366483416761475>, recuperado el 20 de julio de 2022.

Claro, cuando nació la nena no quería que la dejara con nadie, empezó que no quería que trabajara, que no quería que trabajara, que no quería que trabajara. Y yo, hasta he soñado con la Estexa ¡me encantaba ir! (Isabel, 23 de agosto de 2022).

El testimonio ilumina una problemática que parece personal y familiar, pero que es también un registro de las relaciones entre los géneros propios de una época. La esfera pública de la producción era considerada «naturalmente» un espacio masculinizado. Como afirma Lobato (2004), «solo en caso de necesidad las mujeres podían ser consideradas como productoras, la fábrica era un lugar de paso, pues su realización estaba en el hogar y en la maternidad» (p. 122). Si excepcionalmente algunas mujeres habían irrumpido en un ámbito no «natural», al momento de contraer matrimonio o tener hijos, aquellos cánones culturales «cristalizados a través de milenios» se hacían presentes a través de la voz de sus maridos o familiares, que exigían su retorno al ámbito doméstico y a las tareas de la reproducción y de cuidados. Muchas veces, el trabajo de las mujeres era concebido como un complemento o ayuda para la satisfacción de las necesidades de la vida cotidiana (Lobato, 1995, p. 43).

Aunque la fábrica operaba como un reproductor de las desigualdades intergeneracionales, y las explotaba a su favor, también la lógica de una industria con un alto componente de mujeres chocaba con las contradicciones que el mismo sistema patriarcal genera. Por ejemplo, la alta rotación debido a la maternidad sin dudas perjudicaba a la productividad empresarial. De allí el despliegue de una serie de políticas empresariales destinadas al cuidado, la protección y el esparcimiento de las infancias, que eran entendidas como responsabilidad casi exclusiva de las obreras/madres. Si bien la existencia de la guardería respondía a una legislación de larga data<sup>11</sup> y hubo en la mayoría de las textiles más grandes, puede pensarse como una política tendiente a mitigar la pérdida de trabajadoras calificadas a causa de la maternidad. Es que el trabajo de las tejedoras era una labor que requería calificación. Una sola trabajadora podía atender hasta 24 máquinas a la vez, pero ello requería un tiempo de formación.

En los dos periódicos de circulación interna que tuvo la empresa se puede advertir la fuerte presencia de esa ideología fundada en «tipologías sexuales», y también las contradicciones organizativas y discursivas en las que incurrió la empresa. En *Enfoques Estexa* se vislumbra esa mirada contradictoria sobre las mujeres. En un mismo ejemplar distinguían a la mujer obrera, que aparece mencionada en la primera página, que «se desempeña a la par del hombre y con iguales responsabilidades»,<sup>12</sup> de la mujer ama de casa, que parece ocuparse, típicamente, de la «cocina, belleza y modas». En la sección del periódico fabril denominado «Para ellas», se instaba a las potenciales lectoras a que enviaran comentarios con «los secretos que toda ama de casa tiene»:

Escríbanos. [...] si bien es esta una época de crisis, hay algo que sobra —y ¡cómo!— en todos los hogares: IMAGINACIÓN.

Con este aliado las amas de casa transformamos con muy pocos elementos un simple caldito en una exquisita sopa. O un vestido viejo en un lindo modelito. Compartamos nuestros «secretos» desde esta sección «prohibida para hombres».<sup>13</sup>

Quizá esta era la forma de reconocer que existía para las obreras una doble jornada laboral: una, «a la par del hombre y con iguales responsabilidades», y otra en soledad, tajantemente «prohibida para hombres», con la «imaginación» como única aliada. También hace visible esa intención de la empresa de incidir en los ámbitos extra fabriles. La sección estaba destinada tanto a las obreras/amas

11 El antecedente más remoto es la ley 11.932, de 1924, que dispone que los establecimientos que cuenten con más de cincuenta obreras deben habilitar salas-cunas para niños menores de dos años. Aunque esta se reglamentó solo para la provincia de Buenos Aires (Biernat y Ramacciotti, 2011, p. 159).

12 *Enfoques Estexa*, n.º 2, julio de 1976, p. 1.

13 *Enfoques Estexa*, n.º 2, julio de 1976, p. 3.

de casa, como a las esposas de los obreros varones. Esas tareas de «moralización social» aparecen constantemente en los folletines. Por ejemplo, se destacaban (uno por uno) los trabajadores/as que se habían casado y la sección a la que pertenecían. También se saludaban los nacimientos y se anuncian las defunciones. En un número de *Gacestexa*, a través de un pequeño relato, la empresa, cual padre que da consejos, dejaba enseñanzas para la convivencia matrimonial. Cargado de todos los preconceptos que conforman las «tipologías sexuales», parece destinado fundamentalmente a los varones, aunque no de manera excluyente.

Hacia apenas tres meses que estábamos casados [...]. Una noche, tras una comida no muy bien preparada y otras mortificaciones pequeñas, comencé a hacer un largo inventario de todas mis quejas [...]. Mi mujer aprovechó para acercárseme y levantando la mano para mostrar el anillo de matrimonio, me recordó una cosa que, desde entonces ha puesto fin al 90 % de nuestras desavenencias: «Un momento querido: Recuerda que yo también estoy de tu parte».<sup>14</sup>

El padre de la «gran familia estexiana» bregaba por la armonía adentro y afuera de la fábrica. Según Dalla Costa (1977), la productividad de la mujer recluida a lo doméstico no solo cumple con las funciones de reproducción social, reproducción de la fuerza de trabajo y con las tareas de cuidados, sino que cumple una función productiva más para el capital, que es la de actuar «como válvula de seguridad de las tensiones sociales». La autora la denomina la «productividad pasiva», y está fundada en la creación de esa imagen de «madre heroica y esposa feliz», dispuesta a convertirse en el «desahogo de todas las opresiones que sufre el hombre en el mundo exterior y, al mismo tiempo, en el objeto sobre el que el hombre puede ejercer un ansia de poder que la dominación de la organización capitalista del trabajo implanta en él» (p. 52). El consejo del buen *pater industria* tenía por finalidad proteger la productividad pasiva de la mujer doméstica, para que el amortiguador de tensiones no hiciera rebotar el malestar hacia el lugar de su origen.

Como he señalado en el primer apartado, en ese carácter de gestión moderna y con ciertos rasgos de paternalismo industrial, Estexa le otorgó un lugar importante a la salud obrera. Pero al parecer esta preocupación excedía la disponibilidad de consultorios médicos y odontológicos. A través de *Gacestexa* nos enteramos de que un médico de la Cátedra de Clínica Ginecológica de la Universidad Nacional del Litoral dictó una conferencia sobre cáncer femenino «a través del equipo amplificador de fábrica». Esta aparece transcrita en un ejemplar del folletín fabril. La charla era de índole informativa y el objetivo era concientizar a las mujeres sobre la necesidad de hacerse chequeos anuales. Pero también, en las palabras del profesional de la salud se vislumbra la vieja relación entre orden fabril, familiar y la disciplina sanitaria:

Toda mujer lleva enorme responsabilidad de hacer sus revisiones anuales para poder quedar así a resguardo de sufrir este mal que tantas vidas mutila, destruyendo hogares y dejando hijos sin madre [...] con el descubrimiento precoz puede transformarse en curable y también convertirse en años de vida útil y feliz.<sup>15</sup>

La intención de ordenar la familia y el hogar aparecen en esta ocasión de la mano de la «ciencia médica». Que no solo buscaba prevenir la enfermedad de la fuerza de trabajo femenina y prolongar su «vida útil», sino también proteger los «hogares» y las infancias, como espacios que «naturalmente» estaban bajo la órbita de los cuidados y tareas reproductivas de las mujeres. Esa idea de la protección de las mujeres trabajadoras en su calidad de madres o futuras madres, remite a comienzos del siglo XX y a las primeras regulaciones estatales del trabajo femenino en Argentina (Biernat y Ramacciotti, 2011).

14 *Gacestexa*, n.º 5, febrero de 1967, p. 22.

15 *Gacestexa*, n.º 5, febrero de 1967, p. 22.

Sin embargo, la «invasión» de la esfera pública por las mujeres obreras tensaba permanentemente las relaciones familiares, amicales y sociales. Salir del «natural» ámbito doméstico, romper con los cánones prescritos en la tipología sexual traía consigo determinados estigmas. Así es recordado por una obrera:

Estexa siempre tuvo mala fama de las mujeres, decían que todas eran unas locas [...]. El estatus de la mujer, ¿cómo te puedo explicar?, si vos mostrabas de más, eras una atorranta, una puta, ¿me entendés? [...] Tenían fama, igual que las de La Virginia. Las que trabajaban en las fábricas tenían mala fama (Isabel, 23 de agosto de 2022).

En este sentido, no resulta casual que en dos testimonios distintos nos encontremos con relatos muy similares, donde se evocan las «preocupaciones» de las familias ante la perspectiva de que las jóvenes entraran a trabajar en fábrica. A la vez, ambas contrastan esos temores con el recuerdo de haber tenido una convivencia armónica con sus compañeros varones:

Yo entré a los 18 años, mi mamá decía: «¡No me dejés entrar a la Norma ahí, que vos no sabés!». [...] Llegaba navidad, fin de año, sabés qué despedidas, o que se casaban, o cumpleaños, siempre estábamos de joda, pero bien, jamás a mí un muchacho se pasó de mí, o me tocó, o insultó, nunca jamás (Norma, 27 de julio de 2022).<sup>16</sup>

Yo nunca, tuve un problema con ningún hombre, que se pasara, ni que me dijera algo [...]. Yo trabajé 10 años y nunca me pasó nada, y nunca me dijo nada nadie. No es que... otras sí, salían con uno, con otro, con el que le venía bien, salían. Pero hay de todo, como en todos lados. Pero la mala fama, tenían. Que mi mamá no quería que entrara a trabajar (Isabel, 23 de agosto de 2022).

La fábrica abría para las obreras las puertas para el vedado espacio público. Muchas veces a las intensas experiencias de soportar la doble jornada laboral, pero también a la independencia económica y la posibilidad de una sociabilidad más libre, lejos del estricto control familiar. La referencia a la «mala fama», no es de ningún modo casual, ya Engels había reflexionado cómo a partir de la instauración del matrimonio monogámico las mujeres tienden a clasificarse en «esposas y putas» (Ciriza, 2007, p. 54). En este sentido, en ambos testimonios, con todo el tiempo transcurrido entre sus experiencias laborales y su relato, pesa todavía el posible estigma que recaería sobre las mujeres que rompieron con los roles asignados. Intuyen que la condena moral, aun con retroactividad, podría señalarlas a ellas antes que a algún «muchacho» abusivo. Esta reiteración, que incluso puede hallarse en otros testimonios, como en el de Doña María, trabajado por Daniel James (2004) —«A mí nunca me pasó nada raro, pero no me pasó porque no andaba haciendo risitas por el patio con los hombres» (p. 48)—, podría referir a una forma de relato. El relato de «la obrera y esposa», que logró sortear los peligros (o el castigo divino) que acechaban a quienes rompían los mandatos de género. «Otras, sí», nosotras, no, sostienen las obreras. No obstante, la «mala fama» seguiría siendo para todas. Ese estatus herético se agravaba si a ello se sumaba alguna forma de activismo sindical, como fue el caso de Doña María. Mis informantes no fueron militantes gremiales, por lo que hemos podido reconstruir la participación femenina era minoritaria, y siempre en los organismos de base, como acontecía en otros casos de la rama textil (Basualdo, 2016; Lobato, 1995).

## Clase trabajadora y dictadura

Si bien los estudios sobre la clase trabajadora durante la última dictadura militar no ocupan el centro de los intereses de la historiografía sobre el período, existe una producción significativa sobre la temática. Esta está marcada por una tendencia general de los estudios actuales, en los cuales predominan

<sup>16</sup> Norma, exobrera de Estexa, sin experiencia sindical ni política. Entrevistador: Andrés Carminati.



las historias regionales o de caso sobre miradas más generales o «nacionales» (Carminati, 2012). Mis propios estudios sobre el Gran Rosario no han escapado a esta marca de época (Carminati 2018). Para este trabajo me propongo reducir la escala de análisis al estudio de un caso. Ello permite bucear en las especificidades de la industria textil, en una fábrica con un alto porcentaje de mujeres y analizar las motivaciones y rasgos de los conflictos, a la vez que las particularidades de las respuestas patronales y estatales.

De conjunto, la dictadura militar iniciada el 24 de marzo de 1976 significó una feroz ofensiva contra la clase trabajadora. Si hacemos hincapié en las políticas represivas, estas tuvieron un particular efecto en el mundo obrero, con un alto porcentaje de trabajadores desaparecidos y desaparecidas, pero donde también la represión legal se hizo carne a través de la prohibición de la huelga y de toda medida de acción directa bajo pena de severas sanciones, incluida la cárcel. Durante los primeros años, las fuerzas armadas y de seguridad intervinieron toda vez que en un conflicto laboral las patronales hicieron la denuncia al ministerio de trabajo. A la vez, la dictadura intervino las estructuras sindicales más importantes, como la Confederación General del Trabajo (CGT), junto con las principales organizaciones de segundo grado, representativas del cincuenta por ciento de la clase trabajadora (Fernández, 1984, p. 62), y sancionó una ley de prescindibilidad en la administración pública que permitió el despido sin sumario previo de 200.000 agentes. Por otro lado, la ofensiva del capital contra el trabajo se evidencia en cifras como la de la caída del salario real, que en 1982 había perdido 56,2 puntos comparado con el de 1974, mientras que la participación asalariada en el ingreso había caído de 49,7 % a 29,3 % en el mismo lapso temporal. Los efectos del programa económico generaron una fuerte crisis en algunas ramas industriales, sobre todo a partir de los años 80, lo que produjo un reguero de despidos y suspensiones (Massano y Cappannini, 2021, pp. 405-407).

## La trama represiva en la textil Estexa

Si bien hay antecedentes previos, es a partir del 20 de marzo de 1975 que se inició en el Gran Rosario una política más generalizada de represión sobre el mundo obrero. Durante el denominado operativo Serpiente Roja del Paraná, se perpetró una enorme razia que culminó con la detención de cientos de delegados y activistas obreros en todo el cordón industrial, con especial énfasis en la ciudad de Villa Constitución (Rodríguez y Videla, 2013). Esta situación se vio agravada a partir de setiembre/octubre, con una verdadera oleada de atentados con explosivos contra domicilios privados o locales sindicales, secuestros y cruentos asesinatos de militantes y activistas. Todo ello se produjo en el marco de la sanción de los decretos 2770, 2771 y 2772, de «exterminio de la subversión», que sentaron las bases para el despliegue del terrorismo de Estado en todo el país (Águila, 2016).

Por lo que he podido reconstruir, durante esos meses se inició en Estexa una política de despido sistemático de los activistas que no contaban con respaldo gremial, y de acoso y persecución sobre los miembros de la Comisión Interna (CI). Así lo recuerda el hermano de un activista textil:

Cae una patota, calculo que fue octubre del 75 [...]. A partir de ahí comienza una política selectiva de amedrentamiento a los delegados [...] me acuerdo de que previo al golpe [...] comienzan los secuestros de la gente de la [Comisión] Interna. A él lo van a buscar una segunda vez, pero ya con móviles policiales, cortan la cuadra y él obviamente ya no estaba. Pero en la fecha del golpe el partido decide que no vaya más a la fábrica porque empiezan los secuestros (Mario, 23 de setiembre de 2022).<sup>17</sup>

17 Exdirigente estudiantil, militante de Política Obrera, hermano de Luis, miembro de la misma organización y de la Comisión Interna de Estexa. Entrevistador: Andrés Carminati.

Sobre este primer proceso represivo no he podido reunir más información hasta el momento, pero es coincidente con lo que ocurría en esa coyuntura en otras fábricas y lugares de trabajo.

Cuando se produjo el golpe de Estado, la Asociación Obrera Textil (AOT) fue intervenida por la Marina. Pero, según le relató el exsecretario adjunto del sindicato Oscar Bongelli al periodista Carlos del Frade (2006), un capitán de apellido Bolonier les permitió seguir: «Nos dio su respaldo y así pudimos continuar con la tarea que veníamos ejerciendo» (p. 51). No obstante, también recuerda que en mayo de 1976 recibió un llamado intimidante por parte del interventor de la CGT para exigirles el levantamiento de una medida de fuerza:

Nos dijo que levantemos el paro. Porque no le gustaría molestarnos mientras estamos comiendo los fideos con la patrona, con la familia o tomando mate y que terminaran levantados. Le explicamos a la gente y de común acuerdo el paro se levantó (Del Frade, 2006, p. 52).

Las amenazas se cumplieron al año siguiente, aunque no recayeron sobre Bongelli, sino que golpearon un grupo de delegados que al parecer le disputaban el control de la comisión interna. A comienzos de 1977 fueron detenidos seis trabajadores y una trabajadora de Estexa. Algunos de ellos eran delegados/as. Los/a siete fueron secuestrados/as en sus domicilios o en la puerta de la fábrica y conducidos/a al Centro Clandestino de Detención ubicado en el Servicio de Informaciones (SI) de la Policía (ubicado en la intersección de las calles Dorrego y San Lorenzo de Rosario). Sufrieron torturas y vejaciones y permanecieron detenidos/a entre 15 días y tres años, en la Alcaidía Central de la Unidad Regional II de la policía de Santa Fe (URII), ella, y en la cárcel de Coronda la mayoría de los varones.

Según he podido reconstruir con base en diversos testimonios, las detenciones se dieron en el marco de la conformación de una lista opositora al gremio. A pesar de que la actividad gremial estaba suspendida y la AOT de Rosario estaba intervenida, distintas versiones aseguran que en marzo de 1977 se iba a renovar la CI de la fábrica. Según el relato de Bongelli, ese año se conformó «una lista opositora a la conducción» donde él logró ganar por un solo voto de diferencia:

En ese momento se hicieron varios allanamientos y van a la casa de compañero...bah, compañero...era Monto. [...] Un tal Herrera. Salió a enfrentar a la policía con granadas de mano y ametralladoras. Era pesado el tipo. Le encontraron una libreta con el nombre y apellido de la mayoría de los compañeros que estaban con él. Y el ejército hizo una serie de allanamientos y muchos compañeros estuvieron guardados un tiempo [...] Hubo compañeros que no tenían nada que ver y estaban en la lista opositora y se tuvieron que comer un tiempo adentro (Del Frade, 2006, p. 51).

Efectivamente, Herrera pasó por el SI, donde fue visto por otros detenidos, y estuvo preso en Coronda hasta 1979. Desconozco si pertenecía a Montoneros, como afirma el dirigente sindical, ni cuán verosímil es la escena que relata. Lo cierto es que, a otros dos detenidos durante esos días los acusaron también de formar parte de la organización guerrillera. Máximo, uno de los obreros que pude entrevistar, afirma que su detención y la de varios compañeros se debió a que iban a ganar la CI.

Santos Santiago [secretario general de la AOT], él fue el artífice de las detenciones porque él perdía la CI. Les ganábamos las elecciones [...]. El único quilombo es que queríamos cobrar más [...]. Caminábamos adentro, estos guachos estaban enganchados con las empresas, cobraban ellos por afuera [...]. A todos los importantes nos levantan el 20 de enero. En el turno mañana, tarde y noche (Máximo, 13 de julio de 2022).

A Máximo lo secuestraron a la salida de la fábrica. Uno de sus captores, un policía de civil que él conocía de su pueblo, le informó que estaba marcado como perteneciente a Montoneros y que entonces lo llevaría ante su jefe para que aclarara la situación, y después se podría ir tranquilo. Apenas

entró al sí supo que el trámite no sería tan sencillo. Fue recibido a los golpes y luego sometido a tortura: «me preguntan dónde trabajaba, Estexa, le digo. Uh, ya hay dos o tres de ahí, los están cagando a palos, así que no te calentés, quedate tranquilo» (Máximo, 13 de julio de 2022). Estuvo desaparecido durante 90 días y finalmente fue «blanqueado» y destinado a la cárcel de Coronda, donde permaneció detenido hasta diciembre de ese año, en condiciones muy duras que dejaron graves secuelas a su salud.<sup>18</sup>

A Evangelina, otra de las delegadas, la fueron a buscar a su domicilio el 25 de enero, pero no la encontraron. No obstante, ella decidió entregarse y fue llevada al sí donde la interrogaron. Sufrió «golpes y picana con la magiclick», según declaró ante la justicia, en su testimonial para la Causa Feced III y IV:

Fui detenida en el año 77 [...]. Fue por mi actividad gremial en la fábrica que trabajaba. Se sabe que éramos perseguidos y mi casa fue allanada la madrugada del 25 de enero [...]. Me acusaban de ser colaboradora de la organización Montoneros, cosa que negué, niego y negaré.<sup>19</sup>

Entre otras personas reconoció a Herrera, «muy golpeado, muy torturado, en el pozo lo vi». Ella quedó detenida en la Alcaldía Central de la UR II hasta junio de 1977, cuando recuperó su libertad bajo vigilancia. Durante su testimonio, como en el de otras mujeres que declararon, recordó que algunas compañeras sufrieron violencia sexual y de género, práctica que fue habitual en el CCD. Si bien ella refirió a estas prácticas en tercera persona, la rememoración de sus vivencias da cuenta del «impacto diferencial de las prácticas represivas sobre varones y mujeres» (Álvarez, 2015, p. 65).

De los otros casos poseo menos información. Uno de ellos habría sido liberado a los 15 días, mientras que los otros fueron derivados a Coronda. Los/a secuestrados/a recibieron a los pocos días telegramas intimándoles a presentarse a trabajar. Máximo aún los guardaba. El 27 de enero recibió el tercer despacho, que rezaba: «No habiéndose presentado a trabajar pese a nuestras intimaciones consideramos definitivo abandono de puesto haberes su disposición. Colaciónese. Estexa».<sup>20</sup> Evangelina recordó haber recibido uno similar mientras estaba detenida.<sup>21</sup> Se trata de un *modus operandi* común, que se verifica en otras empresas y ámbitos estatales a lo largo y ancho del país.<sup>22</sup>

## Conflictividad obrera, disciplinamiento y crisis industrial

A pesar del contexto represivo, durante todo el período dictatorial se produjeron diversas formas de conflictividad en Estexa. Ya sea las modalidades de «resistencia molecular» (Pozzi, 1987; Falcón, 1994) como otras formas más abiertas y explícitas.

Una de las dificultades para estudiar la conflictividad en dictadura está vinculada justamente con las formas episódicas, fugaces y subterráneas que asumió, sobre todo durante los primeros tres años. Es por ello que la búsqueda, siguiendo los indicios, muchas veces resulta ardua.

18 En el libro testimonial de los ex presos políticos de Coronda se relatan las vejaciones que sufrieron los detenidos «legalmente» en esa prisión: (Obra Colectiva Testimonial, 2003).

19 Evangelina (19 de setiembre de 2018). Testimonial en el Tribunal Oral Federal de Rosario 2, Fro 43000130/2004/TOI (Causa Feced III y IV).

20 Telegrama n.º 3 de Estexa a Máximo (27 de enero de 1977). Copia facilitada al/la autor/a por el extrabajador.

21 Evangelina (19 de setiembre de 2018). Testimonial en el Tribunal Oral Federal de Rosario 2, Fro 43000130/2004/TOI (Causa Feced III y IV).

22 Por ejemplo, Ingenio La Fronterita, Minera Aguilar, Dálmine-Siderca, Astillero Río Santiago, Propulsora, Ford, Peugeot, entre otros. Véase Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Centro de Estudios Legales y Sociales (2015).

Ya hice mención a que en mayo de 1976 parece haber existido un conflicto, que fue levantado luego de la amenaza telefónica del interventor militar de la CGT. Al parecer, si la fábrica incluía al hogar entre los límites de sus amplias pretensiones de disciplinamiento, también la dictadura llevaba la represión hacia el mismo territorio. La imagen familiarista de los «fideos con la patrona» refiere a un orden en el hogar que se corresponde con el orden en la fábrica. El mensaje era claro: a partir del golpe, la ruptura de la disciplina fabril podría traer consecuencias también en ese espacio, antes protegido. En momentos de dictadura, la «disciplinización extensiva» asumía también formas represivas.

En enero de 1977 la fábrica fue testigo de los secuestros que he reseñado previamente. Si bien no he registrado episodios conflictivos, evidentemente el malestar con las condiciones de trabajo y los salarios se expresaba en la construcción de una lista alternativa. Meses más tarde, la División Informaciones de la policía hallaba un extenso volante firmado por «Obreros Textiles Peronistas de Base (Estexa)». Allí se enumeraban varios reclamos. Sin dudas, el tema de los ingresos estaba entre las demandas principales, en la medida que el salario real había descendido más de 50 puntos comparado con el de 1975 y que la inflación interanual de febrero trepaba al 303 %. Pero, además, en el volante se denunciaba que desde el 24 de marzo «se nos arrancaron conquistas (como las cuatro horas de los sábados)», se echó a muchos «con mala foja de servicios» y se utilizó el clima de zozobra para atemorizar al resto «porque se hablaba de 75 o 100 telegramas de despido».<sup>23</sup> Por otra parte, el volante se detenía en la exigencia de productividad y el incremento de la vigilancia:

Hoy vemos cómo nuestros patrones comienzan a exigirnos que aumentemos la producción y que mejoremos la calidad [...] en la mayoría de las secciones [...] donde los jefes y capataces nos aprietan a diario [...] sin importarles en qué condiciones estamos produciendo, en muchos casos con hilados de mala calidad o con máquinas viejas y obsoletas [...] o en malas condiciones mecánicas, sin importarles que los mecánicos no den abasto con la cantidad de máquinas que tienen que atender [...]. Y nosotros tenemos que seguir aguantando que nos controlen cada vez más en las secciones, que nos persigan los serenos en los baños, que nos llamen de arriba y nos amenacen con suspensiones y despidos.<sup>24</sup>

El logro de mayor productividad, a base de la intensificación del trabajo y la imposición de la disciplina patronal en el suelo de fábrica, era una de las demandas centrales del empresariado y uno de los objetivos de la dictadura en el terreno laboral (Simonassi, 2007). Como en la mayoría de los casos, desde la dirección de Estexa hicieron valer el cambio de relaciones de fuerza en la sociedad para imponer sus objetivos en el terreno productivo. Por su parte, los obreros que habían escrito el volante reconocían que se encontraban políticamente «bastante desorientados» y aislados en la fábrica y secciones. Se preguntaban hasta cuándo se «aguantarían» esas condiciones. Vaticinaban, quizás con más optimismo que certezas, que no sería «por mucho tiempo más».<sup>25</sup> Efectivamente, tres meses más tarde, ese malestar que los militantes veían en su fábrica se expresaría de manera abierta.

En realidad, los conflictos se iniciaron en las plantas de tractores de la Zona Norte, cuando en John Deere y Massey Ferguson estallaron huelgas por reclamos salariales. Por la importancia de las fábricas, los conflictos trascendieron rápidamente. A pesar de que las patronales, de acuerdo con la policía y el ejército, desalojaron a los trabajadores de ambas plantas, el efecto contagio se hizo sentir sobre otros sectores laborales que aprovecharon el contexto para hacer oír sus propios reclamos. Durante diez días hubo conflictos de diversa intensidad y duración en fábricas como: Duperial, PASA, Celulosa

23 División Informaciones de la Policía de Santa Fe (DIPSF), 22 de marzo de 1977, N.º 68, Caja 55A, Archivo de la Memoria de la Provincia de Santa Fe (AMPSF).

24 DIPSF, 22 de marzo de 1977, N.º 68, Caja 55A, AMPSF.

25 DIPSF, 22 de marzo de 1977, N.º 68, Caja 55A, AMPSF.

Argentina, Cerámica San Lorenzo, Sulfacid, Argental, Fate, Cristalerías de Cuyo y la misma Estexa (Carminati, 2011).

Al extenderse por varios días los conflictos en fábricas de la importancia de John Deere y Massey, se pudo romper la censura y el silencio. La noticia de las huelgas repercutió incluso en los diarios comerciales de Buenos Aires (*Clarín*, *La Nación*, *La Razón* y *La Prensa*).<sup>26</sup> El 17 de junio, cuando los conflictos en las plantas de tractores cumplían una semana, los partes de la policía daban cuenta de las repercusiones en Estexa:

Obreros de ESTEXA [...] ingresaron en horas de esta mañana en forma aparentemente normal, pero a poco de iniciadas las actividades iniciaron medidas de fuerza, paralizando sus actividades, en demanda de mejoras salariales y en adhesión al personal de JOHN DEERE Y MASSEY FERGUSON [...]. Las autoridades del establecimiento fabril radicaron la respectiva denuncia ante las autoridades locales del Ministerio de Trabajo. Ante la negativa unánime de reiniciar sus labores, personal policial procedió a desalojar la fábrica, no produciéndose incidentes.<sup>27</sup>

Según el periódico de un partido de izquierda, durante los desalojos se «produjeron algunos diálogos entre los suboficiales, los soldados y los obreros. En Estexa las chicas convidaron sandwiches y charlaron con los soldados».<sup>28</sup> Una de las extrabajadoras que pude entrevistar hace referencia a este conflicto:

Jugábamos al tutti frutti para que se pasaron las horas, porque estábamos adentro [...] con los telares todos parados. Estábamos adentro de la fábrica, pero sin trabajar [...]. Me acuerdo de que salíamos y estaban todos los militares, nos revisaban los bolsos [...]. Eran todos jovencitos, todos pibes y nosotras todas chicas, te imaginás que salíamos y los embromábamos. Y siempre no tener ningún papel en la cartera, que te revisaban a ver si tenías algún papel, algún coso ¿no? Eso nomás, yo después de política no sé nada (Isabel, 23 de agosto de 2022).

Es interesante cómo es descripto el encuentro con los militares. Probablemente conscriptos. La cuestión de género juega un papel aquí también, porque posiblemente con obreros varones no debe haber habido chistes. Se trata también de estrategias populares, dónde las bromas ayudan a distender la situación represiva y a relajar la disciplina castrense. Un juego, dónde también las obreras pudieron colarse por la grieta de la cultura patriarcal y usar a su favor esos cánones que las definen cómo débiles, indefensas, pero también como portadoras de «encanto», «belleza» y «seducción» (Larguía y Dumoulin, 1988).

La huelga duró dos días, e incluso fue mencionada en algunos diarios locales.<sup>29</sup> Aparentemente en el conflicto de Estexa, como en otros de este ciclo, primaron los componentes espontáneos. Ya hicimos referencia a la situación general y a los malestares que enumeraba el volante del Peronismo de Base. Evidentemente, en junio de 1977 hacía falta una chispa cualquiera para que brotara el reclamo. Los partes policiales señalaban que en todos los conflictos no se habían «detectado hasta el momento cabecillas o activistas», ni se habían producido detenciones.<sup>30</sup> Según lo relatado por el periódico del PST al que hicimos referencia previamente:

26 Me he ocupado de la oleada completa en otro artículo (Carminati, 2011), por lo cual aquí me ceñiré a lo ocurrido en la textil.

27 DIPSF, 17 de junio de 1977, N.º 142, Caja 55A, AMPSF.

28 *Unidad Socialista*, julio de 1977, año 1, n.º 3. Órgano del Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

29 *El País desde Rosario*, 18 de junio de 1977; *La Tribuna*, 18 de junio de 1977.

30 DIPSF, 17 de junio de 1977, N.º 142, Caja 55A, AMPSF.

En Estexa [...] repentinamente y por el impacto causado por las noticias que venían de las otras fábricas se paró el martes 15 y el miércoles 16. La gente solo sabía que se luchaba «por aumento» [...] fue unánime. Encabezado por «los viejos» fue acatado por todos, inclusive por los empleados y los capataces.<sup>31</sup>

Al finalizar el conflicto, se habría conseguido «un aumento del viático, una mejora en el premio y la promesa de discutir otros puntos».<sup>32</sup> En otras fábricas, se consiguieron algunos aumentos (John Deere, 17 %; Massey 13 %; PASA y Duperial la promesa del 20 %), aunque también hubo despidos, suspensiones y otras represalias.

Después de este conflicto no se han hallado otras medidas en la fábrica hasta 1980, aunque no habría que descartar que hubiera habido medidas breves, por secciones o algún hecho de sabotaje, como ocurrió en diversos establecimientos, sobre todo entre 1976 y 1978 (Dicósimo y Carminati, 2013).

Un activista que entró a trabajar en 1979 recuerda las tácticas que se utilizaban para poder conversar entre trabajadores e ir conociendo en quien se podía confiar:

Yo entré a la fábrica y no hacía nada [de trabajo político sindical] [...]. Jugábamos al fútbol [...] que es lo que se podía hacer. Vos jugás al fútbol y después comés una pizza o algo y de algo hablás. Otra táctica que yo tenía es que llegaba a la fábrica media hora antes, y compraba el diario [...]. Y leíamos el diario La Capital mientras nos cambiábamos. Y algún comentario siempre se arma [...]. Esa era una forma de conocer a los compañeros. Lo primero que vos tenés que saber es quién es el buchón y quién no (Néstor, 30 de setiembre de 2022).

Ese año, el 27 de abril, se produjo el primer paro nacional durante la dictadura. La medida tuvo un acatamiento parcial, con mayor adhesión en los gremios industriales que de servicios. En el Gran Rosario hubo inactividad en las grandes plantas de la zona norte (Celulosa, Electroclor, Argentall, John Deere, Pasa y Duperial), entre trabajadores del ferrocarril y de los talleres del ramal Mitre y algunas fábricas de la ciudad.<sup>33</sup> Por lo que hemos podido establecer, las y los trabajadores de Estexa no formaron parte de la medida, porque la AOT estaba alineada con la Comisión Nacional del Trabajo (CNT), una de las dos organizaciones nacionales que nucleaba al movimiento obrero en la época, que no adhirió a la medida.<sup>34</sup>

Durante 1980 y 1981 se hicieron sentir con fuerza los efectos de las políticas económicas de Martínez de Hoz. Estas afectaron especialmente a algunas ramas industriales, como la textil, donde se produjeron récord de suspensiones, cierres y quiebras. En 1980, la Federación de Industrias Textiles Argentinas (FITA), denunciaba que la crisis del sector respondía a «la masiva importación de productos», «la ineficiencia y el alto costo de los servicios, el costo laboral y previsional y la pesada carga financiera y fiscal».<sup>35</sup> Por su parte, desde la AOT se alertó sobre la situación de la rama. Dirigentes nacionales del gremio sostuvieron que había «cerrado y desaparecido como fuente de trabajo la tercera parte de sus fábricas», y que restaban «en actividad 40 mil de los 120 mil trabajadores que tenía el gremio en marzo de 1976».<sup>36</sup> El comunicado del gremio daba cuenta de la dramática situación, pero también de las concepciones dialoguistas de un sector del sindicalismo:

31 *Unidad Socialista*, julio de 1977, año 1, n.º 3.

32 *Unidad Socialista*, julio de 1977, año 1, n.º 3.

33 DIFSF, 30 de abril de 1979, D2 30200Abr79, Caja 182 sobre de caja 475, leg. 4, AMPSF.

34 Hacia fines de 1978, entre gremios intervenidos y no intervenidos, se fueron delineando dos corrientes al interior del movimiento obrero. Por un lado, la «Comisión de los 25», de perfil más confrontacionista, que luego decantaría en la CGT Brasil, bajo la conducción de Saúl Ubaldini; y la CNT, de corte participacionista o dialoguista, que se opuso a todas las medidas de fuerza. Recién después de la Guerra de Malvinas se plegaría a los paros generales.

35 *La Tribuna*, 14 de mayo de 1980.

36 *La Tribuna*, 20 de mayo de 1980.

Los obreros textiles simplemente no podemos más. Hace más de cuatro años que «ponemos el hombro» acompañando al Proceso de Reorganización Nacional, tratando de entenderlo, de ayudar, de facilitar las soluciones que necesita el país para alcanzar el bien común. [...] Nadie quiere desestabilizar el Proceso. Lo que los obreros textiles reclaman, dramáticamente, es su derecho a la vida.<sup>37</sup>

Para fines de 1980 Estexa suspendió a 1.140 trabajadores y trabajadoras, sin goce de sueldo, por quince días. La empresa envió los telegramas un sábado. Ese lunes, un número importante de trabajadores se congregó en la puerta de la fábrica y partieron encolumnados hasta la delegación del Ministerio de Trabajo local, ubicada a unas 60 cuadras.

Representantes del grupo obrero fueron recibidos en esa oficina por el delegado interventor de la repartición teniente coronel (RE) Hugo Laciari quien fue informado sobre la situación creada. Luego de la entrevista la columna obrera se disolvió pacíficamente.<sup>38</sup>

La fábrica prorrogó las suspensiones en febrero del año siguiente, y en marzo otorgó una «licencia anual remunerada por el término que a cada trabajador dependiente le corresponde según antigüedad».<sup>39</sup> En mayo hubo otra marcha de trabajadores de Estexa. Esta vez partieron desde la sede de la AOT y recorrieron las 15 cuadras hasta la puerta de la fábrica al grito de «queremos trabajar».<sup>40</sup> Allí fueron recibidos por dirigentes de la empresa y consiguieron una reunión con el gobernador de la provincia. «Nosotros lo que queremos es la fuente de trabajo», dijo el líder del gremio textil rosarino. «Si no abren más que lo digan de una vez por todas, pero que no prolonguen la situación de los empleados».<sup>41</sup> Al mes siguiente el gremio emitió un comunicado titulado: «Observamos con estupor la disgregación de nuestro gremio». En uno de sus párrafos subrayaban:

Los textiles deseamos trabajar en orden y en paz, esa fue siempre nuestra premisa. Que se abran nuestras fuentes de trabajo que se han cerrado sin saber por qué; que nos den tranquilidad y un poco de felicidad a nuestros hogares.<sup>42</sup>

Recién en agosto la empresa reincorporó a 70 trabajadores, de un total de 850 que tenía a comienzos de ese año.<sup>43</sup> Y en octubre anunció que para diciembre reabrirla sus puertas, cuando se hubiera cumplido un año sin actividades. En el transcurso del año, «muchos se dieron por despedidos a raíz de las suspensiones que les impusiera la empresa».<sup>44</sup> Por su parte, la AOT sostuvo que estaba en «conversaciones» con la dirigencia empresaria «en procura de la percepción de los haberes caídos desde la paralización de la planta».<sup>45</sup>

La arrolladora crisis y la política empresarial de descargarla exclusivamente sobre los/as trabajadores/as planteó la batalla en condiciones muy desiguales. En este marco, y aún con presupuestos políticos fundados en la armonía de clases, la AOT fue parte de una serie de movilizaciones que estaban prohibidas por la vigencia del estado de sitio. Estas se enmarcan también en un contexto de mayor conflictividad abierta. A partir de 1981 se inició un ciclo de protesta con conflictos prolongados, algunas tomas de establecimientos y la irrupción de los reclamos en el espacio público, con mo-

37 *La Tribuna*, 20 de mayo de 1980.

38 *La Tribuna*, 15 de diciembre de 1980.

39 DIFSF, 17 de marzo de 1981, Memorandos Laborales (ML), N.º 16, Caja 119, AMPSF.

40 *La Tribuna*, 5 de mayo de 1981.

41 *La Tribuna*, 5 de mayo de 1981.

42 *La Tribuna*, 6 de junio de 1981.

43 DIFSF, 13 de agosto de 1981, ML, N.º 79, Caja 119, AMPSF.

44 *La Tribuna*, 9 de octubre de 1981.

45 *La Tribuna*, 16 de octubre de 1981.

vilizaciones, como la marcha de San Cayetano en noviembre de ese año y la movilización del 30 de marzo de 1982. También se puede advertir que el motor de los conflictos era marcadamente defensivo, donde las luchas contra los cierres, despidos y suspensiones era uno de los ejes centrales del ciclo. En muchos casos, como en Estexa, se perdieron numerosos puestos laborales y en otros culminaron con el cierre de establecimientos enteros: se estiman más de 20.000 durante toda la dictadura.

## Consideraciones finales

En este artículo me propuse trabajar las experiencias obreras en la fábrica textil Estexa, desde una perspectiva que articulase las perspectivas de clase y género. Se trata también de una primera aproximación a la historia de la fábrica, ya que, como he planteado, no hay estudios publicados sobre esta y solo aparece mencionada de manera secundaria en algunos trabajos. He procurado reconstruir algunas cuestiones de orden estructural, como las dimensiones de la fábrica, sus instalaciones, las distintas secciones, los niveles de producción, condiciones de trabajo, y prestado particular interés a las políticas patronales. Me he valido de las nociones teóricas de De Gaudemar (1991) sobre la «disciplinarización extensiva», pero las he complementado con una serie de lecturas feministas, que permiten pensar de manera más específica las concepciones empresarias sobre el trabajo de las mujeres.

Bajo la hipótesis de que la empresa se proponía «disciplinar» o «moralizar» el espacio doméstico, he mostrado las diferentes iniciativas para reordenar las familias obreras y proteger ese espacio de potencial «productividad pasiva», como lo denomina Dalla Costa (1977). También me detuve en otras políticas tendientes a mitigar la alta rotación de obreras calificadas y las contradicciones de estas con los presupuestos ideológicos basados en las tipologías sexuales. Muchas veces, las necesidades de la productividad industrial chocaban con los valores patriarcales que pugnaban por devolver a las mujeres al dominio doméstico. Valores que la empresa también reproducía y de los cuales se valía implementando brechas de salarios.

En otro sentido, he procurado reconstruir las diferencias de género en clave de experiencias, y allí me he valido de los testimonios. En ellos se destacan las tensiones que provocaba la irrupción de las mujeres en el espacio público y productivo en relación con sus familias y la sociedad. La «mala fama» y ese mandato social que pugnaba constantemente por devolverlas al espacio doméstico eran, junto a la brecha salarial y la doble jornada laboral, el precio que pagaban las obreras por romper con el ideal de mujer doméstica.

En un segundo apartado procuro reconstruir un proceso histórico más acotado, el signado por la última dictadura militar. Si bien en estudios previos sobre el Gran Rosario se había establecido la existencia de algunos conflictos en la fábrica, trabajar el caso de manera focalizada permite conocer mejor las especificidades de los procesos de conflictividad, disciplinamiento y represión. También aquí, una mirada atenta a las políticas diferenciadas en función del género permite echar luz sobre diversas cuestiones. Por ejemplo, el encuentro entre las obreras y los soldados da cuenta de la configuración de un escenario diferente a partir de la presencia de las mujeres, donde las mismas concepciones patriarcales que las definen como débiles, pero también portadoras de «belleza» y «seducción», tenían el potencial de relajar la estricta disciplina castrense. La «mala fama» también podía jugar en este terreno simbólico. Las bromas y la risa, vedadas en el marco de un operativo represivo, surcaban a contracorriente por los mismos canales de la cultura patriarcal.

Si bien queda pendiente profundizar sobre la participación de las obreras en las instancias gremiales, sí sabemos que los dos dirigentes máximos de la AOT local eran varones. Lo cual parece ser el rasgo común del sindicato textil dónde, sobre todo los espacios de decisión, eran predominantemente



masculinos. En este sentido, el dispar peso de la represión, que en el caso de los secuestros recayó sobre una mayoría de varones, debe tener correspondencia con la desigual participación en las instancias sindicales.

En el caso de Estexa hay un acontecimiento que pareciera anómalo, el de las elecciones de CI en 1977. El gremio se encontraba intervenido, las actividades gremiales prohibidas y, por ende, a pesar de que dos testimonios lo recuerden, podría tratarse de aquellos «relatos equivocados», que tanto ha trabajado Portelli (1989). Si es difícil saber si se trataba efectivamente de una elección u otro mecanismo de renovación de la representación en la fábrica, lo cierto es que las detenciones de enero tuvieron como objetivo dismantelar un grupo opositor al oficialismo de la AOT local. En su paso por el Servicio de Informaciones fueron acusados de pertenecer o colaborar con Montoneros. Por lo que hemos podido reconstruir, nada indica que los y la detenidos/a hayan pertenecido a la organización. Tampoco he encontrado otros elementos que den cuenta de la inserción de la organización armada en la fábrica. Por otro lado, el hecho de que todos/a fueron «blaqueados/a» y algunos liberados al muy poco tiempo, es un indicativo de que tampoco las fuerzas represivas les catalogó como guerrilleros. Si no, probablemente su destino hubiera sido otro.

Quiero detenerme en un punto más sobre la represión en Estexa. No conocí lo ocurrido en la fábrica hasta que focalicé mis estudios sobre ella. El hecho de que la represión no haya causado otras formas extremas, como el asesinato o la desaparición forzada, le resta visibilidad frente a otros casos. Es muy probable que en otros establecimientos puedan encontrarse más ejemplos como este, en los cuales se produjeron detenciones y secuestros temporarios que permanecen invisibilizados.<sup>46</sup> En este sentido, creo que no se han agotado los estudios sobre la represión a la clase trabajadora durante la dictadura. Si a veces cuesta mucho trabajo reconstruir hechos con mayor visibilidad relativa, como desapariciones o asesinatos, procesos como los que he trabajado aquí, que no salieron en la prensa, que no forman parte de calendarios de la memoria y que difícil y tardíamente llegan a tribunales, requieren de un trabajo específico, fábrica por fábrica, para poder reconstruirlos y de esa manera ponderar la magnitud de las diversas formas que asumió la represión sobre la clase trabajadora en dictadura y los diversos niveles de responsabilidad empresarial en ese proceso.

Respecto a la conflictividad en la fábrica, se pueden ver dos momentos claramente diferenciados. Uno marcado por las demandas salariales y la protesta ante las políticas de aumento de la productividad y disciplinamiento autoritario, que pudo manifestarse con fuerza en 1977, aunque el año anterior parece haber habido alguna protesta en mayo. La huelga de junio de 1977 tuvo un alto componente de espontaneidad y da cuenta de una modalidad huelguística propia de los primeros tres años de la dictadura: las olas de huelgas. Al estar proscriptas las organizaciones gremiales, los conflictos estallaban en cadena a partir de que algún sector importante lograra adquirir visibilidad. Esa relación aparece claramente en los partes policiales, dónde se sostiene que se declaraba la adhesión a los conflictos encabezados por John Deere y Massey.

En el segundo momento vemos una lucha de carácter defensivo ante la crisis del sector textil. No sabemos si las movilizaciones fueron una iniciativa de las bases descontentas, que fue secundada por el sindicato, o fue este el que las promovió. Lo cierto es que la AOT asumió su vocería y hubo dos protestas abiertas y con mucha visibilidad. No obstante, frente a una situación dramática, en la cual la patronal descargaba la crisis sobre las espaldas de los/as trabajadores/as, la organización sindical exhibía sus concepciones basadas en la conciliación de clases y pedía «orden», «paz», «tranquilidad» y apenas «un poco de felicidad a nuestros hogares»<sup>47</sup> Casi la mitad del colectivo obrero quedaría sin empleo.

46 Algo similar hallé al realizar un estudio sobre el caso de la fábrica Celulosa Argentina (Carminati, 2022).

47 *La Tribuna*, 6 de junio de 1981.

Como estudio de caso nos quedan varios temas pendientes. Sin duda, reconstruir más detalladamente la historia de la fábrica desde sus orígenes hasta su cierre es uno. El acceso a otros documentos fabriles como memorias y balances o eventualmente fichas de personal sería de mucha utilidad a tales fines. De igual manera, sería importante completar las series de *Gacestexa* y *Enfoques Estexa*, así como también entrevistar a más ex trabajadoras y trabajadores. Por otro lado, queda abierta una serie de incógnitas alrededor del funcionamiento del sindicato, la CI, la participación de varones y mujeres en instancias gremiales. También el rol de las diversas corrientes políticas en el interior de la fábrica y las implicaciones de la patronal en la detención de trabajadores y trabajadoras.

El trabajo aporta a la construcción de conocimiento sobre la clase trabajadora de Argentina, desde una perspectiva de género, y se inserta como una pieza más en una serie de estudios que intentan comprender la represión, el disciplinamiento y la conflictividad durante la última dictadura militar.

## Referencias bibliográficas

- ÁGUILA, G. (2016). Modalidades, dispositivos y circuitos represivos a escala local/regional: Rosario 1975-1983. En G. Águila, P. Scatizza y S. Garaño (Eds.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado* (pp. 341-366). La Plata: Estudios/Investigaciones 57, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- ÁLVAREZ, V. (2015). Género y violencia: Memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina. *Nomadías*, (19), 63-83.
- ANDÚJAR, A., y D'ANTONIO, D. (2020). «Chicas como tú»... Género, clase y trabajo en la Argentina reciente: un balance desde la historia social». *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (16), 93-110.
- BASUALDO, V. (2016). Militancia y organización obrera de base durante la primera mitad de los años 70: una aproximación desde la historia oral al caso de Alpargatas en Florencio Varela. En K. Grammatico (Ed.), *Historia reciente, género y clase trabajadora: cinco estudios para pensar un problema de investigación* (pp. 9-30). Buenos Aires: Universidad Nacional Arturo Jauretche.
- BIERNAT, C., y RAMACCIOTTI, K. (2011). La protección a la maternidad de las trabajadoras en Argentina: aspectos legales y administrativos en la primera mitad del siglo XX. *Historia, Ciencias, Saúde-Manguinhos*, 18(1), 153-77.
- CARMINATI, A. (2011). Conflictividad obrera durante la última dictadura militar en Rosario y el Cordón Norte del Gran Rosario. El otoño caliente de junio de 1977. En D. Dicósimo y S. Simonassi (Eds.), *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social* (pp. 121-135). Rosario: Prohistoria.
- CARMINATI, A. (2012). «Algo habrán hecho». La historia de los trabajadores durante la última dictadura militar (1976-1983). Un repaso historiográfico. *Historia Regional*, XXV(30), 13-34.
- CARMINATI, A. (2018). *Los trabajadores del cordón industrial del Gran Rosario ante la dictadura militar (1976-1983)* (Tesis doctoral, Universidad Nacional de Rosario, Rosario).
- CARMINATI, A. (2022). *Conflictividad, disciplinamiento y reestructuración en Celulosa Argentina durante la última dictadura militar (1976-1983)*. En II Jornadas internacionales de historia de los/as trabajadores/as y las izquierdas, Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas, Santiago del Estero.
- CIRIZA, A. (2007). Retornar a Engels. Notas sobre las relaciones entre feminismo y marxismo. Estudio introductorio. En *El origen de la familia la propiedad privada y el Estado* (pp. 9-75). Buenos Aires: Luxemburg.
- CURIEL, O. (2014). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. En I. Azkue, M. Luxán, M. Legarreta-Iza, G. Guzmán, I. Zirion y J. Azpiazu Carballo (Eds.), *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (pp. 45-60). Bilbao: Universidad del País Vasco.
- DALLA COSTA, M. (1977). Las mujeres y la subversión de la comunidad. En M. Dalla Costa y S. James (Eds.), *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad* (pp. 22-65). Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- DE GAUDEMAR, J.-P. (1991). *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*. Madrid: Trotta.
- DEL FRADE, C. (2006). *El Litoral, 30 años después. Sangre, dinero y dignidad*. Rosario: Edición del Autor.

- DICÓSIMO, D., y CARMINATI, A. (2013). Sabotaje a la dictadura. Un estudio sobre las formas de sabotaje industrial durante la última dictadura militar en el Gran Rosario y el centro sudeste bonaerense (1976-1983). *Anuario IEHS*, (25), 257-278.
- FALCÓN, R. (1994). La resistencia obrera a la dictadura militar (una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos). En H. Quiroga y C. Teach (Eds.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática* (pp. 123-141). Buenos Aires: Homo Sapiens.
- FERNÁNDEZ, A. (1984). *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- GRAND, C., CIARNIELLO, M. C., ALBORNOZ, J., PERRONE, Y., TOSONI, C., y FROCADELL, V. (2022). Sala Estexa en muestra Ciudad Candia. Museo de la Ciudad de Rosario.
- JAMES, D. (2004). *Doña María: historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- LARGUÍA, I., y DUMOULIN, J. (1988). *La mujer nueva, teoría y práctica de su emancipación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- LOBATO, M. (1995). La mujer trabajadora en el siglo XX: un estudio de las industrias de la carne y textil en Berisso, Argentina. En M. Lobato, E. Villar Marquez, P. Córdova, C. Spione y M. Ulloa (Eds.), *Mujer, trabajo y ciudadanía* (pp. 14-71). Buenos Aires: Clacso.
- LOBATO, M. (2004). *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- MASSANO, J. P., y CAPPANNINI, A. (2021). Revisitando las «condiciones materiales de la clase obrera». Actualizaciones y debates en torno al capítulo 2 de Oposición obrera a la dictadura de Pablo Pozzi. En L. Zorzoli y J. P. Massano (Eds.), *Clase Obrera y dictadura militar en Argentina (1976-1983). Nuevos estudios sobre conflictividad y cambios estructurales* (pp. 399-424). Raleigh: A Contracorriente.
- MINISTERIO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS DE LA NACIÓN (MJYDH), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, y Centro de Estudios Legales y Sociales. 2015. *Responsabilidad empresarial en delitos de lesa humanidad. Represión a trabajadores durante el terrorismo de Estado*. Buenos Aires: MJYDH.
- OBRA COLECTIVA TESTIMONIAL. (2003). *Del otro lado de la mirilla. Olvidos y memorias de ex presos políticos de Coronda (1974-1979)*. Santa Fe: El Periscopio.
- PORTELLI, A. (1989). Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli. *Historia y Fuente Oral*, (1), 5-32.
- POZZI, P. (1987). *Oposición Obrera a la Dictadura (1976-1982)*. Buenos Aires: Contrapunto.
- RODRÍGUEZ, E., y VIDELA, O. (Eds.). (2013). *El Villazo. La experiencia de una ciudad y su movimiento obrero*. Villa Constitución: Instituto Superior del Profesorado N.º 3.
- SIMONASSI, S. (2004). *Historias de metal, Industria e industriales metalúrgicos de Rosario, 1973-1983* (Tesis de Maestría, Buenos Aires: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales).
- SIMONASSI, S. (2007). «A trabajar y muzzarella». Prácticas y políticas de disciplinamiento laboral en la industria metalúrgica de Rosario, 1974-1983. *Historia Regional*, XX(25), 57-82.

# Huelgas, protestas y cultura de resistencia en Barrancabermeja en la década de 1970

## Strikes, protests and culture of resistance in Barrancabermeja city in the 1970s

Luz Ángela Núñez Espinel<sup>1</sup>

### Resumen

Este artículo analiza el ciclo de protesta delimitado por las huelgas petroleras de 1971 y 1977 en Barrancabermeja, Colombia. Se examinan las relaciones entre los trabajadores y la ciudadanía de Barrancabermeja en los sucesivos conflictos laborales y cívicos del período, indagando tanto por los aspectos políticos y organizativos que sustentaron los movimientos de protesta, como por los aspectos sociales y culturales que actualizaron esa «cultura radical» al contexto de la década de 1970. También se pregunta por el significado del alto nivel de represión desplegado por igual sobre la protesta laboral y la movilización social. Se argumenta que dicha represión estaba encaminada a desarticular a la USO (principal sindicato petrolero) y a fracturar sus nexos con la comunidad de Barrancabermeja, apuntando de lleno al corazón de la configuración social barranqueña.

**Palabras clave:** movimiento obrero, huelga, Barrancabermeja, movimientos cívicos, represión

### Abstract

This article analyzes the cycle of protest defined by the oil strikes of 1971 and 1977 in Barrancabermeja, Colombia. The relationships between the workers and the citizens of Barrancabermeja are examined in the successive labor and civic conflicts of the period, investigating both the political and organizational aspects that supported the protest movements, as well as the social and cultural aspects that updated that «radical culture» to the context of the 1970s. It also asks about the meaning of the high level of repression deployed equally on labor protest and social mobilization. It is argued that said repression was aimed at dismantling the USO (main oil union) and fracturing its ties with the community of Barrancabermeja, aiming squarely at the heart of the Barranca social configuration.

**Keywords:** labor movement, strike, Barrancabermeja, civic movements, repression

<sup>1</sup> Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia. lnuneze@unal.edu.co

## Introducción

Barrancabermeja está localizada a orillas del Río Magdalena, en la región colombiana conocida como Magdalena Medio. A principios del siglo XX era apenas un caserío, que se transformó en un poblado gracias a la explotación petrolera y a la instauración del enclave petrolero de la Tropical Oil Company<sup>1</sup> (Troco). Muy rápidamente, en 1922, logró reconocimiento como municipio y a partir de ese momento experimentó un importante crecimiento espacial y demográfico, hasta convertirse en la segunda ciudad más importante del Departamento de Santander y en la «capital petrolera de Colombia» (Aprile-Gnisset, 1997; Serrano, 2013).

Gracias a la implantación de la Troco, la ciudad se convirtió en polo de atracción para trabajadores procedentes de diversos lugares de Colombia, e incluso del exterior. Pese a la oposición de la compañía, en el área rural se establecieron colonos que proveían alimentos a los habitantes del casco municipal y a la fuerza laboral de la Tropical. Completaba el mosaico local un heterogéneo contingente de migrantes internos (hombres y mujeres) dedicados al comercio, la provisión de servicios a los trabajadores (hospedaje, alimentación, etc.), la prostitución y el expendio de licores.

La diversidad de orígenes de sus habitantes, y el hecho de que la ciudad se ubicara en un puerto fluvial conectado al Caribe, le dio a esta urbe un aire mucho más cosmopolita que la mayoría de las del interior del país y la convirtió en epicentro de una cultura radical o rebelde (Archila, 2022), que se expresó no solamente en la protesta social, sino también en altos niveles de organización política y comunitaria, y una gran actividad cultural de signo contrahegemónico.<sup>2</sup> Si bien la base objetiva del conflicto social que sustentaba dicha cultura era la explotación de la empresa estadounidense en la región, lo característico del caso barranqueño es que este conflicto no se comprendía como una problemática solo laboral, sino que aparecía de manera transversal en el ámbito local generando fuertes lazos de solidaridad entre los trabajadores y el resto de la población (Vega Cantor y Núñez Espinel, 2019).

Esto ocurría por varias razones. En primer lugar, la economía local dependía de manera directa de la circulación monetaria derivada de los salarios de los trabajadores; de manera que, para buena parte de la población, su suerte estaba atada a la de los trabajadores. Por ello, basculaban a su favor en tiempos de conflicto laboral, apoyándolos social y materialmente, bajo el supuesto de que, si las demandas eran resueltas favorablemente, ello los beneficiaría de manera directa. En segundo lugar, los colonos y parte del comercio tenían conflicto directo con la Troco por su pretensión de monopolizar las tierras y la venta de provisiones a los trabajadores.

En tercer lugar, Barrancabermeja ha sido una ciudad con un alto nivel de segregación socioespacial, originado en su condición de enclave. El símbolo material de esta situación fue la construcción de una malla de alambre, que separaba el barrio *staff* para el personal directivo y los empleados extranjeros —con servicios públicos, club privado e infraestructura moderna— del resto del municipio

1 A lo largo del artículo se utilizará indistintamente el nombre completo de la Compañía, Tropical Oil Company, y sus abreviaturas, Troco y Tropical, para aludir a la empresa estadounidense, filial de la Standard Oil Company, propiedad de John D. Rockefeller. En el medio local y en las fuentes de la época usualmente se utilizaban las abreviaturas mencionadas.

2 Barrancabermeja se convirtió desde los años veinte en epicentro de las luchas sociales, bajo el liderazgo del sindicato petrolero (inicialmente Unión Obrera y, desde los años treinta, Unión Sindical Obrera [uso]) y de los partidos de izquierda Partido Socialista Revolucionario (psr) y Partido Comunista de Colombia (pcc). De manera notable, desde los primeros pliegos de peticiones, los trabajadores exigieron su derecho a leer la prensa y fueron sobresalientes productores de periódicos y materiales impresos, así como promotores de bibliotecas y escuelas obreras. A nivel local funcionaban grupos de discusión política y literaria y muchos intelectuales nacionales e internacionales la visitaban.

—sin servicios públicos, carente de infraestructura y con altos niveles de pobreza—. Esta estructura urbana reproducía en cierta medida las jerarquías y las discriminaciones existentes en el ámbito laboral, generando amplios niveles de solidaridad de los pobladores con los trabajadores y un fuerte sentimiento nacionalista.<sup>3</sup>

La protesta social y obrera en Barrancabermeja se inicia desde la década de 1920 y llega a su cenit a finales de la década de 1940, momento en el cual el movimiento logra su máxima proyección política, evidenciada en dos hechos significativos: por un lado, su papel protagónico en la reversión de la Concesión de Mares<sup>4</sup> y la creación de la empresa estatal petrolera, Ecopetrol, en 1951. Por otro lado, la Comuna de Barranca, que se organizó como reacción ante el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948 y logró resistir en solitario durante nueve días, gracias al control de la ciudad, la refinería y el tránsito por el río Magdalena.<sup>5</sup> Pero estos mismos hechos marcan el inicio de una época de violencia contra el sindicato petrolero y los principales dirigentes sociales de la región, en la cual la Unión Sindical Obrera (USO) perdió su personería jurídica y fue reemplazada por sindicatos confesionales (Oviedo, 2009, pp. 125-143).

El flujo de población hacia Barrancabermeja se agudizó durante la Violencia<sup>6</sup> de la década de 1950 y se mantuvo constante en las décadas posteriores, como resultado de la presión terrateniente y otros tipos de violencia. La población total de la ciudad pasó de 35.493 personas en 1951, a 71.096 en 1964, y a 99.155 en 1973. Incremento demográfico notable, porque en el lapso de 13 años la población se duplicó y en el de 22 años casi se triplicó. En forma simultánea, la población rural del municipio decreció durante el período señalado, del 16 % en 1964 al 12 % en 1973 (Flores, 2000).

Además, al comenzar la década de 1970 en Ecopetrol se implementó el Plan Quinquenal, con el cual se daba la transición de Refinería a Complejo Industrial, lo que implicó pasar de una Refinería obsoleta, que solo producía gasolina, a una organización industrial en la cual se genera

- 3 La reversión de la Concesión de Mares y la creación de la estatal petrolera Ecopetrol, en 1951, no cambió de manera radical el modelo urbano fuertemente segregado ni los altos niveles de pobreza prevalentes en la ciudad. Como lo señala Molina-López (2008), la promoción de invasiones de tierra como solución al déficit de vivienda y la llegada masiva de desplazados por la violencia sin posibilidades de acceder a un techo por la vía del mercado «se convierten en el centro de la acción colectiva que crea identidades y solidaridades en pro de objetivos comunes» (p. 339).
- 4 Hasta la década de 1940, la concesión fue la figura jurídica dominante para regular la exploración y explotación petroleras. Esta suponía la entrega de vastos territorios a personas naturales o jurídicas por determinado número de años, a cambio de una suma de dinero y el compromiso de desarrollar la actividad económica pactada. Aunque las concesiones podían otorgarse a ciudadanos colombianos, rápidamente fueron controladas por compañías extranjeras. Al finalizar el período estipulado, el terreno, la infraestructura construida y la maquinaria debían regresar al Estado mediante un procedimiento de *reversión de la concesión*. Ante las maniobras de la Tropical para descapitalizar la empresa y extender la concesión más allá de 1951, la USO desarrolló un fuerte movimiento reivindicativo de tinte nacionalista que fue determinante para lograr la reversión de la concesión (Vega Cantor, Núñez Espinel y Pereira Fernández, 2009, pp. 314-319 y 342-345).
- 5 Finalmente, los líderes de la *Comuna* se vieron presionados a negociar con el Gobierno Nacional, debido a la inexistencia de focos revolucionarios en otros lugares del país y a la negociación bipartidista que llevó al Partido Liberal a participar en el gobierno conservador Ospina Pérez (Díaz, 1988). La *Comuna de Barranca*, también llamada *Comuna del 48* o *Comuna del 9 de abril*, constituye un hito en la memoria popular de los movimientos populares en Barrancabermeja.
- 6 La Violencia (con mayúscula) se refiere a un período particular de la historia de Colombia, entre 1946 y 1958, caracterizado por una fuerte confrontación bipartidista entre liberales y conservadores, que implicó la desinstitucionalización de la vida política y el surgimiento de diversos grupos armados que protagonizaron una especie de guerra civil no declarada. El golpe de Estado del general Gustavo Rojas Pinilla (1953) fue apoyado por las corrientes mayoritarias de los dos partidos como una forma de superación de la violencia, pero tras las amnistías iniciales se recrudeció nuevamente el enfrentamiento político y se generalizó la persecución contra las organizaciones políticas, sindicales y campesinas consideradas como enemigas del orden.

parafina, plásticos, polietilenos y muchos derivados del área petroquímica. Como resultado, llegó mucha gente de distintos lugares del país a trabajar a Barrancabermeja, en virtud de la convocatoria de Ecopetrol de vincular a jóvenes bachilleres, a los cuales capacitó para la operación de las nuevas máquinas y equipos del complejo industrial. Desde luego, también se vincularon obreros y empleados. La llegada de estos trabajadores aumentó el costo de la tierra urbana y requirió de servicios públicos básicos, como el agua potable (Guerrero, Trisancho y Cediel, 2005, p. 216).

En el nororiente de Barrancabermeja se generaron las «invasiones», propiciadas por varias razones: *económicas*, la gente era atraída por los salarios que ofrecía Ecopetrol, añorando emplearse allí, en forma definitiva o temporal; *políticas*, porque provenían de zonas conflictivas, donde la violencia los obligó a salir y dejar sus tierras; por *causas* «naturales», ya que los desbordamientos del río les anegaban sus cultivos y los obligaban a migrar; y *familiares*, puesto que los recién llegados seguían la senda de un pariente que había venido a probar suerte y supuestamente había tenido «éxito» (Toro Huerta, 2004, pp. 186-187).

La segregación urbana cobró un nuevo significado en estos años. El trazado del ferrocarril dividió a la población en «malos» y «buenos», como lo expresaba un alto oficial de la Policía Nacional. Los «malos» estaban situados en los barrios nororientales y los buenos al otro lado. Más allá de esta línea divisoria, hacia el oriente, empezaron los paros cívicos, motivados por las necesidades inmediatas de la población de esos barrios, donde no predominaban los intereses laborales, aunque muchos de sus habitantes sean o hayan sido trabajadores temporales en Ecopetrol o en alguna otra empresa petrolera. Lo importante era que la comunidad encontraba apoyo en el sindicato, por su experiencia organizativa y por las luchas libradas en diversos momentos de la historia del municipio.

Los trabajadores no estaban segregados del tejido urbano y social de la ciudad, ya que vivían en los barrios de los habitantes comunes y corrientes y allí experimentaban la discriminación y exclusión espacial y social propia de un municipio de enclave. En términos sociales, esa discriminación se manifestaba en la desigualdad de ingresos, en la segregación de espacios para los directivos y sus familias (en el barrio El Rosario, en colegios para sus hijos, en clubes especiales), mientras que los obreros estaban excluidos de esos lugares y se les confinaba a sus propios barrios, escuelas, teatros y zonas de diversión, carentes de servicios públicos y en completo estado de abandono. En otras palabras, a comienzos de la década de 1970 subsistían las dos barrancas, como en la época de La Troco: la opulenta de los jefes, directivos y administradores, y la miserable de los obreros y sus familias, como con elocuencia lo señalaba el trabajador y dirigente sindical Gilberto Chinome:

Por dentro de la «Malla» un paraíso construido con plata del gobierno, calles asfaltadas, buenos prados, recreación infantil, colegio particular y exclusivo para hijos de directivos. Casas con aire acondicionado y cuyas paredes han sido forradas con maderas traídas del Brasil, todo a costa de la plusvalía. [...] Afuera, afuera está Barranca, escasa de energía eléctrica, escasa de agua, sin alcantarillado, calles sin asfaltar, tugurios por todas partes, hacinamiento de gentes... Hambre, prostitución y premeditado descuido del Gobierno (s.f., pp. 24-26).<sup>7</sup>

Como ciudad, Barrancabermeja soportaba hacia mediados de la década de 1970 innumerables problemas: no había acueducto, el servicio médico y sanitario era deficiente, la mayor parte de las calles estaba sin pavimentar, no tenía alumbrado eléctrico ni servicio telefónico, existían pocas escuelas para atender a una creciente población infantil y juvenil. Pero, el problema más apremiante era la

7 Intervención de Gilberto Chinome Barrera, exdirigente de la USO, en el Consejo Verbal de Guerra de Barrancabermeja, por la huelga de los trabajadores de Ecopetrol en agosto de 1971.

carencia de agua potable, y a la postre esta problemática se convirtió en elemento aglutinador de la lucha social (Giraldo, 1987, p. 186).

Este artículo argumenta que la protesta social de la década de 1970 en Barrancabermeja, configura un ciclo de protesta, donde las demandas laborales y cívicas de la coyuntura se expresan en el entramado de una cultura radical, compartida por trabajadores y pobladores urbanos, que se remonta a la década de 1920. El argumento se desarrolla en tres partes. En la primera, se caracterizan los principales hitos de protesta de este ciclo: la huelga de 1971, los paros cívicos de 1975 y la huelga y el paro cívico de 1977 (estos dos últimos ocurren de manera simultánea). Posteriormente, se analizan las estrategias de represión utilizadas para desarticular al movimiento, evidenciando la primacía de una lógica contrainsurgente basada en la militarización de la ciudad, la judicialización y la represión social. Finalmente, en la última sección, se estudian la música y el sancocho comunal como dos elementos de la cultura radical que proveen altos niveles de legitimidad y cohesión social a la protesta.<sup>8</sup>

## El ciclo de protesta social en la década de 1970

La historiografía ha privilegiado una mirada monográfica o temática de la protesta en Barrancabermeja, con trabajos notables sobre los principales episodios de movilización obrera o cívica. Sin desconocer sus aportes, este artículo propone una aproximación integradora que permita comprender tanto el ritmo de la protesta como los vasos comunicantes entre diferentes episodios y manifestaciones. Particularmente, se retoma el concepto de ciclo de protesta, definido por Sidney Tarrow como

una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizadores a los sectores menos movilizadores; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución (Tarrow, 1997, pp. 263-264).

Desde esta perspectiva, la protesta obrera en Barrancabermeja puede entenderse como parte de un ciclo de movilización situado entre 1971 y 1977, que se articula a nivel local con las protestas cívicas derivadas de las carencias en el acceso a vivienda y a servicios públicos. Como se presenta a continuación, la intensificación del conflicto a la que alude Tarrow se explica por conflictos coyunturales, pero las formas de confrontación, las relaciones de solidaridad entre los sectores movilizadores y los marcos culturales de la protesta articulan la innovación sobre la tradición de una cultura radical de protesta cimentada en el movimiento obrero petrolero. La afinidad entre el movimiento obrero y los pobladores urbanos movilizadores no fue episódica ni casual; como se explicó previamente, se asentaba en una tradición mancomunada de lucha que remitía a finales de la década de 1910 y comienzos de la siguiente, cuando los obreros y la ciudad misma surgieron inexorablemente ligados a la explotación petrolera (en ese momento bajo el modelo de enclave).<sup>9</sup>

8 La investigación que sustenta el artículo privilegió la revisión de fuentes hemerográficas, tanto prensa de amplia circulación a nivel nacional (*El Espectador*), como publicaciones afines a los huelguistas (*Voz o Alternativa*). Un elemento central y novedoso es el análisis de fuentes de los mismos trabajadores, que hasta ahora han sido poco exploradas, como es el caso de las publicaciones *Frente Obrero* y *Diario del Paro*, y de una serie de testimonios directos de los participantes (escrito y orales). El rescate y utilización de este tipo de fuentes responde al enfoque de *Historia desde abajo* que guía la investigación (Hobsbawm, 1998; Salazar, 2021, pp. 79-118; Rivera, 2003).

9 La caracterización de memorias de larga y corta duración que emergen en el ciclo de protesta se inspira en el trabajo de Rivera (2003).



## La Huelga de 1971

El 5 de noviembre de 1970 se firmó una convención colectiva entre Ecopetrol y la uso, pero desde comienzos de 1971 las directivas sindicales empezaron a evidenciar la violación de alrededor de cincuenta artículos por parte de la empresa. Los temas de mayor incumplimiento estaban referidos al servicio médico, variaciones en el horario laboral, discriminación en los ascensos del personal de base y mala alimentación.<sup>10</sup> De acuerdo con las denuncias del sindicato, el déficit en los servicios de salud era una problemática muy sentida por los trabajadores y sus familias; por ejemplo, existía un solo médico pediatra para atender a los niños de Refinería y el Centro, con una población de 10.000 infantes.<sup>11</sup> Esta situación generó de manera inmediata gran inconformidad entre los trabajadores por el impacto que tenía en sus condiciones de vida y de labor, pero también porque se veía como una burla al sindicato.

No obstante, la huelga no fue resultado de un trabajo planificado como había ocurrido en ocasiones anteriores, sino que se precipitó a partir del 26 de julio, cuando confluyeron dos aspectos, uno simbólico y otro material. El aspecto *simbólico* era la fecha, un día significativo para la Revolución Cubana, cuando se atacó el Cuartel Moncada en la ciudad de Santiago de Cuba, en 1953. Algunos trabajadores, con cierto nivel de politización y militancia de izquierda, consideraron que ese era un acontecimiento digno de celebrar e hicieron sonar la sirena de la empresa a una hora diferente a la habitual. En la Refinería existía una sirena para casos de emergencia que se probaba todos los días a las 12 con el fin de corroborar su adecuado funcionamiento. Esa sirena se accionaba desde la planta eléctrica y retumbaba en toda la ciudad. El 26 de julio sonó en forma desacostumbrada a las 9 de la mañana. Por esta falta contra la disciplina laboral fueron llamados a descargos los trabajadores implicados, quienes no se mostraron dispuestos a presentarse ante sus superiores (Entrevista a Fernando Acuña, Barrancabermeja, 18 de octubre de 2006).

El aspecto *material* tenía que ver con un cambio en el horario del almuerzo de un grupo de trabajadores. Ese grupo, posiblemente aleccionado por el gesto simbólico de hacer sonar la sirena a destiempo, protestó por el cambio en la hora a la que se les servía el almuerzo.<sup>12</sup> Se estaba defendiendo una costumbre no desde una lógica retrógrada, sino a partir de una cultura tradicional rebelde que experimentaba como un agravio el cambio brusco de hábitos adquiridos, vistos como «la expropiación de derechos de usufructo acostumbrados, o la alteración violenta de pautas de trabajo y de ocio que para ella (esa cultura tradicional) eran valiosas». Por ello, «la cultura plebeya es rebelde, pero su rebeldía es en defensa de la costumbre. Las costumbres que se defienden son las propias del pueblo y, de hecho, algunas de ellas se basan en reivindicaciones bastante recientes en la práctica» (Thompson, 1995, p. 22).

En una asamblea general, el 27 de julio los trabajadores autorizaron a la junta directiva de la uso para iniciar la huelga en el momento en que lo estimara conveniente. Ecopetrol, a su vez, solicitó a las autoridades judiciales del puerto levantar el fuero sindical a cinco directivos de la uso, los cuales fueron despedidos de la empresa.

El 5 de agosto a las seis de la mañana empezó la huelga, de la misma manera que habían comenzado los sucesos del día 26 de julio, con un inusitado toque de sirena en un momento poco habitual. Con este sonido se anunciaba la suspensión de actividades, dándose paso de manera inmediata a la toma de las instalaciones en Refinería. La acción fue bastante efectiva y los huelguistas ocuparon gran parte de las instalaciones, menos la estación eléctrica, que fue copada por el Ejército. Al mismo tiempo que se producía la toma de las instalaciones y plantas de Ecopetrol se procedió a apagar técnicamente

10 Análisis más detallados de la huelga pueden consultarse en Van Isschot (2015) y Gómez (2000).

11 *El Centro*, n.º 71, 12 de septiembre de 1970.

12 *Frente Obrero*, publicación de la uso, agosto de 1989.

la maquinaria y a levantar barricadas, con piedras, palos y varillas. Los obreros también se apoderaron de los hidrantes, utilizados durante el conflicto para defenderse de los ataques de la tropa y para mantenerlos a raya durante muchas horas.

Como la planta eléctrica no fue ocupada por los trabajadores, sino por el Ejército, se presentó un forcejeo para tratar de desalojarlo, en la medida en que el control de ese lugar era vital para lograr la parálisis total de la refinería (Entrevista a Fernando Acuña, Barrancabermeja, 18 de octubre de 2006). Pero el nivel de violencia escaló a niveles inusitados mientras los obreros desarrollaban el procedimiento de apagado de las máquinas, puesto que el Ejército quería impedir la maniobra a toda costa. Los militares atacaron a los trabajadores e hirieron de muerte a Fermín Amaya, esta acción en palabras de un obrero participante de los acontecimientos «cambió radicalmente las circunstancias y los trabajadores comenzaron a ver en cada soldado, la muerte, apareciéndoles obligatoriamente en el subconsciente un estado de necesidad de salvar la vida» (Chinome, s.f., p. 35).

A partir de ese momento las demandas laborales quedaron en segundo lugar y los trabajadores empezaron a temer por su propia vida, razonamiento que los llevó a tomar decisiones radicales. Ante el rumor que el gobierno central había dado la orden de matar a todos los trabajadores, estos no vieron más opción que asumir una actitud defensiva y protegerse, tomando a un grupo de ingenieros como rehenes, convencidos que de esa forma no los atacarían. No debe despreciarse la fuerza del rumor para explicar múltiples acontecimientos históricos, como sucedió en el caso analizado. El rumor también circulaba en Barrancabermeja y cuando las madres y esposas de los obreros lo escucharon corrieron desesperadas a la malla de la Refinería y con gritos, llantos y ruegos imploraban para que no mataran a los trabajadores, mientras estos permanecían atrincherados en las instalaciones (Entrevista a Arnol Urán López, Barrancabermeja, 22 de octubre de 2006; entrevista a Oscar Husband, Barrancabermeja, 21 de octubre de 2006).

Para vencer la resistencia de los obreros, el Ejército prohibió la entrada de víveres y agua, procediendo a acordonar las instalaciones e impidiendo la aproximación de cualquier persona. A pesar de que los dirigentes de la huelga y algunos trabajadores habían previsto el aprovisionamiento de alimentos y de agua, rápidamente quedaron sin subsistencias (Entrevista a Fernando Acuña, Barrancabermeja, 18 de octubre de 2006). Esto, finalmente, condujo a los dirigentes sindicales a ceder y aceptar el desalojo de la Refinería, luego de acordar con el Ejército, la Administración y el Gobierno, la entrega de las instalaciones.

Desde el punto de vista del desarrollo de la lucha obrera, la huelga de 1971 tuvo tres características notables: boicotear tecnológicamente los procesos productivos, retirando y escondiendo piezas de las máquinas para que los ingenieros y técnicos de la empresa no pudieran reiniciar la producción; pretender hacer justicia por su propia mano, reteniendo a los jefes e ingenieros, y paralizar íntegramente la Refinería de Barrancabermeja, reduciendo de manera sensible el abastecimiento de combustibles a nivel nacional. En su conjunto permiten ver la radicalidad de la protesta, al pretender disputar el control de la producción de hidrocarburos a la empresa y el Estado, distanciándose de repertorios de protesta previos que se limitaban a abandonar el lugar de trabajo.<sup>13</sup>

## La USO y los paros cívicos de 1975

Uno de los problemas más acuciantes de Barrancabermeja era la falta de acueducto que suministrara agua potable. La sequía era la constante, ya que el Río Magdalena había venido perdiendo su cauce

13 Estos tres elementos sirvieron como base para adelantar consejos de guerra contra los trabajadores, como se verá más adelante. Para ampliar la discusión sobre las estrategias utilizadas por los huelguistas se remite a Vega Cantor y Núñez Espinel (2021).

central e iba desviándose hacia su margen izquierdo. Como el río alimentaba el caño que surtía el acueducto de la ciudad, en época seca el caño perdía su caudal de manera dramática y toda la ciudadanía sufría la falta de agua. Adicionalmente, el agua del acueducto no era potable, como resultado de la contaminación producida por Ecopetrol, que había convertido los caños adyacentes en cloacas.<sup>14</sup>

La bocatoma del acueducto de Acuasur (Sociedad de Acueducto y Alcantarillado) era un muladar, lleno de basuras y estiércol y el agua hervía por la podredumbre, según las fuentes de la época. Acuasur terminó siendo sinónimo de *acuasuca* en el argot popular y la gente gritaba «exigimos agua no bacterias».<sup>15</sup> En ese entonces, la empresa esperaba que lloviera para que el río Magdalena creciera y se arreglara la situación. Por su parte, el gobierno se contentaba con que los militares repartieran agua en los barrios o que Ecopetrol la suministrara por unas cuantas horas al día.

A comienzos de 1975 se propuso un paro cívico en la localidad y se constituyó una junta directiva, que encargó a un Comité Central de elaborar la plataforma del paro. Para hacerlo posible se formaron comités de barrio, los cuales lo organizaron desde abajo, barrio por barrio. El día del paro, 20 de enero, la parálisis fue total en el puerto. Participaron sectores de la industria, el comercio, transportadores, obreros, campesinos, desempleados y habitantes pobres de todos los barrios. El 90 por ciento de los trabajadores de Ecopetrol cesó actividades. La parálisis en la empresa fue total y la Refinería funcionó por la acción de ingenieros y directivos. Se llevó adelante una gran manifestación con la asistencia de unas 20 mil personas. La demanda central era la terminación del nuevo acueducto, pero también se hicieron otras solicitudes: extensión del servicio de agua a todos los barrios, incluidos los de invasión; dotación de servicio de alumbrado a toda la ciudad; que no se cobraran las cuentas correspondientes a esos servicios para el mes de enero; pavimentación de las calles de la ciudad; construcción de la carretera a Puerto Wilches; fin de la represión a los campesinos, a quienes se les exigían salvoconductos y se les requisaba las mercancías; aumento del presupuesto del hospital y creación de centros de salud en los barrios pobres; construcción y dotación de escuelas y colegios, con personal docente idóneo y capacitado.

En vista de que el gobierno no atendió esas solicitudes, se hizo un nuevo paro cívico durante los días 10, 11 y 12 de febrero, el cual contó con la participación de todos los sectores populares de la sociedad de Barrancabermeja, incluyendo a los campesinos, vinculados la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), quienes en los días del paro ocuparon en el Corregimiento del Centro una hacienda del Incora y la repartieron entre ellos.

En este paro participaron los obreros como habitantes de los barrios, que soportaban las carencias de servicios. Su participación cobró significado especial, puesto que la empresa había ofrecido un salario triple a los obreros que laboraran durante los días del paro. Aunque la junta directiva de la USO manifestó su apoyo al paro, no se convirtió en la fuerza política que lo guiara y orientara, porque esta era una acción pluriclasista. También participaron los transportadores y los comerciantes, así como el clero, encabezado por el obispo de Barrancabermeja. Como en los tiempos de la Comuna del 48, la Guardia Cívica repartió 250 bultos de comida, traídos por los campesinos, para abastecer a los barrios más pobres. Los miembros de esa Guardia levantaban los rieles y cavaban zanjas en las calles para evitar la movilización de vehículos.<sup>16</sup>

14 «La contaminación en Barranca. El precio del desarrollo», *Alternativa*, n.º 191, 4-11 de diciembre de 1978, p. 12). La Planta de Tratamientos de Aguas Residuales de Ecopetrol entró en funcionamiento en 1979.

15 *El Manifiesto*, febrero de 1975; *El Espectador*, 1 de febrero de 1975.

16 *Alternativa*, n.º 25, 17 de febrero-2 de marzo de 1975.

El programa elaborado por la Junta Directiva exigía solución al problema del agua, alcantarillado, iluminación, teléfonos, pavimentación, educación primaria y secundaria, salud, carreteras intermunicipales, y la suspensión del contrato de acueducto entre Barrancabermeja y Acuasur. Una reivindicación muy llamativa, que después poco se agitó, apuntaba a terminar con la segregación espacial y social al exigir la remoción de la malla del Rosario, que dividía a Barrancabermeja en dos.<sup>17</sup> Se incluyeron demandas de los campesinos, tales como cese a los racionamientos de alimentos, eliminar los salvoconductos en el Magdalena Medio y que el Instituto de Mercadeo Agropecuario (IDEMA) les comprara los productos directamente a los campesinos.

Esta masiva protesta popular logró dotarse de una novedosa y efectiva estructura organizativa, que incluía varias instancias:

**Junta Directiva:** con representación de los sectores sociales y gremiales que participaban en la protesta. Estaba encargado de poner en práctica las decisiones aprobadas en las asambleas.

**Comité Central:** nombrado por la Junta Directiva, era una especie de dirección permanente y estaba conformado por los representantes de los Comités de barrio y las organizaciones gremiales.

**Asamblea Popular:** era la encargada de designar los miembros de la Junta Directiva, era la máxima instancia de dirección del movimiento.

**Comités de Barrio:** su papel era organizar a los habitantes de los barrios y vincularlos al movimiento; tenían un papel de dirección intermedia, ubicándose entre las bases y el comité central. Estaba integrada por habitantes del barrio, que eran nombrados en los mítines que se hacían en los 43 barrios que por entonces existían en la ciudad. Tenían la responsabilidad de ejecutar las consignas y orientaciones del movimiento. Cada comité de barrio elegía a un representante al Comité Central.

**Guardias Cívicas:** Cumplían la labor de agitar, organizar, educar e informar y durante las manifestaciones guardaban el orden y velaban por la seguridad de la gente (Carrillo Bedoya, 1981, pp. 136-144).

Estos dos multitudinarios paros cívicos tuvieron implicaciones directas sobre la uso. Se convirtieron en el reencuentro entre la organización sindical y la población en la calle, en el combate directo, en torno a un programa común que cobijaba los intereses más sentidos de toda la población barranqueña. La participación de la uso se vio estimulada por la discusión de la convención colectiva y asumió dos formas complementarias: de una parte, la uso como gremio convocó a sus afiliados a no trabajar en los días señalados; y, de otra, como habitantes de los barrios los trabajadores se incorporaron a los comités locales siendo muy activos en las labores de organización, agitación y propaganda en las guardias cívicas.<sup>18</sup>

Las protestas de enero y febrero de 1975 reactivaron la movilización social, tras varios años de aletargamiento, como resultado de la derrota de la huelga de 1971 y los consejos de guerra.

Como resultado del paro se logró que la ciudad fuese dotada de un acueducto, con su bocatoma en la Ciénaga de San Silvestre. Lo que empezó siendo una lucha por el agua fue adquiriendo organización y estructura como movimiento popular.

## La huelga de 1977

En el segundo semestre de 1976, la uso presentó un pliego de peticiones a Ecopetrol, entidad que a su vez propuso un contrapliego. Luego de las respectivas negociaciones se llegó a un acuerdo y el 26 de marzo de 1977 se firmó la Convención Colectiva. A las pocas semanas de firmada la nueva

<sup>17</sup> *El Espectador*, 10 de febrero de 1975.

<sup>18</sup> *El Espectador*, 12 de febrero de 1975.

Convención, los trabajadores petroleros comprobaban a diario su violación sistemática por parte de la empresa. Los dirigentes sindicales recibían las quejas de los trabajadores y, con base en ellas, presentaron un memorando a los gerentes de distrito, el cual fue respondido en forma negativa.

Las denuncias de los trabajadores fueron rechazadas, a raíz de lo cual la uso convocó a un paro de actividades de una hora en el Distrito de Refinación el 26 de julio y a otro similar el 5 de agosto en el Distrito de Producción de El Centro. La compañía, en lugar de estudiar las denuncias de los trabajadores sobre la violación de la Convención Colectiva, declaró ilegales a los paros y sancionó a los dirigentes sindicales.

La huelga empezó el 25 de agosto y se prolongó durante 65 días. Participaron unos 3500 trabajadores del puerto, a lo cual habría que sumar a sus familiares y amigos e intervinieron sectores del comercio, campesinos, vendedores ambulantes y, en ciertos momentos, otros grupos de trabajadores.

La huelga fue posible porque los trabajadores se organizaron en comités de base por sección y departamento dentro de la empresa o incluso por barrios a nivel municipal, alcanzando la participación de unos 4.000 trabajadores en el Centro, Refinería, Tibú, Casabe y Cantagallo.<sup>19</sup> Esta capacidad de pasar de una forma de organización laboral a una barrial, fue una estrategia de supervivencia del movimiento ante la represión y militarización de la ciudad, que se facilitaba por el arraigo local de los trabajadores y el apoyo social con que contaba el sindicato, rubricado en tiempos cercanos por su participación en los paros cívicos.

Fueron organizados varios comités, entre los que sobresalían los de Vigilancia, Salud, Finanzas, Agitación y Propaganda y Solidaridad. Los comités operaban de manera clandestina, debido a la represión reinante, y tenían como finalidad controlar el esquirolaje, utilizado por la Empresa para debilitar la huelga. Durante la huelga se efectuaron asambleas generales de manera clandestina y los trabajadores recurrieron al sigilo conspirativo, con el fin de evadir a los detectives que pululaban por la ciudad. En una ocasión se encontraron en un teatro comercial, a donde ingresaron como simples espectadores, y a la mitad de la función, previa concertación con el administrador del teatro, apagaron el sonido de la película y organizaron la asamblea. Dos asambleas más se efectuaron en una iglesia, en plena misa, y en el colegio de la uso; e incluso, el cementerio se convirtió en sitio de encuentro obrero para informar y discutir sobre la huelga, en momentos en que se realizaban las exequias de un trabajador, afiliado a la uso, que había muerto en un hecho ajeno al movimiento (Entrevista a Fernando Acuña, Barrancabermeja, junio de 2005).

La huelga impactó a la población porque como lo anunciaba el Comité Nacional de Huelga, «es necesario fortalecer la alianza con nuestros hermanos de clase, el vecino, el tendero, el chancero, el vendedor ambulante y con todos nuestros amigos trabajadores de otras empresas, para generalizar en Barranca un movimiento de masas que derrote el cerco militar y asegure la parálisis total de la producción y el comercio».<sup>20</sup>

La huelga fue masiva, como lo demostraba la solidaridad de campesinos, comerciantes, tenderos, trabajadores y de otros sectores sociales, lo que permitió mantenerla durante más de dos meses, tiempo en el cual los trabajadores no recibieron salarios, siendo notable el apoyo de los campesinos que proporcionaron alimentos y otros productos a los huelguistas.<sup>21</sup>

Los comerciantes les suministraban a los trabajadores artículos de primera necesidad y les compraban bonos de solidaridad de 20 o 50 pesos que había sido emitido por la uso. Esto se hacía, pese a

19 Comunicado del Comité Nacional de Huelga, 20 de septiembre de 1977.

20 Comunicado del Comité Nacional de Huelga, 26 de agosto de 1977.

21 *Diario del Paro*, publicación de la uso, n.º 13, 5 de septiembre de 1977.

la propaganda negativa realizada por la Alcaldía y los militares que, a diario, empleando altoparlantes, los prevenían contra la compra de los mencionados bonos porque eso significaba financiar la «subversión en Barranca».<sup>22</sup> Y hasta tres candidatas al concurso de belleza para escoger a Miss Santander renunciaron como acto de solidaridad con los trabajadores en huelga y se negaron a presentarse ante el Jurado del Concurso, que estaba presidido por el alcalde militar del puerto petrolero.<sup>23</sup>

La agitación, la propaganda y la comunicación clandestina se convirtieron en los mecanismos más efectivos que usaron los trabajadores para continuar el movimiento en medio de la represión. El medio predilecto de comunicación entre el Comité de Huelga y los trabajadores y la población en general fue el *Diario del Paro*, hoja mimeografiada que se editaba en forma clandestina. Los allanamientos, la incautación de mimeógrafos y la evidente presencia de agentes secretos del Estado (del F-2, del B-2 y del DAS) que intentaban ubicar a los huelguistas y sus colaboradores en la ciudad, no impidieron la publicación del *Diario del Paro* todos los días de la huelga. Esta publicación circulaba de mano en mano y los miembros de los comités se encargaban de llevar los boletines a la casa de aquellos trabajadores que no salían de allí, por miedo o por precaución, cumpliendo con la imperiosa necesidad de mantenerlos informados y de animarlos para que no desfallecieran.<sup>24</sup>

Fue tal la importancia del *Diario del Paro* como medio de comunicación entre el Comité de Huelga y los trabajadores, que la empresa intentó copiarlo para dividir al movimiento, publicando un texto con el llamativo nombre de *La voz del proletariado petrolero de Barrancabermeja*. En ese libelo la empresa pedía que se librara una «guerra a muerte» contra los «subversivos dirigentes de la USO».<sup>25</sup> Este impreso hacía parte de la campaña mediática de desprestigio contra el sindicato, pero su alcance fue limitado, si tenemos en cuenta el apoyo de diferentes sectores de la ciudadanía con el movimiento.

Cuando comenzó la huelga, los profesores de escuelas y colegios del puerto, pero en especial de las escuelas de Ecopetrol, se solidarizaron con los huelguistas, indicando que ellos no dictarían clase y sugirieron a los trabajadores que no enviaran sus hijos a las instituciones escolares. La USO asumió tal directriz, diciéndole a sus afiliados: «Recuerda compañero, mandar tus hijos a clase es traicionar a nuestro movimiento».<sup>26</sup> Con esta actitud, la USO quería extender el movimiento de protesta a distintos ámbitos de la vida cotidiana de Barrancabermeja, con particular énfasis al mundo educativo, lo que se facilitaba porque los profesores también estaban llevando a cabo un paro. La postura de la USO se manifestó positivamente en la notoria movilización de los docentes durante los paros cívicos de septiembre y comienzos de octubre.

De manera constante, grupos de trabajadores regaban tachuelas por las calles de la ciudad para impedir la circulación de los vehículos de la empresa, del transporte privado y del ejército, cuyos carros militares invadieron el puerto un poco antes del comienzo de la huelga. La operación tachuela también se practicó en la sede de El Centro con gran eficacia, al punto que la prensa local informaba sobre la parálisis total en el Distrito de Producción, porque los vehículos que transportaban a los esquiroleros sufrían pinchazo tras pinchazo sin poder avanzar. Así mismo, unos treinta buses urbanos quedaron fuera de circulación por el uso de grapas y tachuelas.<sup>27</sup>

22 *Diario del Paro*, n.º 34, 26 de septiembre de 1977.

23 *Diario del Paro*, n.º 10 y 16, 2 y 8 de septiembre de 1977.

24 *Diario del Paro*, n.º 10 y 16, 2 y 8 de septiembre de 1977.

25 *Diario del Paro*, n.º 41, 3 de octubre de 1977.

26 *Diario del Paro*, n.º 16, 8 de septiembre de 1977.

27 *El Sideral*, 4 de septiembre de 1977.

Al mismo tiempo de la huelga se realizaron dos paros cívicos, uno de tipo nacional,<sup>28</sup> y el otro local, con copiosa participación de la gente y parálisis total de las actividades económicas de la ciudad. Como saldo positivo, la huelga hizo retroceder al gobierno en su decisión de vender la planta de Policolsa, que siguió siendo de Ecopetrol. Con esto se evidenciaba el carácter nacionalista y antiimperialista de la uso y de los trabajadores petroleros. También deben resaltarse las formas organizativas novedosas de la huelga, como los comités de base, aunque después hayan desaparecido. No obstante, un balance integral de los resultados del movimiento requiere incluir el análisis de la represión como variable significativa, temática que se desarrollará en la segunda parte del trabajo.

## Represión generalizada

El ciclo de protesta 1971-1977 se desarrolló en un contexto de fuerte represión (Van Isschot, 2015, p. 53). En teoría Colombia había superado para ese momento la fase más álgida de la violencia, pero el pacto de alternancia política de los dos partidos tradicionales, conocido como Frente Nacional, significó el fortalecimiento de un sistema político excluyente, refractario a adelantar procesos de redistribución social y alineado a nivel internacional con la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por Estados Unidos (Palacios, 2012; Uribe, 2013). Los gobiernos civiles del período acudieron de manera reiterada a la figura constitucional del estado de sitio, mediante la cual podían suspender ciertas garantías constitucionales y legislar por decreto (Gallón Giraldo, 1979; Palacios, 2012).

Así, el fortalecimiento de la protesta laboral y social que se dio en la década de 1970 fue visto como un problema de orden público agenciado por enemigos internos y externos del orden vigente, dando lugar a crecientes niveles de militarización y represión social. De manera particular, las huelgas, paros y protestas analizadas fueron reprimidas de variadas formas por el Estado colombiano, a partir de criterios basados en la lógica contrainsurgente del anticomunismo.

En forma resumida se esbozan algunos de los dispositivos de represión estatales que se utilizaron en la época estudiada para derrotar las huelgas y desorganizar a los trabajadores petroleros.

### Proclamación del estado de sitio e imposición de toques de queda

Los conflictos laborales en Barrancabermeja fueron asumidos por el Estado como acciones de guerra. Para conjurarlos se proclamaba el estado de sitio, estipulado en la Constitución, porque facilitaba la declaratoria de ilegalidad de las huelgas y transformaba la protesta social en acciones subversivas. Con la proclamación del estado de excepción se prohibían reuniones de más de tres personas, se allanaban arbitrariamente las sedes sindicales, se detenía sin orden judicial a los dirigentes, se les trasladaba a batallones militares y se legitimaba la represión indiscriminada (Gallón Giraldo, 1979).

Para completar, cuando la protesta de los trabajadores y habitantes de Barrancabermeja desbordaba el control militar, los alcaldes procedían a establecer el toque de queda, para mantener a la gente en sus casas durante la noche. Eso sucedió en 1977 cuando el alcalde militar prohibió que después de las seis de la tarde circularan motos y bicicletas, siendo estas últimas un medio de transporte entre los trabajadores. El 6 de septiembre, ante la radicalidad de la protesta, se implantó el toque de queda, con lo cual se facilitaban las arbitrariedades de las fuerzas militares. En los primeros días, el toque de queda se inició a las 9 de la noche y se prolongó hasta las 5 de la mañana, pero como esa medida fue burlada por la gente —que durante la queda se paraba en las puertas de su casa y desde

28 El paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 se considera uno de los hitos de la protesta urbana del siglo XX en Colombia (Medina, 1984; Sánchez, 2009).

allí abucheaba a la tropa cada vez que pasaba—, a partir del 9 de septiembre el toque de queda comenzó a las 11 de la noche.<sup>29</sup>

Con estas medidas se buscaba la generalización de un estado tal de control de la vida social y de militarización de la vida cotidiana que fuera imposible desarrollar las actividades de protesta o de apoyo.

### Militarización de la vida civil y de los lugares de protesta

A partir de la reconstrucción de los eventos de protesta analizados en este artículo, se puede concluir que cuando en Barrancabermeja se anunciaba una huelga o un paro cívico de inmediato el Estado militarizaba el puerto petrolero. El caso más emblemático fue el de la huelga de 1977, cuando, además de la designación de un alcalde militar, 12.000 soldados ocuparon las instalaciones petroleras y la ciudad, cifra significativa en comparación con la población del puerto (unas 120.000 personas) y con los trabajadores petroleros de Barrancabermeja (alrededor de 8.000, incluyendo a los contratistas y a los de otras empresas). En esos momentos era el sitio más militarizado del país, con un promedio de un soldado por cada 10 habitantes y un soldado y medio por cada trabajador. Esta realidad no escapaba al análisis de la prensa que cubría la huelga, que comentaba que ¡ni las peores guerras ni las más atroces dictaduras tenían tan «envidiable» y «civilista» promedio!<sup>30</sup>

Soldados del Ejército en vehículos de la empresa, de particulares o de las propias fuerzas armadas, recorrían de día y de noche la ciudad para atemorizar a la población y proteger a los pocos esquirols que se dirigían hacia los sitios de trabajo; también ocupaban los buses con personal civil, para dar la impresión de que las actividades de la empresa se desarrollaban normalmente. De acuerdo con las denuncias publicadas en *El Diario del Paro*, miembros de la tropa realizaban actos de sabotaje —destruían vitrinas y rompían vidrios de tiendas y locales comerciales— para culpar a los obreros, y restarles apoyo entre los comerciantes de la localidad. También organizaron un «Escuadrón de Esquirols Vengadores» (nombre de por sí muy diciente), para intimidar a los huelguistas.<sup>31</sup>

### Encarcelamiento y tortura de trabajadores y habitantes de Barrancabermeja

En la huelga de 1971 fueron encarcelados y condenados numerosos huelguistas. Uno de los principales dirigentes de esa protesta, Gilberto Chinome, fue torturado, sometido a simulacros de fusilamiento, ahogamientos en el Río Magdalena y se le colgó desnudo en pantanos repletos de zancudos para que le fuera inoculada la malaria (Chinome, s.f., pp. 3-4).

Durante la huelga de 1977 y los dos paros cívicos de septiembre y octubre de ese año, el Ejército persiguió a los habitantes de Barrancabermeja bajo la sospecha de apoyar las protestas. Encarcelaba, arbitrariamente y sin orden judicial, a trabajadores, dirigentes sindicales, esposas de los huelguistas, jóvenes escolares y a todos aquellos que tuvieran alguna simpatía con la huelga. La ciudad fue ocupada por agentes de civil que debían infiltrarse en la organización sindical o en los comités de barrio y delatar a los sospechosos.<sup>32</sup>

Grupos de agentes de civil procedían a apedrear y a disparar contra la casa de trabajadores, luego de lo cual dejaban en el lugar papeles con estas amenazas: «Hijueputa la próxima vez te matamos».<sup>33</sup>

29 *Diario del Paro*, n.º 15, 15B, 17 y 19, 7, 9 y 11 de septiembre de 1977.

30 *El Bogotano*, 4 de octubre de 1977.

31 *Diario del Paro*, n.º 04, 27 de agosto de 1977; Comunicación del Comité Nacional de Huelga, 27 de agosto de 1977; *Diario del Paro*, n.º 06, 29 de agosto de 1977.

32 *Diario del Paro*, n.º 05, 28 de agosto de 1977, n.º 09, 1 de septiembre de 1977.

33 *Diario del Paro*, n.º 15, 7 de septiembre de 1977.



Este estado de zozobra y terror permanente fue uno de los elementos determinantes para que el conflicto laboral decayera sin lograr sus reivindicaciones.

Un método represivo muy humillante se desplegó en los días del Paro Cívico Nacional (14 de septiembre de 1977 y días subsiguientes) cuando los trabajadores encarcelados fueron obligados a barrer las calles en pleno sol y no se les suministraba ni un vaso de agua.<sup>34</sup> En este caso se apeló al escarnio público basado en la asignación de roles considerados como «femeninos», para reafirmar el poder de los militares frente a los trabajadores.

### Consejos verbales de guerra y encarcelamiento a los huelguistas y dirigentes sindicales

Durante la huelga de 1971 el principal mecanismo de represión que utilizó el Estado fue el de los consejos verbales de guerra para condenar a los trabajadores que habían ocupado la refinería. Bajo el amparo de un régimen de excepción constitucional denominado «estado sitio», se permitió que los militares ejercieran funciones propias de las distintas ramas del poder público, como el juzgamiento de civiles en tribunales castrenses. En teoría los consejos verbales de guerra estaban limitados a delitos políticos, pero en la práctica hicieron un uso discrecional del tipo de delitos que abarcaba su jurisdicción, llegando a juzgar alrededor del 30 % de los delitos contemplados en el Código Penal y jugando un papel importante en la represión de la protesta social de los años 1960 y 1970 (Hincapié, 2021, p. 33).

El caso que nos ocupa evidencia el profundo imbricamiento de estos dos elementos: ya que la manera laxa y casuística de tipificar los delitos imputados otorgaba un carácter político-subversivo a la protesta laboral y, al mismo tiempo, presentaba a los trabajadores como delincuentes comunes, bloqueando la estrategia de la defensa y desvirtuando los objetivos de la protesta. El mismo día en que se declaró la ilegalidad de la huelga (7 de agosto) la Inspección Municipal de Barrancabermeja inició las investigaciones sobre los sucesos ocurridos en la refinería los dos días anteriores y siete días más tarde el Juzgado Primero de Instrucción Penal Militar profirió auto de detención contra 24 trabajadores bajo los cargos de secuestro, atentado contra los bienes del Estado, lesiones personales y delitos contra los funcionarios públicos (comprendiendo a los militares bajo dicha categoría). En los días siguientes se amplió el número de imputados y, con una celeridad que contrastaba claramente con el rigor jurídico del proceso, el consejo verbal de guerra se desarrolló en Bucaramanga, entre el 19 de agosto y el 23 de octubre. Al final, fueron condenados 36 trabajadores, incluidos todos los directivos de la USO, a un total de 286 años de cárcel.

En su apelación de la sentencia, el abogado Pablo Ardila Beltrán evidenciaba serios fallos en la denominación jurídica de los delitos imputados (secuestro, sedición y lesiones personales), con el objetivo de «hacer aparecer a los huelguistas como buscando utilidad ilícita» y argumentaba la nulidad del proceso por incompetencia de la jurisdicción militar.<sup>35</sup> La apelación de la defensa argumentaba cuidadosamente una idea que venía ventilándose durante todo el juicio: que este era una farsa sustentada en el supuesto que los dirigentes sindicales no habían organizado una huelga, sino una asonada, inscrita en un plan subversivo previamente establecido.<sup>36</sup>

34 *Diario del Paro*, n.º 26, 18 de septiembre de 1977.

35 Comunicado del Comité Ejecutivo, USO, 26 de octubre de 1971.

36 Para una discusión más amplia del significado y alcances de los Consejos de Guerra en Colombia ver Hincapié (2020) y para un análisis pormenorizado del proceso contra los huelguistas del 1971 se remite a Vega Cantor y Núñez Espinel (2021).

Uno de los condenados y principal dirigente de la huelga, Gilberto Chinome sintetizó el verdadero carácter de los Consejos Verbales de Guerra cuando sostuvo en forma lapidaria, dirigiéndose a sus compañeros detenidos: «Y es hora de que entiendan que están presos porque son trabajadores. Ese es el delito» (Chinome, s.f., p. 49). El delito era ser trabajador en el sentido pleno de la palabra, no solo en términos materiales, sino en el ámbito subjetivo y de conciencia, es decir, cuando se actúa en defensa de sus derechos y dignidad. Esto explica que a los trabajadores se les juzgó, condenó, calumnió y persiguió y se les decretó la muerte laboral de por vida en cualquier «empresa respetable» del país. Razón tenía Benjamin Benthán, quien fue presidente de la USO, cuando señaló que «el consejo de guerra es la monstruosidad más grande montada contra los trabajadores petroleros con el fin de acallar y amedrentar a la clase obrera en sus futuras reclamaciones».<sup>37</sup>

## Despido y expatriación de trabajadores de Barrancabermeja

En la huelga de 1971 fueron despedidos 117 trabajadores y 217 en la de 1977. Estos trabajadores ingresaron en una «lista negra» en la que aparecían como peligrosos huelguistas y subversivos y a través de la cual se les decretaba la muerte laboral, esto es, no serían contratados nunca más en ninguna empresa. 13 de los condenados en 1971 pagaron más de dos años de cárcel y fueron liberados al ser decretada una rebaja de penas a finales de 1973. En su lugar se les aplicó una condena de extrañamiento, esto es, se les prohibía volver a Barrancabermeja durante cinco años. El último obrero en salir de la cárcel fue Samuel Romero Medina, recluido en la Modelo de Bogotá, manifestó que salía hacia donde lo llevara Dios, «ya que mi futuro es incierto, puesto que yo y mi familia habíamos echado raíces en Barrancabermeja, lugar al que no podremos volver por mandato de nuestra justicia».<sup>38</sup>

## Cultura, costumbres y formas de resistencia

### La música en la huelga de 1971

Un elemento inseparable en las luchas de los trabajadores y pobladores de Barrancabermeja es la música. Un claro ejemplo fue lo acontecido en la huelga de 1971, que tuvo su propio himno, la canción «No trabajo más». Esta surgió externamente al mundo laboral, ya que fue una creación del músico bogotano Sergio Torres, quien la compuso para participar en el Segundo Festival de la Canción Protesta Coco de Oro, que se llevó a cabo en la isla de San Andrés, en junio de 1971. Esa pieza resultó ganadora de ese concurso, y en tercer lugar quedó la canción «Café y petróleo», otro disco que resonara en ese año y en los años venideros en la zona petrolera de Barrancabermeja.

La adopción de esa canción como himno de la huelga fue una apropiación simbólica y cultural de los trabajadores petroleros de Barrancabermeja porque consideraron que su contenido se adecuaba a su lucha. Conocieron su música, justamente, porque al haber resultado ganadora del Coco de Oro tuvo alguna difusión en la radio y la televisión, ya que su autor la grabó y se presentó a varios programas faranduleros en la televisión. Esa tonada estaba sonando en el país en julio y agosto de 1971 en el momento en que estalló la huelga. Esta coincidencia facilitó su apropiación por los trabajadores, que la empezaron a tararear, porque además es una cumbia con un ritmo festivo y pegajoso, muy adecuado para el contexto cultural de Barrancabermeja y los petroleros, muy influido por la música tropical de la costa atlántica. La letra de la canción dice así:

Coro:

<sup>37</sup> *Voz Proletaria*, 4-10 de octubre de 1971.

<sup>38</sup> *El Espectador*, 18 de enero de 1974.

No trabajo más,  
Pa ningún patrón  
Solo espero ya,  
La revolución. (bis)

I  
Hace mucho tiempo estoy (bis)  
Trabajando como un esclavo  
Y mi forma de vivir, (bis)  
Comiendo mal y sin un centavo.  
Por eso:  
No trabajo más... (coro)

II  
Vivo en humilde ranchito (bis)  
Tengo mujer y cuatro hijitos  
Y no gano para darles (bis)  
Siquiera un buen desayunito  
Por eso:  
No trabajo más... (coro)

III  
Trabajo arando la tierra  
Pa sembrar el algodón  
Mientras las utilidades  
Las disfruta mi patrón.  
Por eso:  
No trabajo más... (coro)

IV (bis)  
Trabajo en las petroleras  
Con ese calor minero  
Las empresas extranjeras  
Se llevan nuestro dinero.  
Por eso:  
No trabajo más... (coro) (bis).

Esta canción fue un éxito musical en su momento, hasta el punto de que fue grabada por la orquesta Los Melódicos de Venezuela, pero omitiendo la estrofa que aludía a la explotación petrolera (Trabajo en las petroleras// Con ese calor minero// Las empresas extranjeras// Se llevan nuestro dinero).

Claramente, a la orquesta venezolana le interesaba incluir en su repertorio una canción que ya era un éxito en 1971, pero seguramente consideró que en su país era mejor darla a conocer sin la alusión

a la explotación petrolera. Pero el verso suprimido en la versión de *Los Melódicos* era el que más les interesaba resaltar a los trabajadores petroleros de Barrancabermeja y por esa estrofa adoptaron la canción de manera espontánea como su himno.

La popularidad de la canción entre los obreros de base que habían paralizado la producción generó consecuencias en términos de censura, porque el gobierno empezó a presionar para que dejara de sonar en las emisoras. Así lo contó al año siguiente el propio compositor de la pieza musical, cuando dijo: «Esa canción tuvo un veto por una cadena radial [...] y también hubo rumores que había sido prohibida por el Ministerio de Comunicación, porque en Barrancabermeja la cogieron como himno, y porque la consideraban comunista» (Katz-Rosene, 2021).

Esto indica que la apropiación de una canción por un grupo humano que la utiliza para expresar los ideales de una acción concreta, de una resistencia colectiva que se adelanta con la perspectiva de producir cambios sociales, va más allá de una presentación en una tarima o en la radio y adquiere un significado especial al calor de los acontecimientos, que irradia el resto de la sociedad. En esta huelga sí que resulta cierto aquello de que «fueron los sucesos políticos los que tiñeron las canciones del brillo de la radicalidad, los que los obligaron a convencerse de su utilidad pública» (Ladrero, 2016, p. 90).

En este caso, la canción «No trabajo más» llegó a considerarse peligrosa a tal punto que mereció una censura gubernamental más o menos velada. Aunque correspondía a un género musical muy popular en Colombia, prácticamente no volvió a escucharse y pocos colombianos la recuerdan.

Que la música tuviera esta importancia durante la huelga muestra que los trabajadores petroleros eran alegres y mamagallistas,<sup>39</sup> aún en momentos difíciles, como los que se vivían en medio de la militarización y represión estatal en el puerto en el mes de agosto de 1971. La importancia de la música durante esta huelga demostraba que, como se dijo en otras latitudes: «La canción no es en absoluto un arte menor. En pocos años se está convirtiendo en algo inteligente, divertido, sensible, satírico, en una palabra, imprescindible» (Raymond Queneau citado en Ladrero, 2016, p. 215).

## Las protestas cívicas y el sancocho

En la década de 1970 con las nuevas corrientes migratorias se acentuó el carácter cosmopolita de Barrancabermeja, a donde llegaban gentes provenientes de todo el país, con las más variadas costumbres y tradiciones, en las que seguía siendo notable la influencia cultural ribereña del río Magdalena. Esto hizo que, en medio de todas las penurias y dificultades, Barrancabermeja siguiese siendo una ciudad alegre, viva y festiva.

Estas características socioculturales de Barrancabermeja ayudan a explicar por qué allí la lucha también se convierte en una fiesta, lo que hace necesario destacar el carácter festivo y ritual de las protestas sociales que se han generado. Eso se manifiesta en la vida activa del puerto de todos los días, dinámica que se agigantaba en las épocas de paros y huelgas. La izada de las banderas populares, el canto de himnos patrios o políticos, las ollas comunitarias, el sancocho colectivo,<sup>40</sup> la tomadura de pelo a las autoridades civiles y a las fuerzas de la represión, todo ello configura el «ritual lúdico de la protesta» (Giraldo, 1987). En efecto, la música, el sancocho colectivo y la tertulia de barrio generan un

39 Expresión típica de Colombia, referida a las personas alegres y extrovertidas, siempre dispuestas a las bromas y la risa colectiva.

40 El sancocho es una sopa aguada elaborada con carnes, tubérculos, verduras y condimentos. Aunque es un plato cotidiano, también aparece asociado a ocasiones especiales en las familias y las comunidades. Específicamente, para el caso que venimos trabajando, el sancocho comunitario es una expresión de solidaridad asociado a los espacios de protesta, donde el platillo se prepara colectivamente con aportes de la comunidad y se reparte entre todos los asistentes sin distinción alguno.

espíritu de fiesta, de goce y de integración humana, aun en medio de las dificultades que impregna la protesta social (Guerrero, Tristanchó, y Cediel, 2005, pp. 229-230).

Un elemento cultural de sociabilidad y de fraternidad que simbólicamente expresa la unidad de la gente en tiempos de protesta y de lucha es el de las ollas comunitarias y la cocina colectiva. El sancocho comunal, un elemento integrador y socializador en las acciones cívicas, que se originó en las luchas obreras de la década de 1920, había adquirido estatuto de identidad barranqueña. El compartir el sancocho es, desde luego, una cuestión de supervivencia para alimentarse durante los días del fragor, cuando están cerradas las tiendas y las gentes no tienen tiempo ni disposición de ir a comer a sus casas, porque su escenario temporal es la calle, donde se erigen las barricadas. Al mismo tiempo, participar en la elaboración del sancocho, y en todo lo que está relacionado (buscar leña, traer las ollas, conseguir los víveres, pelar las papas, hacer y atizar el fuego) se constituye en un ritual colectivo con el cual se reafirma la fuerza de la multitud y se despliegan de manera práctica los ideales de solidaridad, de desprendimiento y de ayuda mutua. Preparar el sancocho es una forma de apropiarse las calles por parte de los excluidos de siempre, que las convierten en un espacio de fiesta y alegría, donde se hermanan fraternamente durante horas o días. Por ello, junto al sancocho emergen manifestaciones lúdicas que acompañan otras formas rituales de la protesta (Chaparro, 1991, p. 31).

En Barrancabermeja se desenvolvía una *fiesta cívica* como acompañamiento a las luchas reivindicativas, un elemento no accesorio, sino constitutivo de ellas, algo así como una *explosión utópica*. Esto fue evidente en las jornadas de protesta popular del 20 de enero y el 10, 11 y 12 de febrero de 1975, como lo registraba un cronista del paro:

A las tres de la madrugada, la hora cero fijada para la iniciación del Paro Cívico, los grupos de obreros y de muchachos, en *alegre festival*, empezaron a recorrer las calles haciendo sonar objetos de lata y bocinas, para armar el mayor estruendo y levantar a todo el mundo. En los barrios se vivió un *ambiente de carnaval* y las calles fueron taponadas. Los manifestantes repetían en voz alta: «Paro, paro, paro».<sup>41</sup>

La marcha de canastos y ollas vacías constituyó otra forma simbólica de protesta que emergió en este paro. Esta marcha recorrió gran parte de la ciudad hasta desembocar en el centro, denunciando con ese gesto las carencias padecidas por la falta de agua y anunciando que el paro se mantenía e iba a continuar por el tiempo programado.<sup>42</sup>

Estos elementos simbólicos y rituales indicaban que en los días de la protesta se subvertían de manera espontánea las autoridades y valores dominantes, como muy bien lo describe Javier Giraldo:

El día del paro se obedece a otras autoridades, a aquellas que el consenso popular ha elegido como coordinadores de la protesta por ser auténticos representantes de una voluntad común; el día del paro se estrechan los vínculos de solidaridad con una causa común; el día del paro se ensayan formas de control popular de la ciudad, mediante las Guardias Cívicas, las Brigadas de Vigilancia, los salvoconductos, etc.; el día del paro se ensayan fórmulas de abastecimiento comunitario, de control de alimentos y de precios; el día del paro se improvisan ollas comunitarias donde se comparte el alimento, aportando cada uno según sus capacidades; el día del paro parece implantarse momentáneamente una ética social, donde la solidaridad se erige como valor fundamental. En síntesis, el día del paro se juega a vivir en una sociedad diferente (Giraldo, 1987, p. 189).

La participación popular en las luchas sociales de Barrancabermeja en las décadas de 1970 y 1980 transformó en forma democrática los ritos obreros, como sucedió con la celebración del Primero

41 Carlos Murcia, «Noche de carnaval, día de soledad», *El Espectador*, 11 de febrero de 1975. Énfasis nuestro.

42 Carlos Murcia, «Marchas de ollas vacías en Barrancabermeja», *El Espectador*, 12 de febrero de 1975.

de Mayo, fiesta obrera por excelencia, en la que también se hacían carpas, ollas comunitarias y los trabajadores participaban en la preparación del infaltable sancocho en diversos barrios de la ciudad.

En resumen, el sancocho como expresión cultural sintetiza la mezcla de etnias y regiones, que confluyen en el Magdalena Medio. No es solo un plato «típico», sino que es la muestra del crisol de culturas que se han configurado en Barrancabermeja y, dado el carácter rebelde e insumiso de esa cultura, es el sancocho de la huelga y del paro cívico.

## Conclusiones

El análisis del período 1971-1977 como un ciclo de protesta en Barrancabermeja, permite una mejor comprensión de las dinámicas y transformaciones del movimiento obrero desde las particularidades de su configuración como sujeto social a nivel local. Este concepto (ciclo de protesta) logra mayor capacidad explicativa cuando se entiende que la intensificación del conflicto y de la confrontación no remite solamente a un dato cuantitativo, sino a un momento donde de manera compleja emergen con mayor ímpetu unos marcos los marcos culturales de la acción colectiva (que para este caso en particular hemos denominado cultura radical de protesta).

Como se ha expuesto, este ciclo de protesta se desarrolló en medio de una fuerte represión que evidencia los alcances de la aplicación de una lógica contrainsurgente en un conflicto social local. Las estrategias represivas no se agotaban en la finalización de los episodios de protesta, sino que estaban encaminadas a desarticular a la uso como un sindicato que ejercía un liderazgo en el ámbito de laboral y social y a fracturar sus nexos con la comunidad de Barrancabermeja, apuntando de lleno al corazón de la configuración social barranqueña. Ese proceso de fisura de la relación entre el sindicato y la comunidad en un contexto de violencia y guerra sucia ha sido estudiado para la década de 1980 (Rivera, 2021; Van Isschot, 2015), pero los hallazgos de este trabajo pueden contribuir a la discusión sobre sus orígenes y causas.

Finalmente, en esta dinámica de protesta social y represión, la música y el sancocho comunitario aparecen como ejemplos de los elementos culturales de sociabilidad y fraternidad en tiempos de conflicto. En términos generales y particularmente para la comunidad barranqueña, la fiesta y la protesta van de la mano, otorgando un perfil muy específico a la movilización. Es una forma particular de subversión del orden, de mantener la cohesión en medio de las dificultades propias de esos días. Pero también, pasado el conflicto, en tiempos normales la música y el sancocho evocan esos episodios de movilización, rebeldía y hasta sufrimiento.

## Referencias bibliográficas

- APRILE-GNISET, J. (1997). *Génesis de Barrancabermeja*. Barrancabermeja: Instituto Universitario de La Paz.
- ARCHILA, M. (2022). *Aquí nadie es forastero. Testimonios sobre la formación de una cultura radical: Barrancabermeja, 1920-1950*. Bogotá: Unión Sindical Obrera-Corporación Aury Sará Marrugo.
- CARRILLO BEDOYA, J. (1981). *Los paros cívicos en Colombia*. Bogotá: La Oveja Negra-Editógraficas.
- CHAPARRO, J. (1991). Recuerdos de un tropelero. *Documentos Ocasionales, Cinep* (63).
- CHINOME, G. (s.f.). El ídolo de barro. Una historia sin contar (fragmento). Manuscrito inédito.
- DÍAZ, A (1988). *Diez días de poder popular. El 9 de abril de 1948 en Barrancabermeja*. Bogotá: Fescol.
- FLORES, C. E. (2000). *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República-Tercer Mundo Editores.
- GALLÓN GIRALDO, G. (1979). *Quince años de estado de sitio en Colombia: 1958-1978*. Bogotá: América Latina.
- GIRALDO, J. (1987). *La reivindicación urbana*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular.

- GÓMEZ, D. (2000). *Petróleo y huelgas: el caso de Barrancabermeja en 1971* (Tesis de grado en Historia, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá).
- GUERRERO, A., TRISTANCHO I., y CEDIEL M. (2005). *Historia oral del sindicalismo en Santander*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- HINCAPIÉ, S. (2020). *De acusados a acusadores. Una historia de los consejos de guerra verbales en Colombia 1969-1982*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- HOBBSBAWM, E. (1998). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- KATZ-ROSENE, J. (2021). La canción protesta y los discursos de contracultura y resistencia durante la década de los sesenta en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 57(2), 113-142.
- LADRERO, V. (2016) *Músicas contra el poder. Canción popular y política en el siglo XX*. Madrid: La Oveja Roja.
- MEDINA, M. (1984). *La protesta urbana en Colombia*. Bogotá: Aurora.
- MOLINA-LÓPEZ, L. (2008). Barrancabermeja: segregación socio-espacial y desequilibrios funcionales. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 1(2), 332-346.
- OVIEDO, A. (2009). *Sindicalismo colombiano. Iglesia e ideario católico 1945-1957*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- PALACIOS, M. (2012). *Violencia pública en Colombia (1958-2010)*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- RIVERA, S. (2003). *Oprimidos, pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua 1900-1980*. La Paz: Ediciones Yachaiwasi.
- RIVERA, G. (2021). *Un genocidio que no cesa*. Bogotá: Unión Sindical Obrera-Corporación Aury Sará Marrugo.
- SALAZAR, G. (2021). *La historia desde abajo y desde adentro*. Santiago de Chile: Taurus.
- SÁNCHEZ, R. (2009). *Huelga. Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981*. Bogotá: Universidad Nacional.
- SERRANO, J. (2013). Industria y ciudad. Crecimiento urbano de Barrancabermeja, 1926-1936. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 18(1), 127-143.
- TARROW, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- THOMPSON, E. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- TORO HUERTA, M. R. (2004). *Pendientes de un hilo. El proceso de desafiliación en un sector de Barrancabermeja*. Bogotá: Universidad de San Buenaventura.
- URIBE, M. (2013). *La nación vetada. Estado, desarrollo y guerra civil en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- VAN ISSCHOT, L. (2015). *The social origins of human rights. Protesting political violence in Colombia's Oil Capital, 1910-2010*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- VEGA CANTOR, R., y NÚÑEZ ESPINEL, L. A. (2021). *La huelga de la dignidad. El paro petrolero de 1971 en Barrancabermeja*. Bogotá: Unión Sindical Obrera-Corporación Aury Sará Marrugo.
- VEGA CANTOR, R., y NÚÑEZ ESPINEL, L. A. (2019). Los trabajadores petroleros en el enclave de la Tropical Oil Company: formación cultura y resistencia (1920-1948). En R. Barragán (Coord.), *Trabajos y trabajadores en América Latina (siglos XVI-XXI)* (pp. 471-500). La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- VEGA CANTOR, R., NÚÑEZ ESPINEL, L. A., y PEREIRA FERNÁNDEZ, A. (2009). *Petróleo y protesta obrera 1. En tiempos de la Tropical*. Bogotá: Corporación Aury Sará Marrugo.

# Un acercamiento al estudio del sindicalismo anticomunista en el Uruguay de la dictadura (1973-1985)<sup>1</sup>

## An approach to the study of anti-communist syndicalism in the Uruguay of the dictatorship (1973-1985)

Álvaro Sosa<sup>2</sup>

### Resumen

Durante la última dictadura civil-militar uruguaya algunas organizaciones de trabajadores saludaron el advenimiento del nuevo régimen, apoyaron activamente las campañas represivas lanzadas contra el sindicalismo clasista, secundaron las medidas implementadas por el gobierno en materia de legislación sindical y laboral, y contaron con dirigentes nombrados por el régimen para fungir como representantes obreros ante la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Si bien se trató de un grupo amplio y heterogéneo de sindicatos, a todos ellos los unía un militante anticomunismo.

La historiografía uruguaya ha prestado escasa atención al derrotero de estas organizaciones, por lo que el presente artículo propone un acercamiento a sus características ideológicas y repertorios de acción, los debates procesados a su interior y los enfrentamientos que entabló con el sindicalismo clasista, así como los vínculos que tejió con las diversas corrientes de las derechas civiles y militares y con los principales centros del sindicalismo «libre» transnacional.

**Palabras clave:** dictadura, sindicalismo, anticomunismo, derechas

### Abstract

During the last Uruguayan civil-military dictatorship, some workers' organizations welcomed the advent of the new regime, actively supported the repressive campaigns launched against class-based unionism, supported the measures implemented by the government in terms of union and labor legislation, and had leaders appointed by the regime to serve as workers' representatives before the International Labor Organization (ILO). Although it was a broad and heterogeneous group of unions, they were all united by a militant anti-communism.

Uruguayan historiography has paid little attention to the course of these organizations, so this article proposes an approach to their ideological characteristics and repertoires of action, the debates that took place within them and the confrontations they engaged in with class unionism, as well as the links they forged with the various currents of the civil and military right and with the main centers of transnational "free" trade unionism.

**Keywords:** dictatorship, syndicalism, anticomunism, right-wing

<sup>1</sup> Agradezco al magister Matías Rodríguez Metral por facilitarme varias de las fuentes de prensa que son utilizadas en este trabajo.

<sup>2</sup> Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay. docentealvaro1917@gmail.com



## Introducción

En la madrugada del 27 de junio de 1973 el presidente de Uruguay, Juan María Bordaberry, con el apoyo de las Fuerzas Armadas y de sectores del Partido Colorado y Nacional, decretó la disolución de las cámaras legislativas, dando inicio a una dictadura que se extendería por trece años. La alianza conservadora que impulsó esta ruptura institucional abrevaba en una larga tradición anticomunista local que consideraba a los sindicatos clasistas<sup>1</sup> como organizaciones subversivas y antidemocráticas, controladas por agitadores profesionales a los cuales se identificaba bajo el rótulo genérico de «comunistas» (Broquetas y Duffau, 2020; Broquetas, 2021). En este contexto, veía a la central sindical mayoritaria, la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), como una de las principales responsables del deterioro político, económico y moral que, a su parecer, experimentaba el país.

Por ello, entre las prioridades del nuevo régimen se encontraba la reglamentación del funcionamiento de los sindicatos y del derecho de huelga, así como también la concreción de profundas transformaciones en las relaciones laborales imperantes, a partir de la aprobación de un nuevo ordenamiento jurídico. A su vez, para que este proyecto pudiera concretarse era necesario limitar la actividad del sindicalismo clasista desplegando diversas acciones represivas contra sus organizaciones y militantes. Simultáneamente se profundizaron los vínculos entre el gobierno y el sindicalismo anticomunista local, transformándose este en un aliado significativo del régimen durante un lapso importante del período de facto. Esta corriente gremial tenía una larga tradición en Uruguay, y había gozado de cierto auge en la década de 1950, pero a inicios del período dictatorial se encontraba atomizada, disminuida numéricamente, con escasa inserción entre los trabajadores y en una situación de dependencia respecto al sindicalismo «libre» transnacional y los programas de formación y financiamiento impulsados por el gobierno de Estados Unidos para América Latina.

Durante la dictadura el sindicalismo anticomunista pudo actuar libremente, y tuvo presencia pública a lo largo de todo el período, asimismo, estableció relaciones de cercanía con el régimen, y por cierto lapso fue la única referencia al sindicalismo local aparecido en la prensa de circulación legal. A pesar de ello, se trata de un actor escasamente abordado por la historiografía uruguaya, por lo que el presente artículo intenta ser un acercamiento inicial al conocimiento de estas organizaciones a partir del estudio de las centrales sindicales anticomunistas que funcionaron durante el período. Con este fin se analizarán las principales ideas que articularon su actuación, así como los vínculos existentes entre estas y el pensamiento de las corrientes que conformaron el campo de las derechas anticomunistas a nivel local. Se estudiará también de qué manera diversos factores exógenos a las propias organizaciones gremiales, como las políticas del régimen en materia sindical y laboral, o los virajes en la orientación de las centrales «libres» transnacionales, influyeron en la praxis del sindicalismo anticomunista uruguayo.

Con el fin de ordenar el análisis, se utilizará una periodización tripartita propuesta por el autor en un trabajo previo que, si bien toma como referencias las políticas impulsadas por el gobierno en materia sindical y laboral, y no los itinerarios específicos del sindicalismo anticomunista local, es instrumental a los fines perseguidos en el presente artículo (Sosa, 2022). A nivel heurístico, se relevó prensa periódica, publicaciones sindicales, actas del Consejo de Estado y de la Comisión de Trabajo y

---

1 En el marco del Uruguay de inicios de los setenta, se entiende por sindicalismo clasista al heterogéneo conjunto de organizaciones que concebían la relación capital-trabajo a través del prisma de la lucha de clases y la concreción de un horizonte superador del sistema capitalista, articulando, con diversos matices, sus repertorios de acción en torno a estas ideas. La mayoría de los sindicatos que abrazaban concepciones clasistas integraban la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), central que nucleaba a organizaciones de varias tenencias político-sindicales.

Seguridad Social, informes del Comité de Relaciones Sindicales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y documentación producida por la Dirección Nacional de Información e Inteligencia del Ministerio del Interior y la Oficina Laboral del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas.

Por último, cabe destacar que este artículo se enmarca en una investigación de más largo aliento que llevo adelante para mi tesis de Doctorado y que se propone estudiar al sindicalismo anticomunista en el Uruguay de la guerra fría, por tanto, se trata de un trabajo que busca combinar diversos aspectos teóricos y metodológicos del campo de estudios de la clase trabajadora y sus organizaciones sindicales con el de las derechas y el anticomunismo. Asimismo, al ser una investigación aún en curso, muchas de las ideas aquí propuestas tienen un carácter aún preliminar y deberán ser enriquecidas a la luz de nuevas fuentes que vayan surgiendo producto de posteriores pesquisas documentales.

## Sindicalismo anticomunista en el Uruguay de la dictadura, un campo poco explorado

La producción historiográfica sobre clase trabajadora y sindicatos en el Uruguay durante la última dictadura es diversa, se trata de una temática que ha sido abordada desde distintas disciplinas y ha dado lugar a variados enfoques. A pesar de ello, se trata de un campo de estudio aún en ciernes, en el cual persisten coyunturas escasamente abordadas y se hace necesario lograr mayores niveles de densidad analítica y diversificación de enfoques.<sup>2</sup> En este marco, y como era de esperar, la mayoría de los trabajos que abordan el estudio de sindicatos, federaciones o centrales sindicales anticomunistas durante el período son muy escasos y no profundizan en el análisis del fenómeno, considerándolas más organizaciones «amarillas» y «de fachada» que colectivos de trabajadores. Si bien estas dimensiones no eran ajenas a las características del sindicalismo anticomunista, no deben ser las únicas a tomar en cuenta, pues se trata de un movimiento heterogéneo y complejo, con sus propias ideas y programas de acción, e inserto en un juego de inestables fuerzas locales y transnacionales.

Entre las obras que han prestado cierta atención al fenómeno y han mostrado preocupación por enriquecer el análisis, se destacan el trabajo de José R. Bottaro sobre Acción Sindical Uruguaya (ASU), organización de origen cristiano que tuvo un papel destacado durante el período de facto, y la historia panorámica del sindicalismo en dictadura recientemente publicada por Jorge Chagas y Gustavo Trullen. En ellas los autores refieren al origen de las principales centrales sindicales anticomunistas del período, sus relaciones con el sindicalismo «libre» transnacional, sus crisis internas y el papel jugado por sus dirigentes en diversas conferencias de la OIT (Bottaro, 1985, pp. 97-133; Chagas y Trullen, 2023, pp. 68-86). Asimismo, el trabajo de síntesis de Jorge Chagas y Jorge Tonarelli sobre la historia del sindicalismo clasista en dictadura, el de Alicia Morón sobre los intentos de reorganización laboral impulsados en los primeros años de dictadura, el de Juan Pedro Ciganda respecto a la Asociación de Empleados Bancarios del Uruguay (AEBU) y el coordinado por Álvaro Rico sobre la represión que la dictadura impulsó contra diversas organizaciones sociales y políticas analizan los intentos llevados adelante por diferentes actores con el fin de organizar un sindicalismo genuinamente «nacionalista» e «independiente», que pudiera transformarse en una alternativa factible a la CNT (Chagas y Tonarelli, 1989, pp. 177-199; Morón, 2003, p. 26; Ciganda, 2007, pp. 115-120; Rico, 2008, pp. 197-202). Finalmente, un artículo de mi autoría, así como otro publicado por la historiadora

2 Para una síntesis de la producción historiográfica sobre dictadura y mundo del trabajo véanse Porrini, 2018; Álvarez y Sosa 2019a y 2019b; Álvarez, 2023. Estos artículos ilustran además sobre los principales problemas de investigación respecto a la temática, identificado coyunturas y nuevos asuntos, y mapeando y describiendo repositorios documentales.

Sabrina Alvarez, refieren brevemente a acciones desarrolladas por la principal central anticomunista del período, la Confederación General de Trabajadores (CGTU) (Sosa, 2022, pp. 307-311; Alvarez, 2023, pp. 69-70).

La escasez de abordajes respecto al fenómeno de referencia llevó a la necesidad de construir categorías que instrumentalizaran el análisis, evitando las miradas autoreferenciales y de época, más vinculadas a como se autopercebían los propios sindicalistas que a las ideas y prácticas que efectivamente desarrollaban, por tanto, se hizo necesario buscar alternativas a categorías como «libre», «democrático», «autónomo» o «antitotalitario». Dado el carácter identitario que la lucha contra el comunismo tuvo para estos sindicatos y los estrechos lazos que tejieron con diversas organizaciones locales e internacionales que perseguían objetivos similares, se consideró atinado tomar del campo de estudios de las derechas la categoría de «anticomunista» para identificarlos. Tal como ha explicado la historiadora Magdalena Broquetas, a lo largo del siglo XX la etiqueta de «comunista» no refirió exclusivamente a una doctrina política o adscripción partidaria, sino que englobó a un importante número de organizaciones políticas, sociales y culturales consideradas por diversos sectores conservadores como una amenaza al orden social vigente (Broquetas, 2014, pp. 259-260).

Siguiendo esta interpretación, en el presente trabajo se considera al sindicalismo anticomunista como una categoría en la que a lo largo de la guerra fría se inscribieron un heterogéneo grupo de organizaciones y dirigentes sindicales que entendían la acción gremial desde posiciones tan disímiles como el reformismo y el desarrollismo, pasando por posturas más afincadas en un liberalismo conservador, hasta llegar a enfoques cercanos a las ideas de la extrema derecha nacionalista. En los umbrales del golpe de Estado, estas corrientes tenían en común el oponerse a la idea de la lucha de clases como factor constitutivo de las relaciones entre los individuos en el contexto del sistema capitalista, promoviendo, por el contrario, la armonía entre capital y trabajo. Esto, a su vez, suponía evitar formas de activismo sindical que exacerbaban la conflictividad laboral (como, por ejemplo, la paralización de las tareas), privilegiando, en cambio, mecanismos de negociación y cooperación. Asimismo, el mayor factor identitario de estas organizaciones era el anticomunismo y la oposición a toda forma de sindicalismo clasista, por considerarlo aliado del marxismo. La CNT y sus organizaciones afiliadas y fraternas eran vistas como colectivos cooptados por el Partido Comunista de Uruguay y funcionales a los intereses globales de la Unión Soviética, por ende, la acción de estos sindicatos tenía por objetivo sembrar el caos y desorden, preparando el terreno para el triunfo de la subversión marxista. Se consideraba a los militantes clasistas como minorías que atemorizaban a los trabajadores y ejercían diversas presiones sobre ellos, controlando las asambleas y monopolizando los cargos de dirección sindical mediante el uso de diversos métodos espurios.

## El sindicalismo anticomunista uruguayo en los umbrales del golpe de Estado

Caracterizar de forma genérica al sindicalismo anticomunista uruguayo es una tarea compleja, por lo que un ejercicio que permite el acercamiento a sus aspectos más generales es analizar a las dos centrales sindicales anticomunistas existentes en ese momento, con el objetivo de conocer algunas de sus definiciones ideológicas y organizativas. No todos los sindicatos que pueden ser caracterizados como anticomunistas estaban integrados a ellas, pero era indudable que estas aglutinaban a una porción importante.

Por un lado existía la Confederación Uruguaya de Trabajadores (CUT), fundada a inicios de marzo de 1969 por nueve federaciones que nucleaban a casi cien sindicatos de la industria metalúrgica,

textil, alimenticia, construcción, radioelectricidad y de la empresa nacional de combustibles ANCAP, entre otros.<sup>3</sup> Se trataba de organizaciones que desde la década de 1960 habían entablado vínculos estrechos con el sindicalismo «libre» transnacional y eran asiduas participantes en los programas de formación, asesoramiento y apoyo económico impulsados por el gobierno de Estados Unidos a través del Instituto Uruguayo de Estudios Sindicales (IUES), dependiente del Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre (IADSL).<sup>4</sup> Este último había nacido en el año 1960 con el fin de complementar e impulsar los programas de la Alianza para el Progreso, entre sus principales jerarcas se encontraban importantes dirigentes de la potente central sindical estadounidense AFL-CIO, asimismo integraban su consejo administrativo corporaciones empresariales como a la Fundación Rockefeller, ITT, Kennecott, Coca Cola, IBM, Pfizer International, Anaconda, United Fruit Company, Standard Oil, Shell Petroleum, Pan American World Airways, W. Grace and Co, United Corporation, entre otras (Bozza, 2009, pp. 59-60). En el marco de programas impulsados por el IADSL fueron construidas la sala de ensayos de la Asociación Uruguaya de Músicos (AUDEM), la sede del Sindicato Autónomo de Estibadores de Ultramar (SAEDU) y la policlínica para los trabajadores de la Unión de Obreros Democráticos de Paycueros en Paysandú, entre otros.<sup>5</sup>

Apenas creada, la confederación solicitó y obtuvo la afiliación a las centrales del sindicalismo «libre» transnacional: la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) y la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT).

En su declaración de principios la CUT establecía que se trataba de una organización independiente de la influencia partidaria, del Estado y de cualquier dogma religioso y filosófico, que bregaba por la defensa de la democracia política, social y económica, en oposición a la «ideología totalitaria que dicta consignas al movimiento obrero organizado sindicalmente». Su programa en materia económica y laboral destacaba la necesidad de participación de los sindicatos, junto al Estado y las patronales, en la planificación y gestión de la economía nacional y de la legislación social y laboral, proponía medidas tendientes a lograr un mayor control de precios, reajustes en los salarios de los sectores más sumergidos, modificación de las estructuras productivas del agro y de las formas de tenencia de la tierra, impulso del Instituto de Colonización, mayor control de la actividad bancaria y nacionalización del ahorro privado, creación de un seguro social integral, representación de los trabajadores en los Entes Autónomos y empresas del Estado, y desarrollo de una marina mercante.<sup>6</sup>

3 «Se informa sobre la constitución de la Confederación Uruguaya de Trabajadores», Informe N.º 326, Archivo DNII, Caja 3010-3046, doc. 3032. Cabe aclarar que en muchos casos se trataba de organizaciones que convivían con sindicatos clasistas de la misma actividad, como por ejemplo la Federación Obrera de la Construcción y Ramas Afines (FONCRA) o la Unión de Empleados y Obreros de ANCAP (UDOE), ambas de carácter anticomunista, que coexistían con el Sindicato Único de la Construcción y Afines (SUNCA) y la Federación ANCAP (FANCAP), las dos organizaciones clasistas.

4 El IUES fue fundado en 1963, entre sus actividades se destacaron el desarrollo de diversos cursos de formación para sindicalistas, así como la puesta en práctica de programas de apoyo a nivel sindical y comunitario. «Manifiesto del Instituto Uruguayo de Educación Sindical (IUES) a todos los trabajadores uruguayos y público en general», *Primera Hora*, 30 de abril de 1968, p. 10. Según expresaba el ex agente de la CIA en Uruguay Philip Agee, durante la década de los sesenta las actividades de la agencia en el ámbito laboral se concentraban en el IUES, y una de sus prioridades era formar cuadros sindicales que se opusieran a los de la CNT y conformaran sindicatos anticomunistas en todos los centros de trabajo que les fuera posible (Agee, 1975, pp. 372-373).

5 Véanse, por ejemplo, *Revista Sindical*, febrero de 1968, portada; «SAEDU, un sindicato ejemplar», *Tribuna Sindical*, enero de 1969, p. 6.

6 «8 de marzo: un día histórico para el sindicalismo libre», *Tribuna Sindical*, marzo de 1969, p. 7; «De la nueva central a los trabajadores y la opinión pública», *Tribuna Sindical*, marzo de 1969, p. 8.

Cinco años después, a poco de iniciada la dictadura, expresiones del presidente de la CUT, Lino Cortizo Vázquez, mostraban una línea de continuidad con sus propuestas originales. Afirmaba que los sindicatos no debían promover la agitación obrera ni perturbar la paz social, sino que, por el contrario, debían buscar mecanismos que permitieran la concreción de un acuerdo social entre capital, trabajo y gobierno, similar al que instrumentaban los países occidentales desarrollados; esto permitiría al Uruguay iniciar una senda de crecimiento y mejora en la calidad de vida y trabajo de los asalariados, disminuyendo las brechas entre los más ricos y los más pobres. El comunismo, con su acción disolvente, evitaba la concreción del acuerdo y por ende perjudicaba a los trabajadores con el fin de aprovechar la coyuntura de crisis para imponer el modelo socialista.<sup>7</sup>

Esta orientación coincidía con ciertas ideas que primaban en el ámbito del sindicalismo estadounidense y que habían sido irradiadas a América Latina gracias a los programas de asesoramiento y formación de la IADSL y de la influencia de la AFL-CIO en diversos ámbitos del sindicalismo «libre» transnacional, como la ORIT. Historiadores como Pablo Pozzi y Juan Alberto Bozza han destacado como la AFL-CIO sustentaba su accionar en la idea de armonía entre capital y trabajo, según la cual la cooperación entre trabajadores y empresarios era fundamental para lograr un acrecentamiento de la producción, extremo que redundaría en aumentos salariales sin que las ganancias empresariales se vieran resentidas. Por tanto, se hacía necesario evitar la conflictividad laboral y promover mecanismos de negociación y acuerdo entre trabajadores y empresarios (Pozzi, 2009; Bozza, 2009, p. 59; Bozza, 2013, pp. 168-169).

A partir de los estudios desarrollados por la historiadora Magdalena Broquetas, es posible identificar en esta tendencia sindical algunos aspectos del pensamiento liberal-conservador, al tratarse de una corriente que estructuraba su discurso en torno al binomio totalitarismo/democracia, haciendo de la defensa de esta última un elemento central de su praxis, y que reconocía un liderazgo ideológico de Estados Unidos en el proyecto político, social y económico (Broquetas, 2014, pp. 256-258). Por otra parte, el alineamiento de la confederación con los programas de desarrollo social, sindical y cooperativo impulsados por la Alianza para el Progreso, así como la aspiración de que los sindicatos «democráticos» participaran junto al Estado en la planificación y ejecución de políticas sociales y económicas, dan indicios de que en el seno de la CTU también existían posiciones cercanas a lo que la historiadora argentina Gabriela Scodeller ha llamado sindicalismo «reformista» (Scodeller, 2021, pp. 150-151).

La otra organización existente en la época era la Unión Gremial Nacional de Trabajadores (UGNT), creada en abril de 1973 por siete sindicatos. Si bien se trataba de un colectivo pequeño, contaba entre sus filas con varias organizaciones de trabajadores del Puerto de Montevideo que eran relativamente numerosas y tenían cierto peso en un área estratégica de la economía uruguaya.<sup>8</sup> Su principal figura era Jorge A. Leoncino, dirigente de la Asociación de Funcionarios de la empresa de electricidad estatal UTE (AFUTE). La UGNT contaba con una página sindical en el semanario *Nuevo Amanecer* que editaba la Juventud Uruguaya de Pie (JUP), movimiento de extrema derecha emparentado ideológicamente con concepciones católico-conservadoras y filofalangistas. La JUP consideraba a las democracias occidentales como regímenes débiles e incapaces de enfrentar con éxito la amenaza comunista, por lo cual se hacía necesario impulsar una «revolución nacional» que implantara un

7 «Lino Cortizo Vázquez», *La Mañana*, 30 de octubre de 1973, separata «Futuro de los sindicatos en Uruguay», pp. 5-6.

8 Entre los sindicatos adheridos a la UGNT se encontraban el Centro de Tripulantes de la Marina Mercante Nacional; la Unión de Patronos de Tráfico, Cabotaje y Pesca; el Centro de Maquinistas Navales; la Sección de Radiotelegrafistas de la Marina Mercante; la Unión de Motoristas, Obreros, Técnicos y Administrativos Portuarios y la Asociación de Tripulantes de Hidrografía. «Cumpliendo con los lectores», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 3 de mayo de 1973, p. 9.

«nuevo orden» de tipo corporativo en el que las Fuerzas Armadas tuvieran un rol protagónico. Desde las páginas de *Nuevo Amanecer* la JUP impulsó la idea de conformar un sindicalismo realmente nacional y no digitado desde el extranjero, que le permitiera a los pequeños propietarios y los trabajadores defenderse de los diversos mecanismos de explotación originados tanto en los centros del poder del comunismo soviético como del capitalismo liberal (Bucheli, 2019, pp. 148 y 214-215).

Para la UGNT, este «nuevo orden» suponía la construcción de un entendimiento entre el capital y el trabajo, lo que redundaría en un aumento de las ganancias para el país y para los trabajadores que ya no verían afectados sus ingresos a consecuencia de las medidas sindicales. Los asalariados debían comprender que la lucha contra el empresariado los perjudicaba, pues si este se empobrecía, se cerraban las fuentes laborales, pero si, por el contrario, mediante las huelgas se lograban aumentos salariales que no fueran acompañados por un incremento de la producción, se generaba inflación, esto disminuía los niveles de consumo y acrecentaba los despidos y el cierre de las empresas. Además, el conflicto llevaba al odio entre los uruguayos, promoviendo una situación de caos desintegrador de la patria, en el que imperaba el desconocimiento de la autoridad, la destrucción del orden social y el socavamiento de las bases de la civilización. Según esta visión la crisis económica era causada por el comunismo que mediante la agitación sindical desmoralizaba a los trabajadores, llevándolos a producir menos. Consideraban que la solución frente a esto era que el gobierno dispusiera la disolución de los sindicatos «comunistas» y la detención de sus dirigentes. De igual forma que la JUP, la UGNT creía que la democracia liberal y los «políticos profesionales» habían permitido, por acción u omisión, el crecimiento del marxismo, mientras que las Fuerzas Armadas y la Policía eran los únicos que lo habían enfrentado con éxito.<sup>9</sup>

El alejamiento de las doctrinas liberales, la desconfianza por la actividad partidaria, la manifiesta simpatía por modelos corporativos de organización de la sociedad y la constante reivindicación de un sindicalismo «nacional» y «oriental», en contraposición a «todo tipo de injerencia extranjera en nuestro campo gremial, provenga ella de donde sea»,<sup>10</sup> acercaban a la UGNT a la corriente que Magdalena Broquetas ha catalogado de extrema derecha nacionalista (Broquetas, 2014, pp. 216-264).

El estudio de las centrales sindicales anticomunistas existentes a inicios de la dictadura muestra un panorama muy heterogéneo, conviviendo concepciones muy dispares acerca de la acción sindical, su relación con el sistema político y con el sindicalismo «libre» transnacional. A pesar de ello, hermanaba a estas tendencias el convencimiento que para lograr el desarrollo nacional y el crecimiento de un sindicalismo verdaderamente representativo era necesario conjurar al peligro comunista. Este anticomunismo militante fue transformándose en uno de los elementos identitarios que dio mayor sentido a su accionar, por lo que es posible hablar de un sindicalismo anticomunista.

## *Anticenetismo* y apoyo al nuevo régimen.

### El sindicalismo anticomunista durante el período de la reglamentación fundacional (1973-1974)

La CNT y sus organizaciones fraternas respondieron a la disolución del Parlamento declarando la huelga general con ocupación de los lugares de trabajo. La medida se extendió por quince días y contó con el apoyo militante de diversas organizaciones sociales y políticas. Frente a esto el gobierno

9 «A los obreros», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 5 de julio de 1973, p. 9; Leoncino, Jorge, «No entrar en el juego del marxismo», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 11 de noviembre de 1973, p. 9; «Unirse para derrotar a los antipatria», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 13 de diciembre de 1973, p. 9.

10 «Cumpliendo con los lectores», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 13 de diciembre de 1973, p. 9.

habilitó a los empresarios a sancionar y despedir a quienes no se presentaran a trabajar, otro tanto sucedió en la administración pública, donde creció el número de sumariados y cesados. La CNT fue declarada ilícita y requeridos sus principales dirigentes, cientos de sindicalistas fueron detenidos en dependencias policiales y militares.

Simultáneamente, las diversas expresiones del sindicalismo anticomunista se preocuparon por desmarcarse de las posiciones de la CNT y sus organizaciones fraternas, expresando su apoyo al nuevo régimen y su condena a la medida de huelga. El día posterior a la disolución de las cámaras legislativas la dirección de la CUT envió una nota al Ministro del Interior, Cnel. Néstor Bolentini, en la que expresaba que sus afiliados no se habían plegado a la huelga y continuaban trabajando con normalidad a pesar de las dificultades que suponía la paralización del transporte, agregaba además que estos no estaban dispuestos a participar de acciones que conllevaran la alteración del orden (Rico, Demasi, Radakovich, Wschebor y Sanguinetti, 2005, p. 59). Días después representantes de la CUT reiteraron su posición en una reunión con el propio Bolentini, manifestando ser conscientes de que la huelga perseguía objetivos exclusivamente políticos, asimismo, y en consonancia con las ideas vertidas en su declaración de principios de 1969, expresaron que mientras el gobierno estuviese dispuesto a actuar de forma mancomunada con el movimiento sindical «verdaderamente nacionalista y patriótico» para solucionar las necesidades de los trabajadores y poner en marcha los grandes planes de recuperación nacional, este contaría con el total apoyo de la confederación.<sup>11</sup>

De la misma manera, desde la página sindical de la UGNT, Jorge A. Leoncino, afirmaba que los trabajadores «libres» de UTE y del puerto continuaban cumpliendo sus tareas con normalidad, registrándose una asistencia superior al 80 %, pues no estaban dispuestos a plegarse a una huelga que tenía un contenido netamente político y revolucionario.<sup>12</sup> Asimismo, de manera insistente se hacía referencia a lo acertado de la decisión de las Fuerzas Armadas de disolver a la CNT y disponer la captura de sus principales dirigentes.<sup>13</sup>

La represión gubernamental, sumada a las duras condiciones que exigía el sostenimiento de la huelga, hizo que el acatamiento comenzara a mermar, finalmente, luego de un arduo debate, el 11 de julio un plenario de delegados sindicales dispuso el levantamiento de la medida. Con la CNT prohibida el régimen consideró que se abría la posibilidad de que los trabajadores, libres de la supuesta coacción de los dirigentes marxistas, pudieran organizar sindicatos democráticos que realmente bregaran por sus intereses, para lo cual se hacía necesario impulsar una nueva legislación que reglamentara la actividad sindical y reorganizara las relaciones laborales. En este marco, el 1 de agosto de 1973 fue promulgado el decreto 622/973 (Uruguay, 1973a), que reglamentaba de manera restrictiva prácticamente todos los aspectos de la vida sindical, prohibía la afiliación de los sindicatos uruguayos a centrales obreras internacionales, establecía la ilicitud de la huelga en el sector público y preveía un cúmulo de engorrosas instancias obligatorias de conciliación y arbitraje que la volvían impracticable en el ámbito privado. De manera expresa se establecía que los sindicatos no podían intervenir directa o indirectamente en «cuestiones políticas», «incitar a la lucha de clases» o atentar contra el «orden público» y el «sistema democrático republicano de Gobierno», bajo pena de ser ilegalizado y sus dirigentes procesados penalmente. Para que un sindicato gozara del reconocimiento oficial debía ser registrado en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social por un número no menor al 10 % de los

11 «La CUT no está al servicio de ninguna organización política», *El País*, 2 de julio de 1973, p. 5.

12 Leoncino, Jorge, «Nuestra posición», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 5 de julio de 1973, p. 9.

13 Véanse, por ejemplo, Leoncino, Jorge, «Fortificar el sindicalismo», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 19 de julio de 1973, p. 9 y «Nuestro compromiso con la Patria», *Nuevo Amanecer*, suplemento «Informa la Unión», 19 de julio de 1973, p. 9.

empleados del centro de trabajo o la rama de actividad; los solicitantes, así como todos los trabajadores que quisieran afiliarse al sindicato, debían completar un formulario con sus datos personales que sería entregado a las autoridades. Además, la solicitud de registro tenía que estar acompañada por una propuesta de estatutos que debía ceñirse a un modelo previamente distribuido por el gobierno. Una vez cumplidas estas exigencias, se estaba en condiciones de convocar a una asamblea que aprobara los estatutos y llamara a la elección por voto secreto de los dirigentes de la organización sindical. Se podían registrar nuevos sindicatos o reinscribir a los ya existentes, siempre y cuando se cumpliera con todos estos requisitos (Uruguay, 1973a, pp. 432-437).<sup>14</sup>

Los sindicatos afiliados y fraternos a la CNT rechazaron de plano la reglamentación, pero consideraron que era necesario aprovechar la posibilidad de registrar ante el Ministerio a las organizaciones ya existentes para asegurar su presencia legal.<sup>15</sup> Por ello, la dirección clandestina de la central elaboró un ambicioso plan de acción, el cual posibilitó impulsar una exitosa campaña de reafiliación sindical.<sup>16</sup>

Desde el sindicalismo anticomunista se vio con buenos ojos la posibilidad de reglamentar la actuación de las organizaciones gremiales como medio para limitar la actividad del sindicalismo clasista. Así, por ejemplo, Lino Cortizo Vázquez, presidente de la CUT, explicaba al matutino *La Mañana* que para lograr la concreción del acuerdo social que necesitaba el país era esencial reglamentar la actuación de los diversos actores que lo suscribirían, como ser las organizaciones patronales, los sindicatos y los partidos políticos. Además, una medida de esas características significaba oponerse a la acción de los comunistas que, ejerciendo una influencia perniciosa, buscaban evitar ese acuerdo social y enfrentar a los uruguayos. Pero Cortizo también identificaba varios problemas en el proyecto del gobierno, como ser las fuertes multas que se le imponían a los trabajadores que no cumplían con la obligación de votar, o la inhibición de los menores de 25 años para ser elegidos dirigentes, lo cual favorecía a «quienes desde hace más de cincuenta años han montado en nuestro país un aparato de agitación y propaganda extranjera con dirigentes y activistas rentados que son en muchos casos ajenos a los gremios cuya representación reclaman». Finalmente se lamentaba de que la nueva norma no reglamentara la actuación de las patronales, que quedaban con las manos libres sin que el Estado fijara criterios para su funcionamiento.<sup>17</sup>

Si bien la UGNT no expresó mayores cuestionamientos al contenido del decreto, sí se lamentó de que los sindicatos que estuvieron afiliados a la CNT siguieran actuando libremente y promovieran que los trabajadores se reafiliaran a ellos. Asimismo, en reunión con el Ministro de Trabajo y Seguridad Social, Marcial Bugallo, varios dirigentes de este colectivo manifestaron que los objetivos perseguidos con el decreto no serían alcanzados, pues mientras la CNT contaba con los recursos financieros necesarios para desplegar una gran campaña de propaganda, los sindicatos «democráticos» sufrían importantes dificultades materiales, por lo cual consideraban imprescindible que estos contaran con la asistencia económica del gobierno.<sup>18</sup>

14 Véanse también Decreto 729/973 (Uruguay, 1973b, p. 710) y Decreto 823/973 (Uruguay, 1973c, p. 1).

15 La ilegalización de la CNT del 30 de junio de 1973 solamente abarcó a la central, y no así a sus organizaciones afiliadas, que pudieron continuar actuando, aunque muchos de sus militantes fueron víctimas de permanente persecución. A partir de 1974 algunos sindicatos puntuales fueron efectivamente disueltos, como el caso del Sindicato Único Nacional de la Construcción y Anexos (SUNCA) y la Unión Nacional de Trabajadores del Metal y Ramas Afines (UNTMRA).

16 Véase, por ejemplo, «Continúa intensamente reafiliación sindical», *El Popular*, 11 de octubre de 1973, p. 2; «Reafiliación masiva en la textil INLASA», *El Popular*, 22 de octubre de 1973, p. 5.

17 «Lino Cortizo Vázquez», *La Mañana*, separata «Futuro de los sindicatos en Uruguay», 30 de octubre de 1973, p. 5.

18 «Esta semana replantean tema sindical», *El País*, 24 de noviembre de 1973, p. 2.



El éxito de la campaña de reafiliación sindical impulsada por la CNT llevó a que en marzo de 1974 el gobierno decidiera suspender la aplicación del decreto hasta que este fuera reformulado, argumentando que militantes clasistas habían logrado tergiversar el sentido de la norma, utilizándola como medio para eludir la proscripción que caía sobre la central.<sup>19</sup>

## Navegando en aguas tormentosas. El sindicalismo anticomunista en el marco de la reestructuración de los mecanismos de mediación capital-trabajo (1974-1981)

Como paso previo a una efectiva implementación de formas de reglamentación sindical, el gobierno buscó en este período anular el papel de los sindicatos clasistas como agentes mediadores de los trabajadores en los conflictos con las patronales. Por tanto, se profundizó la represión hacia estas organizaciones gremiales, a la vez que se erigió a la Oficina de Asuntos Laborales del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas como el ámbito encargado de llevar adelante las instancias de arbitraje obligatorio impuestas por el gobierno en los conflictos obrero-patronales. Los trabajadores debían presentar allí sus reclamos de forma individual como paso previo a llevarlos ante la justicia laboral (Sosa, 2022, p. 306).

Asimismo, el sindicalismo anticomunista se vio fortalecido por la fundación, en mayo de 1974, de la central sindical anticomunista más importante del período dictatorial, la Confederación General de Trabajadores de Uruguay (CGTU). Su congreso constitutivo se celebró en la ciudad de Durazno y contó con la participación de 65 sindicatos afiliados y 21 organizaciones fraternas. La CUT dispuso su disolución y las organizaciones que la componían, conjuntamente con algunos sindicatos que habían conformado la UGNT, y otros que no integraban ninguna de las dos organizaciones, constituyeron la nueva central. Al igual que la CUT, la CGTU se afilió a la CIOSL y a la ORIT. Esto, sumado a la afirmación de que entre sus principales objetivos se encontraba la defensa de los derechos de los trabajadores en el marco de un «régimen democrático-republicano representativo», acercaban a la nueva central a las definiciones ideológicas de su antecesora, la CUT.<sup>20</sup> El trasvase de sindicatos de la UGNT a la CGTU hizo que la primera dejara de funcionar, Jorge Leoncino acusó a la CGTU de ser la nueva fachada de la CNT y lamentó que el gobierno no fuera más duro con los sindicatos que «le hacían el “caldo gordo” a los comunistas», como habría sido el caso de las organizaciones que componían la nueva central.<sup>21</sup>

Durante este período la CGTU se transformó en un importante aliado del régimen, y varios de sus dirigentes fueron designados por el gobierno para fungir como representantes obreros en las reuniones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en Ginebra.<sup>22</sup> Allí, junto con la delegación del gobierno y las patronales, debieron hacer frente a las denuncias presentadas ante el Comité de Libertades Sindicales por varias organizaciones internacionales y por militantes de la Coordinadora de la CNT en el Exterior, fundada en 1979 por sindicalistas uruguayos en el exilio.

19 «Texto del discurso que el Presidente dijo ayer por cadena de radio y TV», *El País*, 8 de marzo de 1974, p. 4.

20 «Congreso de la Confederación Uruguaya de Trabajadores», Archivo DNII, Caja 3010-3046, doc. 3032; «Remitido. Confederación General de Trabajadores del Uruguay», *El País*, 8 de junio de 1974, p. 4; «Remitido. Confederación General de Trabajadores del Uruguay», *El País*, 8 de junio de 1974, p. 6.

21 Leoncino, Jorge, «Olvido del sindicalismo nacional nos obliga a prudente espera», *Nuevo Amanecer*, 19 de setiembre de 1974, p. 6.

22 Véanse, por ejemplo, «Integraron la delegación a la Conferencia del Trabajo», *El Día*, Montevideo, 30 de mayo de 1974, p. 5; «La CGTU considerará informe de delegación a la OIT», *El País*, 14 de julio de 1979, p. 5.

Dada la envergadura de las denuncias presentadas, fue enviado al Uruguay en representación de la OIT el profesor Philippe Cahier, miembro del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra, quien, entre el 20 de junio y el 1 de julio de 1975, se entrevistó con autoridades del gobierno y dirigentes patronales y sindicales. Frente a Cahier los dirigentes de la CGTU se alinearon con la visión del gobierno, al expresar que la disolución de la CNT se debió a los altos niveles de politización que esta había alcanzado, excediéndose por mucho «del terreno de las reivindicaciones económicas y sociales de los trabajadores», agregaron además que el alto acatamiento inicial de la huelga se debió «a la coacción ejercida previamente por tales dirigentes [cenetistas] sobre los trabajadores», pero que a medida que esta avanzaba fueron los propios trabajadores quienes mediante plebiscitos dispusieron su levantamiento. Asimismo, dejaron en claro que desde la instalación del nuevo régimen los sindicatos «libres» no habían tenido problemas para reunirse ni celebrar asambleas, y que no habían sido allanados sus locales ni incautados sus bienes.<sup>23</sup> Una nueva misión del Profesor Cahier, desarrollada en abril de 1977, constataba que para esa fecha la situación no había variado, gozando el sindicalismo anticomunista de mayores libertades de acción que los sindicatos afiliados o fraternos a la disuelta CNT. A pesar de ello, se dejaba sentado que al no existir una legislación que amparara la actividad sindical, el reconocimiento de las organizaciones afiliadas a la CGTU dependía muchas veces de la buena disposición de las patronales y las jerarquías estatales.<sup>24</sup>

Vale aclarar que el alineamiento de la confederación con la política *anticenetista* y anticomunista del régimen no supuso un apoyo incondicional frente a todas las medidas del gobierno en el ámbito laboral. En varias oportunidades la CGTU manifestó su disconformidad con las políticas salariales implementadas o le exigió a las autoridades un mayor nivel de control respecto a las condiciones de trabajo que imperaban en el ámbito privado, asimismo, siempre que se presentaron proyectos de reglamentación de la actividad sindical, la CGTU acompañó las propuestas, pero les hizo observaciones.<sup>25</sup> Fiel a su concepción de la acción sindical, las medidas instrumentadas para hacer oír su disconformidad no pasaron de expresiones vertidas en medios de prensa, publicación de comunicados y celebración de reuniones con autoridades civiles y militares.

Hacia fines del período, el sindicalismo anticomunista comenzó a experimentar una crisis que lo afectó tanto a nivel de sus relaciones internacionales como de su cohesión interna. En los últimos años de la década de 1960 comenzaron a procesarse una serie de cambios en la CIOSL, ganando peso los sindicatos europeos de tendencia socialdemócrata en detrimento del sindicalismo estadounidense dirigido por la AFL-CIO. Las organizaciones europeas comenzaron a concentrar sus esfuerzos en darle fluidez al llamado «diálogo norte-sur», y en ese marco impulsaron acciones de rechazo a las dictaduras en América Latina (Godio y Wachendorfer, 1986, p. 14; Balbis, 1993, p. 68). Estos virajes a la interna de la CIOSL explican su decisión en 1978 de suspender la afiliación de la CGTU debido a su cercanía con la dictadura, así como también la de acompañar en 1981 las denuncias de varias organiza-

23 Comité de Libertad Sindical, Organización Internacional del Trabajo, caso n.º 763, informe núm. 153, 1976, <https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=1000:20060::FIND:NO::>, consultado el 16/09/2021, pp. 3-4, 13 y 16.

24 Comité de Libertad Sindical, Organización Internacional del Trabajo, caso n.º 763, informe núm. 174, 1978, <https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=1000:20060::FIND:NO::>, pp. 1-2.

25 Véanse, por ejemplo, «Consideró la CUT situación económica de los trabajadores», *La Mañana*, 7 de octubre de 1974, p. 8; Comisión de Trabajo y Seguridad Social del Consejo de Estado, versión taquigráfica de la sesión celebrada el día 1 de abril de 1981, archivo de la Cámara de Representantes, Carpeta s/n, pp. 1-7; «La CGTU reclama revisión de congelación de salarios», *Búsqueda*, 30 de junio de 1982, p. 8; Nota de la CGTU al Jefe de la Oficina Laboral del Estado Mayor Conjunto, 29 de setiembre de 1983, Archivo General de la Nación, Fondo «Oficina de Información de Derechos Humanos», Carpeta 22: «Estado Mayor Conjunto. Documentación de la Oficina Laboral», Rollo 913\_0582.

ciones internacionales ante la Comisión de Libertad Sindical de la OIT contra el gobierno uruguayo. Esta situación adversa a nivel de relaciones internacionales llevó a la CGTU a celebrar una asamblea de delegados en agosto de 1978, luego de ella emitió un comunicado ratificando su adhesión a la OIT y la CIOSL, y reafirmando su confianza en la solidaridad sindical a nivel continental e internacional.<sup>26</sup>

Esta asamblea de delegados dispuso la creación de una Comisión Reestructuradora para asesorar y colaborar con el Comité Ejecutivo en la reactivación de la confederación, lo cual pone de manifiesto que, a pesar de la importancia que esta había ganado en los últimos años, su grado de influencia entre los trabajadores continuaba siendo limitado. Meses después, en mayo de 1979, esta comisión citó a un Congreso Extraordinario en la ciudad de Piriápolis, en el Departamento de Maldonado, el cual, entre otras cosas, designó a un nuevo Comité Ejecutivo. Oscar de Camilli y Juan A. Fernández, quienes encabezaban la dirección saliente, impugnaron el congreso por considerarlo antiestatutario, emitieron una declaración donde expresaban que «los sindicalistas demócratas deben mantener la disciplina y unidad, y no aceptar esa coacción y las ataduras e influencias foráneas»<sup>27</sup> y, en octubre, fundaron la Central Autónoma de Trabajadores Uruguayos Demócratas (CATUD). Según ellos, la crisis de la CGTU se debió a que el sindicalismo «libre» transnacional exigió que determinados dirigentes ocuparan los principales cargos en la confederación, y quienes se opusieron a ello fueron desplazados, por lo que el congreso de Piriápolis supuso un «golpe de Estado» a la interna de la organización sindical.<sup>28</sup>

La CATUD retomó el discurso que acercaba al sindicalismo anticomunista al pensamiento de la extrema derecha nacionalista, destacando que su proyecto suponía la construcción de un gremialismo verdaderamente «nacional» y «oriental», en contraposición a una CGTU, a la cual se denunciaba como una organización dirigida desde los centros del sindicalismo «libre» transnacional. Esta «independencia» se transformó en un elemento identitario de la CATUD, referido de manera insistente por sus dirigentes en reiteradas oportunidades.<sup>29</sup>

De forma simultánea el gobierno dio a conocer la primera versión de una nueva propuesta de reglamentación sindical, la cual formaba parte de un conjunto de proyectos fundacionales que tenían como «mascarón de proa» la reforma constitucional a ser plebiscitada en noviembre de 1980. Los debates previos al proyecto, así como su posterior aprobación, significaron un verdadero renacer de la temática sindical en los medios de comunicación, siendo consultados en varias oportunidades dirigentes de las escasas organizaciones que tenían funcionamiento público y regular, destacándose en el campo de las organizaciones clasistas ASU y AEBU, y en el del sindicalismo anticomunista la CGTU y la CATUD.

Uno de los cuestionamientos que se le realizaba al nuevo proyecto era que impedía la creación de sindicatos por rama de actividad, promoviendo que estos se organizaran por centros de trabajo, siempre y cuando contaran con un mínimo de quince obreros. En reunión con la Comisión de Trabajo y Seguridad Social del Consejo de Estado representantes de la CGTU expresaron que si el objetivo era promover un ambiente de paz social y evitar que los sindicatos se transformaran en factores de agitación y conflicto, era imprescindible conformar organizaciones fuertes, por rama de actividad, que pudieran establecer convenios colectivos con las patronales donde se incluyera a todo

26 «Declaración de la CGTU sobre sus relaciones internacionales», *La Mañana*, 17 de agosto de 1978, p. 8.

27 «Gremios analizan el proyecto sindical», *Noticias*, 16 de mayo de 1979, p. 16.

28 Comisión de Trabajo y Seguridad Social del Consejo de Estado, versión taquigráfica de la sesión celebrada el día 30 de abril de 1981, archivo de la Cámara de Representantes, Carpeta N.º 1429 de 1979, pp. 28-29.

29 «Sin política, ni promoción personal», *Noticias*, 16 de enero de 1980, p. 10; «Movimiento sindical uruguayo: las diversas piezas del tablero», *Búsqueda*, 31 de agosto de 1983, p. 8.

el sector, lo cual disminuiría las posibilidades de conflictividad laboral. También en entrevista con la comisión antes referida, representantes de la CATUD acompañaron las críticas de la CGTU, pero en su caso destacaron que un sindicato de quince personas era muy exiguo y no tendría ninguna capacidad de incidencia, lo que haría muy difícil que los trabajadores se afiliaran a él. Ambas organizaciones solicitaron además que se incluyera en la ley el fuero sindical, lo cual le posibilitaría al dirigente protegerse de las arbitrariedades patronales y contar con horas de licencia sindical para desarrollar tareas gremiales sin ser víctima de descuentos ni correr peligro de despido. Asimismo, se solicitaba que las empresas se vieran obligadas a descontar por planilla la cuota sindical. Ambos extremos eran de particular importancia para la CATUD, pues consideraba que esto posibilitaría que ni los sindicatos, ni sus dirigentes, dependieran del financiamiento externo de las organizaciones sindicales transnacionales, los cuales, muchas veces terminaban por influir en sus decisiones, coartando la libertad del sindicalismo «democrático» uruguayo.<sup>30</sup>

El proyecto de reglamentación fue discutido en el ámbito local, en reuniones del Comité de Libertad Sindical y en la 65.ª Conferencia de la OIT. Las observaciones y recomendaciones que allí se le efectuaron, así como también los aportes de las organizaciones sindicales, influyeron de manera directa en la reformulación de sus aristas más represivas, el resultado fue una norma que si bien constreñía libertades y no contenía referencias explícitas a varios derechos sindicales y laborales, por otro lado abría mayores posibilidades de acción para las organizaciones de trabajadores.

## De la oportunidad a la extinción. El sindicalismo anticomunista en el marco de la reglamentación transicional (1981-1985)

El decreto-ley 15.137 (Uruguay, 1981) fue promulgado el 21 de mayo de 1981, posibilitaba la creación de sindicatos en los lugares de trabajo, a los cuales denominaba asociaciones laborales, y les asignaba el carácter de organizaciones de «primer grado», estableciendo que en el futuro, previa autorización gubernamental, estos podrían conformar confederaciones por rama de actividad, o sea asociaciones laborales de «segundo grado», así como también centrales sindicales, de «tercer grado». Establecía como requisito para ser dirigente de una asociación laboral tener varios años de trabajo en la empresa, reservándose el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social el derecho de aprobar o vetar los nombres propuestos para esos cargos, además, su elección, así como otro tipo de consultas al conjunto de los afiliados, debían realizarse mediante voto secreto. La norma carecía de un importante número de herramientas legales: no preveía el derecho de huelga, el fuero sindical, la agremiación de los funcionarios públicos y el descuento de la cuota sindical por planilla, tampoco existían referencias a los convenios colectivos y los mecanismos de conciliación y arbitraje en los conflictos. No refería además a la posibilidad de conformar directamente asociaciones profesionales por rama o sector de la industria (Uruguay, 1981).

A pesar de las críticas que recibió el decreto-ley por parte de las organizaciones sindicales clasistas que actuaban fuera y dentro del país, diversos colectivos de trabajadores, muchos de los cuales se sentían ligados a la CNT por vínculos reales o simbólicos, aprovecharon los espacios de actividad sindical lícita que la norma abría para organizar asociaciones laborales en diversos centros de trabajo. A partir de 1983 el clima de relativa apertura fue habilitando que estas asociaciones laborales forzaran los límites impuestos por la reglamentación, constituyendo federaciones que, en los hechos, actuaban como asociaciones de «segundo grado».

30 Comisión de Trabajo y Seguridad Social del Consejo de Estado, versión taquigráfica de la sesión celebrada el día 30 de abril de 1981, archivo de la Cámara de Representantes, Carpeta N.º 1429 de 1979, pp. 28-33.

El sindicalismo anticomunista también mantuvo varias observaciones respecto al contenido de la norma, pero en líneas generales hizo una valoración más positiva de ella y de las posibilidades que abría. Por ejemplo, en la ya referida comparecencia ante la Comisión de Trabajo y Seguridad Social del Consejo de Estado, Ademar Fernández, Secretario General de la CGTU, expresó que el decreto-ley daría a los gremios «democráticos» un mayor respaldo al momento de organizar a los trabajadores, pues muchas veces al acercarse a un centro laboral sentían la desconfianza de parte de los obreros, que les consultaban si contaban con autorización para realizar esa tarea.<sup>31</sup> Asimismo, en noviembre de 1981, Lino Cortizo declaró en el semanario *Búsqueda* que la nueva norma sería un instrumento eficaz para la creación de un movimiento sindical fuerte, siempre y cuando se subsanaran sus falencias referidas al derecho de huelga, el fuero sindical y la negociación colectiva.<sup>32</sup>

Un momento de inflexión en el proceso de registro de asociaciones profesionales fue la realización de un acto público para celebrar el Primero de Mayo de 1983. El evento contó con la autorización del gobierno y fue organizado por 37 asociaciones profesionales. Entre sus dirigentes se encontraban varios que estaban vinculados a la estructura clandestina de la CNT en Uruguay y a la Coordinadora de la CNT en el Exterior. En el marco de la referida convocatoria estas organizaciones decidieron crear el Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT), una asociación laboral de «tercer grado».

La celebración del Primero de Mayo se transformó en un gran acto de masas que potenció al PIT. Este solicitó que sus dirigentes fueran incluidos en la delegación que en breve concurriría a la conferencia de la OIT. El gobierno rechazó la solicitud y nombró a Nelson Saldivia, referente de la CGTU y del sindicato de trabajadores de la empresa Paycueros, como representante de los trabajadores uruguayos en Ginebra. Finalmente, dos delegados del PIT también concurren a la conferencia como observadores invitados por varias organizaciones sindicales internacionales, entre las que se contaba la propia CIOSL.

El viraje en la orientación de la CIOSL y los cambios que a nivel interno se generaron a partir de los debates y la aprobación del decreto-ley 15.137 (Uruguay, 1981) seguramente influyeron en la postura que desde 1981 esgrimió la CGTU en diversos ámbitos de la OIT. Si bien los delegados de la confederación ya habían expresado diferencias respecto a proyectos del gobierno en conferencias anteriores, en esta el tono de los cuestionamientos se volvió mucho más duro. Saldivia expresó que en Uruguay se producían reiteradas violaciones a la libertad sindical y a la legislación social y laboral, además denunció el problema de los bajos salarios que percibían la mayoría de los trabajadores.<sup>33</sup> Asimismo, en comunicación al Comité de Libertades Sindicales, la CGTU denunció el despido de dos trabajadores de la firma de bebidas embotelladas Urreta, S. A., expresando que la decisión patronal se debió a que, por encargo del Coordinador Regional de la CGTU, estos obreros habían iniciado trabajos tendientes a la sindicalización de los trabajadores de la empresa.<sup>34</sup>

Pese a los cambios en la postura de la confederación, esta no logró mejorar sus vínculos con el sindicalismo «libre» transnacional. La CIOSL apoyó, junto con otras organizaciones y federaciones internacionales, la impugnación a la representación de la CGTU presentada ante la OIT por los delegados del PIT, asimismo, semanas después, en su XII Congreso, la CIOSL dispuso la expulsión de la CGTU.<sup>35</sup>

31 Comisión de Trabajo y Seguridad Social del Consejo de Estado, versión taquigráfica de la sesión celebrada el día 30 de abril de 1981, archivo de la Cámara de Representantes, Carpeta N.º 1429 de 1979, p. 14.

32 «Hablan cuatro dirigentes gremiales», *Búsqueda*, 4 de noviembre de 1981, p. 6.

33 «La Intersindical habla en la OIT», *Correo de los Viernes*, 17 de junio de 1983, p. 24.

34 Comité de Libertad Sindical, Organización Internacional del Trabajo, caso núm. 763, informe n.º 201, 1981, <https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=1000:20060::FIND:NO:::> p. 9.

35 «La OIT, el informe que no se hizo», *Correo de los Viernes*, 8 de julio de 1983, p. 8.

Estos sucesos generaron una importante crisis en el seno de la CGTU. En primer lugar Saldivia renunció a la confederación,<sup>36</sup> poco después varias organizaciones la abandonaron, algunas de ellas se sumaron al PIT, mientras que otras se agruparon en torno a la Mesa Coordinadora de Sindicatos Independientes (MUSI), espacio creado en julio de 1983 con el fin de nuclear a un conjunto de organizaciones que se declaraban independientes de las patronales, el gobierno, partidos políticos y confesiones religiosas, y que, según expresaron, aspiraban a ser la base de una futura Confederación de Trabajadores Independientes.<sup>37</sup>

La CGTU intentó reagruparse y el 26 de julio de 1983 varios de sus sindicatos afiliados celebraron una reunión a instancias del Sindicato Autónomo del Ómnibus en la cual, entre otras cosas, resolvieron que la confederación no debía disolverse «como algunos lo desean», que era necesario reactivar los vínculos entre las filiales de Montevideo y el interior del país, así como buscar mecanismos para dar mayor difusión a sus actividades, finalmente declaraban que nada tenían que ver con

personas o grupos, que sabemos en estos momentos se encuentran embarcados en campañas divisionistas o debilitadoras, sirviendo con o sin proponérselo a espurios intereses, no sabemos si de las patronales reaccionarias, los politiqueros, el gobierno o los agentes marxistas nuevamente infiltrados en ciertos gremios.<sup>38</sup>

Las medidas parecen haber tenido escasa efectividad, ya que hacia el año 1984 las apariciones de la CGTU, la CATUD y el MUSI en la prensa se volvieron prácticamente nulas, mientras que el PIT, luego PIT-CNT, se transformó en un actor protagónico en el proceso de transición democrática, hegemonizando las páginas sindicales de todos los matutinos de circulación nacional.

## Conclusión

El régimen civil-militar instalado a partir del golpe de Estado de junio de 1973 tuvo entre sus prioridades reestructurar los sindicatos y transformar las relaciones laborales en el Uruguay. Las diversas ideas y proyectos planteados consideraban al sindicalismo anticomunista como un actor a tener en cuenta en la construcción de esta nueva ingeniería. Las organizaciones «democráticas», si bien podían disentir con el régimen en ciertos aspectos de su política salarial, laboral y hasta sindical, compartían con él la necesidad de anular al sindicalismo *cenetista*, reglamentar la actividad gremial e instaurar nuevos mecanismos de relacionamiento entre capital y trabajo asentados en la idea de armonía de clases. A pesar de la prédica anticomunista y *anticenetista* de estas organizaciones, no se desprende de las fuentes consultadas que hayan participado de forma directa en acciones de represión contra militantes clasistas.

El sindicalismo anticomunista distaba mucho de ser homogéneo, coexistiendo en su seno diversas sensibilidades, las cuales tendían puentes con las familias del anticomunismo local. Así, es posible identificar a una corriente emparentada al pensamiento liberal-conservador que, a su vez, convivía a la interna de las organizaciones sindicales «democráticas» con otra más cercana a concepciones reformistas ligadas al desarrollismo y las políticas cepalinas. Asimismo, existía también una tendencia escorada hacia el pensamiento y la acción de la extrema derecha nacionalista. Las relaciones entre estas corrientes fluctuaron entre la cooperación y la competencia, siendo el problema de los vínculos con las centrales del sindicalismo «libre» transnacional uno de los principales ejes de disputa. En este

36 «Mundo laboral», *Correo de los Viernes*, 15 de julio de 1983, p. 14.

37 «Mundo laboral», *Correo de los Viernes*, 16 de setiembre de 1983, p. 7.

38 «Los Gremios firmantes, reunidos en la fecha, atendiendo a la invitación formulada por el sindicato del transporte, luego de analizar la problemática actual, RESUELVEN», 26 de junio de 1983, Archivo General de la Nación, Fondo «Oficina de Información de Derechos Humanos», Carpeta 22: «Estado Mayor Conjunto. Documentación de la Oficina Laboral», Rollo 913\_0593.

sentido, los virajes procesados al interior de este último fueron uno de los factores que precipitaron la crisis y disgregación del sindicalismo anticomunista hacia fines de los setenta, imposibilitándole aprovechar la oportunidad que le abría el decreto-ley 15.137 (Uruguay, 1981).

En otro orden, se hace necesario continuar explorando respecto a si estas entidades sindicales lograron ejercer una efectiva representación de los trabajadores, produciendo que se sintieran identificados con sus propuestas, o si, por el contrario, la afiliación al sindicalismo anticomunista se debió especialmente a que, en determinado período, estas organizaciones fueron las únicas con posibilidades de actuar libremente, y por ende defender las aspiraciones de los asalariados.

Finalmente, de lo expuesto en el presente artículo se desprende que ni la dictadura logró concretar su proyecto de reestructuración sindical y reorganización de las relaciones laborales ni el sindicalismo anticomunista pudo extender su influencia en el movimiento sindical a pesar de la proscripción de la principal central y del alcance de las políticas represivas. Conocer y analizar en profundidad los motivos de este desenlace es también parte de las tareas a abordar en futuras investigaciones.

## Referencias bibliográficas

- AGEE, P. (1975). *La CIA por dentro. Diario de un espía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ALVAREZ, S. (2023). Más allá de la «oposición/resistencia» o la «desmovilización/inmovilidad». *Trabajadores y sindicalismo durante la última dictadura uruguaya*. *Revista Contemporánea*, 17(1), 64-75.
- ALVAREZ, S., y SOSA, Á. (2019a). *Trabajadores y sindicalismo en el Uruguay de la dictadura (1973-1985): bibliografía, fuentes y acervos documentales disponibles*. *Sociohistórica*, (44). <https://doi.org/10.24215/18521606e093>
- ALVAREZ, S., y SOSA, Á. (2019b). Transformaciones de la clase trabajadora uruguaya en tiempos de dictadura (1973-1985). Estado de la cuestión y coordenadas para su estudio. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (15), 143-162.
- BALBIS, J. (1993). Relaciones internacionales del movimiento sindical uruguayo. *Cuadernos del CLAEH*, 18(68), pp. 65-83.
- BOTTARO, J. (1985). *25 años de movimiento sindical uruguayo. La vida de A.S.U.* Montevideo: Avanzada.
- BOZZA, J. (2009). Trabajo silencioso. Agencias anticomunistas en el sindicalismo latinoamericano durante la Guerra Fría. *Conflicto Social*, (2), 49-75.
- BOZZA, J. (2013). Cooperación y anticomunismo en el sindicalismo latinoamericano en los sesenta. *Épocas. Revista de Historia*, (7), 161-184.
- BROQUETAS, M. (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BROQUETAS, M. (2021). Introducción. En M. Broquetas (Coord.), *Historia visual del anticomunismo en Uruguay (1947-1985)* (pp. 3-13). Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- BROQUETAS, M., y DUFFAU, N. (2020). Una mirada crítica sobre el Uruguay excepcional. Reflexiones para una historia de larga duración sobre la violencia estatal en el siglo XX. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, (53), 151-179. <https://doi.org/10.34096/bol.rav.n53.8011>
- BUCHELI, G. (2019). *O se está con la patria o se está contra ella. Historia de la Juventud Uruguaya de Pie*. Montevideo: Banda Oriental.
- CHAGAS, J., y TORNARELLI, M. (1989). *El sindicalismo uruguayo bajo la dictadura (1973-1984)*. Montevideo: Del Nuevo Mundo.
- CHAGAS, J., y TRULLEN, G. (2023). *Movimiento sindical y dictadura. Represión, resistencia y resurgimiento*. Montevideo: Fin de Siglo.
- CIGANDA, J. P. (2007). *Sin desensillar... y hasta que aclare. La resistencia a la dictadura, AEBU, 1973-1984*. Montevideo: Cauce.
- GODIO, J., y WACHENDORFER, A. (1986). *El sindicalismo internacional en América Latina*. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.

- MORÓN, A. (2003). *El Estado y la cuestión sindical en los inicios de la dictadura (1973-75/76)*. En III Jornadas de Historia Económica, Asociación Uruguaya de Historia Económica, Montevideo. Recuperado de [http://www.audhe.org.uy/Jornadas\\_Internacionales\\_Hist\\_Econ/III\\_Jornadas/Simposios\\_111/18/Moron.pdf](http://www.audhe.org.uy/Jornadas_Internacionales_Hist_Econ/III_Jornadas/Simposios_111/18/Moron.pdf)
- PORRINI, R. (2018). Trabajadores y sindicatos uruguayos durante la dictadura (1973-1985). Consensos y resistencias. *Programa Interuniversitario de Historia Política*. Recuperado de [http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/dicsind\\_porrini.pdf](http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/dicsind_porrini.pdf)
- POZZI, P. (2009). El Sindicalismo Norteamericano en América Latina y en la Argentina: El AIFLD entre 1961-1976. *Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista*. Recuperado de <https://www.herramienta.com.ar/el-sindicalismo-norteamericano-en-america-latina-y-en-la-argentina-el-aifld-entre-1961-1976>
- RICO, Á. (Coord.) (2008). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*. Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica-Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- RICO, Á., DEMASI, C., RADAKOVICH, R., WSCHEBOR, I., y SANGUINETTI, V. (2005). *15 días que estremecieron al Uruguay*. Montevideo: Fin de Siglo.
- SCODELLER, G. (2021). Organizaciones obreras internacionales y formación sindical: notas para su abordaje durante la Guerra Fría Latinoamericana. En P. Herrera González (Ed.), *América y la Guerra Fría Transnacional* (pp. 145-178). Valparaíso: América en Movimiento.
- SOSA, Á. (2022). Estado, políticas laborales y organizaciones sindicales en el Uruguay de la dictadura (1973-1985). En M. Broquetas y G. Caetano (Coords.), *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay* (pp. 301-314). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- URUGUAY (1973a, agosto 10). Decreto n.º 622/973: Sindicatos. Regulación. Derechos gremiales. *Diario Oficial*, tomo 272. Recuperado de <https://www.impo.com.uy/bases/decretos/622-1973/29>
- URUGUAY (1973b, setiembre 6). Decreto n.º 729/973: Se dictan normas reglamentarias tendientes a concretar la formación de sindicatos gremiales y su inscripción en el Registro Nacional de Sindicatos establecido en el decreto 622/973. *Diario Oficial*, tomo 272. Recuperado de <https://www.impo.com.uy/diariooficial/1973/09/14/6>.
- URUGUAY (1973c, octubre 5). Decreto n.º 823/973: Registro Nacional de Sindicatos. Suspensión de inscripción. *Diario Oficial*, tomo 273. Recuperado de <https://www.impo.com.uy/bases/decretos/823-1973/1>
- URUGUAY (1981, mayo 26). Decreto Ley n.º 15.137. Recuperado de <https://www.impo.com.uy/bases/decretos-leyes-originales/15137-1981>



# Confluencia obrera, estudiantil y de mujeres en la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) 1968-1973

## Confluence of workers, students and women in Resistencia Obrero Estudiantil – ROE (workers and students' resistance) 1968-1973

Alesandra Martínez Vázquez<sup>1</sup>

### Resumen

El siguiente texto aborda la confluencia de obreros/obreras, estudiantes y mujeres en el marco de la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) entre 1968 y 1973. A partir de, principalmente, entrevistas realizadas por la autora, se recorre ese espacio de militancia surgido de filas anarquistas que convocó desde su nominación a la alianza de clase trabajadora y el movimiento estudiantil. Se privilegia la voz de las mujeres que participaron en su seno, así como las interacciones de género, intergeneracionales y de clase. Constituye un aporte a la historia político social de los «largos años sesenta» en Uruguay que incluye una mirada enfocada en las mujeres y las relaciones de género.

**Palabras clave:** clase trabajadora, estudiantes, mujeres, Resistencia Obrero Estudiantil

### Abstract

The following text explores the convergence of workers, students and women within the context of the Workers and Students' Resistance (ROE) between 1968 and 1973. Drawing primarily from interviews conducted by the author, this narrative delves into the sphere of activism that emerged from anarchist ranks and, from its inception, brought together an alliance of the working class and the student movement. The voices of the women who participated in this movement are emphasized, as are the gender, intergenerational, and class interactions. This contribution enriches the socio-political history of Uruguay's 'long sixties,' offering a perspective focused on women and gender relations.

**Keywords:** working class, students, women, Resistencia Obrero Estudiantil

<sup>1</sup> Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay. alesamartinezvazquez@gmail.com

## Introducción

La efervescencia social de las décadas de 1960 y 1970 en Latinoamérica animó a actores y colectivos sociales que se imbricaron entre sí: izquierdas, clase trabajadora, estudiantes y mujeres, y Uruguay no fue ajeno a ello.

Por un lado, las izquierdas políticas se vieron revitalizadas y acrecentadas. En concreto, el anarquismo mostró un renovado impulso hacia la segunda mitad de la década de 1950. Luego de los primeros años de vida, de una importante escisión y de la proscripción política, hacia 1968 la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) decidió crear la llamada Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) enfocada en la inserción social.<sup>1</sup> Junto a la Tendencia Combativa, se constituyeron como novedosas formas de concebir la acción en el medio social uruguayo.<sup>2</sup> Se registró un ascenso significativo de movilización y organización obrera. El agotamiento de un modelo económico, la crisis económica y el aumento del costo de vida produjeron el aumento en los niveles de movilización. Entre 1964 y 1966 se concretó la unidad sindical a través de la fundación de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT).

Por otro lado, se registraron transformaciones en la vida de adolescentes y jóvenes. Colmaron las aulas de educación secundaria y universitaria, siendo muchas y muchos los primeros de entre sus familias en acceder a distintos niveles de educación, con el objetivo de superar los logros familiares a través de una educación que posibilitaba el ascenso social (Rama, 1968; Nahúm, Frega, Maronna, Trochón, 1998, pp.177-182). Con importantes antecedentes en las luchas por la Ley Orgánica de la Universidad en 1958, la movilización estudiantil es de los rasgos más novedosos de los años sesenta a nivel global y latinoamericano, marcando el año 1968 un punto de inflexión. Anclado en dicho año, el estudio de la historiadora Vania Markarian brinda una detallada descripción del protagonismo de la juventud en los sucesos, los devenires con las organizaciones de la izquierda política y las manifestaciones culturales desplegadas (Markarian, 2012). Además de reclamar mejoras para su sector, el movimiento estudiantil contenía un profundo sentido de compromiso social y la radicalidad que cobró, llevó a autores como el historiador español Eduardo Rey Tristán (2002) a entenderlo como «una de las claves para comprender la evolución de la izquierda revolucionaria en el Uruguay» (p. 187). La movilización estudiantil tuvo sentido por sí misma, más allá de su relación con las organizaciones clandestinas, al tiempo que, a diferencia de otros países, fue «factor decisivo para el crecimiento, dimensión e importancia que adquirieron algunas organizaciones revolucionarias ya existentes...» (p. 187).

1 La FAU se definió como *especificista*, es decir, una organización política o «partido» sin fines electorales, atendiendo, entre otras cosas, a consideraciones de anarquistas como la de Errico Malatesta: «...los anarquistas podemos decir que somos todos del mismo partido, si por la palabra partido entendemos todos aquellos que están del mismo lado, es decir, que comparten las mismas aspiraciones generales y que, de una u otra manera, luchan por el mismo objetivo en contra de los enemigos comunes» (*Il Risveglio*, 10-1927). En definitiva, una organización específicamente política que lucha por los ideales anarquistas. A diferencia de otras corrientes libertarias, establece varios espacios de actuación simultáneos: el «partido» político, la inserción en el medio social, y eventualmente, la estructura armada. En esta línea, a partir de 1968, el centro político FAU desarrolló los llamados «brazos» o «patas»: para la inserción social, la ROE y para la acción armada, lo que en un primer momento se denominó *Chola*, y luego, desde 1969, la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales (OPR 33).

2 Los sindicatos o agrupaciones sindicales de la Tendencia constituían una corriente al interior de la CNT. Defendían la participación constante en la totalidad de cuestiones sindicales (no solo en las elecciones), fomentaban instancias de discusión amplias y democráticas con el objetivo de aumentar el activo militante y lograr mayor capacidad organizativa y de movilización. Según consta en el periódico *Compañero*, comenzó a coordinar hacia octubre de 1966 (*Compañero*, Separata «Una cronología de cien años de lucha obrera», 2-10-1973, p. 4).

Finalmente, para las mujeres, los años sesenta también significaron tiempos de transformaciones. Entre otras, participaron en la vida pública en el marco de las diversas luchas, siendo protagonistas en el ingreso a ciertos ámbitos que antes les estaban vedados en la práctica: integraron las organizaciones políticas de izquierda y sus aparatos armados. El universo juvenil femenino también se constituyó como un espacio de cambio. El ambiente estudiantil permitía a los y las jóvenes salir de los tradicionales ámbitos familiar y barrial y socializar entre pares, y para las mujeres resultaba ser un espacio más amigable de socialización y seguramente más igualitario en términos de género. En el seno de las familias, sobre todo de clase media, se permitía a las jóvenes mayores espacios de libertad e independencia.

Las investigaciones de mujeres o con perspectiva de género de las organizaciones de izquierda que actuaron en los «largos años sesenta» ha sido una preocupación en la región desde hace dos décadas, produciendo análisis que transforman las formas de concebir a las organizaciones revolucionarias y visibilizan y ponen en valor las experiencias femeninas. Interpelan a las organizaciones que bregaban por «el hombre nuevo», por relaciones humanas basadas en la igualdad y la libertad, dando cuenta de las desigualdades de género en torno a las relaciones de pareja, la moral revolucionaria, la participación al interior de las organizaciones donde los liderazgos eran predominantemente masculinos y donde las mujeres realizaban tareas de base, de sostenimiento. Tradicionalmente, los abordajes sobre dichas organizaciones se restringían a los sucesos cargados de épica, a los análisis de discursos, de estrategias y tácticas revolucionarias, donde la mayoría de los protagonistas eran varones.<sup>3</sup> Lo mismo ha sucedido en Uruguay donde se han arrojado valiosos hallazgos en torno a la composición, a los roles de género o a cómo se entrecruzaron la vida privada, el amor, la sexualidad y la lucha revolucionaria. Sin pretender una enumeración exhaustiva son de destacar diversas investigaciones tanto en los espacios de militancia comunista (De Giorgi, 2015; Birriel, 2022), como al interior del MLN-T (Vidaurrazaga Aránguiz, 2019), de otros ámbitos libertarios (Vera Iglesias, 2013), o los que realizan consideraciones más generales sobre las tensiones entre feminismo e izquierda (Sapriza, 2006).

Estos tres actores sociales confluyeron en la ROE. La historia de este «colectivo de colectivos» ha sido desarrollada principalmente por militantes que actuaron en o alrededor de sus filas (Salaberry, 1993; Cores, 1997, 2002; Olivera, 1998, 2010-2012; Jung y Rodríguez, 2006; Trías, 2008; Graña, 2011; Trías y Rodríguez, 2012). Además, a través del militante anarquista Juan Carlos Mechoso, la FAU editó cuatro volúmenes que refieren tanto a su historia como al anarquismo en Uruguay y los vínculos con otros lugares del mundo. Las décadas de 1960 y 1970 atienden especialmente a la organización política y al aparato armado (la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales [OPR 33]), y brinda un rico panorama del desarrollo de luchas y conflictos principalmente sindicales, pero no en una forma sistemática (Mechoso, 2002). También es posible hallar referencias a la ROE en trabajos de militantes de otras corrientes ideológicas (Varela Petito, 2002).

La mayor parte fueron realizados por varones, incluso el trabajo de Ivonne Trías buscó reconstruir la vida de dos destacados militantes varones, aunque en uno de esos trabajos, la autora realiza

3 Sin ser exhaustiva, son de destacar en Argentina: Andrea Andújar junto con otras académicas realizaron compilaciones de artículos que atienden a observar los diferentes espacios de militancia y experiencias de mujeres en distintos lugares de América Latina (Andújar et al., 2005) y en la Argentina (Andújar, D'Antonio, Gil Lozano, Grammatico y Rosa, 2009). Dora Barrancos dedica un capítulo de una investigación general sobre la historia de las mujeres en la Argentina, a la militancia de las mujeres en las organizaciones militantes y militares (Barrancos, 2007). Paola Martínez trabajó con entrevistas a mujeres integrantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), para dar luz a aspectos de género en la militancia política y militar (Martínez, 2009). Alejandra Oberti ha dedicado varios trabajos a observar a las mujeres del PRT-ERP y otros ribetes de la vida cotidiana militante (Oberti, 2014, 2015).

algunas importantes y sugestivas apreciaciones acerca de las nuevas pautas culturales entre la juventud (vestimenta, aspecto físico, música) y cómo ello interactuaba con el mundo adulto y al interior de las izquierdas; las vivencias en torno al nuevo lugar de las mujeres en la sociedad dado por transgresiones relacionadas a las relaciones afectivas, mayores grados de independencia frente a la familia, las parejas militantes; al mismo tiempo, brinda diversos ejemplos sobre el peso de los cuidados que recaía en las mujeres de los líderes masculinos (Trías y Rodríguez, 2012).

A excepción de algunos trabajos (Chagas y Tonarelli, 1989; Rico, 2007; Markarian, 2012; Porrini, 2021), la ROE no ha despertado mayor interés por parte de la academia uruguaya, mientras que sí hubo historiadores que, viviendo fuera del país, se interesaron en su indagación (Véscovi, 2003; Rey Tristán, 2005). Recientemente trabajos sobre organizaciones sindicales de los años sesenta y setenta rescatan la influencia de la ROE (Alvarez, 2020).

Por todo lo expuesto, resulta necesario continuar avanzando en abordajes que den cuenta de las connotaciones de género en las organizaciones y colectivos de izquierda que actuaron en los «largos años sesenta» y este texto constituye un aporte en tanto atiende a observar las relaciones de género y el protagonismo de las mujeres en la trama militante de la ROE.

Lo presentado aquí es parte de los resultados de una investigación más amplia, de una tesis de maestría titulada *Participación política de mujeres en el movimiento libertario del Río de la Plata entre 1960 y 1978*. Allí se abordaron una multiplicidad de experiencias e intervenciones de mujeres y relaciones de género en las organizaciones políticas, en los aparatos armados y en los espacios de inserción social. Se evidenció que era posible la indagación en tales espacios porque existen protagonistas y documentos aún inexplorados. En ese sentido, el corpus documental está dado, principalmente, por entrevistas realizadas por la autora a personas, la mayoría mujeres, que participaron desde diferentes perfiles en la ROE, pero también se utilizaron periódicos y memorias. Muchos de los documentos fueron consultados en el archivo y en la biblioteca de la FAU, también se relevaron materiales reunidos en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República.

El texto se organiza en los siguientes apartados: esta introducción tuvo como objetivo presentar el tema y sus antecedentes, luego se desarrolla el origen, conformación y líneas ideológicas y de acción de la ROE, un tercer apartado analiza la vinculación entre obreros, obreras y estudiantes, después se aborda a la ROE en el barrio Cerro de Montevideo y finalmente se exponen conclusiones.

## Unidad obrera estudiantil en la ROE

Desde su fundación en 1956, la FAU se apartó del tradicional anarquismo ortodoxo y se ubicó en la trama de la movilización obrera y estudiantil a través de la articulación con otras «organizaciones de intención revolucionaria», es decir, con otros colectivos u organizaciones de izquierda con propósitos de transformación radical de la sociedad.

Entre diciembre de 1967 y 1972 se desarrolló el denominado *pachecato*, o *pachequismo*, según la ROE en el periódico *Compañero*, es decir, el gobierno encabezado por el presidente Jorge Pacheco Areco caracterizado, entre otros aspectos, por el autoritarismo, la represión al movimiento popular de varias formas, una de ellas, mediante la adopción de Medidas Prontas de Seguridad, la congelación de precios y salarios. Pocos días después de asumir la presidencia, decretó la proscripción política de varias organizaciones políticas.<sup>4</sup> Ante ello, la FAU decidió crear la ROE como frente de masas hacia

4 El 12 de diciembre de 1967, se proscribió la actividad política de la FAU, del Partido Socialista (PS), del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO), el Movimiento de Acción Popular Uruguayo (MAPU) y del Movimiento de

junio de 1968. Fue concebido como un espacio de resistencia a la etapa histórica que conceptualizaban como de «dictadura constitucional».<sup>5</sup> A través de la articulación de espacios sociales sindicales, estudiantiles y barriales de carácter combativo y «sesgo clasista»,<sup>6</sup> se propuso abarcar a un conjunto de militancia y líneas ideológicas diversas a las que las unía el objetivo de imprimir mayores grados de radicalización a las luchas. Recogía de la tradición del movimiento libertario, la idea de acción directa, es decir, impulsaba la realización de acciones organizadas directamente por las personas involucradas en un determinado problema, sin mediación. El espíritu de unificación entre clase obrera y estudiantes expresado en su nombre, encuentra antecedentes en las luchas desarrolladas en 1958 en torno a la Ley Orgánica de la Universidad que establecía su autonomía y cogobierno, además de movilizaciones obreras (véanse, entre otros, Van Aken, 1990; Markarian, Jung y Wschebor, 2008). También se enmarcaba en otro impulso de la FAU: la ya mencionada Tendencia Combativa, corriente principalmente sindical que agrupaba a los sectores más radicales.

En primera instancia, la ROE se conformó y se nutrió con los espacios sociales ya consolidados por la FAU en el pasado inmediato y los años de convulsión propiciaron su crecimiento. Según Hugo Cores (2002), se trató de «treinta o cuarenta grupos sindicales y estudiantiles (de secundaria y de UTU y en menor grado de la Universidad) y algunas centenas de militantes sueltos que coordinaban en el campo sindical» (p. 83). La ROE impulsaba la creación de «agrupaciones» o «listas» que actuasen al interior de cada gremio descentralizando y brindando horizontalidad y democracia a las estructuras de poder. A nivel sindical, según Cores (1997), «estas formas organizativas nuevas -que en algunos gremios existían desde la década del 50- maduraron en los años 60, constituyendo un factor de animación de la vida sindical y de participación democrática de los gremios» (p. 59).

En el medio sindical se pueden señalar las siguientes listas o agrupaciones que adherían a la ROE: la lista «1955» en la Asociación de Bancarios del Uruguay (AEBU), la «1» en la Unión de Obreros, Empleados y Supervisores de FUNSA (UOESF),<sup>7</sup> la «3» del Sindicato de Artes Gráficas (SAG), la «30» en la prensa, «Dignidad Obrera» en Ferrovianos, además de otras fábricas donde había importante presencia: SERAL, Cicssa, Divino,<sup>8</sup> sector de electrodomésticos (General Electric, TEM, Serratos y Castells), la Compañía BAO S.A, BP Color, Federación Uruguaya de la Salud. También existían trabajadores y trabajadoras que se identificaban y formaban parte de la ROE, pero sin conformación de

---

Izquierda Revolucionaria (MIR) y clausuró los diarios *Época* y el semanario del PS, *El Sol*, por la adhesión de estas organizaciones a los planteos de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que incluía la vía armada como forma de lucha. Se ordenaba, además, la detención del Consejo Editorial del diario *Época*.

- 5 En *Compañero* se refieren al régimen como «dictadura constitucional», «dictadura legal» o lisa y llanamente como «dictadura», atendiendo a los altos niveles de represión, a la utilización de Medidas Prontas de Seguridad interna como método de represión y control, las detenciones y prisiones políticas.
- 6 Consideraciones realizadas por un militante del Frente Estudiantil Revolucionario (FER): Varela Petito, 2002, p. 101.
- 7 La Fábrica Uruguaya de Neumáticos S.A (FUNSA) se creó en 1935. En sus grandes instalaciones en el barrio de Maroñas de Montevideo se producían un amplio espectro de derivados del caucho: neumáticos, cámaras y cubiertas, telas engomadas, géneros engomados impermeables, guantes, caños, tubos de goma, preservativos, pelotas, triciclos y cochecitos, bolsas de hielo y agua caliente, cables eléctricos armados, alfombras de goma, calzados, gomas de borrar.
- 8 La fábrica de calzados SERAL ubicada en Santa Lucía, departamento de Canelones, fue fundada en 1954 y ocupaba a la mayor cantidad de trabajadores y trabajadoras de dicha localidad: «310 obreros, 96 mujeres y 83 menores...» («Prontuario de un negrero», *Compañero*, 28-5-1971, p. 1), se producían un promedio de 15.000 pares de zapatos mensuales («Ocho meses de lucha», por Unión de Obreros de SERAL, *Marcha*, 12-5-1972, p. 5). La Compañía Industrial Comercial del Sur S.A (Cicssa), era una fábrica de papel de capitales estadounidenses que comenzó a operar en Uruguay en 1950. Estaba ubicada en Camino Carrasco km.16.500, en Paso Carrasco. Producía papeles, bolsas multiplego y envases de cartón corrugado, tableros de fibra duros. Trabajaban allí unas 250 personas. Divino es la empresa que elabora el poliuretano necesario para fabricar colchones.

una agrupación en su propio sindicato (por ejemplo, en el sindicato del portland) (Cores, 1997; Rey Tristán, 2005; Trías, 2008).

Estudiantes de Secundaria, de la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU) y Magisterio y en menor medida, estudiantes de la Universidad, formaron parte de la ROE.<sup>9</sup> Al interior de varios gremios liceales de Montevideo, se desarrollaron agrupaciones que se identificaron con la ROE: en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA) en el centro, liceo N.º 15 en Carrasco, liceo Miranda en la Aguada, N.º 13 en Maroñas, N.º 9 de Colón, liceo N.º 11 del Cerro, en el Dámaso Antonio Larrañaga del barrio La Blanqueada, además de otros y otras estudiantes en el liceo N.º 8 en la Unión o el Zorrilla en el Parque Rodó. También se formaron agrupaciones en la UTU, como por ejemplo, en el Instituto de Enseñanza de la Construcción (IEC). Justamente en esta institución se registró en 1971 el asesinato del estudiante Heber Nieto, luego de lo cual, las agrupaciones liceales de la ROE comenzaron a denominarse Agrupaciones Heber Nieto.<sup>10</sup> La ROE cosechó varias simpatías en el gremio magisterial de Montevideo y conformó la Agrupación y Lista 3.

Sin estatuto o reglamento, la ROE se organizaba con base en plenarios de coordinación donde asistían delegaciones de gremios estudiantiles y agrupaciones sindicales. Las instancias plenarias se realizaban en el local del sindicato de FUNSA o en alguna facultad, Química, por ejemplo, en el local del sindicato de Panaderos en La Teja, donde podían llegar a reunirse «120, 150, 180 personas» (Trías y Rodríguez, 2012 p. 151) Si bien su conformación se debió a la proscripción de la FAU, se extendió más allá de ella, llegando a operar hasta 1975.<sup>11</sup> Desde el 29 de abril de 1971 hasta noviembre de 1973 publicó el periódico *Compañero*, aunque también editaba folletos y boletines.

El sentido de pertenencia y las líneas ideológicas predominantes se configuraron en función de varias oposiciones. Oposición al Partido Comunista, en tanto se cuestionaba sus objetivos y su metodología, las prácticas «esquemáticas», «maniobreras», «poco leales» que imponían en los diferentes frentes de inserción social. Consideraban que aislaban a los sectores combativos del movimiento sindical, promoviendo la desmovilización; se rechazaba su carácter «reformista» que solo apuntaba a modificar descartando transformar la estructura del sistema y a utilizar las luchas con fines electorales. Siendo militantes comunistas mayoría en la dirección de la CNT, la ROE afirmaba: «La orientación consecuentemente aplicada de esas dirigencias reformistas mayoritarias ha consistido poco más o menos en lo siguiente: ‘dosificar’, aislando la lucha sindical de manera de promover una

9 Algunas de las personas entrevistadas estudiaban en la Universidad y contaron sus experiencias como integrantes de pequeñas listas que adherían a la ROE. En 1968 varias agrupaciones o listas dirigieron una carta tanto a la CNT como a la FEUU. A esta última se le cuestiona su actuación y se reivindica la defensa de la autonomía universitaria y los métodos de lucha que deberían emplearse. Los firmantes fueron el Grupo Área, Lista 3, de la Facultad de Arquitectura; Grupo 58 de Medicina; Agrupación 26 de Humanidades, Agrupación Lista 11, Ingeniería; Grupo A.C.U. 66, Ciencias Económicas; Grupo Universitario de Izquierda, Ciencias Económicas; Lista 68, Notariado; Grupo militante de Química. Ver: <https://www.gub.uy/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/sites/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/files/documentos/publicaciones/PVP.%2BCronologia%2Bdocumental.pdf>

10 Heber Nieto, «El Monje», tenía 17 años y estudiaba en la Escuela de Industrias Navales. El 24 de julio de 1971, estaba en la azotea del IEC, ayudando a construir nuevas aulas, mientras también el centro estudiantil efectuaba «peajes» en apoyo a trabajadores de CICSSA. Disparos provenientes de un francotirador impactaron en «El Monje» produciéndole la muerte.

11 Luego del golpe de Estado del 27 de junio de 1973, en momentos de mayor represión y de desmantelamiento de las organizaciones de izquierda, la ROE planteó el Frente Nacional de Resistencia. También se expresó en Buenos Aires cuando parte de su militancia se trasladó allí. En junio de 1974 se realizó en las instalaciones de la Federación de Box en Buenos Aires un acto público contra la dictadura en Uruguay.

disconformidad capitalizable después electoralmente...».<sup>12</sup> Además, según las entrevistas realizadas, existía un sentimiento de desconfianza fundado en la contundencia de ciertos hechos pasados: desde el régimen soviético, pasando por el comportamiento del Partido Comunista en la Guerra Civil Española y el claro recuerdo más cercano en el tiempo de actitudes en los barrios Cerro y La Teja: la huelga frigorífica del 1943, donde el Partido Comunista se opuso a la medida en tanto podía afectar a los intereses del bloque aliado en la Segunda Guerra Mundial; la lucha de los Gremios Solidarios en los años 1951 y 1952 cuando también se impuso un freno a la lucha. Muchos de estos cuestionamientos eran compartidos por otros grupos y organizaciones de izquierda.<sup>13</sup>

Oposición al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) por su carecer de inserción social. Además, en varios testimonios (entre otros, Daniel Bentancur, Lilián Celiberti, Pedro Osvaldo), se señaló como un error el pretender construir política a través del accionar armado por «cortoplacista». Se entendía que el camino hacia la revolución en el campo popular era de acumulación, de trabajo organizativo y que ello requería una «lucha prolongada», un trabajo de masas que generase un «pueblo fuerte» que por sí solo encontraría, demandaría el camino a la acción violenta.

Finalmente, se diferenciaba de otro espacio militante que aunaba principalmente a jóvenes estudiantes: el Frente Estudiantil Revolucionario (FER).<sup>14</sup> Existía una diferencia de base que era la raíz anarquista de unos/unas, frente a la raíz marxista de los otros/otras, pero además, y particularmente, no generaba simpatía el carácter intelectual de la mayoría de sus integrantes, alejados de la inserción trabajadora y por lo tanto con análisis por fuera de la realidad. Entre otros/as entrevistados/as, Daniel Bentancur relató: «Yo recuerdo compañeros, gente del FER, una discusión personal que tuvimos como teníamos la gente joven, que me dijo, “a ustedes lo que les sobra es músculo, pero lo que les falta es cabeza”...». Para la ROE la formación era necesaria en tanto permitiese actuar en la realidad sin elucubraciones teóricas, siendo la principal «escuela militante» la que se dictaba espontáneamente en los lugares de trabajo, en los lugares de estudio y en las actividades militantes. «Salir de pintada» además de ser una tarea de difusión, era un espacio de confraternización. No obstante, los unía el interés de incorporar mayores niveles de combatividad a las luchas por lo que solían coordinar actividades, e incluso hubo estudiantes del FER que posteriormente pasaron a filas de la ROE. En relación con ello y como complemento de este recorrido, Patricia Mora, militante del FER que luego integró la ROE, afirmó que existía «una sensibilidad distinta... [El FER] era un desarrollo de clase media a nivel estudiantil, sin embargo, la ROE venía de toda una trayectoria ancestral de distintos sectores, pero donde el peso sindical era fundamental».

Si bien estas oposiciones/discrepancias eran explícitas públicamente hacia el Partido Comunista, no sucedía lo mismo con respecto al MLN-T y al FER, con quienes se mantenían vínculos a partir de los cuales se coordinaban acciones. Los cuestionamientos eran por elevación en algunos documentos, o se daban en el terreno de las conversaciones cotidianas entre militantes.

12 «Dos años que marcan un camino», *Compañero*, 15-6-1971, p. 4.

13 Un ejemplo de ello lo constituye la confluencia de toda la izquierda no comunista (socialistas, anarquistas, pro chinos, trotskistas, independientes, pro castristas) en la edición del diario *Época* entre 1962 y 1967.

14 El FER surgió en 1967 como una organización de estudiantes de ideología marxista-leninista. Se conformó en discrepancia con los planteos de militantes comunistas en la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria de Uruguay (CESU) y promovían mayores niveles de combatividad. Tuvieron incidencia en los liceos IAVA, Miranda, en el liceo N.º 11 del Cerro, en el nocturno del Zorrilla. Mantenía vínculos con el MLN-T. Hacia finales de 1970 y principios de 1971, producto de consideraciones en torno a la polémica partido/lucha armada, se dividió en dos grupos: por un lado, el FER que mantuvo el nombre, pero se vinculó a la «Microfacción» desprendida del MLN-T, llamada Fuerza Revolucionaria de los Trabajadores (FRT), y por otro lado, el FER 68 el cual continuó con la vinculación al MLN-T y privilegio como tarea la construcción de un partido político (Gascue, 2010).

En suma, la acción política era una acción de lucha, de organización, de conciencia. Así lo expresaba y resaltaba en letras cursivas el órgano de difusión *Compañero*: «Creemos firmemente que la lucha, al nivel que corresponda, es la mejor escuela, la más formativa experiencia...». No se declaraba como un ámbito anarquista propiamente, más sí libertario o de «matriz libertarizante». En esta línea el periódico *Compañero* se presentaba como un medio dirigido «A todos los trabajadores cualquiera sea su “pelo” político. Estén o no de acuerdo con las opiniones que en materia política se emitirán en estas páginas».<sup>15</sup> En una importante oratoria realizada en enero de 1972, Gerardo Gatti insistía en que la acción directa, la lucha de masas creaba conciencia y por ello «una obligación» de la ROE era «actuar, actuar y actuar, organizadamente, disciplinariamente. Y a partir de los hechos, también aportar la clarificación ideológica y aprender ideológicamente a partir de los hechos».<sup>16</sup> Desde discursos militantes y desde documentos escritos se convocaba a la «acción directa a todos los niveles», es decir, actuar necesariamente y por igual a nivel de masas, ideológico, propagandístico, en la acción armada.

Por último en este recorrido, es de destacar que la ROE reunía en su nombre a dos sujetos sociales: clase obrera y estudiantes. Tradicionalmente, las izquierdas políticas han atribuido un lugar privilegiado a la clase trabajadora en los procesos revolucionarios y por ello muchas incitaron e impulsaron la «proletarización», es decir, la estrategia por la cual se promueve que las y los militantes ingresen a trabajar a fábricas. Esto permitía entrar en contacto con esos espacios, imbuirse de los problemas del mundo obrero y desarrollar mayores grados de concientización. Se idealizaba a la clase obrera entendiendo que esta contenía *per se* valores como la solidaridad, la humildad, la vida austera, comportamientos proletarios que debían ser adoptados. También posibilitaba profundizar la organización obrera y el «reclutamiento» para con la lucha revolucionaria.<sup>17</sup>

En la FAU-ROE no hubo un proceso de proletarización propiamente dicho, pero un gran porcentaje de su militancia era de extracción obrera, su accionar tenía un anclaje muy importante en el plano sindical y se consideraba y difundía a la clase obrera como clave para las transformaciones.<sup>18</sup> Reflejo de ello, es que los diferentes documentos o propaganda dedicaban un porcentaje muy importante de su información y análisis a los conflictos en las fábricas. Como se aprecia en una cita anterior, *Compañero* se dirigía a «todos los trabajadores» y, además, afirma que

15 «Vamos a entendernos», *Compañero*, 29-7-1971, p. 3.

16 Oratoria pronunciada por Gerardo Gatti en el acto de la ROE realizado en el Paraninfo de la Universidad de la República el 4 de enero de 1972, conocida como el «Llamamiento de enero». Separata *Compañero*, 12-1-1972.

17 En cuanto a la proletarización, el MLN-T lo planteó con cabalidad en algunos documentos. En Actas Tupamaras, compilación de textos elaborados desde la cárcel, se menciona que en la segunda convención de la organización realizada en 1968, uno de los puntos: Se aspira a la proletarización de todos los militantes a través de una alta cuota de trabajo manual, el trabajo ideológico, la prédica y la práctica de la austeridad, para evitar las deformaciones de la lucha armada urbana, anular los efectos nocivos del individualismo propio de la pequeña burguesía y de la clase media, de donde se reclutan muchos militantes, formar al hombre nuevo y aumentar la confianza mutua. Y esta austeridad la ha tenido que reconocer la propia prensa burguesa». (Tupamaros, 2003, p. 45). En Argentina, el PRT fue la organización que explicitó y normalizó tal concepción (Ortolani, 1972).

18 Incluso en el interior de la FAU, entre 1960 y 1964, se suscitaron una serie de disensos sobre estrategia revolucionaria que culminaron en la separación de un conjunto importante de militantes. La postura en torno a la Revolución Cubana, a la pertinencia de la lucha armada, a la estructura orgánica de la FAU y al trabajo de masas. En torno a esto último, quienes permanecieron en la FAU (militancia vinculada a la inserción social sindical y barrial) brindaban prioridad al trabajo en el movimiento obrero, mientras que quienes se alejaron (integrantes de la Comunidad del Sur, estudiantes de Medicina y Bellas Artes) consideraban necesario el cambio cultural de las relaciones humanas, las formas educativas y de trabajo (Mechoso, 2002; Rey Tristán, 2005).



sus páginas solidarias están abiertas para: la denuncia sobre violación de derechos y normas laborales en los lugares de trabajo; la protesta contra atropellos, abusos, arbitrariedades de los empresarios negros y de sus sirvientes; el grito de los que se movilizan y luchan contra la explotación y el despotismo.<sup>19</sup>

Es decir, el periódico privilegia en su convocatoria a aspectos directamente relacionados al mundo del trabajo y a «los» trabajadores.

No obstante ello, el mundo estudiantil nutrió a la FAU-ROE de muchos y muchas jóvenes, algunos y algunas provenientes de familias obreras y otros/otras de clases medias (entiéndase, profesionales o propietarios de negocios) y se concretó una clara intención de imbricar a la clase obrera y al mundo estudiantil, tomar de cada actor lo potencial y significativo para la lucha. Según Juan Carlos Mechoso (2002),

en lo que respecta al estudiante se trataba de «producir» un militante no libresco, que tuviera contacto con el mundo real de las fábricas, con los problemas concretos que enfrentaba a diario el obrero. En cuanto al obrero, que había que moverlo más, que tuviera regularmente más dinamismo y presión ambiente para aumentar su mundo de ideas (p.120).

En ese mismo sentido, Hugo Cores (2002) enfatizaba sobre el movimiento estudiantil la «importancia de su función como animador y como factor desencadenante de la protesta y la rebeldía» (p. 84).

Finalmente, según Ivonne Trías y Universindo Rodríguez (2012), «La ROE se nutrió de militancia estudiantil, pero hizo suya la prédica de la FAU sobre el papel fundamental de los trabajadores» (p. 151).

## Protagonismo de mujeres estudiantes en la ROE

Fue significativo el número de mujeres estudiantes que integraron la ROE. Además de la participación al interior de los liceos o UTU, también intervinieron en una infinidad de tareas cotidianas, muchas de ellas, en coordinación con gremios en lucha: ollas populares, «peajes», o sea, cortes de calle donde se solicitaba a las y los conductores colaboraciones económicas para el financiamiento de las luchas, «movilizaciones relámpago» que implicaban acordar un punto de la ciudad donde realizar una acción rápida para luego dispersarse evitando la presencia de la policía o «mojos», es decir, movilizaciones con mayor nivel de radicalidad. También destacaron en el involucramiento en los «contracursos» y en la experiencia de los llamados Liceos Populares.<sup>20</sup> Según la militante liceal Charo, «todos los días era una movilización, todos los días era una manifestación o una reunión para programar algo ya sea a nivel del gremio o a nivel de ROE, los plenarios...».

Las y los entrevistados coincidieron en destacar la conformación de las asambleas de clase, que «reunieron a muchachos y muchachas de catorce a diez y nueve o veinte años en liceos, preparatorios, nocturnos y escuelas de la Universidad del Trabajo» (Cores, 1997, p. 60). Esta fue una práctica novedosa que brindaba mayor representatividad y participación activa del estudiantado. En estos ámbitos las mujeres entrevistadas hicieron uso de la palabra, pasaban por las clases del liceo a comunicar avisos o convocatorias, mantenían al día la información en las carteleras gremiales. Diseñaban

19 «Vamos a entendernos», *Compañero*, 29-7-1971, p. 3.

20 Los «contracursos» eran clases no curriculares organizados por estudiantes desde 1968, se realizaban en espacios públicos como forma de hacer propaganda ante la opinión pública. Los Liceos Populares fueron una expresión de resistencia a la clausura de todas las instituciones de enseñanza decretada el 28 de agosto de 1970 por la Comisión Interventora de la Enseñanza (COMIN). A partir de la coordinación de estudiantes, docentes y familias se dictaban clases en locales sindicales, religiosos, deportivos, incluso en casas particulares. Entre otros: «Estos son los liceos populares» por Elina Berro, *Marcha*, 30-10-1970, p. 13; Barhoum, Pesce y Yaffé, 2006.

y hacían volantes, salían de pintada o hacían «barriadas», o sea, salidas por las casas, organizaciones y comercios del barrio donde entregaban volantes y explicaban los reclamos.

No obstante ello, la ampliación de matrículas femeninas en los diferentes niveles de la educación no se tradujo en el acceso a cargos o lugares de mayor responsabilidad en las diferentes instituciones educativas así como al interior de la academia, tendencia que se reprodujo en el movimiento estudiantil. Al igual que en otros ámbitos de militancia, los varones ocuparon lugares de liderazgo. En relación con la realidad argentina, pero también aplicable a nuestro país, la historiadora Dora Barrancos (2008) afirmó: «Los movidos años estudiantiles de las décadas del 60 y 70 arrojan una igualitaria participación de varones y mujeres, pero en la mayoría de los casos fueron los muchachos quienes condujeron las organizaciones, tanto de izquierda como de derecha» (p. 140).

El estudiantado de Magisterio de Montevideo estaba organizado en la Asociación de Estudiantes de Magisterio (AEM), que se proponía el compromiso con su profesión, pero también con la sociedad. Además de reclamos propios —nuevas becas, cursos nocturnos, comedor estudiantil—, existían reivindicaciones a nivel de la realidad nacional.

Históricamente el magisterio enfrentó la imposición de cumplir un papel social signado por la abnegación, por el altruismo incondicional hacia las y los niños. Una visión romántica que hacía de las maestras un ente angelical dedicado por entero al apostolado. Ello las condenaba a renunciar a la protesta por la expansión de sus derechos como trabajadoras. Quienes emprendieron la lucha, reivindicaban el carácter profesional de su labor, el compromiso con la educación pública al servicio de la población, la denuncia de las condiciones de vida en el país (González Sierra, 1996). De esta forma, las maestras rompían así con varios estereotipos y mandatos.

La ya mencionada Agrupación y Lista 3 utilizaba la consigna «no seremos maestros al servicio del privilegio, seremos maestros al servicio del pueblo». Estaba integrada por, entre otras estudiantes: Elena Quinteros, Sara Méndez, Margarita Michelini, Lilián Celiberti, Laura Menoni, Milka Saxlund, Blanca Clemente, Mariela Salaberry, Telba Juárez, Cecilia Trías, María Emilia Islas. Y también hubo varones que jugaron un papel destacado: Hugo Casariego, Rubén «Pepe» Prieto, Jorge Zaffaroni, Daniel Alemán, Washington Cram, Gustavo Inzaurrealde, Yamandú González Sierra, Gustavo Cabrera. La represión actuó de varias formas con muchas de estas personas.<sup>21</sup> Varias de ellas señalaron a varones como primera referencia militante.

Las mujeres fueron protagonistas al interior del gremio magisterial. Gustavo Cabrera recuerda que al ingresar a la Agrupación 3, María Emilia Islas pasó a ser su responsable en la ROE, además de enseñarle a hacer crayones, a grabar bastidores, a imprimir a mimeógrafo, a preparar engrudo para la pegatina, a tirar cócteles molotov (Graña, 2011, p. 116). Pintadas, asambleas, barriadas, diagramación de volantes, folletos, acompañamiento a los conflictos de organizaciones sindicales o estudiantiles

21 Además de detención y encarcelamiento en varias oportunidades, muchos y muchas de ellas sufrieron la represión del Plan Cóndor. Elena Quinteros, detenida desaparecida en Uruguay en 1976; Telba Juárez acribillada en Buenos Aires en 1976; Cecilia Trías (hermana de Ivonne Trías), secuestrada el 28 de setiembre de 1976 en Buenos Aires junto a su compañero Washington Cram, permanecen desaparecidos; María Emilia Islas y Jorge Zaffaroni detenidos-desaparecidos en Argentina desde 1976 y su pequeña hija Mariana apropiada y entregada a una familia vinculada al ámbito militar y luego restituida en 1993; Sara Méndez además de ser separada de su hijo Simón Riquelme en Buenos Aires en 1976, junto a Margarita Michelini y otra veintena de integrantes del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) fueron trasladadas desde el centro de detención y tortura de Automotores Orletti en Buenos Aires en el viaje clandestino conocido como «el primer vuelo» a Uruguay para una vez allí, ser parte del operativo Challet Susy y posterior encarcelamiento. Mariela Salaberry exiliada; Lilián Celiberti exiliada, secuestrada en Brasil junto a su hija e hijo y Universindo Rodríguez y luego, presa política; Gustavo Inzaurrealde fue detenido en Paraguay, desaparecido después de un presunto traslado a Argentina. Al momento de estos sucesos, muchos y muchas ya eran integrantes del PVP.

eran actividades habituales. Además, Lilián Celiberti fue secretaria general del gremio de magisterio hacia 1968-1969, así como también hubo estudiantes como Cecilia Trías, que realizaron la huelga de hambre de noviembre de 1972 en la Iglesia Metodista del barrio la Aguada en reclamo de un apropiado régimen de becas de estudio para estudiantes sin recursos.<sup>22</sup>

Como coordinación de colectivos, la ROE no tenía una dirigencia en el sentido estricto del término, pero había referentes o líderes con presencia destacada en las coordinaciones, en los actos, en las oratorias, en las propuestas de acción. La mayoría eran varones, y las mujeres que tuvieron liderazgo en la ROE, provenían de Magisterio. Una de ellas fue Lilián Celiberti quien incluso, estando en prisión, protagonizó en noviembre de 1971, junto a otros líderes de la ROE, una huelga de hambre en denuncia de la realización de elecciones nacionales con personas en prisión política.<sup>23</sup> En 1973, otra mujer integró la dirección de la ROE: Mariela Salaberry junto a Raúl Olivera, Jorge Zaffaroni, Pablo Anzalone, Carlos Coitiño, León Duarte y Hugo Cores. Según las entrevistas realizadas, las mujeres también participaban en la elaboración del periódico *Compañero*, folletos, volantes, y demás documentos. Acerca de la denominación ROE, según lo narrado por Juan Carlos Mechoso (2002), la discusión y definición estuvo dada por varones (pp. 118-120).

## Obreros, obreras, mujeres estudiantes y relaciones de género

Brenda Bogliaccini relató su experiencia como estudiante liceal: «La ROE tenía como dos bases de operaciones, como dos lugares abiertos, como casas abiertas, como lugar que vos ibas ahí a estar, a hacer contactos, hacer una reunión...», uno era el local de la UOESF en el barrio Maroñas y el otro era el local del sindicato de Panaderos en La Teja.

La organización de los trabajadores y trabajadoras fue una preocupación y ocupación constante para la FAU, incluso demostrando un singular interés e iniciativa por la unidad del movimiento sindical.<sup>24</sup> Contaba con experimentados militantes varones obreros y trabajadores, que además, fueron pilares de la ROE: León Duarte y Washington «Perro» Pérez en FUNSA, Gerardo Gatti en el Sindicato de Artes Gráficas (SAG), Hugo Cores en la Asociación de Bancarios del Uruguay (AEBU).

Así como también sucedió en otras organizaciones de izquierda, el obrero era considerado el sujeto revolucionario por excelencia y la clase obrera era idealizada. A ambos se le atribuían virtudes y por lo tanto eran objeto de culto. Varias son las mujeres que en su calidad de estudiantes, concurrían a los sindicatos y recuerdan con gran cariño las dinámicas entabladas allí. Brenda Bogliaccini, reviviendo aquellos días, afirmó: «Yo me levantaba, tomaba la leche y me iba a FUNSA, y de FUNSA me iba al liceo y del liceo volvía a FUNSA y de FUNSA me iba a mi casa... era como mi casa». Brenda enfatiza el haber formado parte de «un lugar de socialización, de mucha tomada de mate...».

22 El sistema de becas había sido alcanzado en 1968 luego de varios reclamos y luchas. Si bien eran insuficientes, en 1972 la situación empeoró por la reducción de su otorgamiento y por la eliminación del consejo tripartito de estudiantes, docentes y representantes de la dirección que se encargaba de asignar las becas. Además de la huelga de hambre realizada por ocho estudiantes, el gremio también decidió no rendir exámenes mientras no se contemplaran sus reclamos («Huelga de hambre en el templo» por Hugo Alfaro, *Marcha*, 3-11-1972, p. 15).

23 La huelga de hambre fue realizada por Ruben Prieto, Darío Espiga y Eduardo Dean en la Escuela de Tropa, José Carballa, Washington Pérez, Hugo Cores y Gerardo Gatti en Punta de Rieles y Lilián Celiberti en la Escuela de Enfermería Carlos Nery.

24 Un rasgo distintivo sindicalismo en Uruguay es su organización en una convención o central sindical que nuclea a la gran mayoría de los sindicatos y a todas las tendencias y corrientes ideológicas: la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) creada entre 1964 y 1966. Resulta novedoso que las filas anarquistas hayan contribuido y participado dicha unificación desde fines de la década del 50, siendo Gerardo Gatti una de las caras más visibles.

La interacción cotidiana obrera y estudiantil constituye un hito de las experiencias. Según el Flaco, estudiante y luego trabajador independiente, hijo de familia obrera, «muchos de esos estudiantes eran los hijos de esos trabajadores que estaban en conflicto». Cuenta que al visitar una fábrica ocupada, invitó a que un obrero se acercara a la asamblea estudiantil que se realizaba en el Paraninfo de la Universidad a explicar la problemática que atravesaba su sindicato, «era la primera vez que [ese obrero] entraba a la Universidad». Teniendo aproximadamente cuarenta años, era percibido por las y los estudiantes como «una persona mayor». Habló «para un auditorio de 800, 1000, 1000 y pico de estudiantes veinteañeros». Continuó:

Eso sí fue un cambio, no era solo que los estudiantes íbamos a una fábrica ocupada e intentábamos ser solidarios y hacer cosas, hacíamos lo que sabíamos hacer, salíamos a la calle, parábamos todos los ómnibus y hacíamos una colecta y si no parás, te rompemos todo [...] vos subías al ómnibus y le decías «estamos haciendo finanzas para los compañeros, para la olla popular» [...]. Después te quedabas a comer y compartías. Era una experiencia vital, te dejaba una huella indeleble.

En el periódico *Compañero* tal alianza obrera y estudiantil se describía de la siguiente forma:

En la movilización callejera, en la pegatina, en la tesonera labor del liceo, están los compañeros estudiantes poniéndole el hombro a la lucha por la liberación, por la libertad de los presos, por el salario, por la fuente de trabajo..., codo a codo con los obreros, como en Tem, en el Medicamento (Sima), en ATMA, en BP Color, en la Marcha Cañera... [...] Como decía un obrero de Tem cuando el conflicto: «Ahora en la planta la gente entiende el problema de la Intervención en Secundaria y la protesta de los muchachos. Ahora sabemos que es falso lo que dice la prensa, que ellos alborotan porque sí, ahora nos jugamos juntos y muchos fueron presos por luchar con nosotros».

Se generaba una singular vinculación de clase, intergeneracional y de relaciones de género. Para muchas mujeres, principalmente para quienes provenían de las clases medias, implicaba el contacto directo con la clase obrera a la cual aprendían a admirar y a solidarizarse. Según la entonces liceal e hija de profesionales Violeta Mallet, «el sindicato de FUNSA [...] fue la escuela de prácticamente todos nosotros...» y Brenda coincide:

Las ollas populares en los conflictos, no solo en FUNSA... el conflicto de SERAL, el conflicto de Cicssa, el conflicto de TEM, de Divino, [...] eran escuelas de vida, de militancia y de vida, de solidaridad, de interacción con sectores populares, de integración. Estar juntos los que queríamos otro mundo.

Se constituía en un espacio formador de subjetividad y de aprendizaje donde las jóvenes mujeres estudiantes se acercaban a varones más añosos que eran la «voz cantante» y por los cuales sentían admiración, por lo que el vector principal de enseñanza estaba dirigido desde los varones hacia las adolescentes. En las entrevistas se repitieron evocaciones similares a la de Susana Escudero: «Me parece que escucho al loco Duarte, esa voz que tenía, y aprendíamos. Vos sabés lo que es tener al loco [León] Duarte ahí hablándote...». Según una estudiante de Magisterio, «FUNSA era nuestro lugar, ahí estábamos todos los días», pero también señaló: «Recuerdo... claro... éramos gurisas... usábamos minifaldas y nuestros compañeros [...] te miraban... particularmente algunos, no todos, no todos...». El encuentro de diversas generaciones y géneros producía diferentes deslumbramientos: el de las mujeres jóvenes frente a los obreros varones y el de estos obreros frente a las estudiantes. Dos entrevistas recordaron los cuidados que recibían de parte de algunos de los dirigentes obreros.

Escasos son los relatos que describan el acercamiento entre las jóvenes estudiantes y las obreras o con las esposas de los obreros varones (estas últimas, no solían ser militantes). Brenda mencionó la interacción, pero desde el anonimato: «El todos cocinar, yo más chica, que las mujeres más grandes me sentaran ahí, “mirá hacé esto...”». Incluso se desprende de los relatos que percibían a las mujeres

de los sectores populares ocupando roles tradicionales y a sí mismas con mayores niveles de libertad. Seguramente, el trabajo reproductivo que debían atender las obreras y esposas en sus hogares las obstaculizaba a involucrarse en el terreno sociopolítico. ¿Cómo vivían ellas la proximidad de sus esposos a las jóvenes estudiantes? Pregunta por el momento sin respuesta clara. Muchas esposas/compañeras, madres, no eran estrictamente militantes, sin embargo, participaron desde sus roles familiares, incluso en la esfera pública. Un ejemplo de ello fue la intervención de Irma Pérez y de Martha Casal, madre de Hugo Cores y esposa de Gerardo Gatti respectivamente, en una conferencia de prensa en el sindicato de FUNSA en momentos de la detención de esos y otros militantes.<sup>25</sup>

Martha Casal, esposa de Gerardo Gatti, se recordó como «una mujer que ya iba teniendo más años que las jovencitas, [...] las que eran maestras eran jovencitas, iban a mi casa cada vez que ocurría una prisión porque tenían que mandar algún mensajito que era yo la portavoz», a la vez que tanto mi suegra como yo cuando iba Sarita a casa la mirábamos con, con, solidaridad, con cariño, hasta con un poquito de admiración. Y también entre ellas [...] las había más orgullosas [...] más vanidosas, más seguras de sí mismas, entonces había una especie de contraste que yo íntimamente lo sufría...

Con una mezcla de admiración y resignación concluyó: «Yo era la señora Martha». En los relatos surgió además el señalamiento a la calidad de estudiantes o profesionales que muchas de las «mujeres de» no había podido desarrollar. Existió cierto alejamiento de unas con otras y las aproximaciones ocurrían en situaciones relacionadas a reuniones, cobijo en momentos de clandestinidad o de prisión. Distancias que no sucedían entre las diferentes generaciones de varones.

Con relación a obreras, son significativas algunas particularidades que se suscitaron en las entrevistas. Pedro Osvaldo, trabajador de la fábrica Divino e integrante de la ROE, hizo referencia de forma repetitiva e insistente a la considerable cantidad de mujeres que trabajaban allí. Sin embargo, al consultarle para entrevistar a alguna de ellas, admitió no recordar a ninguna. Ni un contacto, ni siquiera un simple nombre. Las condiciones de sollicitación del testimonio influyen en la reconstrucción, por lo que existen grandes posibilidades de que la actual coyuntura de visibilización y denuncia del patriarcado así como la reivindicación de los derechos de las mujeres active determinados recuerdos o respuestas automáticas. Pero la autoimposición de hablar sobre las mujeres, de nombrar su participación no siempre se corresponde con una concreta identificación en la memoria.

Los trabajadores de FUNSA consultados también aluden a una no menor cantidad de mujeres sindicalizadas, lo cierto es que solo logré recabar el testimonio de la obrera Hortensia Pereira, además esposa del dirigente León Duarte. Ella trabajó en FUNSA durante muchos años recorriendo varias secciones de la fábrica. Sobre la ausencia de mujeres en la directiva o como delegadas sindicales, afirmó:

No quieras todo junto. Estabas pidiendo muchos beneficios como trabajador, todo lo que no tenías. Estabas pidiendo que no te echen, que te dejen ir al baño, cosas muy elementales, no pensabas en la mujer como primera cosa. Las mujeres intervenían en muchas cosas, pero... Siempre estuvimos [...] pero como dirigentes no.

En sintonía con la percepción de otros ámbitos de la izquierda, Hortensia consideró que las reivindicaciones relacionadas con las mujeres o los lugares que ocupaban en la lucha están en un plano secundario, no obstante, enfatizó que ellas «siempre» estuvieron. Ello también se puede apreciar en las fotografías de prensa que registran momentos de aglomeración de trabajadores y trabajadoras. Las mujeres entendían que tenían que «estar», «ser parte» de la movilización sindical. Ante la consulta por la actividad sindical de las mujeres, afirmó: «Nuestra tarea era la presencia, si había una asamblea

25 «Huelga de hambre de los presos políticos», por W. F., *Marcha*, 26-II-1971, p. 8.

hay todos hombres... pero vos también estás peleando por lo tuyo... ¿cuidar al hijo?, bueno, abrigalo bien y llévalo». En otra entrevista, Hortensia afirmó:

Yo siempre milité en el sindicato, pero después que me casé ya menos. Con los chiquilines se complicó porque León no estaba nunca y yo no tenía ayuda. Así que iba sí, a las asambleas y cuando León estaba preso —que era muy seguido— iba todos los días porque ahí estaba la gente y siempre había mucho que hacer. [...] De estar enferma o tener un muchacho con fiebre y él «¿vos te podés arreglar?». Sí, sí, le decía yo, andá que yo me arreglo (Trías y Rodríguez, 2012, p. 57).

Hortensia se encargó de la crianza de su hijo con Duarte, así como también del hijo que él había tenido con su pareja anterior. En varias de las detenciones de León Duarte en Uruguay, Hortensia transitó por diferentes comisarías y cuarteles buscando su paradero, luego sufrió la detención y desaparición de León en Argentina y la dureza de los años posteriores. Ello interpela las nociones tradicionales de la militancia. A los sindicalistas varones les era posible una dedicación y «entrega» total a la lucha gracias al trabajo de otras personas, esencialmente el trabajo reproductivo realizado por las mujeres, que garantizaban cotidianamente sus necesidades materiales y afectivas. El casamiento y en particular la llegada de hijos/hijas disminuían la participación de las mujeres.

Otra lucha obrera de estrecha cercanía a FUNSA, fue la desarrollada en SERAL. Cuando estalló el conflicto de 1971, el sindicato de FUNSA resolvió bloquear la materia prima que se enviaba para realizar los calzados, y ofreció su apoyo y experiencia en la formación del sindicato de SERAL. Así surgió la Unión de Obreros de SERAL. El sindicato libró una lucha muy dura que incluyó paralización, ocupación de la planta, marcha hacia Montevideo, huelga de hambre, resistencia a *lock out* patronal, además, en 1972, la OPR 33 secuestró a Sergio Molaguero, hijo del dueño de SERAL. En el marco de la huelga de hambre, Brenda recordó: «me instalaron, me instalé, me dijeron hay que acompañar a la huelga de hambre.» Aunque Brenda se recuerda como una adolescente bastante autónoma, las decisiones políticas eran tomadas por varones y ella respondía en consecuencia.

Lilián Celiberti, como estudiante y militante de Magisterio, destacó «la irrupción de la participación más masiva de las mujeres en las organizaciones, porque el sindicalismo en esa época era muy mayoritariamente masculino, entonces lo que dio la impronta más juvenil y a la vez femenina, fue el movimiento juvenil». Si bien existía un predominio masculino y viril en los lugares de mayor responsabilidad sindical (cargos, oratorias), la sola presencia de las mujeres estudiantes modificó la composición de la lucha obrera. Las y los estudiantes levantaban baldosas, hacían bombas molotov, lanzaban rulemanes a los caballos de las fuerzas represivas, cruzaban alambres de acero de vereda a vereda en las calles. Recordó Susana Escudero, estudiante liceal, hija de familia trabajadora: «Cuando la General Electric estuvo en conflicto, nosotros salíamos, los estudiantes, por 18 [de Julio] y en todos los lugares donde había un artefacto General Electric nos metíamos, lo sacábamos para afuera y lo prendíamos fuego». Siendo muy jóvenes, las mujeres resaltaron en esa y otras confrontaciones callejeras de interacción obrera y estudiantil. Otro ejemplo que fue noticia fue lo sucedido con Magdalena Escudero: «[...] (16 años, estudiante del Liceo 14) fue baleada el miércoles 12 por la policía cuando, junto a un grupo de jóvenes, pintaba en la pared del Sindicato de FUNSA un cartel que hablaba de la solidaridad con los que luchan».<sup>26</sup>

26 «Consigna policial: tirar a matar», *Compañero*, 14-5-1971, p. 1; «El crimen de cada día», *Marcha*, 14-5-1971, p. 10; «Meridiano liberación», *Cuestión*, 10-6-1971, p. 20.

## El barrio como otro lugar de confluencia

La ROE también dedicó especial atención al involucramiento barrial. Los conflictos desarrollados principalmente en FUNSA, en SERAL contaron con el apoyo y solidaridad de las barriadas. A continuación, referiré a la experiencia en el Cerro.

La barriada cerrense, ubicada en el oeste de Montevideo, desplegó una gran capacidad de movilización desde principios del siglo XX con relación, en especial, a la industria de la carne. Asimismo, tradicionalmente mantuvo un vínculo muy estrecho con las ideas y con militantes anarquistas. Adrián Troitiño, Antonio Loredó, Laureano Riera, Débora Céspedes y Luis Alberto Gallegos, Esperanza Auzeac y Santiago Rodríguez, Isla Ritta y Ricardo Barcia, son parte de la militancia libertaria con actuación en el Cerro. Familias completas formaban parte de los ideales y espacios libertarios.

En 1952 se fundó el Ateneo Libre Cerro-La Teja y luego muchos de sus integrantes formaron parte del núcleo fundador de la FAU en 1956 a través de la Agrupación Anarquista Cerro-La Teja. Familias, simpatizantes libertarios de diferentes generaciones y vecinos y vecinas del barrio se congregaban allí.<sup>27</sup> El Ateneo era un espacio cultural que contaba con una biblioteca, se exponían obras de teatro, películas, se realizaban conferencias sobre temas diversos históricos y de actualidad, charlas-debate, también festivales. Era lugar de relación e intercambio, de apoyo y solidaridad con los conflictos del barrio. Desde allí también se impulsó la formación de la Cooperativa de Consumo Cerro-La Teja. Las mujeres concurrían ampliamente a las actividades llevando a hijos e hijas, encargándose de las tareas logísticas de base. Su presencia brindaba un aire familiar y de amplitud social.

Ante los altos niveles de movilización obrera y estudiantil que también se dieron en el barrio en la década de 1960, la ROE y quienes habían integrado el Ateneo se imbricaron mutuamente. Militancia y personas que fueron allegadas al Ateneo se sumaron a la propuesta de la ROE involucrándose en las luchas del liceo N.º 11 y en los conflictos obreros, principalmente asociados a los frigoríficos. Es de suma importancia la red de «anillos», es decir, de personas, familias que quizás no integraban estrictamente esos colectivos, pero eran próximas en las ideas, en las afinidades personales o por ser portadoras de ascendencia anarquista. Las familias de Marina Barcia, Alma Carmona, Graciela Dorpich, pero también la amplia familia de Juan Carlos Mechoso, los hermanos Bentancur, Rubens Barcos, Pedro Boadas Rivas, la familia Taboada. Ellas y ellos en particular participaron de la ROE, y en general sus familias eran afines y se podía contar con ellas para, por ejemplo, refugiar personas perseguidas o brindar alojamiento. El arraigo anarquista en el Cerro permitía contar con una red de sostén solidario. Para la militancia de la FAU, así como para el imaginario colectivo más allá de la FAU, el Cerro constituía el espacio geográfico símbolo de presencia y acción anarquista.

El barrio fue protagonista del crecimiento de la matrícula estudiantil. Muchas familias trabajadoras tenían la firme aspiración de que sus hijas e hijos cursaran enseñanza media, incluso el

27 Los Ateneos populares tienen una tradición inmersa en el movimiento obrero, principalmente español. Desde sus orígenes se constituyeron como asociaciones culturales con diversidad de actividades: charlas, conferencias, veladas, publicación de boletines informativos, edición de libros y panfletos, excursiones al campo, teatro, recitales poéticos, debates, y bibliotecas de libre acceso. Solían levantar la consigna «la cultura como medio para la emancipación del pueblo» y son autofinanciados por quienes los frecuentan. Propuestas anteriores en el oeste de Montevideo fueron El Ateneo Libre (1929-1935), el Ateneo Popular de La Teja (1935-1938), el Centro de Estudios Universales del Cerro (1938-1947), la Casa de los Libertarios (1945-1948) («Ateneo Libre Cerro-La Teja», *Voluntad*, 3-1952, p. 3).

liceo N.º 11 y la Escuela Industrial del Cerro fueron fruto de grandes esfuerzos de la barriada para concretarlos.<sup>28</sup>

El estudiantado del Cerro se movilizó intensamente ante el incremento del autoritarismo, las restricciones económicas y los atropellos a la educación pública, además, brindó apoyo y solidaridad a luchas del barrio, principalmente las de la industria frigorífica. Realizaban paros activos, ocupaciones, barricadas, escaramuzas, pedreas. Relatan las y los cerrenses entrevistados (Marina Barcia, Graciela Dorpich, Daniel Bentancur) que después del año 1968, en el gremio del Liceo N.º 11 se delinearón claramente varias agrupaciones que respondían a diferentes corrientes ideológicas y políticas: el FER, la ROE, la Unión de la Juventud Comunista (UJC), independientes de izquierda.

El interés estudiantil por las familias trabajadoras se concretaba en actividades de cercanía: en abril de 1971 el periódico *Compañero* informaba que

setenta estudiantes de la Coordinadora de la Resistencia Obrero-Estudiantil se volcaron este verano al estudio de la desocupación en la zona Cerro-Teja. Son parte de los estudiantes que construyen la unidad obrero-estudiantil, que día a día dan su apoyo solidario a los conflictos obreros y desarrollan en los Liceos e Institutos la digna resistencia a la Intervención de la Dictadura en la Enseñanza. [...] Son esos mismos estudiantes los que entrevistaron en un fin de semana 170 jefes de familia de la zona Cerro-Teja.<sup>29</sup>

Una de las principales tareas y aportes del feminismo ha sido interperlar lo considerado como «político» extendiendo sus parámetros a tareas y actividades en que las mujeres tienen mayor presencia. Ello aporta a superar la invisibilización femenina y las desigualdades basadas en género. En este sentido, el espacio barrial posee particularidades que ponen en tela de juicio las nociones tradicionales de la acción sociopolítica cobrando relevancia las prácticas comunitarias y de proximidad donde las mujeres están cotidianamente presentes. Trabajos de cuidado, que fomentan el sentido de comunidad y la confianza social (Sagastizabal, 2017).

A principios de diciembre de 1971 trabajadoras y trabajadores de la ya mencionada SERAL de Santa Lucía-Canelones, resistiendo la represión policial, realizaron la denominada Marcha de la Dignidad, que culminó con un campamento en un terreno en el Cerro.<sup>30</sup> Las fuerzas represivas dispusieron el desalojo, pero se encontraron con «la solidaridad de todos los vecinos del Cerro que se concentran espontáneamente, rodeando el campamento para que no sea desalojado». Volviendo más tarde, «cargan con una saña sin límite contra el campamento [...]. Y nuevamente aquí se hace sentir la presencia y solidaridad de todo el vecindario del Cerro que refugia a los obreros en sus casas y [...]

28 Hasta 1953 en el Cerro no existieron instituciones de enseñanza media. Artículos de prensa barrial y testimonios de cerrenses, consignan el accionar en pro de estos centros de enseñanza para los cuales se realizaron colectas, búsquedas de posibles terrenos o locales y entrevistas con diferentes autoridades del gobierno nacional, local y de la educación. No sin dificultades, el Liceo N.º 11 (en la esquina de las calles Grecia y México) comenzó a funcionar en el adquirido local del Ex Hotel Duna en mayo de 1953. La Escuela Industrial ubicada en la calle Portugal esquina Carlos María Ramírez, fue una de las primeras obras concursadas por los Ingenieros Eladio Dieste y Eugenio Montañez en 1955, cuya realización se hizo a través del Ministerio de Transporte y Obras Públicas entre los años 1958 a 1964. Entre otros: «Escuela Industrial Integral para el Cerro», *Cultura Cerrense*, 2-1948, p. 4; «¿Cuándo tendremos Escuela Industrial?», *Cultura Cerrense*, 4-1949, p. 5; «Exitosa labor de Fomento Pro Mejoras Edilicias y Sociales de nuestra Villa», *Cultura Cerrense*, 1-1953, p. 6; «La génesis del Liceo del Cerro», por Jorge Bentancur, *JubiCerro*, 11-2016, p. 21. También ver: <https://www.monografias.com/trabajos-pdf4/utu-escuela-tecnica-del-cerro-mtro-nicasio-garcia/utu-escuela-tecnica-del-cerro-mtro-nicasio-garcia.pdf>

29 Los datos de la encuesta se presentan en el mismo número del periódico: «Una encuesta militante» y «La desocupación invade los barrios del Cerro y La Teja», *Compañero*, 29-4-1971, pp. 4-5.

30 Una descripción de las dificultades de la marcha es relatada por la obrera Nilda Moreira (Trías y Rodríguez, 2012, pp. 193-194).



comienza a apedrear a las fuerzas policiales». Finalmente, las y los obreros montaron el campamento al lado de la Iglesia San Rafael.<sup>31</sup> La solidaridad implicaba a una extensa red donde la participación de las mujeres era crucial. Salvaguardaban la familia, curaban heridas, aportaban lo necesario para realizar las barricadas, escondían o refugiaban personas.

La mayor parte de estudiantes y trabajadoras y trabajadores cerrenses que participaban de la ROE, concurrían a coordinar en el local del sindicato de Panaderos en La Teja, pero luego de un importante allanamiento y detención de militantes realizada en octubre de 1971, se desarrollaron coordinaciones y otras actividades en el local del Sindicato del Dique ubicado en la esquina de las calles México y Bogotá.

Alma Carmona, trabajadora ama de casa, colaboradora de las diversas acciones de solidaridad del Cerro, estaba inmersa en un amplio entorno libertario y era asidua al Ateneo del Cerro y a la ROE. Consultada sobre su participación, contestó: «Era, por ejemplo, estar en las reuniones, ir a las reuniones... hacer cosas, llevar agua, traer agua, cosas así...». Hechos de estricta simpleza, que no suelen ser dignos de formar parte de la historia, menos aún de la que atiende a escribir las historias de militancia o política. Alma también afirmó que concurría para «cuidar a mis hijos [risas] [...] mis hijos empezaron a militar, les encantaba [...] pero cuando vi que las cosas se ponían tan feas... [...] tanto era así que yo a veces iba a las pegatinas para cuidarlos [risas]». Hijos e hijas marcan el cuerpo y la vida de las mujeres. Constituyen un hito que se manifiesta en un cambio profundo en sus vidas o por lo menos las condiciona. Mientras que los varones no suelen determinar sus actividades en función de la existencia de hijos o hijas.

## Algunas conclusiones

Al calor de la renovación de las izquierdas políticas y de la coyuntura de crisis económica, política y social producida entre 1968 y 1973, se gestó desde una organización anarquista, una coordinación de agrupaciones sindicales y estudiantiles, un «colectivo de colectivos» denominado ROE. Este texto abordó este espacio de la izquierda en Uruguay no tan visitado por la historiografía.

En concreto se visibilizó el entrecruzamiento de varios actores sociales que la integraron y se interpretó la interacción intergeneracional, de género y de clase en su interior, prestando especial atención a las mujeres. Ello constituye un aporte a los estudios sobre mujeres o relaciones de género que atienden a analizar a las izquierdas políticas y sociales de los «largos años sesenta».

En la ROE se registró una significativa y visible participación femenina, en particular de las estudiantes liceales y magisteriales, que constituyó una transgresión a los mandatos tradicionales de género que restringían sus vidas a los ámbitos privados y domésticos. Para el caso de las maestras, también significó interpelar la consideración social de inmoralidad de la protesta del magisterio. Tal incursión pública femenina impactó tanto a la sociedad como también a los militantes.

En los espacios sindicales y estudiantiles de la ROE hubo desigualdad de género, dada por el protagonismo de los varones como líderes, no obstante, mujeres, principalmente, del movimiento estudiantil, modificaron la tradicional composición militante. Sostuvieron un importante nivel de participación pública, resaltando las de sectores urbanos medios y medios bajos, fueron portavoces en espacios de proximidad, «de base», además de desplegar tareas propagandísticas y de logística y también de enfrentamiento en las luchas desarrolladas en las calles.

31 «La lucha popular al día. SERAL», *Surcos*, 23-12-1971, p. 7.

Especialmente en los ámbitos sindicales, de predominio masculino y viril, la presencia de mujeres estudiantes modificó la estructura pública de la lucha colectiva. Se dio allí un encuentro e interacción generacional y de género novedoso.

A nivel barrial, eran cruciales en las tareas «sencillas», en acciones comunitarias y de cercanía donde estaban cotidianamente presentes a través de trabajos de cuidado que fomentaban el sentido de comunidad y de solidaridad.

Se rescató y sería importante dar continuidad a tal aspecto en futuras investigaciones, al papel cumplido por mujeres no estrictamente militantes, quienes en su rol de madres, esposas, obreras, amas de casa, sostuvieron la actividad militante.

En comparación con otros niveles de la estrategia revolucionaria, en este caso, el partido político FAU y la estructura armada, la OPR 33, la ROE puede ser observada como el espacio de mayor igualdad para las mujeres y el movimiento estudiantil fue la contribución sustancial para ello.

## Referencias bibliográficas

- ALVAREZ, S. (2020). *Entre «moderados» y «radicales». Aproximación a las respuestas colectivas de trabajadores ferroviarios (1967-1972)* (Tesis de Maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo).
- ANDÚJAR, A., D'ANTONIO, D., DOMÍNGUEZ, N., GRAMMÁTICO, K., GIL LOZANO, F., PITA, ... VASSALLO, A. (Comps.). (2005). *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- ANDÚJAR, A., D'ANTONIO, D., GIL LOZANO, F., GRAMMÁTICO, K., y ROSA, M. L. (Comps.). (2009). *De minifaldas, militancias y revoluciones: exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Barhoum, M., Pesce, F., y Yaffé, J. (2006). *Federación Nacional de Profesores (1963-2007), 43 años de lucha por la educación pública y los derechos de sus trabajadoras*. Montevideo: Federación Nacional de Profesores de Educación Secundaria-Coordinadora de Sindicatos de la Enseñanza del Uruguay-PIT-CNT.
- BARRANCOS, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BARRANCOS, D. (2008). *Entre la casa y la plaza*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BIRRIEL, N. (2022). *Militancia y vida privada de trabajadoras comunistas en el barrio Cerro de Montevideo (1960-1973)* (Tesis de Maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo).
- CHAGAS, J., y TONARELLI, M. (1989). *El sindicalismo uruguayo bajo la dictadura (1973-1984)*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo.
- CORES, H. (1997). *El 68 uruguayo: los antecedentes, los hechos, los debates*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CORES, H. (2002). *Memorias de la resistencia*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DE GIORGI, A. L. (2015). La otra nueva ola. Jóvenes mujeres comunistas en el Uruguay de los 60. *Revista Izquierdas*, (22), 204-226.
- GASCUE, Á. (2010). Apuntes para una historia del Frente Estudiantil Revolucionario (FER). En *Cuadernos de la Historia Reciente* (pp. 25-38). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- GONZÁLEZ SIERRA, Y. (1996). Un siglo de acción gremial y pedagógica del magisterio. 50 años de lucha de la FUM. Montevideo: Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo- Fundación Friedrich Ebert en Uruguay.
- GRAÑA, F. (2011). *Los padres de Mariana. María Emilia Islas y Jorge Zaffaroni: la pasión militante*. Montevideo: Trilce.
- JUNG, M., y RODRÍGUEZ, U. (2006). *Juan Carlos Mechoso, anarquista*. Montevideo: Trilce.
- MARKARIAN, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- MARKARIAN, V., JUNG, M. E., y WSCHEBOR, I. (2008). *1958: el cogobierno autonómico*. Montevideo: Archivo General de la Universidad de la República.

- MARTÍNEZ, P. (2009). *Género, política y revolución en los años sesenta. Las mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- MECHOSO, J. C. (2002). *Acción directa anarquista. Una historia de FAU. V. I*. Montevideo: Recortes.
- NAHUM, B., FREGA, A., MARONNA, M., y TROCHÓN, I. (1998). *El fin del Uruguay liberal*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- OBERTI, A. (2014). Testimonio, responsabilidad y herencia. Militancia política y afectividad en la Argentina de los años setenta. *Meridional, Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, (2), 63-88.
- OBERTI, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- OLIVERA, R. (1998). Algunas ideas sobre el 68 uruguayo. Recuperado de <https://raulolivera.blogspot.com.uy/>
- OLIVERA, R. (2010-2012). Una historia de los ferroviarios. Recuperado de <http://unahistoriadelosferroviarios.blogspot.com.uy/>
- ORTOLANI, L. (1972). Moral y proletarización. *La Gaviota Blindada*, (0).
- PORRINI, R. (2021). Una historia sobre anarquistas especificistas y la 'síntesis' con el marxismo en el Uruguay de los '60. *Revista Izquierdas*, (50), 1-22.
- RAMA, G. W. (1968). *Grupos sociales y enseñanza secundaria*. Montevideo: Arca.
- REY TRISTÁN, E. (2002). Movilización estudiantil e izquierda revolucionaria en el Uruguay (1968-1973). *Revista Complutense de Historia de América*, 28, 185-209.
- REY TRISTÁN, E. (2005). *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- RICO, A. (2007). *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos*. Montevideo: IMPO.
- SALABERRY, M. (1993). *Mariana. Tú y nosotros*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- SAGASTIZABAL, M. (2017). *La triple presencia: Estudio sobre el trabajo doméstico-familiar, el empleo y la participación socio-política* (Tesis doctoral, Universidad del País Vasco, País Vasco).
- SAPRIZA, G. (2006). Feminismo y revolución. Sobre el «infeliz matrimonio», indagatoria sobre feminismos e izquierdas. Ponencia presentada en el encuentro de la Red Temática de Género, Universidad de la República, Montevideo.
- TRÍAS, I. (2008). *Hugo Cores: pasión y rebeldía en la izquierda uruguaya*. Montevideo: Trilce.
- TRÍAS, I., y RODRÍGUEZ, U. (2012). *Gerardo Gatti, revolucionario*. Montevideo: Trilce.
- TUPAMAROS (2003). *Actas Tupamaras*. Rosario: Cucaña. Recuperado de [https://sitiosdememoria.uy/sites/default/files/2020-02/Actas%20Tupamaras\\_text.pdf](https://sitiosdememoria.uy/sites/default/files/2020-02/Actas%20Tupamaras_text.pdf)
- VAN AKEN, M. (1990). *Los militantes. Una historia del Movimiento Estudiantil Universitario Uruguayo desde sus orígenes hasta 1966*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- VARELA PETITO, G. (2002). *El movimiento estudiantil de 1968: el LAVA, una recapitulación personal*. Montevideo: Trilce.
- VERA IGLESIAS, G. (2013). Género y resistencia política en una comunidad anarquista uruguaya en el período predictadura: La experiencia de la Comunidad del Sur. *Revista Encuentros Latinoamericanos*, VII(2), 12-48.
- VÉSCOVI, R. (2003). *Ecós revolucionarios. Luchadores sociales, Uruguay, 1968- 1973*. Barcelona: Nóos.
- VIDAURAZAGA ARÁNGUIZ, T. A. (2019). ¿Somos iguales detrás de una 45? La participación femenina en el MLN-T uruguayo. *Athena Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 19(3), 1-24.

## Entrevistas realizadas por la autora

- ALMA CARMONA. Hija de familia obrera, militante de la ROE en el barrio Cerro. (2 de abril de 2018)
- BRENDA BOGLIACCINI. Hija de padre diplomático, estudiante del liceo N.º 4 Juan Zorrilla de San Martín en el barrio Parque Rodó, militante de la ROE y de la FAU. (22 de agosto de 2017)
- CHARO. Estudiante del liceo N.º 3 Dámaso Antonio Larrañaga en el barrio La Blanqueada con militancia en la ROE. (11 de octubre de 2017)
- DANIEL BENTANCUR. Hijo de familia obrera del barrio Cerro. Estudiante del liceo N.º 11, militante de la FAU y de la ROE. (19 de mayo de 2017)

- GRACIELA DORPICH. Hija de familia obrera. Siendo estudiante del liceo N.º 11 del Cerro participó de la ROE. (7 de julio de 2018)
- HORTENSIA PEREIRA. Trabajadora de FUNSA. Esposa del militante anarquista detenido-desaparecido León Duarte. (8 de julio de 2014)
- JUAN CARLOS MECHOSO. Obrero frigorífico, linotipista, militante anarquista fundador y refundador de la FAU, preso político. (23 de setiembre de 2014 y el 16 febrero de 2016)
- LA NEGRA Y EL FLACO. Estudiantes del liceo N.º 35 Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA) y de la Facultad de Humanidades. Militantes de la ROE y de la FAU. (27 de agosto de 2017)
- LILIÁN CELIBERTI. Estudiante y militante en Magisterio, Maestra. Participó de la FAU, de la ROE y del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP). Presa política. Actualmente, militante feminista. (15 y 24 de mayo de 2017)
- MARINA BARCIA. Hija de familia obrera anarquista del Cerro. Estudiante del Liceo N.º 11 y militante de la ROE y la FAU. (31 de agosto de 2017)
- MARTHA CASAL REY. Fue correctora de *Marcha*. Esposa del militante anarquista detenido-desaparecido Gerardo Gatti, madre de Adriana Gatti Casal, asesinada en Buenos Aires en 1977. Exiliada. (13 de mayo de 2019)
- PATRICIA MORA. Estudiante del liceo N.º 2 Héctor Miranda del barrio La Aguada, militante del FER y luego de la ROE. (20 de mayo de 2017)
- PEDRO OSVALDO. Trabajador de fábrica DIVINO, militante de la ROE, la FAU y la OPR 33. (6 de marzo de 2017)
- SUSANA ESCUDERO. Estudiante del liceo N.º 3 Dámaso Antonio Larrañaga del barrio La Blanqueada. Participó de la ROE. (7 de julio de 2022).
- VIOLETA MALLET. Estudiante de los liceos N.º 15 en el barrio Carrasco y N.º 4 Juan Zorrilla de San Martín en el barrio Parque Rodó. Militante de la ROE, FAU y OPR. (16 de abril de 2018)

## «Agarrar la punta de la madeja»

### Entrevista a Graciela Sapriza

Gabriela González Vaillant y Diego Sempol<sup>1</sup>

*Para empezar contanos cómo fue tu llegada al campo de la historia.*

En realidad, ingresé a la universidad a los 16 años, al entrar a Bellas Artes, donde cursé como cinco años. Cuando finalicé los preparatorios (el bachillerato) decidí ingresar a la Facultad de Humanidades con la idea de preparar el examen de ingreso al IPA (Instituto de Profesores Artigas), que era muy exigente y te llevaba mínimo un año de estudios. Pero después me gustó mucho más la investigación que la docencia. Me formé en el viejo edificio que estaba ubicado en la calle Juan Lindolfo Cuestas y me sorprendió la dictadura antes de terminar mi carrera. Pero mis estudios fueron muy pausados porque tuve cuatro hijos durante esos años. Me anoté en dos licenciaturas: Filosofía e Historia. Hoy me río de las cosas que pensaba en esa época: como estábamos en un momento revolucionario opté por estudiar Historia, que era más «comprometido» que la Filosofía. Parecería que fue un error (*risas*). Pero estaba la idea esa de que lo que estabas estudiando tenía que ser una herramienta de transformación futura.

Aparte, en ese momento, en la licenciatura en Historia estaban Juan Oddone y Blanca Paris; nos visitaba mensualmente José Luis Romero y también venía con frecuencia Tulio Halperín Donghi, ambos de Argentina. Yo cursaba Historia del Uruguay y América Latina, después tenías las materias complementarias con Ángel Rama, Mercedes Rein, Darcy Ribeiro y Arturo Ardao. En general hice bastantes cursos de Filosofía y Literatura. Es que la interdisciplina me atrajo desde el arranque. La propuesta fue muy formativa. En ese momento te podías pasar un año y medio o dos investigando para hacer una monografía, y eso implicaba estar horas en la Biblioteca Nacional, si hacías prensa, o en el Archivo. Ahí es donde tuvimos muchos de nosotros una formación paralela con Oscar Murat, un *orejano*, que nunca se quiso recibir para no institucionalizarse, era absolutamente genial, una especie de personaje onettiano, bien de esos años, los tardíos sesenta. Él era más grande que nosotros, nunca supimos de qué vivía (creo que era propietario de unos campos en Canelones) y estaba totalmente actualizado con la bibliografía más de punta en ese momento. Tenía enfoques muy originales y además conocía muy bien la Biblioteca Nacional y sus vericuetos. Nos reuníamos a veces en la cantina de la Biblioteca, que para mí fue un espacio tan formativo como el de muchas clases a las que asistí. En determinado momento Oscar nos decía «vamos a tomar un café, vamos a conversar» y se armaba una suerte de tertulia, mezcla de información política y de debates históri-

<sup>1</sup> Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

cos, siempre vinculados a lo que estábamos trabajando en ese momento. Y en esa cantina, que era muy pequeña, había apenas dos mesitas, solíamos tener siempre un tira vigilando (*risas*). Con Raúl Jacob coincidimos en que ese grupo fue básico en nuestra formación. Además de un grupo grande de estudiantes de facultad, nos cruzábamos con investigadores más veteranos; recuerdo a Barrios Pintos, Alfredo Castellanos, Arturo Ardao. Y después del golpe de estado en el '73 empezaron a aparecer «políticos desocupados» como Manuel Flores Mora, Luis Hierro Gambardella, ¡hasta Washington Guadalupe!

*Pensando en tu propia trayectoria personal, ¿cómo visualizás la intersección entre lo que fue tu formación académica, la militancia social, la participación política...? Estos ámbitos se entremezclaron mucho. ¿Cuál es tu balance?*

En ese momento militaba en el Grupo de Acción Unificadora (GAU) vinculado al grupo de La Teja. También había toda una propuesta de vida en comunidad. Tengo un origen católico, fui al colegio de las Domínicas, e iba a la Parroquia Universitaria. Me influyeron mucho los dominicos franceses. El que a mí me impactó más fue el cura Harguindegui, que había pertenecido al Maquis francés (de resistencia a los nazis), después cura obrero. Era de origen vasco, con mucha formación teológica. En ese momento en la Iglesia católica había fuertes enfrentamientos. Recuerdo que participé en el Teatro Solís en un encuentro en donde abucheamos a monseñor Antonio Corso, obispo de Maldonado y Punta del Este. Éramos todas chiquilinas de clase media y él decía «Fulanita, le voy a contar a tu mamá» (*risas*). A Harguindegui lo terminaron echando del país los más conservadores, la jerarquía eclesiástica.

En 1969-1970, cuando ya tenía dos hijos, tomé una suplencia en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA). La sala de profesores, no sabés lo que era. Estaban Carlos Real de Azúa, Óscar Secco Ellauri, Carlos Pittaluga Vidal. Entonces en los exámenes, en vez de ser la secretaria de actas, sacaba apuntes de lo que decían estos viejos (*risas*). Era maravilloso, precioso escucharlos. Daba clases en el mañana temprano, 8.45 y ahí empezaban a pasar los delegados estudiantiles y a convocar a las movilizaciones. Para cuando me iba del liceo (tenía solo las dos primeras horas), ya se armaba el *tole tole* y al día siguiente me enteraba de que había habido cadenas y hasta tiros. Después se suspendieron las clases e hicimos los contracursos y fue un poco todo a los tumbos. En ese momento tenía 21 o 22 años, pero a veces igual me confundían con una estudiante. Me pasó una vez que vino el bedel y me increpó: «usted qué hace ahí» y yo tenía que mostrar la libreta. «Soy la profesora» (*risas*).

Yo estaba en una situación precaria, porque no era egresada del IPA, estaba en una lista de suplentes, daba clases en el liceo Suárez y en el Zorrilla, le hice la suplencia a Claudio Williman y era colega de José Pedro Barrán. Después del golpe, el país cambió mucho y empezó la «inquisición». Me llamaron a declarar por el paro del día del golpe de Estado. Me acuerdo que fue una funcionaria interventora que se llamaba Satanoff (*risas*). Pero siempre existieron fisuras en las dictaduras, dejar de dar clases en la enseñanza oficial no me impidió hacerlo en los colegios privados. Esos años trabajé en el Juan XXIII, el Crandon, iba cubriendo trincheras de docentes que habían sumariado, después trabajé en la Scuola Italiana y en el Stella Maris. Ahí me harté y además terminé las últimas monografías de la licenciatura. Algunas monografías tuve que rehacerlas porque con la universidad intervenida había cambiado absolutamente todo. El problema era sobre todo con las temáticas que trabajaba. Por ejemplo, había hecho un trabajo sobre «La mujer en el mundo del suburbio a través de las letras de tango» y en su momento Mercedes Rein y Ángel Rama estaban fascinados con ese tema. Pero después de 1973 eso fue para atrás y tuve que hacer fichas de la poesía iberoamericana para la docente que vino con la intervención. Y bueno, ahí terminé la facultad.

*Este trabajo que hiciste sobre la mujer en la periferia, ¿fue la primera vez que entraste en los estudios sobre la mujer?*

Cuando hice un diploma en idiomas en la Alianza Francesa había leído a Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. En ese momento, ya tenía las ínfulas de que había una perspectiva de mujeres. Pero cacareaba y no mucho más. Además, estaba muy influida por la historia de la cultura, para mí un campo bastante interdisciplinario. Al menos yo lo veía así. Y allí entraban todos los «submundos», no solo la mujer. Pero había un capítulo de eso y a su vez teníamos el tema de la inmigración, el proceso de urbanización, y de modernización. Y había un poco de interés por los marginales. Y las mujeres estaban ahí.

*¿La historia cultural te fue llevando a temas de mujeres?*

Sí, fue con la línea de trabajo sobre la inmigración en donde también trabajamos las formas de producción familiar y el lugar que ocupaba la mujer. Creamos un grupo de estudios por fuera de la universidad con Alcides Beretta y Raúl Jacob. Espacio al que se integró Silvia Rodríguez Villamil, que en ese momento estaba en el Instituto de Historia de la Arquitectura junto con Adela Pellegrino. Allí comenzamos a trabajar sobre la inmigración italiana, pero al final Alcides se fue a España a hacer su doctorado y Raúl se dedicó a otra cosa. Entonces quedamos solo Silvia y yo. Una primera publicación conjunta fue *La inmigración europea al Uruguay: los italianos*.<sup>2</sup>

A su vez, en ese momento se estaban formando distintos centros de estudio, la «universidad extra-muros», como decía Blanca París. Ahí fue cuando nos presentamos a una beca que daba el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) para trabajar en clave comparativa la inmigración del litoral del país y fue cuando entramos en contacto con Suzana Prates. Ella era un motor de iniciativas y fue consolidando un grupo de estudios que terminó generando el Grupo de Estudios de la Condición de la Mujer (Grecmu). Las primeras reuniones fueron literalmente en el sótano y desde abajo empezamos a generar la lava. Ahí hicimos las primeras reuniones con gente política, sindicalistas, periodistas, mujeres de barrio y promovimos encuentros; allí se dio la conjunción entre gente de sociología, historia y psicología. El Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU) había empezado un ciclo en el que se formaron muchas y muchos (Mariana González Guyer, Francisco Pucci, Elena Lournaga, Carmen Midaglia). Ese era el magma, lo que circulaba ahí. Allí empezamos a interiorizarnos Silvia y yo. A discutir más y enterarnos más de lo que era la historia de la mujer. Entramos en contacto con autoras clásicas y con las discusiones de ese momento entre las científicas políticas estadounidenses. Del Río de la Plata, leímos el trabajo de María del Carmen Feijoó, los primeros brotes de interés por la historia de la mujer. Suzana estaba muy empapada en la discusión sobre el rol de la mujer y los estereotipos que enfrentaba dentro de la corriente marxista. Aunque no fuera una cosa rígida, sí había mucha impronta materialista en el pensamiento de Suzana. Ahí por supuesto que discutíamos y comenzó a crecer un fuerte interés en esa mirada [...]. Estábamos palpando, había algo en el momento, que te hacían desmenuzar los roles... aunque no necesariamente tuvimos la posibilidad de formularlo, pero fue todo muy vertiginoso, *bum, bum, bum*, aunque también fue paulatino, yo me acuerdo en mi casa con cuatro niños, en pleno golpe de Estado, los quince días de la huelga, era un borbollón, estaba Héctor Rodríguez viviendo en mi casa. Recién nos habíamos mudado a una casa en Muñoz y Buxareo. No medíamos los riesgos. Teníamos una imprenta en casa, pero nunca nos allanaron. Todo se mezclaba.

<sup>2</sup> Rodríguez Villamil, S; Sapriza, G. (1983). *La inmigración europea en el Uruguay: los italianos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

¿El financiamiento externo fue importante para desarrollar esta línea de trabajo?

En 1982 y 1984 empezaron a aparecer becas. Ahí nos presentamos a la International Development Research Centre (IDRC) de Canadá y al Swedish Agency for Research Cooperation (SAREC) de Suecia, lo que nos permitió empezar a construir una agenda de trabajo e incluso comprar un local para el Grecmu. Hubo un encuentro preparatorio para la Conferencia de Nairobi. Ahí comenzó la internacionalización del tema. Suzana se largó a hacer un gran encuentro aprovechando la transición y consiguió financiamiento de Naciones Unidas. Vinieron al encuentro las popes del feminismo latinoamericano: Virginia Vargas, Virginia Guzmán, Julieta Kirkwood, Elizabeth Lobo, Elizabeth Jelin, estaban todas. De Brasil vino gente muy conocida, por ejemplo, Moema Viezzel. Brasil estaba mucho más avanzado que nosotros en cuanto a feminismo.

Es verdad también, que durante la salida de la dictadura aparecieron las primeras voces opositoras al feminismo. Empezábamos a tener participación en algunos medios de comunicación masiva, nos llamaban de las radios, había algunos periodistas relativamente jóvenes en *Búsqueda*, por ejemplo, que nos entrevistaban. Estaba en ese momento todo el fenómeno de los semanarios. Entonces tenías a Lucy Garrido y Mercedes Sayagués en Jaque. Mercedes era una periodista muy dinámica, muy innovadora, que se fue pronto del país (fue la responsable de *La Cacerola*). Y por ejemplo sacó en *Búsqueda*, antes que cayera la dictadura, una serie sobre el aborto en clandestinidad, que hizo mucha roncha. Los temas ya estaban ahí.

¿Cómo fue el trabajo de investigación que terminó con la publicación del libro *Mujer, Estado y política en Uruguay del siglo XX*?

Fue muy importante, empezamos a descubrir que antes que nosotras había habido feminismo. ¡Fue una total sorpresa! Es verdad también que había cierto imaginario sobre las feministas de principios del siglo XX, pero era algo casi olvidado. La investigación para ese libro nos llevó más de un año. La editorial Banda Oriental estaba sacando toda una serie de libros sobre temas actuales. Además, ese trabajo me permitió condensar y usar todas las cosas que venía haciendo: las imágenes de las mujeres en las clases altas, en el suburbio a través de las letras de tango, etcétera. Recuerdo mucho las discusiones entre nosotras: el tema del Estado y su autonomía relativa. Es decir, cuál fue la cintura del Estado para llevar adelante algunos impulsos o reformas. La originalidad de ese trabajo es haber relacionado momentos de debilidad del batllismo con iniciativas rupturistas con respecto a la mujer. Esa es parte de la originalidad. Y después, la revisión y sistematización del tema hasta los años cincuenta, creo que también fue un esfuerzo importante. Tuvimos con Silvia un reparto de tareas. Me acuerdo de que ella era muy precisa y yo más intuitiva, más arriesgada. Me decía «¿estás segura?» y yo, «sí, acá tenés los documentos». Nos llevó tiempo. Nos llevó no solo la parte de fuentes, sino también la elaboración. También Suzana discutió con nosotras partes del libro. Finalmente, lo que hicimos fue una historia de las mujeres, la categoría *género* no estaba aquí como concepto totalmente elaborado dentro de la corriente en la que estábamos trabajando. Nuestra brújula para situarnos en la historia feminista o historia de las mujeres era el feminismo socialista. «Nosotras somos socialistas, no nos confundan». Silvia tenía esa ironía fina. Siempre estaba eso de encasillarse para protegernos. Me acuerdo que había periodistas que te preguntaban «así que ustedes queman soutienes». Y en realidad nosotras ni presente teníamos ese tipo de intervenciones. Ese feminismo de barricadas. No estábamos tan actualizadas en los debates internacionales. Nos largamos al ruedo sin muchas armas, pero sí con estrategias e información para defendernos en las apariciones públicas. Sobre todo, usamos

3 Rodríguez Villamil, S; Sapriza, G. (1984). *Mujer, Estado y política en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.



en el debate público la investigación sociológica, datos sobre la participación política, la disparidad de ingresos en el mercado laboral, ese tipo de cosas. Me acuerdo de algunas entrevistas con Neber Araújo. Y preguntas cáusticas como «Usted está acá y ¿dónde están sus hijos?»; y contestarle «¿Usted les pregunta eso a los varones políticos o diputados?» Pero en ese momento debías tener un poco de agresividad para contestar. También estábamos bastante empoderadas, teníamos esa efervescencia de la transición que alimentaba las ganas de meterle para adelante.

*¿Y qué repercusión tuvo el libro?*

La verdad que no sé. (Si nos guiamos por la edición agotada y las innumerables fotocopias que se hicieron de ese texto, debería decir que fue importante, aunque no hicimos un análisis de sus repercusiones. Sí sé que sufrimos una andanada de críticas en un seminario organizado por Carlos Zubillaga en el CLAEH, sobre todo por el trabajo en donde analizaba las letras de tango y variaba del set de fuentes tradicionales. Fue demasiado revulsivo. Las críticas fueron tan ácidas que me acuerdo de que tanto Silvia como yo quedamos muy afectadas. Ella había presentado un trabajo en el que analizaba la revista que dirigía Paulina Luisi, *Acción Femenina*. En ese seminario vivimos una situación muy violenta, nos subrayaron que en la academia no se utilizaban fuentes de ese tipo, para hacer una historia de las mentalidades y que no respetábamos el canon. Me acuerdo de que el joven Gerardo Caetano nos acompañó hasta la parada del ómnibus y nos pidió disculpas, porque había sido muy fuerte. Quedé marcada. Años después se me ocurrió dar un concurso para ingresar a Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y fue una guerra total de algunos colegas.

*Vos has hablado en varios de tus trabajos sobre la importancia de 1984 como irrupción de la mujer en la esfera pública. ¿Cómo evalúas el vínculo del feminismo con otros movimientos sociales?*

Sí, pienso ahora, por ejemplo, en la relación con el Movimiento de Derechos Humanos. El vínculo con el Serpaj (Servicio Paz y Justicia). El feminismo en ese momento era una conjunción de varias corrientes, pero te diría que con Derechos Humanos hubo una tendencia a congregarse a su alrededor. También hubo fracturas, muy duras, en torno a la Ley de Caducidad. Hubo una famosa polémica en *La República de las Mujeres* entre Nea Filgueira y Lucy Garrido. Lucy la calificó como «Nea neoliberal», ¡tremendo! Nea defendía que no teníamos que pronunciarnos sobre derechos humanos. Ahí nos sacamos chispas. Un núcleo importante sostenía que no podíamos pensar en un feminismo que no tuviera un claro pronunciamiento sobre derechos humanos. Se superponen. Pero también es como la relación de la izquierda con el feminismo, no es un matrimonio muy bien avenido, no hay mucha conjunción entre las dos. Pensalo en Argentina, las Madres y las feministas... Hay una, Norita Cortiñas, que es militante feminista, ¿pero el resto? No dialogan con el feminismo, corren en paralelo...

*¿Fue en ese momento que comenzaste a trabajar el problema de las mujeres trabajadoras?*

Claro, en mi contacto con la historia de vida de Jorgelina Martínez, percibí la escuela que traían las mujeres sindicalistas: manejo de asambleas, experiencia en tomar la palabra. Nosotras éramos unas bebés de pecho al lado de ellas. Además, estaba en contacto con Héctor Rodríguez y él me decía «Si a vos te interesan las mujeres en la participación política, por qué no averiguas qué pasó en Juan Lacaze que me acuerdo que los viejos sindicalistas ahí decían que las mujeres habían sido muy importantes». De a poco fue entonces cuajando la idea de avanzar sobre esa línea.<sup>4</sup> No te olvides que decía que estaba muy influida por el feminismo socialista. Por lo tanto, teníamos que ir a estudiar la vanguardia, el movimiento proletario y el lugar que tuvieron en ella las mujeres. Dicho así parece una cosa medio

4 Sapriza, G. (1993). *Los caminos de una ilusión. 1913 Huelga de Mujeres en Juan Lacaze*. Montevideo: Fin de Siglo.

esquemática, pero no. Había una cuestión solidaria y militante de convencer a los varones militantes de la importancia de reconocerles un lugar a las mujeres.

Además, ya desde antes, habíamos construido desde el movimiento y desde el Greclu una relación con el sindicalismo. En la revista que teníamos, *La Cacerola*, nosotras adaptábamos algunas investigaciones en artículos fáciles de leer. Y a su vez teníamos reuniones con las periodistas que tenían en sus manos el boletín ese y lo llevaban para trabajarlo a los sindicatos, a los grupos de mujeres y después volvían y decían «Bueno, mirá, dicen tal cosa o preguntan tal otra». Y ahí íbamos nosotras... Por ejemplo, con el Congreso Obrero Textil tuvimos un vínculo fuerte, porque en Paso Molino vivían muchas mujeres del Plenario de Mujeres del Uruguay (Plemuu), entre ellas Margarita Percovich. Entonces había una sinergia propia de esas redes sociales que se habían armado en ese período.

*¿Cómo vivías el hecho de que estabas construyendo por primera vez un relato para grupos que no tenían hasta ese momento ninguna narración sobre su propia trayectoria?*

No me lo planteaba demasiado. Se vivía. Estaba todo muy mezclado. Y leíamos mucho también. Estoy pensando en Sheila Rowbotham (de *Hidden from History*), estaba bastante influida por ella y la historia desde abajo (R. Samuel, etc.) y por Michelle Perrot y las charlas con Elizabeth Lobo. Elizabeth era una socióloga brasileña que murió en forma trágica mientras estaba haciendo algo similar a lo que estábamos haciendo aquí: vincularse con los movimientos sociales. Ella trabajó con los Sin Tierra y murió en un atentado en la carretera en 1992. Con ella tenía un vínculo bien estrecho. Ella devino trotskista, pero tenía su pasado estudiando a Emma Goldman y los anarquistas y por supuesto yo tenía mi corazoncito ahí. No te olvides que había pasado por Bellas Artes y tuve una línea de investigación sobre mujeres anarquistas que me apasionó. Y sí, no tenía consciencia de que estaba haciendo un «descubrimiento» de nuestro pasado, de las disputas que hubo entre las diferentes corrientes a principios del siglo XX y ver cómo se metía eso en el mundo de la política.

Hay un trabajito que fue previo: hacer las historias de vida de varias feministas del siglo XX. Hacer sus trayectorias porque en ese momento me interesaba ver la transmisión, comprender que nos había pasado y cómo nos habíamos olvidado de que existían feministas en Uruguay. Como se instalan esos cortes entre los desplazados o marginales, que no pueden construir su propia historia en forma continua y viven entonces una experiencia histórica plagada de interrupciones. Ahí llegamos al proyecto «Memorias de Rebeldía»,<sup>5</sup> que fue evaluado en el exterior y recibió financiación de SAREC (Agencia sueca para el desarrollo). Lamentablemente en ese momento Suzana entró en crisis y fue un cimbronazo grande para nuestro grupo. Y también empezó, a partir de ese momento, a retirarse la cooperación internacional y quedamos ahí vacilantes haciendo mucha cosa para mantenernos.

*¿Y la herramienta de historia oral fue muy criticada en ese contexto académico?*

A mí comenzó a interesarme la historia oral y la cuestión del testimonio por las posibilidades que abría para los temas que trabajaba. Y ahí conocí la producción de Paul Thompson y la «historia desde abajo» [...]. En ese momento, en la transición, había reuniones de discusión. Por ejemplo, Barrán y Nahum publicaban algo y había una reunión ampliada para discutir ese texto. Se producían discusiones feroces, y encuentros malogrados, chocaban diferentes corrientes o interpretaciones. Zubillaga, estaban Gerardo y Rilla; de Argentina, Luis Alberto Romero (hijo de Romero), Hilda Sabato, y toda la onda de los ingleses que yo conocí a través de ellos [...]. Con respecto a tu pregunta, me parece que hasta hace poco en Uruguay se siguió cuestionando su validez y sus alcances entre académicos más positivistas. También es verdad que algunos la han mal utilizado pensando que con ella encontrarás

5 Sapriza, G. (1988). *Memorias de rebeldía. Siete historias de vida*. Montevideo: Puntosur-Greclu.

«datos». Pero de todas formas en el Río de la Plata se volvió rápidamente una corriente muy renovadora y con fuerza, sobre todo en la Argentina. La presencia de Alessandro Portelli, por ejemplo, quien venía a todos los encuentros, legitimó mucho a nivel local esta forma de trabajo.

*El propio recorte del objeto, el trabajar o querer visibilizar temáticas que no están en las fuentes tradicionales implica desarrollar nuevas estrategias.*

Crear tus propias fuentes. El arrastre positivista que una tiene de formación es un tema, pero también en cierto sentido fue una salvaguardia. El objetivo fue siempre diversificar fuentes, no sustituir una por otra. De ahí que me acerqué al testimonio, buscando ponerlo en diálogo con otras fuentes, entretejiéndolo y poniéndolo en cuestión. Aprender a interpretar, eso fue lo central y ahí tuvimos el aporte también de gente que venía de la antropología en Greclu. Estaba Kirai de León, con la que discutíamos bastante sobre todo esto. Y ahí yo armé un grupo en Greclu de historias de vida. En Argentina hicimos un curso con Paul Thompson, pero acá vino Daniel Bertaux, que era un sociólogo francés que estaba trabajando con historias de vida. Todo era renovador. El feminismo, la historia social, la historia desde abajo, la historia oral. Como que todo estaba en eferescencia y se movía. Era fácil el trasvase. Fácil y también cuestionador y cuestionado o discutido.

*Y en esto de dar visibilidad y buscar voces que quizás eran invisibilizadas, en tu tesis de maestría también te metiste con la intersección de la raza como otra categoría. ¿Qué te llevó a querer trabajar desde esta perspectiva?*

Llegué a ese asunto debido al tema del aborto y el avance eugenésico en el novecientos. El vínculo con el movimiento de mujeres me instaló el tema del aborto que había tenido una primera visibilización durante la transición. Y ahí «descubro» que, en plena dictadura de Gabriel Terra, el codificador Irureta Goyena, conservador hasta las patas y fuerte opositor al batllismo, apoyó el aborto. Me pareció algo muy llamativo y raro. Y ahí agarré la punta de la madeja. Por suerte conseguí una beca, hubo un llamado de la Fundación Carlos Chagas, de Brasil y fue una experiencia de formación fantástica. Un *staff* de docentes daba sus seminarios y tenían un sistema en el que vos presentabas tu proyecto, te lo aprobaban, te financiaban durante un año y tenías una tutora e instancias intermedias de entrega y evaluación en conjunto con todos los integrantes del proyecto. Entonces tenías un bombardeo de ideas fantástico. Fue súper lindo. Y a partir de ahí yo hice un primer avance sobre el aborto: saber cómo había sido el contexto de la despenalización del aborto en Uruguay en los años treinta y cómo había sido la nueva penalización. Y justo fue en ese momento que entré por concurso como investigadora a Facultad de Humanidades y se abrió la maestría a la que también logré ingresar. Y ahí entonces... viste cuando cerrás una investigación y decís «todo me da para esto». Estaba muy en la onda de Barrán, la medicalización, el desplazamiento de las parteras, pero a último momento me empieza a aparecer con insistencia el término, la referencia a la eugenesia. Y ahí resuelvo que mi proyecto de tesis iba a ser sobre la eugenesia, que no solo habla de las mujeres, sino de razas.<sup>6</sup>

*José Pedro Barrán fue tu tutor*

Barrán fue mi tutor. Nos peleamos bastante. No, no nos peleamos, en realidad él me corregía y yo lloraba (*risas*). Yo ya era grande, tenía una trayectoria, tenía mis hijos grandes, no puedo decir que estuviera vieja, pero sí no estaba acostumbrada a que me corrigieran de esa manera que corregía Barrán. ¡No sabés lo que era! Yo ponía entre comillas una cita de algún autor y él decía «esto está muy bien» y «esto qué mal redactado». O escribía en el margen «Este concepto está muy poco claro» y yo «pero

6 La tesis de Maestría se tituló *La utopía eugenista. Raza, sexo y género en las políticas de población en Uruguay (1920-1945)*.

es Foucault el que dice eso» (*risas*). Era una especie de radiografía. Fue bárbaro. Precioso. Uno de sus comentarios: «Pero vos te das cuenta de que si concluís con esto, no va a favor de tus ideas». «Y sí, qué voy a hacer», le respondía...

*Y el concepto de género ¿cuándo empezó a estar operativo en Uruguay? ¿Fines de los ochenta, principios de los noventa?*

En los años ochenta hablábamos todavía de feminismo, no tanto de género. Esa categoría recién se va a empezar a utilizar en los años noventa, y ahí me acuerdo que muchas feministas decían «Ah, ahora hablamos de género y dejamos de militar». Se produjo una crítica sobre el uso de ese concepto y sus efectos despolitizadores, en la medida que permitía una serie de desplazamientos, en donde se lavaba la agenda, se perdía contenido. Además, su uso se dio en paralelo al proceso de institucionalización del feminismo y su pérdida de presencia pública en las calles. Recuerdo que hubo un encuentro en la Facultad de Humanidades en 1998 que fue «El concepto de género» que luego publicamos en la editorial Trilce.<sup>7</sup> Seminario en el que discutimos en torno al uso de esa categoría analítica. Me acuerdo que participaron, entre otras, Rosario Aguirre y Susana Rostagnol. Además, en mi caso había ido a Québec (Canadá) a hacer un posgrado, antes de comenzar la maestría, que fue sobre desarrollo y ahí trabajamos específicamente el artículo de Joan Scott, que ella había publicado a fines de los años ochenta.<sup>8</sup>

*¿Qué te pareció cuando lo leíste?*

Súper complejo porque viste que ella va desarrollando el asunto en varias capas. Me acuerdo de que lo discutimos en diálogo con otros enfoques, como fueron los aportes de Nancy Fraser y el debate que luego tuvo con Judith Butler. Si vos te guías por Scott y seguís su producción, avizorás un buque insignia que te permite orientar tu trabajo. Por ejemplo, su artículo «Experiencias» es súper complejo y potente. Yo lo he trabajado con mis alumnas de maestría en un seminarito que hacíamos y las discusiones que abre son muy interesantes, y con consecuencias académicas y políticas.<sup>9</sup>

*Graciela, escuchándote parece claro que siempre tuviste una vocación interdisciplinaria. Esto de intentar trabajar con otras disciplinas...*

Sí, porque soy normalmente o anormalmente dispersa (*risas*). Me interesan muchas cosas y no me gusta ceñirme a un esquema y a una interpretación. Siempre estoy buscando otro costado. Tengo que controlar esta tendencia, pero también eso me lleva a buscar otras aperturas. Va por ahí. Desde el comienzo me inscribí en Filosofía e Historia, hacía Letras en francés y Bellas Artes. Tenía muchos núcleos de interés. La interdisciplina es algo difícil de lograr. Por ejemplo, cuando estuvimos trabajando la segunda generación en el campo de la memoria, dialogamos con gente de Psicología, con los que tuvimos debates sangrientos. Pero lees algún artículo conjunto y decís «aquí avanzamos».

*Vamos a la última etapa en tu producción, en la que te metiste de lleno con los estudios sobre la memoria. ¿Cómo fue la llegada a ese problema de investigación de nuevo?*

Cuando entré a la Facultad de Humanidades lo hice en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU) que estaba especializado en historia del pasado reciente; yo metí el tema de la

7 Sapriza, G. (2001). Historia y género. En A. M. Araújo y L. E. Behares (Orgs.), *Género y sexualidad en el Uruguay*. Montevideo: Trilce.

8 Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). Ciudad de México: PUEG.

9 Scott, J. (2001). Experiencia. *La Ventana*, (13), 42-73.

sexualidad y el aborto inicialmente porque estaba haciendo mi tesis sobre eso. Pero mi regreso a la memoria y a la historia testimonial se debió a Lucía Sala, quien tenía material de su período de exilio de las redes de solidaridad. Si bien Lucía estaba en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL) y yo estaba en el CEIU, compartíamos la misma sala y conversábamos. Y entonces me decía: «Tú tenés el deber y la responsabilidad de estudiar qué hicieron las mujeres en la dictadura, porque yo tengo las cartas que escribían las mujeres de los presos y las mujeres que estuvieron presas, te las voy a dar». Y yo decía: «Lucía, yo ya viví eso, no quiero meterme en una cosa tan próxima». Pero al final me metí. Y sí, fue todo un exorcismo si querés. No solamente es historia del pasado reciente, sino que vos la viviste de alguna forma, la procesaste y volvé a visitarla. Es de doble proximidad si querés. Trabajás el tema de la mujer y de la memoria de ese período. Y entrás y salís, como me dijo Jelin en alguna ocasión. Fue duro...

¿Y Memorias para armar fue por ahí?<sup>10</sup>

Por esos años me presenté a un proyecto de Dedicación Total en la universidad, pero Zubillaga lo evaluó mal. El proyecto era un primer avance de la reconstrucción de la memoria de las mujeres en la época de la dictadura. Si lo mirás hoy, el proyecto no estaba tan redondito, pero tenía las bases para ser aprobado. Fue terrible. Nunca entendí muy bien, pero era como su enemiga política. Y me mandó a la papelera. Toda la gente de Ciencias Sociales decía «no puede ser». Pero al final yo tampoco lo recusé. Paralelamente a eso, también las ex presas políticas mujeres se habían empezado a movilizar. En 1997 se reunieron por primera vez y ahí pido que me inviten a las reuniones y empiezo a participar de esos encuentros que se volvieron el grupo Memoria y Género. Y ahí hay sí una participación muy activa mía para que se decidieran a hacer la convocatoria para que la gente enviara textos que narraran su experiencia. En el grupo asesor participaron Hugo Achugar (el único varón), Lucy Garrido, Rosario Peyrou, Elena Zaffaroni, Marta Valentini, Isabel Trivelli, Charna Furman y yo. Ahí empiezan a discutir sobre feminismo las mujeres que habían estado presas y se lanzó *Memorias para armar*. Fue una experiencia muy linda y removedora.

¿Y qué te parece a vos que le aporta el género a la memoria?

Le aporta construir un relato diferente, un relato que escapa de la cuestión varonil épica y heroica, del *estuvimos siempre en la barricada, en contra del poder y el autoritarismo*. Es decir, había un solo relato, por ejemplo, el de Eleuterio Fernández Huidobro, José Mujica y Mauricio Rosencoff. Sobre todo, un relato del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), porque el Partido Comunista se quedó sin voz hasta el trabajo que hizo Álvaro Rico recientemente. Cuando yo entré al CEIU, venía de la historia oral, había hecho cantidad de entrevistas para *Memorias de rebeldías*, para el tema del aborto a las parteras viejas. Entonces reviso lo que habían hecho en el CEIU sobre la transición y habían entrevistado a gente de la política, la cultura y el movimiento sindical. Todos hombres, no había una sola mujer. Entonces, claramente era una cicatriz. Y bueno, fue eso. Como que se juntaron el hambre y las ganas de comer (*risas*). Pero fue un tránsito muy pesado. Tuve que volver a terapia. ¡Leer todo eso fue terrible! No solo los testimonios. Porque estaba en el equipo de Presidencia que trabajó sobre la violación de derechos humanos durante la dictadura y ahí vinieron los archivos, los informes, las entrevistas que tenían... Era una situación penosa atrás de otra. Muy fuerte. Yo no podía parar de llorar. Se te hace ahí una zona de sufrimiento, de debilidad. Además, hijos... Después, vino una segunda etapa, en donde nos metimos con la segunda generación, con los hijos e hijas. Eso fue allá por el 2010 más o menos... Y están tan afectados como la gente que estuvo torturada y presa. Hicimos un seminario

10 *Memorias para armar* (2003) Tres volúmenes. Montevideo: Senda.

sobre hijos, le dimos cabida. A ese seminario vino gente de Chile y Argentina e hicimos el eje en esa generación y la posmemoria.<sup>11</sup>

*¿Ahora qué se viene? ¿Cuáles son tus líneas actuales de trabajo?*

Después de la muerte de mi compañero, Tomás, en un accidente, me gustaría cambiar de tema. No quisiera seguir trabajando sobre cosas ligadas al dolor. Ya está. Creo que colaboré en algo. Y lo que me gustaría hacer son cosas más divertidas. Una idea que me deslumbró fue el libro-objeto de Michelle Perrot que se llama *Mujer en la ciudad*. Entonces pensé en hacer algo similar acá. El primer paso sería recuperar los testimonios que relevé hace muchos años cuando hacía un programa radial en el que utilizaba las historias de vida para elaborar la historia de los barrios o de una esquina o una zona. Y ahí en la radio abría el micrófono y se producía una avalancha de testimonios. Una cosa colectiva muy linda. Lo mío era proporcionar un contexto, una escenografía y una creación momentánea cuando ponías música, leías un relato y ahí empezaban a llegar los testimonios, los recuerdos... Bueno, me gustaría utilizar todo ese material como una entrada y darle una nueva vuelta analítica. Además, invité a participar en el proyecto a mi nieta María, que es fotógrafa. Me cerró eso de abuela y nieta trabajando juntas en una cosa de este tipo.

*Una última pregunta: en una entrevista para el Archivo Sociedades en Movimiento señalaste que en los ochenta ser «feminista académica era una aberración» y que ese concepto te producía mucha irritación. ¿Nos podés explicar un poco eso?*

La que introdujo dentro del feminismo de aquí la palabra *académica* fue Suzana Prates, que venía de espacios de circulación e intercambio internacionales. Pero acá en ese momento ese término convocaba a pensar en naftalina, porque identificábamos la academia como lo viejo, lo rancio, como aquello contra lo que había que reaccionar. Y cuando empezó a decirse dentro del campo que alguien o algo «tiene nivel académico» era para señalar que el trabajo o la persona venía de escenarios internacionales. A mediados de los ochenta, se pensaba que el feminismo venía de una cosa más de las bases, alimentado sí con rigurosidad e investigación, pero lo académico era rechazado. Me acuerdo de una discusión en el sótano del local de Cotidiano Mujer en la calle Jackson sobre el conflicto entre las feministas financiadas y las feministas militantes. Se asimilaba en ese momento las financiadas con las académicas y nosotras queríamos sacudir eso. La palabra *académica* era irritante, contaminaba. Como que lo académico parecía que separaba, como que establecías una torre de cristal. La distancia del intelectual en su laboratorio, que lo sabe todo, que está por encima de las nimiedades mundanas.

*¿Hoy te definirías como una académica feminista?*

Me defino como una historiadora feminista. Una hacedora. No sé si soy (o me siento) académica.

<sup>11</sup> Sapriza, G., y Montealegre, N. (2022). *Infancias en dictadura. Sobre narrativas, arte y política*. Montevideo: Alter Ediciones-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

## Bibliográficas

Bohoslavsky, Ernesto. *Historia mínima de las derechas latinoamericanas*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2023, 269 pp.

Resulta interesante cuando un autor o autora hace el esfuerzo de condensar años de investigación en una sola obra, de manera sintética, pero sin perder la profundidad de análisis. En este caso, al abordar la última publicación de Ernesto Bohoslavsky, de 2023, que pertenece a la colección de *Historia Mínima*, podemos leer un texto ordenado y práctico que reúne la trayectoria de investigación del autor. Es un historiador que se ha especializado en el estudio de América Latina, fundamentalmente en las derechas latinoamericanas en el siglo XX y las redes que estas han construido. Por ello, este libro presenta no solo un estudio genealógico del desarrollo de las derechas desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas de este siglo, sino que plantea su análisis en clave comparativa a partir de diferentes experiencias latinoamericanas y, además, introduce nuevas ideas y desafíos para abordar este campo de estudio.

El libro contiene, junto a una introducción, una coda y una bibliografía comentada, seis capítulos organizados en orden cronológico en los cuales caracteriza los diferentes momentos de las derechas latinoamericanas. El primer capítulo recoge diferentes experiencias hacia finales del siglo XIX, período marcado por la consolidación de los regímenes oligárquicos y de los Estados nación. En este contexto surgió una nueva derecha reaccionaria, encarnada en un grupo de jóvenes que pertenecían a la élite. Estos se diferenciaban de los liberales, entre

otras cosas, porque tenían reparos a la hora de ampliar los sufragios a otros actores de la sociedad, como los sectores populares e indígenas. Enfrentaron las políticas que significaban un avance social, amparándose en el anhelo del pasado hispánico o colonial donde la exclusión política era aceptada.

El segundo capítulo abarca el período 1918-1930, en el cual el autor explora los cambios coyunturales y su repercusión en estos grupos, el impacto del terror rojo y la construcción de una derecha contagiada de las ideologías procedentes de Europa. Por otra parte, la modificación de los circuitos económicos mostró la debilidad de los regímenes oligárquicos, que dio lugar a diferentes reacciones de derecha (golpistas y no golpistas). Además, al finalizar el capítulo hace énfasis en las redes que se empezaron a generar entre diferentes grupos católicos y las derechas en medios de prensa y distintos espacios de socialización política.

Entre el tercer y el cuarto capítulo se abarca el período comprendido entre 1930 y 1964, desde el avance de los fascismos en su variante latinoamericana hasta el golpe de Estado de Brasil, acontecimiento central para comprender el desarrollo de las derechas a nivel continental y su viraje autoritario. En el caso del tercer capítulo resulta muy ilustrativa la perspectiva comparativa para visualizar el impacto del fascismo a nivel continental. La crisis del 29 puso en tela de juicio la continuidad del liberalismo, dando

paso a las llamadas derechas radicales, vinculadas a dos instituciones históricas dentro del continente: los militares y la Iglesia Católica. En cuanto a su proyecto político estos grupos se nucleaban por su anticomunismo, el corporativismo, y la militarización del Estado. En materia económica eran dirigistas y proteccionistas con una fuerte impronta nacional. En referencia a la social este nacionalismo fue más extremo con medidas que restringían la inmigración y, en algunos casos, proyectos antisemitas. Las experiencias a nivel continental fueron diversas, pero compartieron estos rasgos.

El cuarto capítulo analiza el consenso que se produjo entre la derecha liberal y la conservadora para volver a regímenes democráticos que rechacen los totalitarismos (fascismo o comunismo) entre 1946 y 1964. Plantea la revancha del liberalismo en América Latina, con tintes intervencionistas y la consolidación del multipartidismo. A nivel económico, se entendió a la democracia como un potenciador del desarrollo económico, acompañado de una tendencia industrializadora y fondomonetarista. La industrialización tuvo como consecuencias el crecimiento de la clase obrera y los sindicatos, acompañado a nivel continental por una consolidación del anticomunismo, tanto estatal como civil.

Para el quinto capítulo, el autor toma el período 1964-1989, comprendiendo el auge de las dictaduras latinoamericanas hasta el retorno a las democracias. Aquí se refirió a que las democracias multipartidistas dejaron de ser un aspecto relevante para las derechas latinoamericanas, ya que no les permitía mantener la hegemonía frente a las fuerzas de izquierda. Se produjo un cambio de paradigma para obtener el desarrollo económico ya no era esencial la democracia, sino la seguridad, lo que dio lugar a la construcción autoritaria del capitalismo. El autor explora las diferentes experiencias autoritarias del continente, que a pesar de sus diferencias compartían características como: el anticomunismo moral, la ejecución de gobiernos de facto con una fuerte presencia militar y civil (sector empresarial, conservadores

católicos, etc.), la extrema violencia sistemática sobre la población civil y la incorporación de ideas neoliberales sobre todo en las dictaduras del Cono Sur.

En el sexto capítulo, comprendido entre 1989 y 2015, desarrolla acerca del retorno de las democracias, la evolución del neoliberalismo en la década de los noventa y la marea rosa como una respuesta a los efectos negativos de estas políticas económicas. Bohoslavsky hace un rastreo interesante ya que identifica que hacia 1989 hay tres ciclos históricos en simultáneo que están llegando a su fin: las dictaduras iniciadas en 1964, la Guerra Fría y la economía mercado-internista iniciada en la década del treinta. Dentro de este nuevo panorama internacional, ocurrió un proceso de retorno a las democracias a nivel continental. El autor señala oportunamente que las derechas aceptan su retorno porque fueron *democracias neoliberalizadas*, es decir, gobiernos cada vez más técnicos y profesionalizados, alineados bajo el Consenso de Washington, que limitaban quiénes podían hacer política y con un discurso que apostaban a la despolitización. Frente a esto emergió la «marea rosa» con reformas sociales, pero manteniendo *grosso modo* la política neoliberal, que generó en la actualidad una respuesta mucho más extrema de parte de las derechas en lo que respecta a las políticas sociales y discursos violentos.

Un aspecto interesante del libro es que ayuda a visualizar los diferentes momentos de las derechas latinoamericanas en su búsqueda constante por conservar la hegemonía. Descartando la idea de que sean un bloque monolítico u homogéneo, estos grupos no están únicamente ligados al pasado, sino que poseen una gran capacidad de renovación ideológica y de adaptación frente a diferentes coyunturas internacionales. Esta capacidad camaleónica de las derechas se ve en cómo se han podido construir —y reconstruir— con relación a los otros, muchas veces como expresión de los propios miedos de las élites.

Esta obra constituye un aporte significativo para el campo de las derechas y una profundización a la hora de pensar América Latina. Pone



en diálogo los diferentes aportes historiográficos que trabajan con escalas nacionales (Margaret Power, Rodrigo Patto, entre otros) y otros con escalas regionales (Vani Pettina, Sandra McGee, entre otros), lo que permite una historización del continente más compleja al momento de trazar e identificar redes de influencia e intercambio entre los diferentes actores.

Al terminar el libro quedan preguntas en el aire como cuál será la evolución de estos grupos o sus nuevos objetivos y cómo impactarán en el futuro de Latinoamérica. La confronta-

ción constante de las derechas ha saldado en varias victorias, como un presente cada vez más desideologizado con el triunfo de una retórica neoliberal en redes sociales y otros espacios de socialización política. La reacción agresiva contra los avances en políticas sociales y los discursos negacionistas están en auge, frente a una marea rosa cada vez más debilitada.

**Luciana Bauzá Campodónico**  
Universidad de la República, Uruguay

Cormick, Silvina (editora). *Mujeres intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Editorial SB, 2022, 292 pp.

Fruto de una investigación colectiva, interdisciplinaria y de largo aliento (las primeras inquietudes fueron puestas en común en 2018), esta obra recorre el quehacer de una docena de mujeres intelectuales latinoamericanas, desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX. Rastreado la trayectoria de destacadas participantes de los universos de las ciencias, las artes y la política, *Mujeres intelectuales en América Latina* parece postularse como aporte significativo en un campo de estudios que ya dista de ser marginal, como lo es el de la historia de los intelectuales.

Cabe comenzar apuntando que esta contribución historiográfica está potenciada por los aportes de la perspectiva de género. La lectura evidencia que este es un libro que ha reflexionado y tomado postura con respecto a los debates teóricos sobre el asunto. Su editora, la historiadora Silvina Cormick, explicita estos lineamientos en la introducción al volumen: las trayectorias individuales estructuran cada capítulo, pero se las asume no como casos extraordinarios capaces de vencer toda dificultad, sino como muestras concretas de lo posible —y sus límites— para algunas mujeres en esas circunstancias.

Lo que prueba el crisol de trayectorias investigadas es que las «ciudades letradas» latinoamericanas fueron campos conformados, desde fines del siglo XIX, por varones y mujeres a la vez. Si bien en su gran mayoría en condiciones adversas y debiendo pagar un precio por ello, las mujeres también fueron actrices significativas de ese espacio. En ese entendido, alumbrar sus vidas y comprender los obstáculos que debieron superar, sin reducir el relato a ellos, es tal vez el aporte más osado y justo de este trabajo.

El enfoque elegido también habilita otra originalidad. Trascendiendo los abordajes biográficos clásicos de los intelectuales, centrados en el análisis de sus obras, los autores y autoras ponen el foco en los vínculos de estas mujeres

con el campo intelectual. Es decir, de qué maneras específicas lograron (o no) hacerse un espacio en esa atmósfera, de qué capitales (internos y externos) se valieron para ser reconocidas entre sus colegas, qué costos conllevaron esos reconocimientos a nivel profesional y personal, y cuáles fueron las repercusiones materiales de esas decisiones. La apuesta por visualizar las trayectorias individuales atravesadas por entramados de tensiones y pactos con otros actores del entorno diluye aquello de las «esferas separadas» de la historia de los varones y las mujeres, dificultad clásica planteada por la historiadora feminista Joan Scott desde mediados de la década del ochenta.

En cuanto a la estructura, luego de un prefacio a cargo de Claudio Lomnitz y de la citada introducción escrita por Cormick, el libro se divide en doce capítulos, ordenados cronológicamente, cada uno de ellos centrado en una personalidad. Los dos primeros están hermanados no solo por la zona geográfica a la que pertenecieron las sujetas investigadas, el Río de la Plata, sino también por la profesión a la que dedicaron sus vidas: la medicina. Son los casos de Cecilia Grierson (argentina) y Paulina Luisi (uruguaya), ambas primeras mujeres médicas de sus países y baluartes de los feminismos de inicios de siglo. Sus contribuciones a ambos ámbitos —la educación y el feminismo— son estudiadas por las investigadoras Flavia Fiorucci e Inés de Torres respectivamente.

El tercer y el cuarto capítulo se alejan del espacio universitario de fines del siglo XIX para bucear por los caminos de dos intelectuales nacidas a ambos extremos del continente: es el caso de Carmen Lyra, costarricense, y Gabriela Mistral, chilena, premio Nobel de Literatura en 1945. A cargo de los historiadores Dennis Arias Mora y Silvina Cormick, estos apartados se preguntan por la serie de operaciones narrativas e intelectuales que configuraron, en el primer caso, la vinculación de Lyra con el Partido Comunista y la vida política de Costa Rica, y

en el segundo, la catapulta de Mistral al núcleo del campo intelectual chileno y ulteriormente latinoamericano y global.

La siguiente dupla de capítulos, desde diferentes abordajes, se detiene en mujeres cuya vida intelectual tuvo borrosos límites y longevas tensiones a la vez con la creación artística y la acción política: son los casos de la argentina María Rosa Oliver y la mexicana Amalia de Castillo Ledón, a cargo de la filósofa Cecilia Macón y la historiadora Gabriela Cano respectivamente.

El séptimo capítulo, escrito por la historiadora Dina Comisarenco Mirkin, intenta echar luz sobre la vida de la artista Carmen Mondragón, comúnmente conocida como Nahui Olin. Con una voluntad activa por trascender los rumores más lapidarios sobre la pintora, Comisarenco Mirkin investiga aspectos hasta ahora nebulosos de su trayectoria artística, en particular los vínculos explícitos y eclécticos con la corriente muralista y la teoría de la relatividad, centrales para la artista mexicana.

Los tres apartados a continuación analizan el trillar de mujeres cuyas vidas estuvieron atravesadas por la militancia política y las tensiones constantes con los partidos que las ampararon, en particular el Partido Comunista. Son los casos de la uruguaya Blanca Luz Brum, estudiada por el historiador Jorge Myers, la argentina Nydia Lamarque, a cargo de la investigadora Laura Prado Acosta, y la cubana Mirta Aguirre, por el historiador Rafael Rojas. Esta tríada de historias permite observar las evoluciones del pensamiento de estas intelectuales y los virajes ideológicos por los que fueron optando a lo largo de sus vidas.

Finalmente, los últimos capítulos estudian los caminos de dos brasileñas cuyos recorridos fueron a la vez tan originales como disímiles entre sí: son los casos de Zélia Gattai, anali-

zada por la socióloga Maria Alice Rezende de Carvalho, y Gilda de Mello e Souza, por la también socióloga Heloisa Pontes. Gattai, escritora que forjó su carrera en la tensión de su lugar de «esposa de» Jorge Amado, y de Mello e Souza, intelectual universitaria cuya vida se espeja, en un osado ejercicio comparativo, con la trayectoria de la preeminente argentina Victoria Ocampo.

La lectura de este trabajo permite visualizar, de manera conjunta, la singularidad de las trayectorias, los contextos y las oportunidades de cada una de estas mujeres, a la vez que iluminar diversos elementos transversales que las unen. Cabe mencionar, a modo de cierre, algunos de ellos. Para empezar, nómbrase el vínculo fundamental con el sistema educativo y en particular el magisterio, a la vez como posibilidad y límite en la legitimación dentro del campo intelectual. Otro aspecto es la participación o la discrepancia (pero en casi ningún caso la indiferencia) con los feminismos, o bien con diversos partidos de izquierda —en particular el Comunista—, o también con movimientos y organizaciones antifascistas, vinculados en su mayoría al apoyo republicano en la Guerra Civil española. Finalmente, pueden observarse como aglutinantes las diversas y empecinadas estrategias de estas mujeres para forjarse un nombre propio y obtener rédito —económico, simbólico— de su intelecto.

Por todo lo mencionado, y haciendo eco de las palabras de Claudio Lomnitz en el prólogo, este libro se configura como un aporte indispensable para los historiadores de la cultura letrada en América Latina.

**Julieta de León Maruri**

**Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay**

Dip, Nicolás. *Movimientos estudiantiles en América Latina. Interrogantes para su historia, presente y futuro*. Buenos Aires: Clacso, IEC-Conadu, 2023, 83 pp.

El título de este libro es llamativo por su amplitud geográfica —América Latina— y cronológica —pasado, presente y futuro—. Sin embargo, el autor advierte inmediatamente sobre la imposibilidad de abarcar de manera exhaustiva el objeto de estudio y sobre las ineludibles carencias. En la introducción, define con claridad los objetivos del libro: es concebido como una «puerta de entrada a problemáticas clave para cualquier persona interesada en el activismo estudiantil». Está entonces destinado a un público no especialista, e incluso no académico, acorde con la opción por el formato de bolsillo, de mayor accesibilidad. No aporta nuevos conocimientos, pero busca ofrecer un panorama sintético de las problemáticas que atraviesan los estudios sobre los movimientos estudiantiles, basándose en una bibliografía donde las obras clásicas sobre el tema son actualizadas gracias a los aportes de investigaciones recientes. Aunque se pueda distinguir un hilo cronológico, el libro se organiza en torno a cuestiones transversales y muy amplias. Esta estructura tiene la virtud de superar el enfoque centrado en el marco nacional y en ciclos de protesta acotados en el tiempo, que todavía predomina en este campo de estudio. Posibilita, además, contemplar conjuntamente los movimientos estudiantiles y los distintos abordajes que fueron adoptados en las últimas décadas por historiadores, sociólogos y politólogos. Así, cada apartado sintetiza el conocimiento producido y los debates historiográficos, presenta algunos ejemplos significativos y se cierra con una serie de preguntas que enfatizan la apertura del objeto de análisis y de los interrogantes planteados.

Como punto de inicio, el trabajo vuelve sobre la definición del movimiento estudiantil. Sin negar su heterogeneidad según los momentos y los lugares, propone algunas características generales, tales como la necesidad de una organización colectiva y la articulación, en las demandas, entre lo educativo y lo político. La segunda parte se pregunta por la importancia

del movimiento estudiantil. A tal fin, construye una genealogía que incluye los cuestionamientos de intelectuales como Aldo Solari o Juan Carlos Portantiero en los años sesenta, las afirmaciones sobre la muerte del movimiento estudiantil que cobraron fuerza en los ochenta y las recientes revisiones de los análisis anteriores, alentadas por los estallidos de la protesta estudiantil en los últimos años. Los dos apartados siguientes son los únicos que se refieren a episodios históricos específicos: abordan respectivamente la Reforma de Córdoba de 1918 y las protestas de 1968. Esta elección se justifica por la trascendencia de ambos acontecimientos, su amplitud geográfica, y su impacto en la historia del movimiento estudiantil latinoamericano y en la memoria colectiva. En lo que atañe a la Reforma, presenta sus principales reclamos —inicialmente la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad y la libertad de cátedra, agregándose luego la autonomía, la gratuidad de la enseñanza y las actividades de extensión—, pero reubica también este evento en un marco más amplio, evocando el complejo entramado de disputas por su interpretación y su memoria, así como la multiplicidad de sus reapropiaciones a lo largo del siglo XX. Para el 68, recalca una doble concepción. Por un lado, se puede entender en un sentido cronológico, incluyendo entonces esencialmente las protestas en México, Brasil y Uruguay. Por otro lado, es posible considerarlo como la designación simbólica de un amplio abanico de problemáticas y procesos que el movimiento estudiantil atravesó en ese período, tales como la radicalización política y la opción por la lucha armada, la injerencia de Estados Unidos en las políticas educativas en el contexto de la Guerra fría o la afirmación de un compromiso renovado de la Universidad con la sociedad y en particular con las clases populares. Según esta segunda acepción, la expresión de la disconformidad de los estudiantes en los sesenta aparece como una ampliación y profundización del legado de Córdoba.

El libro, acercándose a la actualidad del movimiento estudiantil, se pregunta luego si está vivo, haciendo referencia a los observadores pesimistas de los ochenta, ya mencionados. Apoyándose en numerosos ejemplos, busca demostrar, en cambio, la vitalidad del movimiento estudiantil. Ofrece un recorrido que empieza por protestas que estallaron en los ochenta, en particular en contextos de transiciones democráticas, y evoca las luchas de los noventa que incluyeron reclamos contra la implementación de reformas de cuño neoliberal en el ámbito educativo (medidas tales como reducciones presupuestales, aranceles o que permiten el afianzamiento del sector privado). Para el siglo XXI, destaca la integración de la problemática de la violencia de género en las demandas y la influencia del activismo feminista en las dinámicas del movimiento estudiantil, al proponer por ejemplo modos de organización horizontales como alternativa a las estructuras gremiales tradicionales, jerarquizadas y esencialmente masculinas. Estos cambios recientes aparecen, además, como una prueba de la capacidad del movimiento estudiantil de adaptarse e innovar, de enriquecer su repertorio de acciones colectivas y de tejer alianzas con otros sectores u organizaciones. Llegando hasta la actualidad, termina interrogando el impacto de la pandemia de covid-19 y el consiguiente cierre de los centros educativos, con honda repercusión en la enseñanza, la socialización juvenil y las posibilidades de reunión y movilización.

A modo de cierre, el libro retoma algunos lugares comunes sobre los movimientos estudiantiles —que predominan en la memoria colectiva— y presenta avances realizados en pos de proponer otros relatos y visibilizar otros actores. Se refiere primero a los discursos esencialmente masculinos que ocultan el rol de las mujeres en el movimiento estudiantil a lo largo del siglo XX. Alude después a la tendencia a acotar la mirada a la construcción de identidades políticas asociadas a las izquierdas, que desdibuja la

heterogeneidad del estudiantado y sus pugnas internas. Recuerda también el sesgo historiográfico que privilegia ciertos espacios —ciudades, países o regiones— mientras otros siguen marginados. Finalmente, contempla los discursos producidos por militantes de generaciones anteriores, que a menudo analizan las protestas recientes a la luz de su propia historia, llevándolos por ejemplo a cotejar algunas experiencias actuales de militancia con las estructuras gremiales que conocieron. Esto puede implicar un cierto desdén, pero también una concepción rupturista y en términos de novedad. Al resaltar, en cambio, la vigencia de las organizaciones tradicionales y de ciertos reclamos tales como la gratuidad de la enseñanza, el autor sugiere la posibilidad de superar la reflexión en términos de «nuevo» y «viejo», para pensar en cambio fenómenos de reapropiaciones y resignificaciones. Este planteo, aquí aplicado a la actualidad, podría incluso ser extendido a la historia del movimiento estudiantil a lo largo del siglo XX.

Como fue anunciado en la introducción, este libro no aspira a la exhaustividad, sino a un recorrido sintético por algunas grandes problemáticas que atraviesan el movimiento estudiantil, su memoria y su estudio. No tendría entonces aquí ninguna relevancia indicar ausencias o carencias. Sin embargo, acorde con la vocación didáctica y el afán de historizar del libro, es posible advertir un asunto central que aparece como presupuesto, pero que, de haber sido problematizado, hubiera podido ser objeto de un apartado en torno a las siguientes preguntas: ¿existe un movimiento estudiantil latinoamericano?, ¿cuáles son sus características?, ¿en qué medida es relevante la escala regional para el estudio del movimiento estudiantil?, ¿cómo se articula con otras escalas de análisis?, ¿cómo se relaciona la región con otros espacios?

Camille Gapenne

Universidad de la República, Uruguay y  
Université Lyon 2, Francia

Demasi, Carlos. *El Uruguay en transición (1981-1985). El sinuoso camino hacia la democracia*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2022, 407 pp.

*El Uruguay en Transición...* es un aporte valioso a la historiografía sobre la salida de la última dictadura civil-militar hacia la democracia en Uruguay. En un campo que ha sido objeto de múltiples investigaciones, desde la Ciencia Política hasta la Historia, este libro plantea preguntas que ofrecen una perspectiva alternativa a la transitología, que ha dominado los análisis sobre el período. Demasi quita univocidad a los conceptos de transición y democracia, al interrogarse qué significaban para los distintos actores, Fuerzas Armadas, partidos políticos, y Movimientos Sociales, y qué posibilidades tenían estos, según el contexto, de desarrollar sus concepciones y prácticas políticas. El libro se estructura en una extensa presentación, un breve epílogo, y tres partes centrales de extensión similar: *El «Plan Político» de 1981*, *La transición paralizada* y *La salida*.

En la presentación el autor establece sus objetivos y estrategias teórico-metodológicas. En primer lugar, se aleja de los análisis que se basan en la idea de una «transición modelo», centrada en los partidos políticos tradicionales y en una concepción liberal de «democracia mínima» (cercana a la poliarquía) como destino de toda transición. En este sentido, recupera la contingencia histórica al definir la transición como un encadenamiento de coyunturas críticas con futuro indefinido, en las que existen diversas «democracias posibles». Desde esta perspectiva, para ver los sentidos específicos a cada contexto, opta por privilegiar el uso de fuentes escritas de época. En segundo lugar, destaca el papel de los movimientos sociales, a menudo ignorados en otros análisis o considerados sujetos que podían poner en peligro la democracia, como elementos clave en la recuperación de esta. Por último, dedica un espacio para analizar el plebiscito constitucional de 1980. Como ha señalado en otros trabajos, para Demasi, el rechazo que tuvo la propuesta del gobierno dictatorial no marcó el inicio de la transición. Por el contrario, aunque introdujo la idea de apertura y abrió un pequeño espacio

para los partidos políticos, también generó una suerte de paralización.

La primera parte del libro aborda el período que va desde junio de 1981, con la presentación del nuevo «Plan Político» de la dictadura, hasta la suspensión de las negociaciones en el Parque Hotel en julio de 1983. A lo largo de este apartado se describen el ascenso de Gregorio Álvarez a la presidencia y los intentos de crear el Partido del Proceso, las elecciones internas y la reaparición del Frente Amplio con la consigna del voto en blanco, el surgimiento de una incipiente sociedad civil movilizadora, las presiones internacionales, y las conversaciones en el Parque Hotel. Pueden destacarse tres dimensiones en el análisis. En primer lugar, los cambios en los sentidos democráticos, inicialmente marcados por la aceptación de una democracia tutelada, bipartidista y con proscripciones, y luego resquebrajados por la reaparición del Frente Amplio y la movilización social. En segundo lugar, se analizan las tensiones internas y externas en las Fuerzas Armadas y los partidos frente a la posibilidad de radicalizar sus propuestas u obtener un mínimo aceptable en las negociaciones. Por último, se revisa el diálogo en el Parque Hotel no como un fracaso, sino como una experiencia relevante en la que los actores calibraron los límites de sus demandas hacia el futuro.

La segunda parte abarca desde agosto de 1983 hasta junio de 1984, desde la interrupción de las negociaciones en el Parque Hotel hasta el regreso de Wilson Ferreira del exilio. El autor resalta el papel destacado que asumen los movimientos sociales: la reorganización del movimiento sindical y del movimiento estudiantil, la «Ley de asociaciones profesionales», los caceroleos, y la creciente demanda sobre los derechos humanos, especialmente a través del Servicio de Paz y Justicia (Serpaj). Asimismo, se aborda el acto del Obelisco, la experiencia de la Intersocial y la creciente relevancia de la izquierda, las distintas estrategias partidarias, el

impacto de la experiencia aperturista argentina, y las tensiones internas en las Fuerzas Armadas con la disminución de la influencia de Álvarez. En términos analíticos, se destaca cómo la creciente movilización social influyó en las estrategias de los partidos y de los militares. Por un lado, se muestran tensiones entre concepciones democráticas que apuestan más a lo electoral y otras de índole más participativa. Por otro, se evidencia una transformación en las demandas sociales que inicialmente buscaban una mayor radicalidad, pero que, con el tiempo, adoptaron una posición más orientada a un diálogo que habilitara una pronta liberalización. También se analiza cómo las desproscripciones, la amnistía y los derechos humanos se fueron volviendo nudos centrales del debate. Por último, se remarca cómo las figuras que abogaron por un enfoque más dialoguista ganaron legitimidad en el campo político, tanto en los partidos políticos como en las Fuerzas Armadas, lo que significaría el fracaso de la estrategia wilsonista.

La tercera parte examina el período que inicia con las negociaciones en el Club Naval en julio de 1984, y culmina con la asunción del nuevo gobierno presidido por Julio María Sanguinetti en marzo de 1985. El autor narra detalladamente el contexto previo, el desarrollo y las consecuencias del acuerdo, así como cuestiones más sensibles, como la ausencia de los derechos humanos en dichos acuerdos, y las reuniones paralelas entre Sanguinetti y el comandante del Ejército, Hugo Medina. También se abordan las estrategias partidarias, que tuvieron que desarrollarse entre la negociación y la campaña electoral, la influencia de la transición española, y la experiencia de la Concertación Nacional Programática (Conapro). Varios aspectos son relevantes en el análisis. En primer lugar, se destaca la reconfiguración del campo político tras el Club Naval, que legitimó a Sanguinetti y su lema de «cambio en paz» en el Partido Colorado, así como a Seregni en el

Frente Amplio, y confirmó el fracaso de la estrategia de radicalización del wilsonismo. En segundo lugar, se evidencia una tensión, en un campo político que tendía hacia la izquierda, entre la dimensión política de la transición (el acuerdo), y la dimensión socioeconómica que involucra a los movimientos junto a los partidos (Conapro). Por último, se observa un predominio de la dimensión política y los partidos políticos al final del período, particularmente después de las elecciones, cuando las demandas de los derechos humanos y las reformas socioeconómicas van siendo dejadas de lado por el nuevo gobierno.

A lo largo del libro algunos elementos dejan ciertas interrogantes. En particular, en relación con los movimientos sociales. La frontera entre estos y la sociedad en general a veces parece difuminarse, lo cual resulta un tanto problemático, más cuando se le asigna a esta última determinadas sensibilidades. Paralelamente, el papel protagónico que se le asigna a los movimientos se desdibuja por momentos. En la narración, la influencia que adquieren los movimientos no deja de funcionar como un telón de fondo para el desarrollo de las estrategias de los partidos y de las Fuerzas Armadas, que son descritas con una narrativa mucho más densa y pormenorizada. No obstante, el trabajo de Demasi es una apuesta importante con un enfoque novedoso, al asignar al proceso de transición la incertidumbre del contexto. Como es propio de los trabajos del autor, es muy destacable la problematización de las dimensiones temporales de la transición, y también la del campo político como un espacio de múltiples relaciones variables que, en este caso, dan lugar a nuevos actores.

**Diego Grauer Martínez**  
Archivo Sociedades en Movimiento,  
Universidad de la República, Uruguay

Ariel, De Brun, Julio, Moraes, Juan Andrés, Oddone, Gabriel. *Una mirada al medio siglo de historia del Banco Central del Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2021, 470 pp.

Este libro colectivo responde a una iniciativa de la Presidencia y del Directorio del propio Banco Central del Uruguay (BCU) en 2016. En ella, fueron financiados la elaboración de un libro coordinado por Silvana Harriet que aún está inédito (2017) y el libro objeto de esta reseña. En ese sentido, trata de un nuevo aporte a un conjunto cada vez más significativo de trabajos sobre instituciones económicas del sector público en el que pueden englobarse las historias de las empresas públicas, así como también la historia de la OPP coordinada por Luis Bértola (Montevideo: Fin de Siglo, 2018).

Los cuatro autores del libro tienen trayectorias diversas, pero todos con foco en el análisis económico. Ariel Banda es un economista con una larguísima trayectoria en el BCU. Julio De Brun, economista y militante del Partido Colorado, ocupó la Presidencia del BCU a partir de los cambios en el equipo económico tras la crisis del 2002. La participación de Gabriel Oddone y Juan Andrés Moraes se explica por sus trayectorias académicas en estudios económicos de largo plazo: el primero, especializado en Historia Económica, el segundo, en Ciencia Política.

La mirada histórica sobre el BCU que el libro nos ofrece consta de ocho capítulos cuyo criterio de demarcación es cronológico, asentado en una descripción por etapas. La delimitación por momentos es política. De esta forma, se puede destacar el capítulo sobre la presidencia del BCU de José Gil Díaz durante la dictadura o la gestión de Ricardo Pascale durante el primer gobierno de Julio María Sanguinetti, con énfasis en la administración de la crisis de la deuda, entre otros. En algunos capítulos, pareciera que el criterio de periodización se corresponde con problemas económicos o institucionales, como ser la crisis económica del 2002 y su salida o los debates en torno a la creación de un Banco Central en Uruguay.

Por su objeto, es posible afirmar que es un libro de Historia Económica cuyo foco está en los avatares de la política económica. Lectoras y lectores podrán apreciar una narrativa sobre la política monetaria, la política cambiaria, la dinámica de regulación bancaria y las dificultades inherentes a la gestión de la deuda (pública, privada, interna y externa), así como también las restricciones que impone la negociación con los organismos multilaterales de crédito como el Fondo Monetario Internacional. De hecho, el texto aporta nueva y valiosa evidencia sobre acontecimientos muy relevantes del acontecer económico de la historia uruguaya: la crisis bancaria de 1965 y las discusiones en torno a la creación del BCU en Uruguay; la política económica de la dictadura y la tablita; las crisis de deuda de 1982 y 2002; la gestión de la deuda en los ochenta y los noventa con detalles incluso de las negociaciones de parte del Estado uruguayo; las dificultades inherentes al rol del BCU como regulador de bancos; el repertorio de estrategias para combatir la inflación que fueron desde el congelamiento de precios y salarios, la tablita y las bandas de flotación, hasta las metas inflacionarias que rigen en la actualidad, entre otros.

Dado que reseñar capítulo a capítulo excedería ampliamente la extensión prevista en esta reseña, solo mencionaré a modo de ejemplo el capítulo cuarto, que analiza el período de 1985-1989 durante la presidencia de Ricardo Pascale en el BCU. Allí, se combinan de forma virtuosa el análisis histórico, el análisis económico y los desafíos institucionales del Banco Central. Por un lado, se analizan la consolidación de un nuevo equipo económico para la transición democrática y los desafíos que las demandas políticas suponían, en particular, algunos de los consensos de la Concertación Nacional Programática. Por otro lado, la herencia de un conjunto de problemas económicos significativos que se profundizaron en dictadura, como ser los problemas del endeudamiento interno, los problemas del endeudamiento externo y los desafíos de la re-



gulación bancaria en un sistema que estaba al borde del colapso. Por último, la necesidad de profesionalizar y mejorar el funcionamiento del BCU, que se veía expuesto a gestionar demandas cada vez más complejas y negociaciones con organismos multilaterales cada vez más sofisticadas. Allí, aparecen elementos sobre el desarrollo del Estatuto del funcionario y la apuesta por la formación a los funcionarios.

Más allá de lo mencionado en el párrafo anterior, es importante reafirmar que el libro hace contribuciones que trascienden ampliamente la historia de la política económica y da cuenta de la circulación de las ideas económicas, en particular, de la Escuela de Chicago en dictadura, de los procesos de formación y profesionalización de los economistas y, muy particularmente, del vínculo entre técnica (economistas) y política. De esta forma, los lectores podrán conocer la importancia en el ejercicio de la política económica de muchos técnicos del BCU, como ser Umberto Della Mea, Fernando Barran o el propio Ariel Banda, uno de los autores del libro.

Seguramente, por tratarse de un libro de autoría colectiva, es posible identificar dos partes bien diferenciadas. Los primeros cuatro

capítulos, que llegan hasta la década de los noventa del siglo XX, dan cuenta al detalle de un conjunto significativo de acontecimientos que conciernen al BCU. El uso de documentación interna del banco como fuentes es clave en estos capítulos (actas de directorio, informes internos, etc.). Los cuatro capítulos finales, que van desde los noventa hasta el 2015, se estructuran más en torno a problemas económicos y de política económica en los que se analizan los desafíos y el accionar del BCU en dichos entornos. Tal vez por eso, los primeros capítulos logran hacer aportes analíticamente consistentes a la vez que son de fácil lectura para un público no especializado. En la segunda mitad, se gana en densidad analítica a la vez que la lectura se vuelve un tanto más árida para públicos no familiarizados con la doxa económica. Pero el libro no deja de perder unidad ni hilo conductor y su lectura deja abiertas un conjunto de interrogantes sobre la historia de nuestro país que ojalá futuras investigaciones intenten responder.

**Pablo Messina**

**Facultad de Ciencias Económicas y de  
Administración, Universidad de la República,  
Uruguay**

Tortti, María Cristina y González Canosa, Mora (directores); Bozza, Juan Alberto (coordinador). *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Prohistoria, 2021, 314 pp.

La presente obra supone, probablemente, la mayor síntesis colectiva referida a los estudios e investigaciones sobre *la nueva izquierda* argentina. Fruto del extenso trabajo de un grupo de investigación consolidado, el libro dirigido por María Cristina Tortti y Mora González Canosa y coordinado por Juan Alberto Bozza, recopila una serie de investigaciones conceptuales y empíricas heterogéneas, articuladas de manera coherente en función de la naturaleza de su objeto de estudio.

Adoptando una periodización iniciada por el influjo de la Revolución Cubana en una Argentina marcada por el escenario de crisis y conflictividad posperonista, y cerrándose con el golpe de Estado de 1976, los autores consideran a *la nueva izquierda* como una categoría exploratoria y amplia, reconociendo fronteras flexibles y rehuyendo de los encasillamientos rígidos y restrictivos del término. De esta manera, pretenden comprender bajo la categoría de nueva izquierda a un movimiento de movimientos protagonizado por actores heterogéneos, que a lo largo de ese período impulsó un ciclo de movilización que cuestionó la estructura de las relaciones capitalistas de la sociedad argentina.

En este sentido, aunque teniendo en cuenta el fenómeno de la violencia como un elemento importante del período, a diferencia de las investigaciones clásicas sobre la historia reciente argentina el libro desplaza el eje analítico central de la violencia, y logra así abarcar diversas expresiones políticas, sociales y culturales que, al formar parte de ese ciclo de movilización, deben ser consideradas como parte de la *nueva izquierda*. La obra también presenta diferentes escalas espaciales de análisis, evidenciadas a través de capítulos que reconstruyen experiencias transnacionales y continentales, así como también nacionales, regionales o locales.

Abordando algunas nociones y conceptos claves que serán retomados en múltiples ocasiones a lo largo del libro, los capítulos iniciales

de Tortti y González Canosa (en coautoría con Mauricio Chama) operan como una imprescindible introducción a la obra. Ofreciendo un extenso estado de la cuestión —Tortti sobre los estudios de *nueva izquierda* en Argentina; González Canosa y Chama sobre los conceptos de «politización» y «radicalización»— los capítulos proponen un recorrido historiográfico tremendamente útil sobre nociones que han ocupado un lugar central en los estudios sobre la historia reciente argentina. En ellos, ponen en discusión sus usos y sentidos, los debates teóricos y conceptuales suscitados, así como también su operatividad analítica.

Los restantes capítulos que componen el libro constituyen investigaciones de experiencias específicas que, mediante la variación de la escala de análisis, la novedad de las organizaciones estudiadas o la adopción de fuentes, métodos o cronologías variadas, suponen un aporte novedoso al amplio campo de estudios abarcado por el concepto de *nueva izquierda*.

Ejemplo de la novedosa utilización de fuentes es el capítulo de Juan Alberto Bozza que recurre a documentos de la CIA y adopta un enfoque transnacional de la guerra fría, para estudiar el proceso de radicalización latinoamericano. Especialmente, analiza las repercusiones del conflicto chino-soviético en la *nueva izquierda* latinoamericana a partir de la utilización de informes provenientes de uno de los actores principales de reunión de información y diseño de dispositivos de contención y destrucción de los movimientos revolucionarios.

Un abordaje diferente y original presentan los artículos de Nayla Pis Diez y Fernanda Tocho. La primera de ellas reconstruye la inserción, las acciones y los discursos de la *nueva izquierda* en la universidad, puntualmente, en la Universidad Nacional de la Plata (UNLP) durante 1969-1972 a partir del estudio de dos grupos identificados con ella: el Frente de Agrupaciones Universitarias de

Izquierda (FAUDI), brazo universitario del Partido Comunista Revolucionario (PCR), y la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), espacio vinculado a la Izquierda Peronista. En el caso de Tocho, la investigadora propone un cruce de estudios enfocados en el peronismo, las militancias de la *nueva izquierda* en los setenta y el Estado, enfocándose en la participación de militantes de la Tendencia Revolucionaria del peronismo en el Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, bajo la gobernación de Oscar Bidegain durante 1973. A pesar de evidentes diferencias, ambos capítulos poseen el elemento común de analizar el vínculo entre la *nueva izquierda* y las esferas que trascienden la concepción clásica de la política revolucionaria, es decir, más allá de lo armado. Aunque reconocen los claros vínculos políticos, ambas logran reconstruir lógicas militantes específicas, tanto universitarias como las referentes a la gestión pública, y evidencian así continuidades, rupturas, matices y especificidades de la militancia revolucionaria en un sentido amplio.

Como una novedad en cuanto a su objeto de estudio, los capítulos de Fernanda Volonté y Mariela Stavale centran su análisis en experiencias poco investigadas o, más bien, investigadas en función de su vínculo con otras organizaciones o procesos mayormente atendidos por la historiografía, infravalorando así su posición como exponentes legítimos de la *nueva izquierda*. En el caso de Volonté, realiza un recorrido por las experiencias, ideas y propuestas del Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP) en Santiago del Estero y Tucumán entre 1961-1965, aportando también un enfoque regional que permite trascender los procesos de activación y radicalización política centrados fundamentalmente en los grandes centros urbanos del país. A través de su recorrido, pretende comprender al FRIP como un actor de la *nueva izquierda* localizado en el noroeste argentino, con sus rasgos distintivos, y no solo como uno de los antecedentes políticos del PRT-ERP, como ha sido mayoritariamente concebido por la bibliografía precedente. El capítulo de Mariela Stavale analiza un sector poco explo-

rado del peronismo revolucionario: la corriente alternativa. La autora busca contribuir a los estudios que buscan romper con la homologación de la Tendencia Revolucionaria del peronismo con Montoneros y la Juventud Peronista Regionales (JPR) ya que, aunque estas fueron sus organizaciones hegemónicas, no fueron de ninguna manera las únicas que la integraron. En este sentido, Stavale procura analizar la experiencia desde la noción de «izquierdización» del peronismo, utilizando de manera invertida la extendida noción de análisis que ha puesto el foco en la «peronización» de actores que habían emergido desde tradiciones de izquierda.

En el caso del análisis de organizaciones que practicaron la violencia política, que no necesariamente suponen una novedad en el campo, los capítulos de Juan Cisilino sobre el PCR y Santiago Stavale sobre el PRT-ERP intentan presentar un abordaje original al respecto. Cisilino reconstruye los debates que se desarrollaron en el seno del PCR durante su proceso de fundación, en especial los vinculados con el concepto de «lucha armada», pero no circunscribiendo este último únicamente a las acciones de las organizaciones guerrilleras, sino definiéndolo en función de la asunción de la violencia como un recurso estratégico y táctico en pos del acceso al poder. De acuerdo con una concepción más abarcadora del término y reconstruyendo la discusión sobre las modalidades de la lucha armada suscitadas por la influencia del Che Guevara y del acontecimiento del Cordobazo, pretende analizar las distintas modalidades de ejercicio de la violencia política, la legitimidad de su uso, así como también los sujetos que debían ponerla en práctica o los modelos organizativos que de estas definiciones se desprendían. En el caso de Stavale, el autor pone en discusión los argumentos que rechazan la caracterización del PRT-ERP como parte de la *nueva izquierda* debido a su estructuración como partido basado en el modelo marxista-leninista y de su análisis del peronismo según las categorías clásicas del marxismo. A partir del estudio de la concepción teórica revolucionaria perretista, definida por el autor como «guevarismo vietnamita» y de la reconstrucción del lugar que ocupó el PRT-ERP

en una experiencia revolucionaria continental como la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), Stavale busca defender su hipótesis de que el PRT-ERP fue uno de los ejemplos más claros en el territorio argentino de lo que podríamos denominar como *nueva izquierda* latinoamericana.

Por último, el capítulo de María Cristina Tortti cierra el libro con un recorrido de la experiencia de la revista mexicana *Controversia* integrada por intelectuales peronistas y socialistas argentinos exiliados, los cuales habían formado parte del ciclo de movilización de la *nueva izquierda* clausurado con el golpe de 1976. La autora pretende identificar el cuadro conceptual al que estos recurrieron para procesar la crítica del pasado reciente y de la derrota política y militar de las organizaciones de la nueva izquierda. De manera intelectualmente provocadora y sugestiva, Tortti propone analizar los

números publicados entre 1979 y 1981, no como un punto de partida de las nuevas revisiones de la historia reciente argentina, sino como un punto de llegada de la experiencia de la *nueva izquierda* ahora en el exilio.

En resumen, el libro constituye una contribución central para el campo de estudios de la *nueva izquierda* argentina y la historia reciente. Es una obra que, a través del diálogo constante y muy bien articulado entre elementos y herramientas conceptuales con innovadores análisis de experiencias concretas, no solo se erige como una lectura de imprescindible consulta sobre el tema, sino que también permite y estimula el trazo de nuevas líneas de investigación sobre la *nueva izquierda* en el continente latinoamericano.

Franco Morosoli Sevi  
Universidad de la República, Uruguay

Wschebor, Isabel (coordinadora). *Los estudios audiovisuales detrás de la pantalla. Diez años del Laboratorio de Preservación Audiovisual del Archivo General de la Universidad de la República*. Montevideo: Doble Clic, 2022, 208 pp.

¿Por qué hacer preservación audiovisual en la Universidad de la República? La respuesta no era obvia hace diez años, aun cuando la sociedad civil y varias dependencias del Estado ya advertían sobre la necesidad de salvaguardar en mejores condiciones y con mayores recursos el patrimonio fílmico. El Laboratorio de Preservación Audiovisual del Archivo General de la Universidad (LAPA-AGU) surgió en diálogo con ese diagnóstico y respondió con contundencia a la pregunta que inaugura esta reseña. El libro es un testimonio de ello. No solo porque en él se narran experiencias de rescate y preservación de materiales audiovisuales producidos a lo largo del siglo XX uruguayo, sino porque en este recorrido el texto hilvana profundamente tareas de investigación, enseñanza, extensión y formación de los docentes y funcionarios que integran el laboratorio.

A pesar de esta introducción, el texto no puede reducirse al testimonio de una fructífera política universitaria. Mucho más que eso, la efeméride sirve de excusa al LAPA-AGU, bajo la coordinación de Isabel Wschebor, para recorrer su historia desde miradas enraizadas en el archivo que, al mismo tiempo, lo abren como espacio de configuraciones múltiples. Por un lado, los capítulos abordan introspectivamente la práctica y experiencia en el propio archivo, mediante la narración del descubrimiento de materiales olvidados o descuidados, los procesos de identificación y tratamiento de sus deterioros, las formas de clasificación de los acervos, los dilemas para definir criterios que establezcan prioridades de trabajo, los desafíos para su digitalización y las estrategias de difusión y disponibilización.

Desde esta mirada hacia el archivo, los textos dan un lugar destacado a la tecnología como dispositivos a explorar y adaptar para atender a los tratamientos que los materiales demandan y como vía para permitir que sean accesibles —especialmente a través de la plataforma Access to Memory (AtoM)—. Atraviesa el libro el trabajo

artesanal y manual sobre antiguas tecnologías que pone en juego saberes de la ingeniería, informática, historia del cine y archivística, por mencionar algunos. En este proceso, los textos subrayan ya desde su introducción —a cargo de Wschebor— la dimensión política en esta operación, es decir, la voluntad de hacer de la adecuación tecnológica una alternativa para la digitalización y accesibilidad del patrimonio en aquellos países que tienen recursos e infraestructuras muy limitadas.

Por otro lado, estas perspectivas hacia el archivo —sus soportes, sus tratamientos, su tecnología— dialogan en los textos del libro con pistas posibles de investigación del acervo del LAPA-AGU a partir de su vinculación con otros archivos o materiales documentales y con diversos campos disciplinarios, como los estudios de cine, la historia intelectual, de la ciencia o de las instituciones y colectivos de los que forma parte. En este ejercicio, los capítulos construyen al laboratorio como un espacio que galvaniza redes de sociabilidad académica que se entretienen hacia distancias más o menos cortas: con instituciones regionales e internacionales, en el interior de la Universidad de la República y fuera de ella, con otras entidades estatales o con la producción de cineastas uruguayos. Estos espacios hacen del laboratorio su objeto de estudio, lo promueven y proyectan o lo nutren de nuevos acervos y recursos, configurando también su identidad.

Aunque el libro no hace un recorrido cronológicamente ordenado de la historia del LAPA-AGU, las sucesivas experiencias y reflexiones en él muestran un proceso de acumulación en el que cada nueva historia traza vínculos temáticos o tecnológicos dentro del propio archivo con otros materiales que resguarda, potenciado por los aprendizajes que sus integrantes fueron acopiando. Así, el texto muestra un laboratorio en crecimiento que, al hacerlo, enriquece otros archivos con los que construye una constelación sobre el pasado.

El libro opta por una organización en tres secciones. En la primera, «Tecnologías e infraestructura para la permanencia de los archivos audiovisuales», Jaime Vázquez e Ignacio Seimanas cuentan las intervenciones que hizo el LAPA-AGU a antiguos dispositivos técnicos que, junto a herramientas informáticas, permitieron digitalizar y hacer accesibles audiovisuales, fotografías y papel. Wilquer De Mello propone un acercamiento etnográfico al laboratorio para reflexionar sobre las prácticas y actores que intervienen en la digitalización y preservación del patrimonio, entendidas como una dimensión «infraestructural» de información. Finalmente, Julio Cabrio recupera diversas tradiciones filosóficas para pensar el estatuto de la imagen y su relación con la tecnología en sus procesos de creación y preservación, a partir de las reflexiones en torno a la obsolescencia tecnológica.

«Experiencias de rescate y patrimonialización de archivos audiovisuales en Uruguay» es el título de la segunda sección que nuclea el texto de Lucía Secco sobre el trabajo de recuperación, preservación y digitalización de películas pertenecientes a la Sección de Cinematografía y Fonografía Escolar de Enseñanza Primaria, el capítulo de Jaime Vázquez sobre la recuperación del archivo privado de los escritores Amanda Berenguer y José Pedro Díaz, el de Wschebor sobre el trabajo del laboratorio en el acervo del Centro de Latinoamericano de Perinatología y el de Alana Constenla sobre el proceso de recuperación y digitalización del archivo privado del director de cine uruguayo Mario Handler. Finalmente, Ana Clara Romero y Claudia

Umpiérrez abordan el proceso de trabajo con la documentación audiovisual y en papel del cineasta Ricardo Casas.

En la tercera sección, «La memoria audiovisual en la comunidad», Mariel Balás y Franco Cammarota relatan la experiencia de investigación, docencia y extensión que implicó la recuperación, digitalización y difusión en instancias abiertas de los archivos de las organizaciones Centro de Medios Audiovisuales y Servicio de Paz y Justicia. Noelia Torres, Laura Amaya y Ricardo Pereira repasan las actividades del colectivo Memorias Magnéticas en su búsqueda por difundir audiovisuales sobre los años sesenta, el período de la dictadura y la transición democrática en Uruguay, mientras que Pablo Venosa recupera el trabajo realizado con las fotografías, los registros sonoros, audiovisuales y en papel que conforman el archivo generado y salvaguardado por el referente de la cultura afrouruguaya Tomás Olivera Chirimini.

El recorrido por los textos refuerza un diagnóstico muchas veces repetido: la precariedad de condiciones con que se han mantenido muchos acervos institucionales de material fílmico, fotografías o en papel. El trabajo del LAPA-AGU muestra el esfuerzo por el rescate de algunas de estas colecciones y su visibilización, lo que promueve una mayor sensibilidad de la comunidad hacia el cuidado del patrimonio y su valorización. Este libro es una expresión más de esa tarea.

Florencia Soria  
Universidad de la República, Uruguay

Chagas, Jorge y Trullen, Gustavo. *Movimiento sindical y dictadura. Represión, resistencia y resurgimiento. 1973-1984*. Montevideo: Fin de Siglo, 2023, 276 pp.

En el marco de los cincuenta años del golpe de Estado en Uruguay, Jorge Chagas y Gustavo Trullen abordan la historia de los trabajadores y sus organizaciones sindicales durante la dictadura. Los autores, ambos periodistas y licenciados en Ciencia Política, no son noveles en el estudio de temáticas vinculadas a esta área del conocimiento, sino que, por el contrario, han publicado de forma conjunta, o en colaboración con otros autores, varias obras sobre movimiento sindical en Uruguay. Entre ellas se destaca el trabajo de Jorge Chagas y Mario Tonarelli, *El sindicalismo uruguayo bajo la dictadura. 1973-1984* (Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo, 1989), el cual es un claro antecedente de la publicación que aquí se reseña.

La obra se organiza en quince capítulos, a lo largo de los cuales se recorren de manera cronológica diversos aspectos de la vida sindical y del mundo del trabajo durante la dictadura, teniendo como punto de inicio el período inmediatamente posterior al levantamiento de la huelga general decretado por la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) el 11 de julio de 1973, y como cierre la celebración del Primero de Mayo de 1984, cuando por primera vez es presentada públicamente la sigla PIT-CNT. Se hace especial énfasis en la descripción y análisis de las posiciones esgrimidas por las distintas corrientes político-sindicales en las diversas coyunturas que se presentan durante el período, utilizándose documentación producida por ellas o por sectores políticos afines, así como también testimonios vertidos por sus principales dirigentes.

El eje vertebrador de la obra es la idea de resistencia, en sus páginas son identificadas y descritas varias acciones desarrolladas por diversos núcleos de trabajadores en oposición al régimen, así como también algunas manifestaciones más puntuales de resistencia frente a abusos patronales. Para los autores resistir se transforma aquí en el motor principal que impulsa la mayoría de las acciones colectivas llevadas adelante por los trabajadores durante el período. Estas

no se limitaban a paros, volanteadas o movilizaciones, sino que, especialmente en el período de mayor represión, incluyeron también actividades sociales, deportivas o artísticas llevadas adelante por militantes sindicales y políticos en cooperativas, locales gremiales o clubes, entre otros.

En el trabajo se retoma el estudio de una serie de «hitos» que la producción bibliográfica sobre el tema ha ido erigiendo como «canónicos» al momento de proponer una historia del sindicalismo en dictadura. Entre ellos, la asamblea de la Sala Verdi convocada por el régimen a fines de julio de 1973 con el fin de promover la creación de un sindicalismo «democrático», «independiente» y «nacional» (o sea, no comunista); la «batalla» por la reafiliación, planteada por la CNT como respuesta al decreto 622/973, que buscaba reglamentar las relaciones laborales y las organizaciones sindicales en el Uruguay; el fracasado decreto de 1977 que establecía la creación de comisiones paritarias en el sector privado como espacios de negociación colectiva por centros de trabajo; el operativo impulsado por la Marina en 1979 tendiente a la creación de una nueva central sindical «nacionalista» y alejada tanto de la influencia comunista como estadounidense; los debates, la aprobación y la posterior recepción por parte de los colectivos de trabajadores del decreto-ley 15.137 que, a partir de 1981, posibilitó la reorganización legal del sindicalismo clasista; las diversas formas de conmemoración clandestina del Primero de Mayo entre 1974 y 1982, hasta llegar al gran acto de masas del Primero de Mayo de 1983; la creación del Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT) y su posterior transformación en actor protagónico del proceso de transición democrática.

Pero, además, en el libro se abordan algunos aspectos hasta ahora escasamente tratados por la bibliografía sobre sindicatos en dictadura, como ser el estudio de los itinerarios del sindicalismo no cenetista —«libre», «democrático» o «autónomo», según la terminología de época—, y que los autores catalogan genéricamente como

«amarillo». Por otra parte, al momento de analizar el proceso de creación y desarrollo del PIT, se abordan también las tensiones que se generaron en su interna producto de diferencias ideológicas, organizativas y generacionales de sus militantes. El trabajo aporta además aspectos novedosos para entender el trascendente papel que jugó la Organización Internacional del Trabajo (OIT) como caja de resonancia de los reclamos del sindicalismo clasista, transformándose en una arena de disputa entre este, el gobierno y sus organizaciones sindicales afines. Se analizan también algunos intentos de acercamiento y negociación entre determinados sectores del régimen y los sindicatos clasistas, en especial en los primeros meses posteriores al golpe de Estado.

En lo que refiere a fuentes, las publicaciones de prensa son el insumo base, aspecto en el que es claro que los autores llevaron adelante un exhaustivo trabajo de relevamiento. A las publicaciones que circulaban legalmente en el Uruguay de la época se debe sumar la utilización, en varios pasajes del trabajo, de material de carácter clandestino, producido dentro y fuera de fronteras por la CNT y sus filiales, así como también por organizaciones políticas ilegalizadas por el régimen. Además, en varios capítulos se utilizan actas de las conferencias de la OIT e

informes del Comité de Libertad Sindical del mismo organismo. Una novedad del libro es el uso de documentos y entrevistas elaborados en el marco del trabajo del extinto Centro de Apoyo y Asesoramiento Sindical. Finalmente, en lo que refiere a la bibliografía, el lector no debe creer que los autores únicamente consultaron las publicaciones incluidas en el apartado bibliográfico que consta al final de la obra, pues allí han sido omitidos varios trabajos, en especial artículos académicos y de prensa, que son citados a lo largo del texto.

En síntesis, se trata de un libro ordenado, de lectura ágil y con un contenido que permite al lector acceder a una mirada panorámica sobre un conjunto de acontecimientos y procesos claves para conocer el itinerario general de los militantes sindicales en dictadura. Es por tanto un aporte de relevancia para todo público interesado en la materia, así como también para cualquier investigador dispuesto a iniciar el estudio de temáticas vinculadas a la dictadura en general y a la clase trabajadora en particular.

Álvaro Sosa  
Facultad de Humanidades y Ciencias de  
la Educación, Universidad de la República,  
Uruguay



Fessler, Daniel. *Delito y castigo en Uruguay (1907-1934)*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 2021, 310 pp.

La obra de Daniel Fessler, producto de su tesis doctoral, estudia las transformaciones en el mundo del delito, los delincuentes y el castigo en Uruguay durante las primeras décadas del siglo XX. Es la continuación de su trabajo de maestría, titulado *Derecho Penal y castigo en Uruguay (1878-1907)* (Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República, 2012). La decisión de trabajar sobre las mismas líneas de investigación se fundamenta en la necesidad de estudiar esos mismos fenómenos luego de la abolición de la pena de muerte en 1907, y hasta 1934, profundizando en lo que el autor considera como un «nuevo ciclo». Su línea de investigación se enmarca bajo cuatro claves importantes: el impacto de la supresión de la pena de muerte, las transformaciones en el tipo de delito, la construcción de la figura del delincuente y el montaje del sistema penitenciario.

A través del estudio de la evolución de la legislación, el primer capítulo rastrea los orígenes de la «modernización punitiva», datado a partir del último cuarto del siglo XIX. Ese período constituyó un antecedente, que tuvo su culminación en 1907 con la abolición de la pena de muerte. Este cambio sustancial trajo la necesidad de modificar otras disposiciones con el objetivo de aumentar la severidad de las penas, a los efectos de frenar la alarma generada por la prensa ante la cantidad de denuncias de aumento del delito. El capítulo también estudia la influencia que tuvo la Escuela positivista en la aplicación de sentencias por parte de los jueces, así como en el mundo académico. Concluye que esta incidencia fue temprana y se dio en forma paulatina. Finalmente, el autor dedica un espacio para describir la evolución del cuerpo legal referido a niños y niñas, que culminó, al igual que para los y las mayores de edad, en el año 1934 con la sanción del Código Penal y el Código del Niño.

En el capítulo segundo, el autor analiza las transformaciones del delito tomando como base

datos estadísticos provenientes de la Policía, anuarios estadísticos y prensa. Comienza su estudio advirtiendo las complejidades de estudiar la criminalidad. Así, afirma que se confirmó cierta estabilidad en el delito entre 1907 y 1934 tomando en cuenta la tasa de ingresos carcelarios. El aporte de Fessler está en hacer dialogar los discursos alarmistas de la prensa con la documentación oficial. El autor estudia el surgimiento de nuevos actores, como mujeres, niños y extranjeros y, al contrastar con datos oficiales, obtiene que, al contrario de lo que afirmaba la prensa, el delito cometido por esta población es insignificante si se compara con el de los adultos varones uruguayos. Respecto al tipo de delito, verifica que hubo un crecimiento de los delitos en contra de la propiedad y un descenso en los delitos contra la persona —al menos hasta 1929—.

Si en el capítulo anterior el autor remarcó la importancia del contraste entre los discursos de alarma y las cifras oficiales, en el tres profundiza en las imágenes del mundo del delito en general, reproducidas en la prensa, y que tuvieron como objetivo extender la idea de que la reacción policial fue débil frente a la actuación de los delincuentes. También repone en la respuesta de la policía, elaborada con base en la falta de recursos y de espacios para perfeccionarse. Policía que tuvo desafíos importantes como, por ejemplo, el del combate contra un nuevo tipo de delincuencia, ahora más profesional —sobre los que profundizará en el siguiente capítulo— y con carácter transnacional. Por otra parte, el capítulo es rico en la descripción. Fessler tiene la generosidad de pintarnos el Uruguay del Novecientos a través de la cobertura que hizo la prensa de los principales hechos delictivos.

El capítulo cuarto se centra en el delincuente y la diversidad de visiones respecto a su figura. Tanto la escuela clásica como la criminología positivista intentaron entender por qué los delincuentes cometen delitos. Esta última fue la que más recepción tuvo en Uruguay. Las

revistas especializadas, sentencias judiciales, tesis de la Facultad de Derecho y la prensa son las fuentes que el autor utilizó para demostrar el grado de influencia de las teorías positivistas. El capítulo analiza minuciosamente los tipos de delinquentes y de delitos surgidos en este período: violadores, sátiros y «criminales por pasión». Su análisis finaliza haciendo un paneo general por la diversidad de delinquentes y delitos clasificados a partir de saberes prácticos. Con ese fin, Fessler, nos acerca un lenguaje mundano relativo al mundo del crimen, en el que logra identificar tipologías de delinquentes y formas novedosas de delito. El último tramo de este capítulo es una verdadera radiografía del mundo criminal.

Las transformaciones de los espacios de encierro son analizadas en el capítulo quinto, fundamentalmente, a partir de las concepciones modernas vigentes que remarcaron la importancia de regenerar a la población carcelaria en lugar de segregarla. En la teoría, este discurso determinó la necesidad de adaptar las cárceles a esa concepción. Así, la Cárcel Preventiva y Correccional inaugurada en 1988, que luego pasó a llamarse Cárcel Penitenciaria, tuvo algunas limitaciones en su funcionamiento como, por ejemplo, problemas de presupuesto y superpoblación. Tal es así que, a poco de haber sido inaugurada, las críticas exigían la construcción de otro establecimiento. Fue recién en 1910 cuando, finalmente, se inauguró el penal de Punta Carretas. A través del análisis de los reglamentos, el autor muestra aspectos de la vida interna y la convivencia en triangulación con expedientes judiciales. Analizar minuciosamente los reglamentos, le permite calibrar el peso del trabajo en la cárcel y el valor que se le atribuía por parte de las autoridades. Este capítulo, en síntesis, demuestra que la arquitectura carcelaria no logró colmar

las expectativas manifestadas desde el último cuarto del siglo XIX.

En el último capítulo, Fessler nos ingresa al interior de las cárceles, aunque advierte de la dificultad de esta empresa en tanto que el acceso se vio mediado por la «opacidad institucional». El recurso utilizado para conocer esas realidades son las visitas de distintas personas. Esta acción es importante porque es una de las situaciones que se dispone para conocer la voz de los presos. En definitiva, como señala el autor, las visitas fueron una posibilidad para los presos de denunciar las condiciones de encierro. Lo cierto es que la situación de las cárceles era deplorable, lo que determinó que surgieran proyectos para de construcción y ampliación. El capítulo finaliza rescatando las formas de resistencia que emplearon los presos, destacándose la huelga de hambre, motines, sublevaciones y fugas. El análisis del autor es minucioso y, para cada caso, nos ofrece una descripción muy detallada de estas acciones.

La lectura de esta obra es altamente recomendable porque el autor analiza un período fermental de la historia del delito y el castigo en Uruguay, en el que se observó la convivencia de distintos modelos acerca de la consideración del delincuente y de los castigos, que se manifestaron a la hora de construir más cárceles o en las discusiones en torno a las reformas de los códigos. En suma, es una obra que tiene mucho valor para el Uruguay del siglo XXI porque deja de manifiesto que, en la actualidad, pueden reconocerse discursos y argumentos que tienen origen en los primeros años del siglo XX.

**Facundo Álvarez Constantín**  
Facultad de Humanidades y Ciencias de  
la Educación, Universidad de la República,  
Uruguay

## Selva López Chirico (1940-2023)

Marina Cardozo<sup>1</sup>

¿Qué aspectos delimitan la vida de una persona? ¿Cuáles son las marcas significativas que revelan su existencia? ¿Cómo plasmar en pocas líneas la relevancia de su trabajo, de su pensamiento, de su trayectoria intelectual?

Hace algunos meses tuvimos la noticia de la pérdida de Selva López. Duele tener que escribir estas palabras y duele despedirla, pero reconforta componer esta semblanza de su exquisita persona y de su importante legado para tantas generaciones de alumnos y alumnas bajo su admirable magisterio, pensando en que estesea uno de los trazos que pueda restituir su recuerdo, parte de un puzle de recuerdos de una memoria compartida.

Nacida en la ciudad de Melo en 1940, Selva cursó sus estudios de grado en el Instituto de Profesores Artigas de donde egresó en 1963. La excelencia y la solidez en la formación académica constituyeron parte del acervo de esa generación de jóvenes profesores. Tuvo entre sus profesores al recordado arquitecto e historiador del arte Leopoldo Artucio, y a los historiadores German D'Elía y Gustavo Beyhaut, quien fuera una figura clave en su formación como historiadora latinoamericanista. El historiador argentino Tulio Halperín Donghi también contribuyó a su especialización en la dirección señalada durante esos años.

Luego de su titulación como Profesora de Historia en el IPA, obtuvo una beca de estudios de posgrado entre los años 1966 y 1967, y gracias a ella cursó estudios en El Colegio de México como discípula de algunos de los principales exponentes de las ciencias sociales latinoamericanas e hispanoamericanas de la década, como el sociólogo y economista brasileño Helio Jaguaribe, exiliado a raíz de la dictadura en su país, o la eminente historiadora mexicana María del Carmen Velázquez, una de las pioneras de la refundación del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México a inicios de los años sesenta. Algunos otros de sus docentes más célebres en ese entonces fueron el politólogo hispanoamericanista y exiliado republicano español Rafael Segovia, uno de los más prestigiosos científicos de El Colegio, quien fuera a su vez discípulo de José Gaos, y el destacado historiador contemporaneísta mexicano Martín Quirarte.

Esta potente formación inicial se reflejó admirablemente en el trabajo docente de Selva López, a través de sus cursos de historia contemporánea latinoamericana, área de estudios poco cultivada en el Uruguay de la posdictadura.

---

<sup>1</sup> Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

En tanto, a su carrera académica de excelencia singular en el Uruguay de fines de los años sesenta, se sumó, en el fragor de esa década convulsa, el compromiso político de izquierdas que siempre mantuvo.

Desde 1962 dictó clases en Educación Secundaria: inició su experiencia en el Liceo 1 de Las Piedras, de donde recordaba fructíferas conversaciones con el líder del Partido Socialista del Uruguay, el profesor de historia Vivian Trías. En tanto, entre 1971 y 1973, Selva López fue docente asistente en el Instituto de Historia de las Ideas de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Udelar). Destituida por la dictadura en ese último año, inició un largo periplo exiliario entre Venezuela y México, hasta su retorno a Uruguay después del advenimiento de la democracia.

Su trayectoria intelectual se nutrió durante el exilio de diversas corrientes de pensamiento e influencias científicas regionales e internacionales, que confluyeron en América Latina y principalmente en México, tierra de asilo de numerosos intelectuales a causa de la represión dictatorial en Latinoamérica desde mediados de los años setenta. Su formación académica se vio robustecida, de este modo, por la circulación de ideas y la constitución de lazos de sociabilidad en el marco de la experiencia exiliar, madurando su pensamiento en la *distancia*, constructora de una verdadera hermenéutica, al decir de Carlo Ginzburg y Enzo Traverso.

En Venezuela, a fines de los años setenta, Selva López trabajó como investigadora en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos y en la Universidad Central de Venezuela, dictando clases de historia de las relaciones internacionales. Paralelamente cursó una especialización en Historia Social bajo la orientación de Eugenia Meyer, pionera de la historia oral latinoamericana y experta en la Revolución Mexicana y en el exilio republicano español en México. Comenzó en ese momento a investigar uno de los temas que serían claves en su legado como historiadora: el rol político de las Fuerzas Armadas (FFAA) en Latinoamérica en la contemporaneidad, como modo de acercarse a comprender las dictaduras con sus sureñas y a explicarse, desde la historia y las ciencias sociales —en un sólido abordaje interdisciplinario que vertebró sustancialmente su itinerario intelectual—, las transiciones democráticas de los años ochenta.

En el exilio en México, entre los años 1980 y 1985, Selva López realizó estudios de posgrado en la entonces recientemente creada Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), donde obtuvo en 1982 su título de Magíster en Ciencias Sociales con una tesis sobre las Fuerzas Armadas en Uruguay en el siglo XX, dirigida por el legendario sociólogo boliviano René Zavaleta Mercado, exiliado en México a causa de la dictadura de Hugo Banzer en su país. Tuvo como docentes más notorios en su formación sobre historia y sociología latinoamericanas al influyente teórico marxista ecuatoriano Agustín Cueva y a Rodrigo Segovia, magíster antropólogo peruano experto en estudios poscoloniales. En este período trabajó como profesora en las universidades autónomas de Guerrero y de Puebla, y como investigadora en el prestigioso Instituto Mora.

Su trabajo de investigación se concentró desde entonces en la historia contemporánea de América Latina: historia social, políticas sociales comparadas, democracia participativa, políticas públicas, espacios participativos municipales, acción colectiva, fuerzas armadas y transiciones democráticas con sus sureñas.

Luego del retorno a la democracia en Uruguay, Selva López completó su formación con un Doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad Estatal de Campinas, obtenido en 1995, cuya tesis aún no publicada, «Uruguai 1985-1993. Estratégia e tática da reprodução institucional militar na pós-ditadura», escribió bajo la guía de Eliézer Rizzo, profesor titular en Ciencia Política en dicha Universidad, y uno de los mayores expertos en FFAA en la ciencia política latinoamericana.

Implacable polemista, dueña de un extraordinario conocimiento, acompañado de una sonrisa franca y un singular humor norteno, Selva López fue una docente clave en la formación de nuevos profesores e investigadores uruguayos. Profesora e investigadora sobresaliente y comprometida con la formación de sus estudiantes, fue apreciada por sus colegas y alumnos por su calidez humana, su rigurosidad científica y su pensamiento crítico.

Su labor de enseñanza terciaria en Uruguay se centró en el Instituto de Profesores Artigas, donde fue profesora efectiva de la asignatura Historia Americana Contemporánea desde el retorno de la democracia y hasta 2002. También integró por un breve período el *staff* de profesores del Instituto de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Sociales de la Udelar. Enseñó nuevamente Historia de las Ideas en la Facultad de Derecho (Udelar) entre 1985 y 1991, y participó de grupos de investigación en el recientemente creado Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Udelar, entre 1986 y 1989.

Desarrolló, no obstante, gran parte de su trabajo de investigación y docencia en el exterior, ejerciendo como Profesora Asociada en la Universidad Federal de Santa María (Brasil) entre 2003 y 2008. Allí llevó adelante diversos proyectos de investigación vinculados a sus áreas de trabajo, a la vez que orientó tesis de posgrado de académicos destacados, como la del recientemente fallecido Enrique Serra Padrós.

Fue pionera en nuestro país en la investigación sobre el factor militar en el Uruguay contemporáneo, estudiando a las FFAA en su rol como actor político durante la dictadura y la transición democrática, tema escasamente abordado por la historiografía hasta el presente. En 1985 publicó el libro *El Estado y las Fuerzas Armadas en el Uruguay del siglo XX*, producto de su investigación de maestría—editado por Banda Oriental en la colección Temas del Siglo XX, dirigida por el profesor Benjamín Nahum—, que constituye uno de los pocos estudios existentes en la actualidad sobre el tema militar. La obra explora los antecedentes de la violencia armada durante las guerras civiles del siglo XIX, observando la construcción del actor militar con trazos de «mimetismo civil» característica de la primera mitad del siglo XX, reconstruyendo los modos de politización militar de la segunda posguerra ante el avance de la crisis que eclipsa el consenso político-social, y abordando particularmente las formas como se componen la centralidad del rol castrense en la gestión estatal a partir de 1973. Además de este libro, entre 1985 y 2010, Selva López publicó numerosos artículos académicos y de divulgación sobre la temática militar en la historia latinoamericana contemporánea, en ámbitos locales e internacionales.

Como recuerda el politólogo Diego Gonnet, quien trabajó en su tesis de grado sobre la relación entre las FFAA y la democracia en América Latina, Selva López entendía que la normalización de las relaciones entre estas y el sistema político en una democracia avanzada del siglo XXI debía estar basada en la refundación del *ethos* militar, con el modelo del soldado-ciudadano, es decir, formar a los militares como ciudadanos, aumentar su intercambio con la academia civil durante su etapa formativa, reducir al mínimo los tiempos e intensidad de los claustros militares, promover su espíritu crítico y los límites a la obediencia debida, asegurar con reglas y protocolos de control el respeto de la dignidad de oficiales y soldados y reducir la brecha de género atendiendo a la diversidad sexual existente.

En 2006, a instancias del politólogo Julián González Guyer, notorio especialista en el tema militar que desarrolló su labor académica desde fines de la década del noventa, Selva López fue convocada a contribuir al Debate Nacional sobre Defensa, con ponencias en eventos que luego fueron recogidas en libros. El debate fue organizado por la Udelar, el Ministerio de Defensa Nacional y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, y constituido por una serie de eventos académicos así como dos ciclos de discusión política con representantes de las FFAA, todos los partidos po-

líticos con representación parlamentaria y organizaciones de la sociedad, como Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, entre otros. Estos insumos luego fueron utilizados para la elaboración de las nuevas leyes Marco de Defensa Nacional (aprobada en 2010) y Ley Orgánica de las FFAA (aprobada en 2019).

Selva no abandonó tampoco su compromiso inicial con la educación media, y participó apasionadamente del debate social en torno a la reforma educativa en Educación Secundaria en el segundo lustro de la década del noventa, a través de la prensa y de diversos foros de análisis y discusión.

A partir de 2009 dictó clases en el Centro Latinoamericano de Economía Humana, en el marco de la Maestría en Didáctica de la Historia así como en diversos cursos de formación permanente sobre América Latina, dictados desde el Instituto de Perfeccionamiento y Estudios Superiores del Consejo de Formación en Educación, que tuvimos oportunidad de tomar con varias colegas y amigas de generación. En este período fue docente e investigadora visitante en la Universidad Federal do Río Grande do Sul (Brasil) y en la Universidad Torcuato Di Tella (Argentina) donde trabajó sobre las consolidaciones democráticas con sureñas en perspectiva comparada, y sobre el control civil de las fuerzas armadas en las nuevas democracias latinoamericanas.

Fue un placer y un honor haber podido invitar a Selva como relatora de mesa temática a las IV Jornadas de Historia Política del Área de Historia Política (Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Udelar) en el año 2013. Una vez finalizadas las Jornadas, Selva me escribió un mail: «Marina: ya estoy en Melo. El Congreso muy bien y mis mesas buenas. Disfruté la participación. Un abrazo grande».

Querida Selva, esperamos que siempre estés allí, disfrutando de tu hermoso y florido jardín en Melo, esperando a tus invitados para iniciar una nueva fiesta u organizar un nuevo viaje.

## Convocatoria a dossier *Contemporánea* volumen 18, n.º 1, octubre de 2024

Anarquismos en el Río de la Plata en la  
segunda mitad del siglo XX

Coordinadoras:  
Maite Iglesias (FHCE, Udelar)  
y Gisela Manzoni (FaHCE, UNLP)

En las últimas dos décadas, los estudios historiográficos sobre los anarquismos han vivido una franca expansión, tanto a nivel global como regional. Este desarrollo ha incorporado sujetos/as y problemas, nuevas dimensiones y herramientas de análisis, y ha ampliado los marcos cronológicos y espaciales en relación con los trabajos que cimentaron este campo de estudios. También, desde la nueva historia cultural e intelectual, la crítica literaria y el análisis del discurso, así como desde los estudios de género y la sexualidad, se han renovado las preguntas y perspectivas, problematizando y complejizando aspectos anteriormente desatendidos de las experiencias anarquistas.

A su vez, el llamado *giro transnacional* ha habilitado el estudio de redes y conexiones anarquistas latinoamericanas y transatlánticas, así como de trayectorias y experiencias colectivas que por su propia naturaleza desbordaron las fronteras nacionales. Junto con una novedosa atención por el estudio de los espacios no capitalinos, esta perspectiva ha tenido éxito en la superación del nacionalismo metodológico que en cierta medida limitó a los estudios previos. Todas estas vertientes se suman a uno de los giros historiográficos más importante que realizaron los estudios sobre anarquismos en las últimas décadas, aquel que ha logrado trascender los marcos cronológicos de la denominada *edad de oro del anarquismo* —que se ubica entre la última década del siglo XIX y la segunda del siglo XX—. Como parte de este movimiento de renovación, este dossier aspira a recibir textos que estudien las experiencias anarquistas de la región rioplatense por fuera del período clásico, incluyendo —pero sin reducirse a— movimientos sociales, organizaciones políticas, expresiones artísticas, proyectos educativos y emprendimientos editoriales. Sin desconocer sus vínculos con las experiencias de comienzos de siglo, convocamos a presentar trabajos que hagan foco en el accionar y la sensibilidad anarquista de la segunda mitad del siglo XX. La convocatoria pretende, a su vez, fomentar las perspectivas que observen la circulación regional y transnacional de ideas, personas y recursos, así como las experiencias locales, con el objetivo de enriquecer el campo de estudios y de aportar herramientas de análisis, enfoques y preguntas que contribuyan a seguir trabajando en la visibilización y la problematización de la historia de los anarquismos rioplatenses.

### Presentación de originales

Los artículos deberán ser inéditos y tener entre 8000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según reglas adjuntas. Se recibirán archivos en los formatos .doc, .odt y .rtf a revistacontem-

poranea2010@gmail.com con copia a los coordinadores del dossier: maiteiglesias158@gmail.com y giyitan@yahoo.com.ar, hasta el 15 de junio de 2024.

- Los autores deben enviar un cv abreviado (dos páginas) y sus datos de contacto. Se debe incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras clave deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés.
- Los textos serán sometidos a arbitraje anónimo por dos especialistas en el tema si el Comité Editorial decide que coinciden con la línea general de la revista. Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación y recomendarán «publicar», «publicar con modificaciones» o «no publicar». Se enviarán sus argumentos a los autores, quienes, cuando corresponda, tendrán dos semanas para revisar sus textos.

También se recibirán:

- reseñas de libros (entre 1000 y 1200 palabras; con énfasis en la descripción sobre la opinión; sin notas al pie) de textos publicados en los últimos cinco años.
- ensayos bibliográficos (entre 3000 y 4000 palabras; con énfasis en la opinión sobre la descripción; con notas al pie según reglas adjuntas) que tengan que ver con la temática general de este número;
- reseñas de eventos (entre 2000 y 2500 palabras; con notas al pie según reglas adjuntas) vinculados al tema de este número y realizados en el año inmediatamente anterior a su publicación. El Comité Editorial decidirá sobre la pertinencia de estas colaboraciones

## Formato

Todos los textos deberán estar en tipografía Times New Roman, tamaño 12, interlineado 1,5. Notas al pie en cuerpo 9. A efectos de facilitar el formato, sugerimos descargar la plantilla base donde figuran los estilos para las diferentes jerarquías y formatos de párrafo: <https://drive.google.com/open?id=oB5anAs5hrkyDNFZPTFFrbyrfSGs>.

Las citas textuales de menos de cuarenta palabras se incluirán entrecomilladas (sin cursivas) en el texto. Si superan esa extensión, aparecerán en párrafo aparte, sin comillas ni cursivas, en cuerpo de letra 10,5 con espaciado a izquierda y a derecha de 1,5 cm o en estilo «Cita», de la plantilla mencionada. Al final de cada artículo se incluirá una lista de referencias bibliográficas y de bibliografía consultada. La bibliografía y fuentes se citarán de acuerdo a las normas APA Uruguay, según se detalla en las Pautas de Estilo de la FHCE en <https://fhce.edu.uy/pautas-de-estilo-y-presentacion-de-originales/>.

Las reseñas de libros deben incluir el número de página en cada uno de los fragmentos citados.

A partir de 2024 *Contemporánea* será una revista académica de frecuencia anual, a publicarse en el mes de octubre.

Publica artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina. Se edita en Montevideo con apoyo de la Universidad de la República. Su contenido está indizado en Latindex y es parte del Catálogo Latindex 2.0. Versión digital (ISSN: 1688-9746) disponible en <<https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/cont>>.

Comité editorial: Jimena Alonso, Pablo Alvira, Javier Correa, Inés Cuadro, Lucas D'Avenia, Gabriela González Vaillant, María Eugenia Jung, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Diego Sempol, Isabel Wschebor, Jaime Yaffé.



## Convocatoria a dossier *Contemporánea* volumen 19, n.º 1, octubre de 2025

La revista *Contemporánea* convoca a la presentación de propuestas para su número temático a editarse en el vol. 19, n.º 1, durante la primavera de 2025. Los dossiers que se propongan deberán estar referidos a algún eje temático de investigación dentro del campo de la historia y los problemas de América Latina en el siglo XX. Las propuestas deberán contener los siguientes componentes:

1. Nombre del coordinador o coordinadores. Podrán ser hasta un máximo de dos, necesariamente de diferentes universidades o centros académicos equivalentes y preferente, aunque no exclusivamente, de diferentes países de residencia. Deberá brindarse la indicación precisa de su adscripción institucional, sus correos electrónicos y una breve reseña curricular.
2. El título del dossier propuesto y una breve justificación y descripción del tema de la convocatoria, de no más de 1000 palabras, incluyendo el estado de la cuestión, la pertinencia del dossier y su aporte específico y original en el contexto de producción descrito.
3. Cada propuesta deberá incluir al menos tres sugerencias de artículos que lo integrarían, cada uno con nombre, pertenencia institucional, correo electrónico y reseña curricular breve de los autores además de título del artículo y resumen de no más de 250 palabras. Los artículos no podrán ser de la autoría de los coordinadores y se valorará especialmente que sus autores pertenezcan centros universitarios de diferentes países.

Además deberán adjuntarse los CV completos de los coordinadores y de todos los autores de los artículos que compondrían el dossier.

Las propuestas deberán ser remitidas al correo [revistacontemporanea2010@gmail.com](mailto:revistacontemporanea2010@gmail.com). Serán recibidas hasta el 30 de mayo de 2024 y serán evaluadas por el Comité Editor de *Contemporánea*. El resultado será comunicado no más allá del 1.º de agosto de 2024 y será inapelable. El llamado podrá ser declarado desierto si a juicio del Comité Editor ninguna de las propuestas recibidas satisface sus expectativas.

Las que resulten seleccionadas serán programadas de acuerdo al siguiente calendario:

Convocatoria de artículos	Cierre de recepción	Entrega final	Publicación
Setiembre de 2024	Febrero de 2025	Mayo de 2025	Octubre de 2025

Los coordinadores de la propuesta seleccionadas serán notificados de las fechas que deberán comprometerse a respetar, con especial atención en la que refiere a la entrega del dossier completo a la revista.

Una vez seleccionado el dossier, se realizará una convocatoria abierta en la fecha establecida. Cerrado el plazo de recepción, los coordinadores serán responsables de poner en marcha el proceso de evaluación de los artículos recibidos sujetándose al sistema de doble anonimato. Todos los trabajos, tanto los originalmente comprometidos como los que se hubieren recibido en forma adicional, deberán ser analizados por dos evaluadores anónimos. El máximo de artículos admitidos para componer el dossier es de siete. En caso de que el número de artículos recibidos con dictamen favorable de los árbitros evaluadores supere este número, los coordinadores deberán hacer una selección para ajustarse al máximo permitido.

Concluido el proceso de evaluación y selección, los coordinadores deberán remitir el dossier completo a la revista dentro del plazo que corresponda según lo indicado en la penúltima columna del calendario. Además de los artículos seleccionados, el dossier enviado a la revista deberá contener:

- Una presentación general a cargo de los coordinadores, de entre 3500 y 5000 caracteres de extensión.
- Las evaluaciones de todos los artículos seleccionados con las observaciones que hubieran realizado y los dictámenes aprobatorios finales. En ellas se deberá indicar el nombre, afiliación institucional y correo electrónico del evaluador respectivo.
- Los correos electrónicos, adscripciones institucionales y cv de todos los autores de los artículos que no hubieran sido ya enviados junto a la propuesta original del dossier

## Presentación de artículos

- Los artículos deberán ser inéditos y tener entre 8000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según las pautas de formato indicadas más abajo.
- Se recibirán archivos en los formatos .doc, .odt y .rtf hasta la fecha de cierre de recepción que se indique en la convocatoria respectiva
- Los artículos enviados podrán estar escritos indistintamente en español, portugués o inglés.
- Los autores deben enviar a los coordinadores un cv abreviado (dos páginas), afiliación institucional y sus datos de contacto.
- Deberán incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras clave deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés en el caso de que el idioma del artículo fuera español o portugués.